

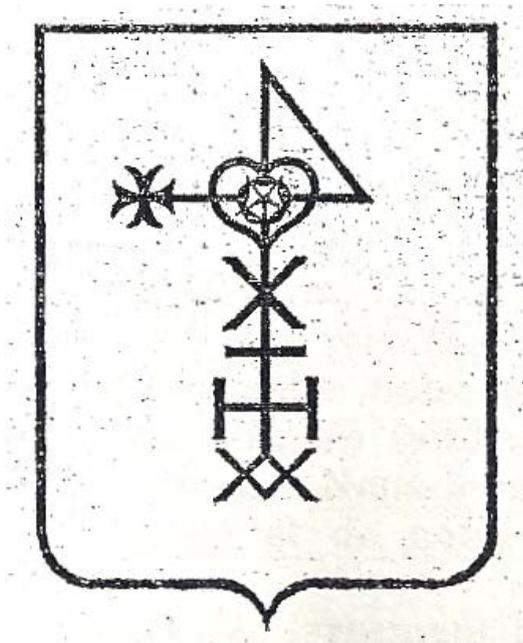
“HISTORIA Y TRADICION”

Jean Tourniac

SIMBOLISMO MASONICO

Y

TRADICION CRISTIANA



Prefacio de Jean Palou

Dervy, París

Traducción directa del francés H.·. Satya
Marcelina Altieri, M.·.M.·.
LOGIA CABALLEROS de HEREDOM N° 1
Valle de Buenos Aires,
ORDEN REAL de HEREDOM de KILWINNING
Año 6011 V.·.L.·.

NOTA PRELIMINAR A PROPOSITO DE LA TRADUCCION

En razón de una mejor comprensión y aprovechamiento de esta obra magnífica, de imprescindible lectura, queremos hacer las siguientes observaciones:

Con referencia al texto en general, hemos tratado de conservar en la traducción la mayor fidelidad posible, tanto en el contenido como en la forma. Así, el lector encontrará citas en lenguas antiguas y modernas, cuya utilización fue una elección del autor, y que hemos vertido en forma textual; lo mismo sucede con algunos usos ortográficos, como empleo de comillas, mayúsculas, etc.

En cuanto a las citas y referencias bíblicas, en unos pocos casos la numeración de los pasajes y versículos que figura en el libro y que reproducimos, no corresponde exactamente con la de la Biblia de Jerusalén, que fue la que consultamos para cotejar.

En la Tercera Parte, Capítulo II-*La Iglesia y los Templos de Israel*, y Capítulo IV-*La Palabra hecha Carne*, se han deslizado en el texto original algunas inexactitudes referidas al tema de la Piedra Angular o Cabecera del Ángulo, y a la Piedra Cimera o Clave de Bóveda o de Cúpula, que estamos en condiciones de rectificar, en base a otros textos provenientes de investigaciones documentadas, como sigue:

- a) Queda claro que Cristo está simbolizado tanto por la Piedra Cabecera del Ángulo como por la Piedra Cimera, ya que ambas constituyen el comienzo y el acabamiento, el principio y el fin del edificio sagrado.
- b) La **Piedra Cabecera del Ángulo**, *Corner Stone*, aporta solidez y equilibrio a la construcción del templo. Su extraña forma había provocado el rechazo de los constructores, pero posteriormente se constituyó en elemento crucial para el sostén del edificio.
Hay ocho piedras similares: cuatro de ellas en las esquinas o ángulos rectos de la planta del templo, y otras cuatro en las uniones de los muros con el techo, que son las verdaderas Cabezas de Ángulo o *Caput Anguli*. Hoy forman el encadenado, término que proviene de la antigua utilización de cadenas a nivel de los dinteles.
Se colocan al comienzo de la construcción, constituyen sus puntos fuertes, sus bases, y remiten a los *land-marks*, que todos los masones deben respetar.
- c) La **Piedra Cimera**, *Key Stone*, es la que corona y cierra la bóveda del templo, y sólo puede ser colocada desde arriba y desde afuera. Su forma diamantina remite a su carácter precioso; Platón habla del “eje de diamante”, que es un pilar de luz. Marca el lugar donde se funden el Sol que descende y el Fuego que asciende; señala la línea polar que se extiende desde el centro del Cielo hasta el ara central del templo.
Representa la culminación de la obra constructiva.

PREFACIO

Nos hallamos en tal estado de degeneración intelectual, en nuestro pobre mundo donde la Ciencia carece de Consciencia, que todo aquello que se aparta de “la vida ordinaria” no tiene la menor significación para el hombre común.

También la Masonería se ha convertido, para la mayoría, casi en la “sinagoga de Satán”, pues si bien en otros tiempos nadie creía en el Diablo, aún en el clero, muy proteiforme ha devenido el Enemigo para una sociedad de individuos “politizados”, ataviados –nos preguntamos por qué- con bizarra indumentaria.

Asimismo, bajo una cubierta de dedicación a la acción social, el catolicismo, habiendo renovado sus normas rituales, abierto al diálogo con todo el mundo, parece dejar de lado, a los ojos de algunos, la primacía de la búsqueda interior, sin poder dar, a veces, a “aquellos que quieren “... sino eso “de lo que todo el mundo habla”.

Habremos arribado, en estos tiempos de Apocalipsis pre-nuclear, al cabo de la Noche, al final del callejón, donde no parpadea ni la más pequeña luz?

El enorme mérito de un libro como el de Jean Tourniac es haber reencontrado el sentido profundo de las verdades de la iglesia católica y del simbolismo iniciático de la Francmasonería.

En cuanto a esta última, la mayor parte de nuestros contemporáneos es, más o menos conscientemente, víctima de Leo Taxil. Nunca será suficiente lo que digamos acerca del mal que este estafador, este mal periodista necesitado, ha causado a la Masonería y a la iglesia. El sentido real de los ritos y de los símbolos ha sido desfigurado por él a sabiendas. Al mismo tiempo, un clero preocupado por la pérdida del poder temporal, se dejaba entrapar por el Maligno.

Con una extraordinaria riqueza documentaria, un notable cuidado en los matices, un sentido casi providencial de cuanto constituye el “alimento espiritual”, Jean Tourniac vuelve a ubicar a la Masonería en su eje real: el de la iniciación de origen no-humano, destinada por sus obras a conducir, mediante la ascesis espiritual, a la Vía Regia que lleva a Dios.

Con una fe sincera, una sed de la Iglesia de Cristo, una perfecta sumisión ante el Magisterio, Jean Tourniac nos muestra lo que los masones han perdido cuando la iglesia se separó de ellos, y lo que la iglesia ha voluntariamente abandonado cuando transformó a estos hombres de buena voluntad y amor, en hermanos separados.

Nos parece bien que en este año 1965, cuando festejamos el séptimo centenario de Dante (de quien se ha dicho que había ascendido al cielo para luego volver a descender a la tierra) y cuando se clausura la cuarta sesión del Concilio (es decir, una de las más altas instancias religiosas), se produzca la aparición de este libro.

Para concluir, nosotros, los que hemos elegido el Arte Real, esta vía de realización espiritual, no podemos menos que saludar a Jean Tourniac, caballero de la Rosa Mística, con su fiel amor a la fe católica, por querer edificar un puente, que sin embargo no será muy extenso, entre la Francmasonería y la iglesia católica.

En la última víspera de la Noche, en el Campo donde duermen los que han sido consolados y donde velan las murallas quienes deben morir, nosotros estamos reunidos.

Jean Palou
C.K.H.

INTRODUCCION

UNA NUEVA OBRA?...

Numerosos estudios se han consagrado estos últimos años a la Masonería y a su relación con la iglesia católica. Sin embargo son pocos lo que han abordado la cuestión partiendo de la interpretación de los símbolos.

Pensamos que ha llegado el tiempo de reagrupar los artículos relativos al simbolismo masónico y a ciertos aspectos del cristianismo, publicados entre 1950 y 1964 en diferentes revistas, sobre todo en *El simbolismo*.

Precisemos ante todo que en esa recopilación de textos no hay ninguna vanidad de autor. Todo lo que resulta de la meditación o de la contemplación proviene de la fuente que brota del Espíritu Santo y no podría, por consiguiente, ser propiedad de un individuo.

Todo viene de Dios y retorna a Dios. Todo lo “valioso” lo es “Ad Majorem Dei Gloriam”.

Asumimos, por nuestra parte, los errores, incomprensiones, debilidades del estilo y las insuficiencias de la exposición. Tenemos plena consciencia de nuestra indignidad y miseria individuales.

Por otra parte, nos hemos basado en las Escrituras y en las obras patrísticas. Hemos deseado, siguiendo el ejemplo de nuestro guía, San Juan Evangelista, descansar sobre el corazón de Cristo, y como dijo Godofredo d’Admont, “ese pecho es la Santa Escritura, en la que se oculta el sentido espiritual por el cual el hombre es vivificado, la Escritura donde él halla el conocimiento del corazón de Dios”.

También debemos reconocer que en el origen de nuestra investigación se encuentra la obra magistral de René Guénon.

Agregaremos que es en nuestra correspondencia con este noble defensor y restaurador del “Pensamiento Tradicional” que hemos descubierto el camino del simbolismo que une, más allá de las oposiciones contingentes, la Masonería auténtica con la Esposa de Cristo. Sabemos lo que le debemos a René Guénon.

Podrá decirse que, considerando la aceleración de la historia y su curso irreversible, su obra parece ser el testamento del Oriente que acaba, tal como la Divina Comedia marca la terminación de la Edad Media... Nos abstendremos, personalmente, de juzgar.

Sin duda, algunos de nuestros análisis respecto del cristianismo se apartan del “guenonismo escolar”, y se acercan netamente y sin ambigüedad a alguna a las enseñanzas invariables de la iglesia.

Es de temer que una cierta rigidez mental lleve a desnaturalizar el cristianismo y conduzca finalmente a deformaciones sistemáticas.

En el curso de 1950, René Guénon nos escribía a propósito de los ritos del cristianismo y de la “Didakhé” (documentos destinados a la comunidad judeocristiana en el siglo I, escritos probablemente en Siria, para la enseñanza de los catecúmenos): *Cuanto más de cerca se los examina, se descubren más complicaciones inadvertidas, que parecen a veces cuestionar todo, de tal modo que llegamos a creer que es verdaderamente imposible arribar a una elucidación completa.*

Acerca de la cuestión del cristianismo, creo que hay, desgraciadamente, tantos puntos, que nunca llegaremos a aclararlos completamente.

Estas advertencias, esta prudencia, nos permitirían, sin traicionar la memoria de quien nos hizo el gran honor de su cordial amistad, intentar develar por nuestros propios medios los componentes espirituales de la Buena Nueva aportada por Cristo?...

Por ello, no es nuestra intención olvidar el eminente aporte de René Guénon. En efecto, deploraríamos que en nombre de la famosa “mentalidad moderna” se destrozaran la doctrina, y la Tradición y se rechazara por imposible de asimilar o pasado de moda todo aquello que escapa a la siniestra incomprensión de la época.

Nuestra única ambición es poner a disposición de nuestros lectores, llamados a recorrer la vía que nosotros hemos seguido, los elementos que faciliten su tarea.

En lo que nos concierne, no subestimamos el carácter verdaderamente “excéntrico” y “satánico” del mundo moderno, y por eso mismo no tenemos casi ilusiones acerca del resultado profundo esperable de una “acción tradicional”, que a menudo se confunde con un activismo sentimental o “ceremonial” y que es, a corto o largo plazo, utilizado por el Adversario.

Por lo tanto, esta lucha basada en la afirmación de las ideas tradicionales y en el despertar del conocimiento simbólico, puede ser útil a quienes la emprenden con un corazón puro. Posee un valor de eternidad. Contribuye a guardar en el granero del Maestro y a proteger en el Arca del Diluvio divina, los gérmenes incorruptibles destinados a sobrevivir a la tormenta del siglo.

No podemos retroceder, pero podemos conservar el legado inmortal de la Tradición para preparar a la juventud de los siglos futuros, cuyo padre será Jesús. Es lo que aconsejaba el gran papa Pío XII en una alocución pronunciada el 19 de febrero de 1944: *No se trata de remontar la corriente, de dar marcha atrás en los modos de vida y la acción de edades pasadas, sino de rescatar y de seguir lo mejor del pasado para avanzar hacia el porvenir con el ardor de una juventud perdurable...*

...o...

No intentaremos en este libro defender una tesis. Los artículos que forman los capítulos han sido ajustados a fin de evitar repeticiones innecesarias, sobrecargas y agrupaciones según un orden temático sin preocupación cronológica por publicaciones anteriores, y sin mantener el rigor lógico que sería esperable de una exposición bien conducida, de la introducción a la conclusión.

Esperamos que el lector nos perdone esta voluntaria ausencia de cohesión. Podría ser que encuentre un hilo conductor en estos trabajos, y una unidad, ya que el simbolismo posee su razón de ser en la unidad de la comprensión espiritual. En un plano más “arquitectónico”, esta unidad se descubre en la estructura del Templo místico y del hombre.

Así, Máximo el Confesor, en su “Mistagogía”, definió al hombre como una “Iglesia Mística”:

Por el Templo de su cuerpo, él obedece los mandamientos de Dios: practica las virtudes morales.

Por el Santuario de su alma, él se eleva por medio de la razón a la contemplación de Dios, entrevisto en la perfección de sus criaturas.

Por el Altar de su espíritu, él pide ayuda al silencio de la gran voz invisible y misteriosa de la Divinidad, por medio de un silencio distinto, locuaz, que se expresa a través de sonidos inolvidables (P.G., T.XCI, vol. 671).

Por otro lado, mientras nosotros pensábamos reunir nuestros artículos dispersos, ha aparecido un libro perfectamente configurado, “El simbolismo del templo cristiano”, de J. Hani (1), que corresponde muy bien a nuestro pensamiento. Si hubiéramos optado por escribir un libro estructurado y en forma de desarrollo didáctico, ese es el libro que hubiéramos querido escribir. Nos alegramos, pues, de este “reencuentro” con un autor que ha abrevado en las mismas fuentes y con quien peregrinamos, sin saberlo, en el camino de San Juan!

...o...

Para terminar, quisiéramos anticiparnos a algunas objeciones que se nos presenten.

Ante todo, debe comprenderse que el simbolismo no es de ninguna manera el sincretismo ni el “ocultismo”, que repudiamos categóricamente. Todo esto es fruto de una “mística planetaria” en extremo sospechosa, que preanuncia la “espiritualidad a contrapelo”.

Además, el problema de la relación entre Cristianismo y Masonería, tal como lo vemos, no se puede identificar en rigor con la cuestión de los paralelos orgánicos que son, a menudo, concebidos con indiferencia hacia los principios.

Hay un terreno donde se concibe metafísicamente y teológicamente la Unidad. Pero ese dominio escapa al entendimiento de quienes, progresistas o modernistas, quieren, debido a una enfermiza necesidad de contacto, confundir y mezclar todo.

No es al nivel más bajo, el del moralismo, del “buen tono”, de la pertenencia o de simpatías políticas, que se puede concebir un verdadero encuentro. En ese nivel no se puede tener sino un entusiasmo por las ideas disolventes de este tiempo.

Por el contrario, la Unidad se aprehende al más alto nivel del orden doctrinal y sólo puede ser obra de los “hombres tradicionales”, sean masones o cristianos, hombres dispuestos a ser fieles al legado medieval.

En esta perspectiva, que nadie se asombre de ver el lenguaje del simbolismo presente en las Escrituras, en los ritos de la Masonería y en la Liturgia. Operando la simbiosis entre el Arte Espiritual del sacerdocio y el Arte Real de la masonería, entre el Lirio y la Rosa.

Y esta unidad, no es justamente la de Cristo, “Lirio del Valle y Rosa de Saron”?

NOTA

(1) Ed. La Colombe

PRIMERA PARTE

DE ALGUNOS SIMBOLOS Y RITOS MASONICOS

CAPITULO I

PRESENCIA Y SIGNIFICADO DEL SIMBOLISMO VEGETAL

Las tradiciones de constructores apelaron, como suele decirse, al simbolismo mineral en el tallado de piedras y en la arquitectura, y asimismo cabe preguntarse por qué razón ciertos símbolos relacionados con el trabajo de la tierra y referidos al reino vegetal están incorporados en los grados de la masonería especulativa. Podríamos citar, por ejemplo, el hacha(1), la pala de labrar(2) o la rosa de cinco pétalos(3), y, en el segundo grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y de York, un término que se aplica al paso del río, y significa “torrente” y también “espiga de trigo”(4).

Es indudable que, entre todas las actividades humanas, la agricultura es evidentemente la más antigua, ya que el paraíso bíblico se describe como un jardín que Adán cultivaba sin esforzarse antes de la caída, donde él vivía plenamente al “descubierto”, sin la protección de un vestido de piel y sin necesidad de abrigo. En el cristianismo, que recurre tanto a la cultura botánica como a la de la edificación del templo y de la casa, encontramos una neta alusión al retorno al estado paradisíaco en la primera aparición de Cristo a María Magdalena, con la apariencia de un “jardinero”.

No es sino en el modo de vida post-edénico que aparece la noción de construcción, relacionada con la necesidad de un refugio protector. En un mundo devenido hostil, la especie y los elementos necesarios para su conservación deben ponerse al abrigo y proteger la vida espiritual, mental y corporal, en razón de los peligros externos, la degradación y los ataques a través del tiempo, y aún las inclemencias naturales.

Por lo tanto, si el arte de cultivar la tierra es el primero, con respecto a la conservación de la vida y el comienzo de la actividad humana, el de la construcción tiene por modelo un acto divino: la creación del mundo. A este aspecto de Dios como Arquitecto Divino se refiere la masonería de los primeros grados, y a partir de allí los nexos con el simbolismo vegetal parecerían superfluos.

Es preciso admitir, sin embargo, una explicación que surge de las normas inherentes a la formación de las “cadenas tradicionales”. Desde esta perspectiva, no resulta sorprendente que una tradición secundaria en la historia y en el tiempo, como la de los constructores, se haya vinculado con una tradición más antigua a través del recuerdo de sus elementos constitutivos. El problema es de hecho más complejo, y si la solución que le damos toma en cuenta aspectos “técnicos” o de afinidad ritual, como la sacralización, o la glorificación del trabajo, ello debe relacionarse ante todo con la orden doctrinal, cuyas enseñanzas le fueron conferidas por este simbolismo.

Asimismo, es de utilidad observar que el oficio no siempre ha utilizado minerales como material de obra, y que su primer material fue la madera. Ahora bien, los vegetales pertenecen a una categoría simbólica que tiene en el árbol uno de sus prototipos. Al respecto, es apenas necesario mencionar que, por su lado, el “árbol cósmico” es un equivalente de la escalera que encontramos dibujada en ciertos cuadros de logia, un equivalente también de la plomada del Gran Arquitecto, es decir, el eje que une, en todas las cosmologías sagradas, el Cielo con la Tierra.

“Encontraremos un símbolo análogo en la masonería operativa con la plomada colgando de la letra G, fijada en lo alto de la cúpula, en el punto correspondiente a la estrella polar o al

polo, que pende sobre el centro de una esvástica trazada sobre la base, que representa el polo “terrestre”(5).

Esta representación se parece, por otro lado, al “Tai-ki” de la tradición china, la cima o el Gran Extremo identificado con el “Tai-I”, la Gran Unidad o el Ser que, se dice, reside simbólicamente en la estrella polar (6).

Hemos de detenernos en esta figura del Árbol, por su amplitud y su importancia en todas las tradiciones y religiones auténticas, y en sus equivalentes axiales: mástil, gigante cósmico, etc.(7)

La misma tradición cristiana no ha dudado en representar a Cristo como un gigante de “naturaleza doble”, según San Ambrosio, que llega a los cielos.

En cuanto al judaísmo, en ocasiones describe a Adán con aspecto de gigante cósmico.

También son significativas estas líneas de la “Homilía de Pascua”, de San Juan Crisóstomo: “Este árbol me pertenece, para mi salud... me afirmo en sus raíces, me extendo en sus ramas... sus frutos me brindan un goce perfecto. Este árbol se eleva desde la tierra hasta el cielo. Planta inmortal, se yergue en el centro del Cielo y de la Tierra: firme sostén del Universo, lugar de todas las cosas, soporte de toda tierra habitada, conjunción cósmica que comprende en sí todos los matices de la naturaleza humana. Fijado por las invisibles llaves del Espíritu, para no vacilar en su adhesión a lo divino, tocando el Cielo con lo alto de su copa, afirmando la Tierra con sus pies, y en el espacio entre ambos, estrechando el múltiple espíritu del aire con sus manos inconmensurables.” (8)

Una descripción original del pilar cósmico aparece sin embargo en el Pastor de Hermas, que ve en el Gran Árbol que extiende su sombra sobre llanuras, montañas y toda la tierra, “la ley de Dios entregada al mundo entero.” (9) Ahora bien, la ley divina, reguladora y ordenadora del Cosmos, puede resumirse en el término sánscrito “Dharma”, y René Guénon ha precisado al respecto que “la raíz Dhri expresa esencialmente la idea de estabilidad; la forma Dhru, de idéntico sentido, es la raíz de Dhruva, nombre sánscrito del Polo, y algunos la relacionan con el nombre griego del roble, Drus; en latín, por otra parte, la palabra Robur representa a la vez fuerza y firmeza. Entre los druidas (cuyo nombre puede ser leído Dru-Vid, uniendo la fuerza con la sabiduría) el roble representa a Dodone, el Árbol del mundo, símbolo del eje fijo que une los polos.” (10)

También se puede considerar que el Árbol, por su función axial, enlaza la tradición con el origen polar y con el rector divino del Universo, al mismo tiempo que, debido al trazado de su verticalidad sobre la representación terrestre, evoca geoméricamente el centro permanente de la presencia celeste. (11) Esta noción de “centro” no nos aparta –al contrario- de las enseñanzas masónicas.

Además, si la escalera, equivalente al Árbol cósmico, figura en algunos cuadros de Logia, debemos notar que la escala de los intercambios angélicos propia de la visión de Jacob (12), se elevaba por encima de la piedra situada donde el patriarca apoyaba su cabeza, en un lugar llamado “de Luz”, que significa precisamente carozo, centro, o morada de inmortalidad, entre otras acepciones, sobre las que volveremos. Fue en el emplazamiento de Luz que la tradición ubicó la edificación de Belén, “pequeña aldea de Judea” donde nacería Cristo. Fue providencialmente el Lugar de la “Casa del Pan”, según el significado de “Beth-Lehem”, y no es en vano, creemos, insistir en esta evocación del Pan, proveniente del grano de trigo, ya que en el sentido más elevado posible, el símbolo vegetal trasciende y deviene elemento Eucarístico; el Pan se identifica con la “Piedra Angular” y con la propia arquitectura divina.

Es así que aparecen las relaciones significativas entre el Trigo, la Piedra, el Árbol y el Eje, relaciones que un pasaje del tratado de Orígenes sobre la oración pone en evidencia: “El Pan Supersustancial, que es el Logos de Dios, se me aparece designado con otro nombre: el de árbol de vida, gracias al cual quien tiende la mano para tocarlo vivirá eternamente, y hay aún un tercer nombre que le concierne, el de Sabiduría de Dios, al decir de Salomón: Ella es un árbol de vida para todos los que participan de Ella.”

Para no abandonar el simbolismo vegetal, y limitándonos ahora a consideraciones secundarias, aunque señalando en primer lugar las prerrogativas inherentes a la función cosmológica del “Arte Real”, señalemos que si este Arte, en Masonería, consiste en “reunir lo disperso”, se encuentra muy próximo al de los recolectores que ordenaban los haces de trigo para guardar en el granero “el buen grano”. En el orden cosmológico, similar función tiene el cumplimiento de las leyes que determinan la conservación de la especie o que permiten el establecimiento y la supervivencia, en nuevas condiciones cíclicas, en condiciones y épocas diferentes, con intervención de modificaciones históricas, geográficas, sociales y mentales.

De tal modo, el Arquitecto, dotado del conocimiento sagrado propio de su arte, “sabe” qué tipo de construcción edificar para un determinado pueblo y su tradición, para que pueda vehicular legítimamente las enseñanzas transmitidas por la tradición, con respeto por los fundamentos dogmáticos y religiosos, consolidados y magnificados por el Arte, y aún vivificados por él. No habría que desdeñar, en el plano práctico, ciertas reglas provenientes de la observación de la vida orgánica vegetal. Para no hablar de imitación, en el diseño de formas arborescentes, señalemos solamente que el establecimiento de estructuras tradicionales –y la edificación de templos- requiere una comprensión de la economía religiosa local que mucho puede aprender de la aclimatación de nuevas especies vegetales. La simplicidad de esta constatación puede provocar sonrisas, y por lo tanto podría carecer de importancia en un período convulsionado de la historia, que implica, por la desaparición de ciertas cosas, un cambio de mentalidades y civilizaciones.

Qué testimonio “vivo y presente” de la espiritualidad medieval tenemos, a pesar de guerras y revoluciones, a pesar del daño de los siglos, sino las catedrales y monasterios, edificados por los masones operativos? y también los ritos del oficio y de la caballería? y cierta liturgia de los gestos y del canto, elaborada, o más exactamente, transmitida, por los monasterios? Todo ese conjunto es como el cofre de una joya, que no se ha perdido, sino que espera ser descubierta.

Quienes posibilitaron esa edificación con la ayuda de un arte y un conocimiento inspirados y regularmente transmitidos, no han incorporado en siglos más remotos aún, los vestigios valiosos del pasado a la naciente religión, asegurando la conservación de lo antiguo en la expansión de lo nuevo?

Si reflexionamos, otro tanto sucede en el plano “práctico” y en cuanto al cultivo de familias arborescentes foráneas. La tierra nutricia no es igual en todas partes, sino que tiene componentes y cantidades diferentes, receptividades también diferentes. Plantar un árbol, a pesar de los cuidados que se le brinden, no significa que echará raíces... hay incompatibilidades de adaptación que un jardinero avezado deberá tener en cuenta. El éxito consiste a menudo en injertar la especie nueva en un árbol que le sirva de soporte, para incorporarse al ambiente natural. La planta injertada se desarrollará, entonces, con su propio sabor, dará buenos frutos, con la potente savia original. Así, se justifica un discernimiento espiritual presidiendo la gestación de pactos y alianzas, que consiste, con respecto a la Verdad divina, no en destruir nada que sea valioso, sino en perfeccionar con el trasplante. Esta es la ley brotada del Gran Tronco de la Naturaleza, que tanto en su finalidad como en su aplicación, traduce el Amor de Dios, y la soberana humildad del hombre ante su Voluntad y Creación.

Hay, en fin, otro aspecto del simbolismo del árbol sobre el que quisiéramos llamar la atención, ya que reviste un interés particular para el Cristianismo y la Masonería. Se sabe, en efecto, que la Masonería establece una correlación simbólica entre la “Logia” y el Universo, pero es bueno recordar que ella no separa jamás el Libro de las Sagradas Escrituras de la Escuadra y el Compás, que representan la Tierra y el Cielo.

Ahora bien, el Libro del Universo (13), el Libro de las Sagradas Escrituras y el Árbol Cósmico tienen un origen idéntico: todos proceden del Verbo creador: “Fiat Lux”, Voz de los Profetas o Raíz Celeste del Árbol Cósmico.

Además, las tres fuentes de aprendizaje tienen un aspecto igual: por un lado, una apariencia, una corteza o cáscara, y por otro, una “médula misteriosa y esclarecedora”. Escritura y Cosmos, Escritura y creación visible, presentan analogías: “una y otra son igualmente para

nosotros sacramentos y símbolos”. Ambas tienen un aspecto visible y sensible que debemos esforzarnos por conocer, pero que es necesario franquear para acceder, tanto como sea posible, al Espíritu de una y a la Razón de la otra. A partir de la simplicidad de las letras y de la creación visible, debemos también, gradualmente, dejarnos conducir a la cima de la contemplación, porque la Superficie de las Escrituras y las formas sensibles del mundo son ambas la vestimenta de Cristo. (14)

Esto es lo que comprenden perfectamente la Patrística medieval y la Masonería operativa.

“El simbolismo medieval aún de buen grado la Escritura y el Universo visible, con ese otro universo, ese otro libro vivo y sagrado que es el culto divino. En virtud de la transposición realizada por los Padres y de la antigua doctrina que veía en el Universo, a la vez un Templo y un Cuerpo, y en cada Templo, a la vez un Cuerpo humano y el Universo, los espejos cósmicos y litúrgicos que se corresponden, corresponden también a los espejos históricos y bíblicos. La Iglesia material corresponde a la imagen del Hombre Perfecto, siendo la proyección geométrica del Hijo del Hombre en la tierra, y como el Templo de Salomón, si se piensa en el misterio que se celebra, corresponde a la imagen del Cuerpo místico. (15)

Rex Salomon fecit Templum
Quorum instar et exemplum
Christus et Ecclesia (16)

El Rey Salomón hizo el Templo
A semejanza y prefiguración
De Cristo instituyendo la Iglesia

Cuánto más se profundiza en este tema, mejor se devela la identidad de la tipología, ya se trate de la Escritura, del Mundo, del trono cósmico o del Templo apreciado por el simbolismo masónico, “por un lado está la letra, y por otro el sentido profundo de la misma. Sentido doblemente interior: en principio por estar contenido en la letra, tal como el Arca de la Alianza está contenida en el Templo... porque tal sentido trae a colación a todo tipo de interioridad, a una realidad que implica siempre, además de darlo, de hecho, un “adentro”...” (17)

Señalemos que la “Luz” bíblica evocada precedentemente, a propósito de la escala angélica que une el Cielo y la Tierra, tiene un sentido muy cercano al de interioridad. La palabra “Luz” deriva de una raíz que designa todo aquello oculto, velado, silencioso, secreto, y es también digno de comentar que los términos que denominan el cielo tienen primitivamente igual significación. Por lo común se hace derivar “coelum” del griego “koilon” = vacío –lo que se puede relacionar con la caverna, además de que Varron señala la relación en estos términos “a cavo coelum” pero es necesario subrayar que recuerda muy cercanamente al término caelare, “ocultar”. (18)

Y el “Mutus Liber” de los herméticos es justamente, al igual que la decoración de una logia masónica, un libro mudo y al mismo tiempo un libro de símbolos, “en tanto que el simbolismo puede ser verdaderamente considerado un lenguaje del silencio.” (19)

Recordaremos a este respecto que René Guénon ha insistido sobre el hecho de que la raíz de “mito”, “mu”, representa el silencio, mientras que “la iniciación a los misterios” es designada con el verbo griego “mueó”, derivado de “muó” y “muein” = callarse.

Y si el latín “murmur” no es sino la raíz “mu” prolongada por la letra “r” y repetida para producir un sonido sordo y continuo con la boca cerrada, de igual modo los términos “mito” y “misterio”, surgidos del griego “musterión” son también derivados de la misma raíz “mu”. (20)

Estas consideraciones no nos apartan de nuestro objetivo, ya que los oráculos de Dodona provenían del “murmullo” de la fuente (21) que brotaba al pie de un gran roble. (22)

Además, las nociones de “estar a cubierto”, “silencio”, “cáscara y meollo” son familiares a la Masonería (23) y no debe sorprender que los autores modernos abordaran, con las mejores intenciones, el estudio de esta Orden. Por lo tanto, el significado espiritual está de tal modo ligado al objeto mismo del oficio que cualquier justificación parecería inútil, si las reglas aplicables a las modalidades de “representación” exterior de la Masonería no hubieran sido transgredidas en el curso de los siglos pasados, originando, por las incomprensiones inevitables,

una confusión paulatinamente agravada en el terreno de las acciones y de las ideas, llegando a desviaciones formales y a negaciones dogmáticas o doctrinales. (24)

Es fácil darse cuenta que la razón suficiente del oficio reside en la protección de algo o de alguien. Su vocación es esencialmente poner al abrigo del exterior y de las miradas, “ocultar”.

La edificación de una casa –aún la edificación a secas- realiza necesariamente, y por definición técnica, una separación. La gran obra, cerrada y cubierta, “interioriza”, y toda filtración exterior proviene de defectos en la construcción. Es pues evidente que en el plano simbólico la Masonería asume forzosamente un rol de conservación respecto de los elementos que contiene, refugiados en ella, elementos que devienen entonces relativamente “anacrónicos”, como la Masonería misma. Otro tanto sucede con todo “receptáculo” y todo oficio destinado a construir un revestimiento, ya se trate de un Templo, del Arca, del recinto sagrado o de la Ciudad Celeste. En esa perspectiva, por otra parte, no hay “concepción” o nacimiento espiritual sino en un medio cerrado, en la oscuridad, la caverna, la matriz, el silencio primordial, las tinieblas divinas, el “Principio”, el secreto. (25)

Nos encontramos aquí con un punto importante que merece reflexión; por una parte, debido a los desórdenes mentales de la época, a la vez causa y consecuencia de la incompreensión del secreto, del misterio y del silencio, y por otra, en virtud del lugar reservado a la Masonería en una sociedad tradicional completa y homogénea. (26)

Debemos decir que el orden tradicional es el árbol entero, corteza y médula. Es sólo por una limitación visual que el árbol es percibido bajo su aspecto externo solamente. El error inverso, con todo el peso de sus consecuencias, consiste en querer escindir la médula del árbol para aislarla como “cuerpo singular” y definirla como tal. En verdad, “lo interior” es interior por su misma naturaleza y de ninguna manera puede hacerse visible ni exteriorizarse. Si fuera de otro modo, la “médula” no sería sino un nuevo árbol, antagonista del primero, por afirmación de paralelismo o de superioridad. Toda “interioridad” que no solamente se exterioriza, sino que adquiere una forma, transgrede la “ley del árbol” que le permite ser lo que es. Al traicionar su función y perder su significado, deviene una planta parasitaria y cae bajo el hacha del leñador o bajo los golpes de pala del jardinero celeste.

El centro no se opone a la circunferencia, es su principio, y le otorga su existencia. Pero al hacerse círculo él mismo, deja de ser el centro (27). La luz fue creada para iluminar y no puede ser ocultada, así como la Palabra y la Doctrina son proclamadas al exterior, pero el Reino de Dios es interior y la plegaria dirigida al Padre se pronuncia en secreto.

“El día instruye al día, la noche da a conocer a la noche” (28), y no existe antítesis entre ambas perspectivas, sino complementariedad en la unidad.

Análogamente, en la individualidad humana no hay tres cuerpos, sino, según la concepción paulina, uno solo, carnal, anímico y espiritual. Afirmar la unidad del cuerpo no implica negar el Espíritu. Tampoco afirmar el Espíritu conlleva a disociarlo del conjunto único que es el hombre.

El árbol es uno. Sus ramas susurran con el soplo del viento. La médula (29) está en él, corazón y silencio, savia vital.

Más esencial aún que la médula y la savia (30) es el grano, el germen con forma de punto contenido en la espiga o en el fruto, que integra la totalidad de las potencialidades exteriores e interiores aún no develadas en forma visible.

El árbol entero está contenido en el grano. Toda la Escritura está comprendida en el Verbo Primordial. Todo el cosmos despliega el poder de Dios. Es posible que la Masonería consista en una “Palabra Maestra” del Arquitecto divino, en el Nombre del Eterno que es necesario conservar en el corazón para que germine y crezca como una semilla, para reunir sus miembros dispersos en un espiritual conjunto que es alimento para los compañeros. (31)

En la partición del Pan, de la Escritura, brota el Espíritu. La Escritura se entrevé en el ardor del corazón. El Maestro se descubre rompiendo el Pan (32) pero desaparece luego visualmente. La Cena de Emaus, rica en enseñanzas, si bien misteriosa, no viene acaso a sugerir, en la proximidad de la noche, luego de las fatigas del camino, la inefable identificación del

Vegetal santificado, de Dios hecho Hombre y del Nombre del Eterno? –“Cuando dos o tres se reúnan en mi Nombre, Yo estaré entre ellos”.

Y en ese mundo, del grano de mostaza al Reino de los Cielos, de Alfa a Omega, se eleva el árbol místico, que manifiesta la gloria de Dios y revela la dirección del Polo. (33) .

NOTAS

(1) Este instrumento juega ya un rol importante en el pitagorismo bajo la forma de Ascias. La hachuela de los leñadores y carpinteros representaba, para los pitagóricos el Logos identificado con Hermes de Cilene. Según Josefo y San Hipólito era usada también por los esenios. Al podar y pulir la madera, simbolizaba el poder del Logos de pulir y atenuar los impulsos de los sentidos y las pasiones. Del origen de esta raíz griega que designa la acción de ascesis proviene el término Mollu, la hierba de Hermes que protegió a Ulises contra los maleficios de Circe.

El Hacha devino, “por la sabiduría de San Ireneo, primero en Lyon, Luego en la Galia y finalmente en las Catacumbas de Italia y de Roma, una figura velada y perfectamente ortodoxa de la Redención, que el Verbo Encarnado (Logos), es decir, Dios hecho hombre en Nuestro Señor Jesucristo, ha venido a cumplir sobre la Cruz. Pero antes había servido de símbolo a todas las hermandades paganas, fueran devotas de Mitra o de Cilene, de Diana o de Isis, en las que el pitagorismo había nutrido su pensamiento”.

CARCOPINO, Jérôme, “De Pitágoras a los Apóstoles”, cap. “Las excavaciones de San Sebastián”, ed. Flammarion.

Notemos que la letra Y, símbolo de reconocimiento entre los pitagóricos, evoca por su forma a la vez al Ascias y al triángulo desarrollado del “Maestro Pasado”. Esta letra ha servido también, en representaciones medievales, para designar a las dos modalidades reservadas a los seres humanos en el Juicio Final.

En ese simbolismo, el Árbol de “lo Vivos y los Muertos” se identifica con el Árbol de la ciencia del Bien y del Mal, en cuyo tronco figura el Árbol de Vida o Cristo.

SALMO I.

(2) Ritual del “Santo y Real Arco de Jerusalén”

(3) La Rosa de los Rosa-Cruz, como también la Rosa heráldica, tiene cinco pétalos. La letra griega “épsilon”, inicial de Hermes, que representaba el Logos para los pitagóricos, tenía también un valor de cinco y designaba el “matrimonio espiritual”. Por esta razón, los gnósticos cristianos veían en esta letra un signo del misterio de la Encarnación. Recordemos, a propósito de ese número, que es el de la “quintaesencia”, y que Rabelais, buscador de la misma, dividió su Pantagruel en cinco libros dedicados, detrás de una apariencia deliberadamente truculenta, a la búsqueda de la “Médula Sustancial”. Es llamativo que el quinto libro contenga una alusión “central” al simbolismo vegetal. Las últimas explicaciones dadas en el “Templo de la diosa botella” otorgan a Ceres, diosa de la Agricultura y del Trigo, el reino visible de la superficie de la tierra, reservando el subterráneo y oculto a la “esfera intelectual” y al “fuego” del vino y de Dyonisos, partido de nuestra tierra y refugiado en la “botella trismegista”.

(4) El segundo grado está considerado, en general, como el grado “pitagórico”. Es muy sintomático que las antiguas “lecturas” de la masonería británica conserven la historia de la llegada a Europa de un legendario “Peter Growe”, que designa a Pitágoras. “Gran parte del simbolismo masónico deriva directamente del pitagorismo, por una cadena ininterrumpida a través de los Collegia Fabrorum”.

“La escuadra de lados 3, 4 y 5 y la Estrella de cinco puntas o estrella flamígera, idéntica al pentalfa, que era un modo de reconocimiento entre los pitagóricos, así como el mismo número cinco, atestiguan esta filiación”.

GUENON, René, “La Gran Tríada”.

El pitagorismo otorgaba una gran importancia al simbolismo vegetal y al uso de los vegetales.

“Si completamos el testimonio de Plinio el Viejo, por vago que pueda ser, con el de Ovidio en su XV Heroida, vemos una utilización de la botánica al servicio de la escatología pitagórica”

CARCOPINO, Jérôme, “De Pitágoras a los Apóstoles”, Flammarion, cap. I, “El pitagorismo romano”.

(5)GUENON, René, “La Gran Tríada”, cap. 25 “La Ciudad de los Sauces”

(6)Id., id., cap. 2 “Diferentes tipos de ternarios”

(7)Se pueden comparar el árbol Asvattha de India con el Atlas de nuestra mitología. El Yggdrasil de los escandinavos es también un árbol cósmico que abarca los tres mundos, lo mismo que el Irminsul de los sajones, definido por Rodolphe de Fulda como “Universalis Columna quasi sustineus omnia”. Para los altaicos, un abeto gigante sale del ombligo de la tierra para erguirse hacia la celeste morada de Bai-Ulgän; es la “columna del mundo, con siete ramas que al terminar parecen siete señales. Los bouriates, de Mongolia, colocan en el interior de sus carpas una estaca cuyo extremo sobresale del techo, y por medio de la cual los neófitos llegan al cielo...En China, la capital del perfecto soberano se encuentra en el centro del Universo, cerca del árbol milagroso “Leño Erguido”, donde se entrelazan las tres zonas cósmicas: cielo, tierra, infierno...En el arte asirio encontramos los árboles de vida; la tradición babilónica ubica, en el jardín de los Dioses, a un árbol cuyos frutos son piedras preciosas. La epopeya de Gilgamesh lo menciona, y Ezequiel alude al mismo en su oráculo contra Tiro (Ezequiel, XXVIII, 13-14) y en sus descripciones de la Nueva Tierra Santa en las que se inspira el Apocalipsis (Ap. XXII, 1-2)

(8) “Aspectos del Budismo”, op. Cit.

(9) “De Incarnatione”

(10) GUENON, René, “El Rey del Mundo”, cap. “Realeza y Pontificado”

(11) “El Árbol representa, tanto de un modo ritual y concreto, como místico y cosmológico, y aún puramente simbólico, el cosmos viviente, regenerándose sin cesar. Siendo la vida inagotable un equivalente de inmortalidad, el árbol Cosmos puede devenir, de hecho, a otro nivel: “el Árbol de Vida sin Muerte”. La idea de “centro” , de realidad absoluta –en tanto receptáculo de lo sagrado- está también implícita en las concepciones más elementales del “lugar sagrado”, en las cuales el árbol de vida está siempre presente... jamás un árbol de vida es adorado por sí mismo, sino por lo que a través de él se revela.

ELIADE, Mircea, “Historia de las Religiones” (Aspectos del Budismo, op.cit.)

(12) Símbolo próximo, o mejor, idéntico, al de la escala sagrada, que es, evidentemente, por referencia al Génesis, la escala de Jacob. La tradición siria amaba este símbolo.”El Cristo crucificado, dice Jacques de Sarug, se mantiene sobre la tierra como sobre una escalera de muchos peldaños. Occidente no lo ignora. De una manera aún más expresiva para nosotros, un antiguo misal sueco contiene esta plegaria a Cristo en el momento de la adoración de la Cruz: “Como por una escalera, condúcenos hacia las cosas celestes”. De manera análoga, Santa Catalina de Siena contempla, en una de sus visiones, a Cristo como un puente ubicado entre el Cielo y la Tierra. Desde luego, esa escalera, cuyo puente es Cristo, se yergue en el centro del mundo, desde la tierra hasta el cielo; no hay otro pasaje que el de ese centro, y Cristo en la Cruz es el único Mediador entre el hombre y Dios. También es el significado del símbolo de la montaña, del que ha dicho San Agustín: “Qué es esta montaña que escalamos, sino el Señor Jesucristo?” (“Aspectos del Budismo”, op.cit.)

(13) Hay un lazo natural entre el Árbol y el Libro; este último se componía antiguamente de laminillas de corteza de árbol o de hojas. La raíz “Liber” es la misma de “Libre” y “Libertad”, términos que califican un estado espiritual o las condiciones necesarias para la realización del mismo. Con referencia al simbolismo vegetal, recordemos que “Liber” era una divinidad latina, patrona de la fecundación y de la plantación, ulteriormente identificada con Dyonisos, Dios de la viña y de los misterios.

René Guénon señala, por otra parte, la analogía entre el “Liber Mundi” de los Rosa-Cruz y el “Liber Vitae” apocalíptico, así como también el vínculo entre el símbolo del Árbol y el del Libro: las hojas del Árbol y los caracteres del Libro, ambos representan, en efecto, a todos los seres del Universo (“Paraíso”, canto XXXIII, 85: “En sus profundidades vi reunidas por el Amor, en un mismo volumen, las hojas esparcidas del Universo”)-

(14) de LUBAC, H., “Exégesis Medieval”, tomo I, cap. II-Juan Scoto Erígena.

(15) Id., op.cit.

(16) de SAINT-VICTOR, Adam, “Himno de la Dedicación”

(17) de LUBAC, H., op.cit. tomo II, cap. VII “Sentidos de la Fe”

(18) GUENON, René, “El Rey del Mundo”, cap. “La morada de la inmortalidad”

(19) Id., “Apreciaciones sobre la iniciación”, notas del cap. “Mitos, misterios y símbolos”

(20) Id. Id.

(21) En las representaciones del Paraíso Terrenal, cuatro ríos se dirigen hacia los cuatro puntos cardinales a partir de la base del Árbol de la Vida, y en el simbolismo cristiano el Cordero reposa sobre el Libro sellado con los siete sellos, del cual descienden los cuatro ríos, simbolismo que también se encuentra en la “Orden Interior” del Rito Masónico Escocés Rectificado.

Entre los “Fedeli d’Amore” la fuente es llamada fuente de enseñanzas, lo que la relaciona con el “carozo” entendido como doctrina (GUENON, René, “El simbolismo de la Cruz”); es digno de señalar que la estructura vegetal localiza en las zonas axiales y centrales al “carozo”, donde se acumulan las reservas de tallos aéreos y subterráneos. Las estructuras óseas del reino animal acatan un orden “geométrico” similar.

(22) El roble era el árbol sagrado de Zeus, y sus bellotas, según la leyenda, habrían alimentado a los primeros hombres.

En Roma el roble estaba consagrado a Júpiter, de allí la costumbre de trenzar hojas de roble para recompensar a los héroes.

En la mitología griega, el carnero inmolado en honor a Zeus, luego de haber llevado por los aires a Frixos y Hele, fue suspendido de un roble por el rey de Cólquida y vigilado por un dragón. La búsqueda de este Vellochino de Oro constituía, como sabemos, la meta del viaje de Jasón y de la expedición de los argonautas; no es difícil descubrir la analogía con la búsqueda del Grial o de la Palabra Perdida. Es curioso que la victoria de Jasón se deba a la “participación provisoria” de Medea, la maga, familiar de Circe, cuyo rol conocemos en relación con Ulises, y que fuera neutralizada con ayuda de la hierba “Mollu”.

Encontramos también el Vellochino de Oro en el hermetismo cristiano y en los viajes legendarios de Christian Rosenkreuz. El Cordero figura pues en el simbolismo del Vellochino de Oro y en el de la Orden Interior Rectificada; ambas están bajo el patrocinio de San Andrés.

Señalemos, en fin, que el Roble, Árbol Real, fue a menudo considerado como emblema de “Protección Real”, y acaso la anécdota histórica no refiere que el “Royal Oak” (Roble Real) jugó un rol a favor de Charles Stuart en su huída de Inglaterra hacia Francia?

(23) Es cierto que los manuscritos “Old Charges” de la masonería inglesa anteriores al siglo XVII, no mencionan los “Secretos” y “Palabras y Signos” que no deben ser revelados. Se trata siempre de fuentes escritas limitadas a un país, donde la costumbre prevalece sobre los textos. Nada retrata mejor a una época en que la naturaleza verdadera del secreto era efectivamente comprendida; todo cuanto le concernía residía en la pura tradición verbal y los documentos se limitaban a la indispensable enumeración de reglas “sociales” destinadas a la disciplina moral y profesional. Desde esta perspectiva, la ulterior fijación manuscrita no representaría una “novedad”, sino que correspondería mucho más a la progresiva exteriorización de la institución cada vez más formal y “libresca”. También habría que tener en cuenta la cobertura ofrecida para el oficio por las Organizaciones destinadas a desaparecer en Occidente, cuya influencia pudo producir una nueva orientación en la masonería operativa.

(24) Si hay afinidades entre el oficio de constructores y la función de “poner a cubierto”, otro tanto sucede cuando, por una transposición en un orden más elevado, el oficio deviene un soporte de la realización espiritual.

Siguiendo este razonamiento, puede decirse que este tipo de realización, por elegir un soporte de tales características, implica una participación al menos virtual en lo “inefable” o lo “incomunicable”, lo que justifica el uso de un simbolismo que no tiene nada que ver con el bazar ocultista.

Creemos que estas nociones no hubieran sorprendido a un exégeta medieval.

(25) La incompreensión de estos temas nos parece reveladora de un estado espiritual nacido a fines del Medioevo. Pudo haber sido la mentalidad de un Nogaret coincidiendo con el deterioro de la Orden del Temple, víctima de sus propias riquezas y del abundante reclutamiento con un bajo nivel intelectual. Esta prestigiosa Orden no estaba manifiestamente afectada por los vicios de la época? Incapaz de sostenerse a nivel doctrinal, lo que podría por sí mismo justificar su rol, podía escapar al menos en la jerarquía oficial o visible de las confusiones, errores e ingenuidad, y por lo tanto de las astucias y artimañas de un poder temporal rapaz que buscaba arrebatarse su potencia?

Dicho así, y volviendo a nuestra época y al “Secreto Espiritual” o al “Silencio”, cómo serían comprendidas estas nociones por una civilización “audiovisual” que se complace en la vulgarización, el ruido y la propaganda, las confesiones públicas, el estado colectivo, la desnudez de los cuerpos y de las conciencias, etc... Ya no existen límites ni barreras... la misma familia, célula primera y sagrada, debe ser “abierta”, sus miembros dispersados, tanto en reuniones nocturnas como en los “albergues”... Cómo hablar entonces, o atreverse a hablar, de vida interior, de interioridad, de retiro del alma? Y la razón más poderosa: cómo evocar lo “secreto” sin identificarlo con lo que Jean Guitton llama justamente “una oscuridad practicada según recetas, para provocar aplausos en los ignorantes?”

Lo mismo que decimos del Secreto podría aplicarse a los “misterios” del Cristianismo, que algunos, en su furor por “desacralizar” todo, no evocan sin reticencia o malestar... Sin embargo, la liturgia de los Santos Misterios es la actividad central y vital de la religión cristiana. Pero, según la expresión de San León: “Cristo cumple en Sí mismo todos los misterios”. Rescatemos, para concluir, este pasaje de Dom Odón Cassel-OSB, monje de María-Lach: “Entendemos por misterio la noción muy amplia de “memoria” ritual... se puede definir entonces el misterio como una acción sagrada y de culto en la que una obra redentora del pasado se vuelve presente bajo un rito determinado. La comunidad litúrgica, al cumplir ese rito sagrado, participa del hecho redentor evocado y logra así su salvación”.

(“El misterio del culto en el Cristianismo”, Ed. du Cerf)

(26) Es evidente que en todos nuestros trabajos sólo consideramos a la Masonería tradicional, no a las caricaturas y deformaciones obedienciales.

(27) Las representaciones geométricas corresponden a un orden verdadero y expresan a su nivel una concepción metafísica. Están siempre al servicio en la búsqueda del Eterno, cuyo acercamiento intelectual favorecen solas, pero notoriamente. El error consiste en forjar, a partir de esas nociones de “centro” e “interioridad”, una suerte de religión “espacial”, finalmente limitada por el marco de un esquema mental.

No olvidemos que en el Cristianismo el conocimiento es brindado por el Cristo viviente, en Él y por Él. “Quien me vea, ve a mi Padre”. “Nadie va hacia el Padre si no es por Mí”. “El Padre y yo somos uno”. “Yo soy la Vida, la Vía y la Verdad”. El conocimiento supone además una superación de las esferas mentales, se realiza en la caridad, tal la definición de San Pablo. Debido a esto, la “Contemplación, lejos de ser un fenómeno de “des-mentalización”, aparece más bien como el “excessus mentis” en la perfecta terminología medieval. En cuanto al Amor, por su naturaleza extra-cerebral, es a la vez medio de conocimiento y realización del mismo.

Para no dejar el tema de las representaciones y facilitar la comprensión, agreguemos que el símbolo es como un puente entre el hombre y la Doctrina Divina, un pasaje intelectual central, un poco como el murmullo es el intermediario entre el Sonido y el Pensamiento, si bien no puede ser confundido con la naturaleza silenciosa del Pensamiento.

La pura Espiritualidad y el puro Conocimiento se pueden identificar. Ninguno de los dos puede ser asimilado a sus soportes y ambos demandan que el ser no se repliegue sobre ellos. La ascensión hacia las Puertas de lo alto está plena de riesgos y trampas debido al carácter elevado de los soportes y porque las realidades espirituales y la vida divina no se reducen a definiciones o ecuaciones... Es necesario dejar atrás, sin tregua, todo cuanto acá es un bien precioso, y allá es una red de pajarero...

Este es el rol del guía, del ángel de la Mediatrix Celeste, fuente de la Omnipotencia suplicante que da la gracia del discernimiento espiritual y la fuerza necesaria para proseguir el camino hasta la nítida Luz de la Verdad, allí donde Iluminación y Tinieblas superiores se aúnan.

(28) SALMO XIX (XVIII), 3.

(29) “Médula Iluminadora” de las Escrituras, “Médula Sustancial” de la Quintaesencia, “Médula del Árbol Sagrado y del Gran Tronco del Universo” (en ciertas iniciaciones del mundo africano, donde el simbolismo numeral en base a 11 se asemeja al de la masonería), lo mismo que términos que se refieren a la raíz “medulla”, a la idea del medio, de “Reino del Medio”, a la región “Axial”.

(30) La raíz italiana de la palabra “savia” –sapa- evoca la idea del Vino y del Sabor –sapere- y también la de Sabiduría, “Sapientia”.

Recordemos que en el Judaísmo la palabra para Vino es la misma que para Misterio (valor 70 = 7 x 10)

En el Cristianismo, la recepción del Espíritu “Septiforme” el día de Pentecostés confiere a once apóstoles el “Don de Lenguas” cuya apariencia es la de “embriaguez de vino dulce”.

Habría que prestar atención al significado de la cifra 7 y del “don de lenguas” en el simbolismo de los Rosa-Cruz.

(31) En hebreo, el nombre “Todopoderoso” o Shaddai se refiere al aspecto constructivo de la Divinidad, conteniendo en sus raíces las ideas de mamas, fecundidad vegetal y campos de trigo, y a veces ese nombre es considerado como el del Gran Arquitecto (“Antología Judía”, Ed. Fleg).

(32) Lucas, XXIV, 30-31

(33) Del Himno del Breviario Monástico en honor del patriarca San Benito:

“Oh Poder dominante
Que desde el Polo Celeste contempla el Universo
Recibe en la Paz los votos
Expresados por nuestros cantos y oraciones”

Señalemos para terminar que si los colores blanco y negro corresponden al Sonido y al Silencio, el Negro es también el color del Polo. Por lo demás, la denominación del Polo en la antigua cartografía (Sala de Mapas Geográficos del Palacio della Signoria en Florencia) era “Roca Negra Muy Alta “ (Rupes nigra et altissima).

CAPITULO II

RITOS Y DESARROLLOS MASONICOS

I – SIGNOS Y SIMBOLOS

El tesoro de la herencia masónica comprende tres clases de símbolos:

- Los símbolos “visuales” (Cuadro de Logia, adornos, joyas, etc.).
- Los símbolos “sonoros” (Palabras de pase, palabras sagradas, leyendas de los grados, etc.)
- Los símbolos actuados, que son propiamente los ritos

Si los símbolos visuales se desarrollan generalmente en el espacio, como todo el arte plástico, los símbolos sonoros, por el contrario, se despliegan en el tiempo. Los ritos tienen a su vez como campo de expansión:

- El espacio: de Oriente a Occidente, del Norte al Mediodía, del Zenit al Nadir
- El tiempo: de Mediodía a Medianoche plena, lo que, dicho sea de paso, confiere a la Masonería de los tres primeros grados un carácter algo aparente de “cosmología sagrada”

En qué consisten los ritos? Esencialmente en “gestos”, a los que la Masonería da el nombre de “signos”. (1) sin apelar a la “Teoría del Gesto” propia de las doctrinas hindúes, encontramos en las lenguas occidentales un doble significado de la palabra “gesto”: ante todo, el de acción o acto, como los “Gesta Dei per Francos” de San Gregorio de Tours, y el de “generación” o creación, como en la palabra gestación, derivada de “gesto”. De esta manera, el rito aparece como un acto creador, o por lo menos como el regreso a un gesto o acto creador primordial, arquetipo que se manifiesta por el Poder Absoluto del “Gran Arquitecto Divino”, ordenador del mundo.

Si nos basamos en las instrucciones y lecturas del primer grado del Rito Emulación, entendemos que los signos son “innumerables”, pero pueden reducirse a cinco: gutural, pectoral, manual, vocal y pedestre.

Destaquemos que el signo gutural sirve para reconocimiento, el pectoral representa la fidelidad, el manual constituye el toque, el vocal comunica la palabra y el pedestre se utiliza en la marcha. Estas definiciones provienen, es cierto, del Rito de York, pero son de aplicación general.

El signo de fidelidad, conocido sobre todo en la Masonería inglesa, cierra, por decirlo así, los trabajos, en tanto que el signo de reconocimiento los abre. Alude a la Ley del Secreto y corresponde, en cierta medida, al juramento de silencio “pitagórico” de los ritos latinos, sin ser sin embargo una mera representación.

En cuanto al signo vocal, no es la palabra de grado. Designa la manera de solicitar y otorgar la palabra. Este proceso, bastante complejo, está por otra parte ligado al toque y varía según el grado. No deja de tener relación, nos parece, con la “Ciencia de las Letras”, conocida en muchas otras tradiciones, y puesto que permite formar palabras uniendo las letras, se hace eco del mandamiento masónico de “reunir lo disperso”.

Observemos que el signo vocal utiliza el oído, el manual el tacto. El toque es definido como un conjunto de signos manuales por medio de los cuales un Hermano puede ser reconocido por otro, no sólo a la luz del día sino “en las tinieblas de la noche”. En cuanto a los demás signos, su revelación apela al sentido de la vista.

La importancia de la audición, de la visión y de la sensibilidad se revela en Juan, en su Primera Epístola, a propósito del conocimiento divino, cuando escribe:

- “Lo que existía desde el principio,
- “Lo que hemos escuchado,
- “Lo que hemos visto con nuestros ojos,
- “Lo que tocaron nuestras manos acerca del Verbo de Vida...” (2)

Por otro lado, la importancia del signo vocal y la superioridad del sentido del oído sobre el de la vista, no se deducen de las palabras de Cristo a Tomás luego de la Resurrección: “Porque tú me ves, crees. Bienaventurados quienes no han visto y creen.” (3) Estas palabras son retomadas por el Rito Rectificado en la iniciación, al momento de la prestación de juramento sobre el Evangelio de San Juan.

Surge aquí la pregunta: si los signos masónicos se reducen a cinco, son sin embargo “innumerables”? Esta expresión manifiesta de hecho la idea de que los signos “están más allá del número”, y que todo en la Masonería parece ser “signo”; consecuentemente, no habría nada sin significado.

Mencionemos, como ejemplo, que en el primer grado del Rito Emulación, luego de que la luz le es restituida al candidato, los Hermanos golpean sus manos al unísono con el mallete del Venerable Maestro. Para asegurar la unión y simultaneidad se estiliza que El Venerable Maestro ejecute tres movimientos con su mallete antes de dar el golpe final, de tal modo que los Hermanos puedan contar visualmente 1-2-3; se puede pensar que es un gesto banal, pero al reflexionar sobre esto, no parece que el desplazamiento del mallete traza en el aire una línea quebrada, como la letra “Z”, y evoca así el rayo? Podría ser un equivalente del “trueno” en los rituales latinos, que en la iniciación marca la calidad de “hijo del trueno” conferida al nuevo Hermano de San Juan.

Y si no hay nada sin significado en la Orden Masónica, es necesario decir que esta afirmación debe ser tomada literalmente, no sólo en lo que concierne a “lo escuchado, visto o aceptado” en el Templo, sino también en lo referente a todo cuanto atañe a las experiencias y eventos de la vida del “Masón”. La Logia es, en efecto, el símbolo del mundo, pero el mundo es un Templo universal. (4)

Volviendo a los signos, notemos que los Masones de habla inglesa hacen corresponder los signos que hemos enumerado con las virtudes cardinales. Es así que la marcha corresponde a la Justicia, y nada más adecuado, si recordamos las citas bíblicas en que se habla de marchar por los “senderos de la justicia”, o de ciertos justos, como Enoch, por ejemplo, “que marchaba en presencia de Dios”. El toque del signo manual corresponde a la Prudencia, el pectoral a la Fuerza, el gutural a la Templanza, que debe ser entendida aquí con el sentido de “disciplina de la garganta, tal como la consideraban los pitagóricos, es decir, moderación en la palabra y aceptación del silencio.

Podemos preguntarnos por qué el signo vocal no está en la lista citada. Es que, si hablamos de una primacía del signo vocal sobre los otros, del sonido y del oído entre los cinco sentidos humanos –recordemos al respecto que el grito es la primera manifestación del recién nacido y precede a la vista, mientras que el oído es el último sentido que mantiene el moribundo- podemos decir de ahora en más que el signo vocal corresponde él sólo a las virtudes teologales que dominan enteramente a las cardinales.

En efecto, la “Voz” se relaciona con el “Verbo”, con la “Palabra”, es decir con el “Theos” o Dios. A lo largo de los sucesivos grados de la jerarquía masónica, el signo “vocal” constituye una suerte de aprendizaje de la pronunciación de esa Palabra que es el Nombre mismo de Dios.

Desde otro punto de vista, observemos ahora que el signo de fidelidad es propio del grado de aprendiz. Los otros cuatro signos varían según el grado y su revelación constituye siempre uno de los puntos esenciales del Ritual de recepción de los distintos grados, llamado “comunicación de las palabras de reconocimiento”.

Queremos dejar de lado por el momento la marcha, el toque y el signo vocal, y plantear algunas reflexiones sobre el primero de los signos enumerados al comienzo de este estudio, que llamamos indiferentemente “signo de reconocimiento” –ligado al gutural en el primer

grado- o “signo penal” porque alude a la “penalidad” mencionada en la “imprecación” o tercera parte del juramento de cada grado.

II. PASAJE AL DOMINIO COSMICO

Observemos ante todo que este signo de reconocimiento, llamado a veces signo de “grado” debido a su importancia y a la frecuencia con que se lo ejecuta, responde a la definición general de los signos masónicos, que por alusión a la escuadra, al nivel y a la plomada, emblemas de los tres principales oficiales de la Logia, precisa que los signos se realizan por “Escuadra, Nivel y Plomada”. Por este motivo, el “Nivel” se representa a nivel de la garganta en el primer grado, del corazón en el segundo y de las caderas en el tercero.

Es, entonces, gutural en el grado de aprendiz, cardíaco en el de compañero y umbilical en el de maestro.

Este signo es manifiestamente umbilical en la Maestría, en el Rito Escocés Rectificado y en ciertas variantes del Rito de York. Sin embargo, en otros casos el signo se hace de una cadera a la otra, pasando también necesariamente por el ombligo. Nos vemos obligados a formular una extraña conclusión: la parte del cuerpo humano involucrada es cada vez más baja, a medida que se avanza en la Masonería Azul.

Como se puede inferir fácilmente, el problema no ha dejado de intrigar a ciertos autores que han estudiado los ritos masónicos. Si se admite que la garganta y el corazón corresponden a dos centros sutiles del organismo humano, descritos por la tradición hindú y practicados por el tantrismo, no resulta sorprendente que esos autores hayan visto la relación, muy interesante por otra parte, entre los ritos masónicos y los ritos orientales. Pero si tomamos al pie de la letra todas sus conclusiones, la Masonería de los tres primeros grados constituiría finalmente una especie de “descenso a los infiernos”, lo que no puede ser admitido sino en muy limitada medida. De hecho, es bien cierto que los signos de la Masonería simbólica revelan un descenso, pero al mismo tiempo manifiestan una ascensión de otro orden, “macro-cósmica”, de tal modo que se podía comparar, con justicia, la vía masónica con el viaje de Dante.

Para la mejor comprensión de este enfoque, apelaremos a la teoría astrológica, según la cual los planetas tienen una correspondencia con los órganos internos del cuerpo, mientras los signos del zodiaco corresponden a las partes externas. Así, Aries corresponde a la frente, Tauro a la garganta, Géminis a los brazos, Cáncer al pecho, Leo al plexo solar, Virgo a la parte superior del abdomen, Libra a la parte sub-umbilical, Sagitario a los muslos, Capricornio a las rodillas, Acuario a las pantorrillas y Piscis a los pies.

Subrayemos que el ombligo está visiblemente relacionado con Libra. Representa el eje de la Balanza, y las caderas las extremidades de la barra. Recordemos el rol que juegan las caderas y el centro del abdomen en los movimientos de balanceo de la mitad superior y la mitad inferior del cuerpo, movimientos que constituyen la esencia misma de la danza tradicional, como pudimos verlo en nuestro viaje a Oriente, en la liturgia cristiana de Etiopía e inclusive en la liturgia católica mozárabe que se realiza en la catedral de Toledo. El balanceo rítmico centrado en el ombligo sucede en la liturgia católica a cada “Gloria”, y en la liturgia ortodoxa acompaña la invocación del Nombre de Jesús, en forma de “rogativa”.

La serie de correspondencia que acabamos de establecer muestra también que los signos zodiacales corresponden sobre todo a la parte central del cuerpo, no a las extremidades. La idea de abundancia, de plenitud, está ligada a la noción de centro, mientras que el empobrecimiento o la debilidad subyacen a la extensión y se relacionan con la noción de circunferencia.

Ahora bien, acotando nuestra investigación, observemos que los signos de reconocimiento en los tres primeros grados se ejecutan sobre las partes del cuerpo que corresponden a los signos de Tauro, Cáncer y Libra.

Tauro es un signo de tierra, Cáncer de agua y Libra de aire, según las concepciones herméticas. Vemos entonces que el descenso corporal de los signos en la Masonería azul

condiciona una elevación cada vez más sutil en el orden de los elementos cósmicos. Por lo tanto, es lógico que después de la “muerte de Hiram” y la elevación a la Maestría, los signos sean por una brusca inversión ejecutados en dirección a la parte superior de la cabeza. Tan pronto como se realiza el pasaje “de la escuadra al compás” los signos tienden hacia la “llave de bóveda” o piedra cimera, y corresponden a un desplazamiento del terreno cósmico, agotado en sus elementos. Se trata de un “pasaje solar” indicado por los signos de los “side degrees” complementarios o superiores a la Maestría, signos relacionados con el oído, la vista y el “lugar del cráneo” o “magnífico lugar” (N. de la T.: en francés, cráneo y magnifico tienen la misma ortografía).

Este es el sentido de la progresión en Masonería. Hemos señalado también que los eventos de la vida masónica constituyen igualmente signos “cargados de sentido”. Deben marcar las etapas de una progresión análoga a la de los signos.

De hecho, el ejemplo más contundente de esto es el que ofrece el sistema practicado en las Logias masónicas británicas, que consiste en ofrecer sucesivamente a los Hermanos los distintos “oficios” o funciones, desde el de Maestro de Banquetes hasta el de Venerable Maestro, que “gobierna por la escuadra”. Así, el oficio final es también el central, lo que nos lleva a las ideas de “centro del cuerpo”, del ombligo (la escuadra evoca el cuerpo doblado en dos).

Desde esta perspectiva, la Logia puede ser concebida como una rueda: un ciclo horizontal, en el cual el Venerable Maestro es el centro, y los oficiales son los rayos. Cuando el Venerable Maestro instala a su sucesor en el “Trono del Rey Salomón” y recibe él mismo los secretos del “Maestro Pasado Inmediato”, deja el centro de la rueda y pasa al eje vertical ya recorrido por sus predecesores. El cubo en el centro de la rueda es así la “huella del eje vertical” sobre el plano de la Logia. Es el momento en que el Venerable Maestro, continuando con su participación en la rotación de la rueda, ha terminado de instalar a su sucesor, ha terminado su obra maestra, ha cumplido en verdad su periplo simbólico en la Logia y accede al reposo o paz sabática. Su permanencia en la Logia, de allí en más, deviene un acto de presencia no activo. Ayuda a determinar la rotación de la rueda y el desempeño de su sucesor, pero no actúa ya directamente y progresa en las funciones verticales en el seno de la “Gran Logia”.

Desde luego, se entiende que el acceso a los capítulos del “Santo y Real Arco de Jerusalén” haya sido reservado en el pasado sólo a los “Maestros Pasados”. Era preciso que los Venerables Maestros que dirigían por la Escuadra hubieran alcanzado por su “Huella” ese eje vertical de los “Maestros Pasados”, que hubieran recibido el triángulo de Pitágoras desarrollado, para ser “exaltados” y elevados, merced a un seguro cordón, por la piedra cimera. De esta manera, el proceso de las funciones en la Masonería anglosajona brinda naturalmente al masón, mediante el cumplimiento de los ritos, una posibilidad de “realización” latente, despertando todo cuanto puede ser despertado.

Cada rito tiene su valor y sus razones suficientes, sus particularidades, pero el fin permanece inalterable... no es otro que el retorno consciente al Origen uno y eterno.

III. LA BUSQUEDA DE LA PALABRA

Hemos visto anteriormente que el “signo vocal” puede ser considerado como un “aprendizaje” de la pronunciación de la “Palabra”. Es decir, que el “Nombre divino” o “Palabra” juega un rol esencial en la Masonería, por lo que nos parece de utilidad dedicar algunas líneas a este tema.

En realidad, la Masonería incorpora en sus rituales muchos “Nombres divinos” del antiguo y del Nuevo Testamento (6), pero se refiere sobre todo a “Dios Todopoderoso”; Poderoso implica la idea de proporción cósmica y designa por lo tanto al Ordenador del Universo, el “Gran Arquitecto Divino”.

Simbolizado por las letras hebreas de las “palabras sagradas” de los tres primeros grados, por la escuadra del Venerable Maestro en el Rito Escocés, por el triángulo de “Maestro

Pasado” en el Rito de York, netamente revelado en ciertos “side degrees” o altos grados de la Masonería británica (7), comunicado abiertamente por un lado y al mismo tiempo “enmascarado” por el valor numérico de la fórmula trinitaria “Padre, Hijo y Espíritu” en los Ritos del “Santo y Real Arco de Jerusalén” y acorde con la función “profética” del “Triple Poder” (8), ese Nombre divino es, si no el más elevado y empleado, al menos uno de los más misteriosos que conoce la Masonería de Salomón y Zorobabel. Bajo la fórmula simplificada de “Poderoso”, el Nombre es sugerido por las tres rosetas y las catorce borlas de los mandiles de Maestros del Rito de York y por el lema –curiosamente extraído del Salmo 115- de tres palabras y catorce letras de los Rituales Templarios.

Señalemos que en el Judaísmo el “Dios Todopoderoso” es ante todo y sobre todo una teofanía patriarcal (9). Nombre evocado por el oráculo de Balaam (10), se aplica por un lado al aspecto devastador del Juicio divino el “Día del Señor” (11), y por otro se refiere al “Trueno de la Voz Divina” al pasar a la “Gloria”.(12).

Se trata, entonces, del Nombre puesto en concordancia con la “Piedra de Israel” y aplicado a la bendición de José (13). Reducido a la categoría de “Poderoso” es citado más de treinta veces por Job, profeta no judío y no prosélito, pero “de raza idumea, nacido y muerto en esa región” (14). Bajo esta forma lo encontramos aún en el centro del Escudo de David o Sello de Salomón, e impuesto como una marca en la frente y en las manos de los judíos piadosos y sobre el dintel de las puertas de sus casas. Finalmente, si se oculta en los tres nombres del Esquema (Adonai, Elohenou, Adonai), relacionados con los tres brazos de Shin compuestos por catorce letras hebreas, se devela en el valor de las iniciales de la plegaria central del Judaísmo, que es el Plan Israel: “Adonai Elohenou, Adonai Echad” y que Cristo ha retomado bajo la forma del primero de los Mandamientos. (15)

Es preciso observar que la Masonería admite, en otros grados, templarios o rosacruces, el monograma “IHS”, el Nombre de Cristo “Emanuel”, (al cual responde la Paz Profunda o Amén), así como el nombre hebreo de “Salvador” del cual proviene “Jesús” y el llamado de Hosanna en el Sanctus de las misas latinas (17).

Es cierto que entre todos esos Nombres divinos existen “relaciones” que traducen los equivalentes numéricos o las similitudes numéricas de las letras. Es así que el Dios altísimo El Elyon tiene el mismo valor que el Nombre de Cristo “Emanuel”, o sea 197 (18). Pero en el “segundo grado” decimos que El Elyon = Emanuel = Joshua = 17, y en el tercer grado, El Elyon = Emanuel = Joshua = Shaddai = Jehovah = 8, la cifra de las Bienaventuranzas. (19)

También es digno de ser señalado que la “diferencia numérica” que subsiste entre el nombre sintetizado de Jesús y el del “Dios Todopoderoso” corresponde al nombre de Elías “Mi Dios”, tal como fue proferido por Cristo en la cruz. Las letras Shin, Iod y Daleth, por lo tanto, pueden designar en hebreo al símbolo de las “Tres Manos” unidas, lo que hace pensar en un “secreto” concerniente a la técnica de evocación de los Nombres, secreto comunicado y utilizado en el “Santo y Real Arco de Jerusalén”, así como en ciertas representaciones medievales de la “Santa Trinidad en un solo Dios”. Las mismas letras, por otra parte, son formadas por la posición de los dedos en el gesto de bendición de la Iglesia oriental.

Nos planteamos entonces la siguiente cuestión: “Dios Todopoderoso”, cuando el calificativo no se aplica al Padre, acaso se refiere en el Cristianismo a Cristo, o a la Trinidad? Cuestión que no carece de importancia, con algunas consideraciones, para los masones cristianos.

De hecho, en la liturgia católica la bendición de Dios Todopoderoso se refiere al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y San Agustín escribió: “...Trinidad a causa de la propiedad de las personas, un solo Dios a causa de la divinidad inseparable de la Omnipotencia; y sin embargo cada Persona en particular es Dios y todopoderoso, y todos en conjunto no son ni tres dioses ni tres todopoderosos...” (20).

Ahora bien, no hallaríamos como una alusión al “Todopoderoso” en esas “tres veces catorce generaciones” que jalonan la genealogía de Jesús en San Mateo, y se unen alrededor de los Templos de Salomón (21) y Zorobabel, o del que no fue construido por manos

humanas y será reconstruido en tres días? Esas tres veces catorce generaciones que necesitan “decir algo” (22) y unen ambos Testamentos y los Templos para arribar a la Piedra Cimera.

No es acaso también una alusión al Todopoderoso la que encontramos en la curiosa disposición de las proposiciones sobre las bandejas en la misa del rito bizantino? Sin duda, esta “cuestión” simbólica basada sobre los números, admitida por las tradiciones orientales, podrá sorprender a alguien cuando se aplica al Cristianismo. Pero bastaría recordar la patología griega, que ha visto en los trescientos dieciocho servidores de Abraham una prefiguración del nombre de Jesús, y aún la búsqueda de San Agustín en las predicciones de la sibila de Eritrea (23), para estar seguros que no se trata de ninguna manera de una mera especulación.

Para volver a la personalización de la “Omnipotencia”, no olvidemos las palabras de Cristo en San Mateo, XXVIII, 18-20, citadas precisamente en la liturgia de la fiesta de la Santa Trinidad: “La Omnipotencia me ha sido dada, tanto en el cielo como en la Tierra”; y cómo no citar, en fin, la plegaria del Hermano Aymerie, de la diócesis de Limoges, durante la comparecencia de los Templarios ante los procuradores en 1310(24): “Señor Jesús, Cristo Santo, Padre Eterno y Dios Todopoderoso... Redentor, Salvador clemente y misericordioso...Dios Todopoderoso y Eterno, que tanto amas al Bienaventurado San Juan Evangelista, tu Apóstol, que lo dejas reposar sobre tu corazón en la Última Cena; que le revelas los secretos celestes, y en la Cruz en la que yaces para salvación del mundo, le encomiendas a Tu santa Madre y Virgen, en cuyo honor ha sido fundada nuestra Orden... Dios Todopoderoso y Eterno que has iluminado al Bienaventurado Jorge, Tu valiente caballero y Santo Mártir... por la Gloriosa y Bienaventurada Virgen María, Tu Muy Santa Madre, en cuyo honor ha sido fundada nuestra Orden... Tú que siendo Dios vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén!”. (25)

Esta “plegaria de los Templarios en prisión”, fundamentalmente cristocéntrica, pone el acento en la “Omnipotencia” encarnada en el Señor Jesús lo suficiente como para responder a la cuestión planteada anteriormente y para indicar cuál es el “Puente” entre la Masonería y el Cristianismo, cuál es la “Cima” del edificio y, al mismo tiempo, cuál es el fin del proceso espiritual de los “Constructores”. (26)

NOTAS

(1) LUCAS, XXIV, 16 y Juan, XX., 19. Los discípulos reconocen al Señor por una “palabra” o un “signo”

(2) JUAN, I, 1

(3) JUAN, XX, 28-29

(4) Según la conocida fórmula: “Los Hermanos de la Rosa-Cruz se reúnen en el Templo del Espíritu Santo que está en todas partes”.

(5) En el Cristianismo, la Debarah o Palabra Divina que existía al comienzo se hizo carne. Está personificada corporalmente. De allí que el “rito central” del Cristianismo sea “en memoria” o “recuerdo del Verbo”, la comunión con la Carne y la Sangre del Señor. Puede decirse que el Mandato de Cristo luego de la institución de la Cena, “Haced esto en mi memoria”, si bien es imperativo y esencial, no excluye la invocación del Nombre, como podemos comprobarlo en los siguientes textos:

HECHOS, IX, 21: “...No es éste quien en Jerusalén se encarnizaba con los que invocaban ese nombre (el de Jesús)?”

HECHOS, IX, 14: “...y está aquí con plenos poderes otorgados por los Grandes Sacerdotes para encadenar a todos los que invoquen tu nombre (el de Jesús)?”

FILIPENSES, II, 9-11: “Por lo cual Dios lo ha exaltado y le ha dado el Nombre que está por encima de todo Nombre, para que todo se someta ante el Nombre de Jesús, en lo más alto de los cielos, en la tierra y en el infierno”

ROMANOS, X, 8-13: “Cerca de Ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón... si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón... serás salvo... Uno mismo es el Señor de todos, rico para todos lo que lo invocan. Pues todo el que invoque el Nombre del Señor será salvo.

HECHOS, IV, 8-12: “...Es por el Nombre de Nuestro Señor Jesús de Nazaret... es por Él, que es la piedra que vosotros los constructores habéis desechado y se ha convertido en piedra angular, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres, por el que debemos salvarnos”

LITURGIA de la COMUNION, misa latina: “... Tomaré el Cáliz de Salvación e invocaré el Nombre del Señor”

- (6) Además de los veintiún Nombres divinos de los antiguos “Tejadores”, hay en los rituales otros nombres hebreos, latinos y griegos.
- (7) Y en el 32º Escocés, bajo la forma simplificada de “Shaddai”... Es en este grado que figura también la invocación “Ad Majorem Dei Gloriam”, que es la de la Compañía de Jesús.
- (8) Sabemos que el Ritual de Arco Real hace corresponder, a cada uno de los “Poderes”, una parte de la triple exclamación angélica: “Gloria a Dios en las Alturas, Paz sobre la tierra, Buena Voluntad a los hombres”, privilegiando la “función real” según la perspectiva del “Arte Real”, pero reservando un lugar central, entre el Sacerdocio y la Realeza, a la “función profética”.
- (9) GENESIS XVII, 1; XXVII, 3; XXXV, 11; XLIII, 13; XLVIII, 3 y sobre todo EXODO VI,2
 - (10) NUMEROS, XXIV, 4 y 16
 - (11) ISAIAS, XIII, 6
 - (12) EZEQUIEL, I, 24 y X, 4. Ese doble aspecto de un Nombre, a la vez destructivo y vivificante, justificado metafísicamente en la complementariedad de Justicia y Misericordia, está ya esbozado en las raíces del Nombre que designan tanto la fecundidad, los campos, el pecho nutricio, como la devastación y la ruina, incluso los “demonios”. Se trata de la “doble” fuerza.
 - (13) GENESIS, XLIX, 24-26
 - (14) SAN AGUSTIN, “La ciudad de Dios”
 - (15) MARCOS, XII, 29

(16) En la Iglesia, podríamos ver una alusión al “314” bajo la forma de “gloria divina” en ciertos ritos del “Oficio de Tinieblas” del Jueves Santo. Hasta ahora, la liturgia hacía colocar en el centro del coro un candelabro triangular sobre el cual se ubicaban quince cirios encendidos, que se apagaban uno tras otro, salvo el último y más alto, luego de recitar cada uno de los catorce saludos del servicio. Solo quedaba al terminar el mismo, el 15º cirio encendido, que se ocultaba detrás del altar (al Oriente), que representaba la Luz Eterna triunfando sobre la muerte.

“En el momento en que se recuerda la muerte del Salvador, cuando reinaban las tinieblas en torno de la cruz, el sacerdote da algunos golpes sordos sobre las sillas del coro, que representan los temblores de tierra en la noche del Gólgota o en la mañana de Resurrección, simbolizada por el la vela encendida, que en ese momento se vuelve a colocar sobre el altar”.

(Misal Vespertino Romano, D. Gaspar Lefebvre, Ed. 1931)

Las catorce luces del candelabro triangular representarían la gloria visible de Cristo y no la “totalidad divina” de Emanuel.

(17) “Hoschiya-na” es “Danos la Salvación!”, “Ven, Salvación!”. Fórmula extraída del Salmo 118, el mismo que en el versículo 22 especifica que “...la piedra rechazada por los constructores se convirtió en Piedra angular”. Recordamos también que los Nombres de “Jesús-María” constituían la invocación de San Bernardo y de Juana de Arco, y que el Nombre de Jesús era invocado sin cesar por San Ignacio de Loyola.

(18) GUENON, René, “El Rey del Mundo”

(19) Es curioso que la suma de los primeros diecisiete números enteros dé “ciento cincuenta y tres”, cantidad de las “Ave” del rosario y de los “peces” de la pesca milagrosa, y por consiguiente también el número de las invocaciones de Jesús y María en el rosario completo. En cuanto al número “ocho”, Orígenes lo define como continente de la esencia de la Resurrección y como símbolo del mundo futuro, y San Agustín ha visto en el octavo día eterno el reposo, no sólo del espíritu, sino también del cuerpo.

En cuanto al “3, 1, 4”, número de “Shaddai”, podemos encontrarlo también según los procedimientos de la guematría en el conjunto de tres letras que individualmente tienen valor “entero”. También en las tres letras “madre” del alfabeto hebreo, “Aleph-Mem-Shin”, 1-4-3, y aún en las letras “Aleph-Lamed-Mem” = 1, 3, 4, que forman la raíz de los nombres “Almanah la Viuda” y “Almah la Virgen”, para quien “el Todopoderoso ha hecho grandes cosas” (Magnificat)

(20) “La ciudad de Dios”, libro XI, 24

(21) MATEO, I, 17. Señalemos que tres veces catorce da cuarenta y dos, número formado por las letras hebreas Mem y Beth, que figuran en el mandil del tercer grado del Rito Escocés antiguo y Aceptado.

(22) El canónigo CRAMPON explica en sus notas que San Mateo quiso incluir toda la genealogía de Jesús en un cuadro sistemático, en el que cada período compuesto por catorce generaciones reproduce dos veces el número siete, sagrado entre los hebreos.

Citémos también a ORIGENES, que señala que las cuarenta y dos estaciones que hicieron los hebreos en el desierto antes de arribar al Jordán en busca de la Tierra prometida, representan un doble misterio: “Cristo descendió hasta nosotros a través de cuarenta y dos ancestros carnales y de otras tantas estaciones, y a través del mismo número de estaciones los Hijos de Israel llegan al sitio donde comienza a concretarse la promesa” (27º Homilía sobre “Números”)

(23) “La ciudad de Dios”, libro XVIII, 23. Subrayemos que la Santa Virgen representa, respecto de Cristo, la “Omnipotencia Suplicante”.

(24) A título de curiosidad, notemos que la alianza entre Escocia, representada por Robert Bruce, “protector” de la Orden benedictina, y los Templarios, se relaciona con la victoria de Bannockburn, que tuvo lugar el día del solsticio de verano de 1314, que podemos leer, como el 515 de Dante, “un trescientos catorce”.

(25) OLLIVIER, Albert, “Los Templarios”, Ed. Du Seuil, 1958 (texto publicado en el apéndice, pág. 71)

(26) Es necesario precisar aún que el “fin de la construcción”, el Templo acabado, es el equivalente, en su orden, de la “posesión de la Tierra prometida”. El prolongado trabajo de

edificación, pleno de dificultades y obstáculos, corresponde a la marcha de las tribus en el desierto. Ahora bien, es interesante observar que no es Moisés –cuyo nombre tiene el valor numérico de dios Todopoderoso- quien llega a penetrar en Tierra Santa (“Tú no atravesarás ese Jordán... Es Josué quien lo hará –delante de ti-“(DEUTERONOMIO, XXX, 1 y 3), pero Josué, hijo de Nun, “el hombre en quien mora el Espíritu” (NUMEROS, XXVII, 18), “pleno del espíritu de Sabiduría” (DEUT. XXXIV, 9), quien en Gabaon detiene el sol y la luna (JOSUE, X, 10-15), prefigurando la victoria de Jesús en la Cruz, bajo el sol y la luna inmóviles. Precisamente, el hijo de Nun se llamaba “Salvador” –Hoshea- y su nombre fue transformado en Josué, Joshua, forma hebrea del Nombre de Jesús (NUMEROS, XIII, 16-17). El Número de ese Nombre -391- es también el de la palabra “Liberación” en hebreo, y está formado por la suma de los números de “Dios Todopoderoso” y de “Mi Dios” o Elías.

CAPITULO III

SIMBOLISMO NUMERICO

EL SEPTENARIO

El simbolismo del septenario ha sido objeto de tantos comentarios, que dudamos en retomar este tema.

Parecería que los textos relativos al nexo entre el simbolismo masónico y la liturgia cristiana abren la puerta a nuevos desarrollos sobre los significados del Número misterioso.

Precisemos, pues, para comenzar, que el septenario admite dos tipos de exposición: como representante del “Centro” del senario, del cual es principio y fin –es el caso del reposo sabático, de la batería del grado escocés Rosa-Cruz, del punto de origen de las seis direcciones del espacio, del punto de intersección de las líneas del crisma de Constantino o del Águila bicéfala-, o como adición del Ternario y del Cuaternario, como sucede, por ejemplo, en el caso de las siete virtudes cristianas y de la piedra cúbica en punta.

Es bajo esta segunda forma que nos proponemos estudiar el septenario.

Sabemos la importancia que reviste en Masonería el símbolo de la “Piedra Cúbica en punta”, tanto en razón de su significado alquímico (1) como por su parentesco con el número del Tetragrama. René Guénon nos ha hecho ver, en un artículo de “Estudios Tradicionales”, que el primer número triangular de valor 10 -la Tetraktys: $1 + 2 + 3 + 4$ - domina el cuadrado de base 4 y de valor “cuadrado” 16, y forma con él el número 26 ($10 + 16$), valor numérico del “Nombre Divino por excelencia”, nombre que figura también en el “Delta luminoso” de la Masonería, en vitrales y esculturas de iglesias y a menudo, aún, sobre el Tabernáculo de los altares.

Por otro lado, la unión del Ternario y el Cuaternario aparece fuerte y claramente en la distribución que la Iglesia hace de las siete virtudes, distinguiendo tres “Virtudes teologales” y cuatro “Virtudes cardinales”. Ahora bien, si recordamos que las Organizaciones herederas del Temple, como los “Fieles de Amor”, han dado un lugar preferencial al simbolismo de las siete virtudes (2), nos inclinamos a pensar que hay “razones profundas” que sería interesante esclarecer.

La misma yuxtaposición de las palabras “teologal” y “cardinal” evoca la unión del “Cielo”, triángulo divino, con la tierra, de forma cuadrada. Al igual que en las antiguas iniciaciones, los “grandes misterios” sucedían a los “pequeños misterios” y consumaban la realización espiritual integral; el triángulo dominando al cuadrado consuma el septenario y permite el acceso a un plano propiamente “sacerdotal”. Podríamos ver por lo tanto, en este conjunto jerárquicamente ordenado, la ilustración de la concepción tradicional que une el “Arte Espiritual” y el “Arte Real”, Dios y el Emperador. (3)

Pero hay más. Cómo no señalar, en efecto, que la más importante plegaria del Cristianismo, aquella enseñada por Cristo a los Apóstoles, el “Padrenuestro”, tiene una estructura septenaria, compuesta por tres “facultades divinas” y cuatro “demandas terrenales”, estructura en correspondencia directa con las siete virtudes? (4)

Es preciso aún decir que, si la liturgia es esencialmente la Obra, el Oficio, el Cosmos vuelto hacia su Principio Eterno, implica una sacralización del Tiempo relativo al estado humano, y conducido a establecer un nexo entre las virtudes cardinales y los cuatro puntos que crucifican el ciclo temporal del año.

Ahora bien, constatamos que las fiestas litúrgicas coincidentes con las épocas solsticiales y equinocciales, son las de los dos San Juan y las de los Arcángeles Gabriel y Miguel. (5)

Por último, estudiaremos el simbolismo de las fiestas solsticiales y el significado de los festejos de San Juan.

Mientras tanto, recordemos que Juan el Bautista (6) se alimentaba con langostas y miel silvestre, y que se decía de él que “no bebía vino ni nada que lo embriagara” (7). Encarnaba realmente la Templanza, en relación con el Agua. No olvidemos que también bautizaba en las

aguas del Jordán, y que proclamó en el desierto: "...Allanad los senderos, preparad los caminos del Señor" (8).

El agua y la superficie plana proceden de la línea horizontal, la del recogimiento, la humildad y el renunciamiento, de la "Templanza" en el sentido pleno del término. "Nacido de mujer" se refiere al segundo nacimiento bautismal ligado a la purificación psíquica.

El Evangelista, nacido él también de mujer, es además "instituido" como "Hijo de la Virgen", "Hijo de María", por Cristo crucificado (9) y recibido de ese modo por la maternidad divina que le confiere el tercer nacimiento (10), haciendo de él como un "Sustituto del Señor". Por otro lado, es el Apóstol de los misterios, y parece que el "Hijo del Hombre" no quiso revelar su misión en el Colegio apostólico (11). Él mismo se califica como "el discípulo que Jesús amaba". Juan evoca la vertical, el eje que sube desde la Tierra hasta el Cielo (12). Esta referencia a los Misterios divinos remite evidentemente a la virtud de la "Prudencia", pues el conocimiento de los misterios obliga a quien lo detenta, según el consejo evangélico, a no "arrojar perlas a los cerdos" (13) y a utilizar parábolas "a fin de no facilitar la comprensión". Así, Cristo sólo se hace comprender con claridad por aquellos que lo rodean y lo siguen, a quienes ha elegido "de en medio del mundo" (14).

En estas líneas vemos que los dos San Juan poseen, además de puntos solsticiales diametralmente opuestos, la custodia de una virtud cardinal correspondiente al rol particular de cada uno.

Esta complementariedad nos obliga a plantear una disquisición algo extensa, pero indispensable, que nos permitirá definir la "posición" de las virtudes en la Logia masónica.

Los dos San Juan aportan un "Testimonio" que tiene relación con el "Poder de las Llaves" (15). El Evangelista ordena expresamente no añadir nada a su testimonio "Apocalipsis". Él es "el que cierra" y recuerda "al que abre y no puede cerrar". En cuanto al Bautista, cierra el Antiguo Testamento y abre el Nuevo.

El Bautista profetiza la llegada del Cordero (16). El Evangelista profetiza el retorno glorioso. El Bautista recibe, ya antes de su nacimiento, la bendición de Cristo en María (17). El Evangelista recibe en su casa, luego de la crucifixión, a la Virgen, acto que se puede comparar a un "descenso de la Shekinah" sobre el Templo. No podemos extendernos más sobre esta "relación mística" de los dos San Juan con la Virgen; nos basta decir que es el lazo entre el pasado y el porvenir de la Unidad de quien dijo: "Estoy con vosotros hasta el fin de los Tiempos".

El Bautista representa asimismo el pasado, el Testamento que termina (18), la horizontalidad "Lunar" del "Speculum Justitiae", el misterio del nacimiento y también, en un sentido, la columna "B". De manera inversa, el Evangelista vuelve su mirada hacia la Virgen apocalíptica vestida de Sol y rodeada de estrellas, hacia la Jerusalén celeste, hacia el porvenir ya pletórico del germen de los siglos futuros, y por lo tanto se relaciona con la letra "J" (19).

Si profundizamos un poco, notamos que esa complementariedad podría corresponder a un desdoblamiento del "Árbol de la ciencia", cuyos frutos consumidos tienen un efecto mortal, pero que reintegrado en la Unidad original del Árbol de la Vida, ofrece el fruto de la Vida Eterna.

En el simbolismo masónico, ese desdoblamiento está representado por las "columnas del Pórtico", "Pillars of the Porchway", que no están en la Logia ni fuera de ella. Desde la misma perspectiva, el Árbol de la Vida está representado en la Logia por el "Libro" ubicado en el ara, o por la imagen de la escala de Jacob en ciertos cuadros de Logia (20).

Podemos también pensar que los dos sustitutos del Árbol de la Vida, que antes de la caída se encontraban en los ángulos occidentales del Edén (21), tomaron luego una posición intermedia entre el "Paraíso" y el "mundo", entre la "Logia" y el "Mundo profano".

Aparecen entonces los "guardianes del umbral", con una cara divina que mira a Oriente y otra temible que mira a Occidente.

Perder el recuerdo de su Unidad y considerarlos como separados, diferentes y opuestos, lleva a sucumbir al imperio del ilusorio dualismo, de la división analítica indefinida, de la sucesión, del "proceso ininterrumpido del devenir y de lo transitorio". Dicotomía mortal que

tiene su origen en la separación de la primera pareja. “Y ellos vieron que estaban desnudos”. Es el desalojo fuera de la Unidad y del Edén (22).

Si las columnas del pórtico no están en el interior de las Logias, si están ausentes, por ejemplo, de los cuadros de Logia del primer grado de Inglaterra, que sin embargo retoman la reproducción de las tres columnas del Templo, podemos al menos ubicar en las columnas “J” y “B” (23) las virtudes cardinales Templanza y Prudencia, en los dos ángulos occidentales de la Logia.

Nos resta ahora situar las otras dos virtudes cardinales, que calificaremos como “equinocciales”.

El Arcángel Gabriel, cuya fiesta coincide con el equinoccio de Primavera y cuyo nombre significa “Fuerza de Dios”, patrocina la Fuerza. Fuerza que surge con la savia primaveral y anuncia el poder de la luz y el triunfo próximo del verano. Fuerza que acompaña la Anunciación del nacimiento de Jesús, el “Dios fuerte” (24). Subrayemos al respecto que la tradición judía vinculaba la cronología de la creación del mundo con el equinoccio de primavera, al mismo tiempo que Gabriel anuncia la manifestación del Verbo en el seno de la Inmaculada: “Angelus Domini nuntiavit Mariae et conceptit de Spiritu Sancto”.

De retorno en la Masonería, la influencia del “Dios Todopoderoso”, Gran Arquitecto del Universo, podría inicialmente “ubicarse” entre las tres luces de Sabiduría, Fuerza y Belleza (Sabiduría, Tamaño y Gracia), encendidas tan sólo durante los trabajos, en cuyo centro está el Cuadro de Logia, entre las luminarias y las columnas. Por otro lado, es significativo que este Cuadro sea expuesto únicamente durante los trabajos. En la época “operativa”, trazado en el suelo mismo y borrado luego del cierre de los trabajos, era un verdadero receptáculo de fuerzas.

Aún se realizan a su alrededor los “viajes” en función del centro de la Logia y de la Orientación de la marcha, y también se ejecuta la “Cadena de Unión”.

Se trata de un “nudo vital” del cuerpo masónico, que volvemos a encontrar simbolizado en el Compagnonnage, en la corbata anudada de cierta manera, equivalente al “nudo corredizo” de numerosas tradiciones? del orificio de la aguja o “needle eye”, ojo de la aguja, ubicado en el centro del Templo bajo la plomada, que pende del “ojo de bóveda” o “Llave de Cúpula”? del lazo sagrado o del “pasha” hindú?

En cierto sentido, el “nudo vital” podría corresponder al “sitio iniciático” o al compromiso llamado “Cable-tow” en la Masonería británica. Desatadura y ligadura son, en efecto, dos operaciones simultáneas propias de la entrada a una vía iniciática. En ese instante preciso se lleva a cabo, por una parte, la ruptura del “cordón umbilical sutil” que ligaba al “buscador” con la vida profana y sus representaciones, y por otra, se establece un “lazo espiritual” que une al iniciado, por el centro mismo de su ser, al Arquetipo divino que preside esa Vía. Es por esto que la “marcha hacia atrás” no carece de riesgos, en algún sentido: las primitivas ataduras se han roto. Puede haber una “bifurcación”, “cambio de forma”, llegada al “Centro”, pero siempre luego de una progresión hacia una nueva fase o un nuevo estado, que permite superar las nociones previas de “atrás” y “adelante”.

El “nudo vital” estaba representado en el simbolismo arquitectónico medieval por el “punto sensible” de un edificio, y su rastro en el cuerpo humano se podría ubicar en el ombligo, situado casi a igual distancia de los dos ojos –las dos luminarias- y las dos piernas –las dos columnas-. Por otro lado, es a nivel del ombligo que el cuerpo humano se dobla, y que se realizan ciertos balanceos en danzas tradicionales y ritos de invocación. Los cánones medievales hicieron coincidir con razón el ombligo con el nacimiento de una espiral, cuyo sentido poseían los maestros de obra de otrora.

En cuanto a la “Justicia”, nos remite a Miguel, el Arcángel del Juicio. No se debe al azar que la regulación de tratos de comercio, contabilidad y arrendamientos ocurría en la antigua Francia, y ocurre aún hoy en ciertos lugares de provincia, en la “época de la fiesta de San Miguel”. Es la época del equinoccio de otoño, del juicio de la historia, de las instituciones y los hombres, que la tradición judía considera como fijado por el Eterno para el Juicio Final.

Agreguemos que Miguel y el Bautista están ligados por el elemento Agua: aguas del Jordán, Bautismo, misiones de Gabriel cerca de María “Estrella de Mar”. Ya en el Antiguo

Testamento Gabriel se presenta ante Daniel río arriba, luego de que el Profeta hubiera ejercido la Templanza penitencial: “ni carne ni vino cerca de mi boca”(25).

Por el contrario, Miguel y el Evangelista están unidos por el Fuego (26): testimonio de la luz, simbolismo solar del Águila, verticalidad, ascendente como la llama para el “Hijo del Trueno”: Fuego del Juicio eterno, fuego guerrero y vengador de las legiones encabezadas por el “Príncipe de las Milicias Celestiales”, Miguel, enviado por el “Sol Justitiae”.

Podemos ahora fijar en la Logia la posición de los dos arcángeles en la prolongación de las columnas identificadas con el nivel y la plomada; en la prolongación, se puede decir, de los dos San Juan, en los ángulos orientales de la Logia, delante de Oriente.

Esta ubicación corresponde además a los extremos superiores del cuadrado base de la piedra cúbica.

También en el Arca de la Alianza estaban ambos arcángeles, entre los cuales se manifestaba la “gloria” de Dios. De este modo, de cara a Oriente, donde están el triángulo “teologal” de las virtudes y de la Piedra Cúbica en punta, Gabriel y Miguel recuerdan los querubines portadores de la espada flamígera que custodian la entrada del Edén: “el Eterno puso al Oriente del jardín del Edén a los querubines con la llama de sus espadas chisporroteando, para vigilar el camino del Árbol de la Vida” (27). Y las cualidades de Fuerza y Justicia que corresponden a Gabriel y Miguel son también atribuidos a los “Khatriyas” en la custodia de un paso o pasaje.

Por los ángulos superiores del cuadrado accedemos ahora al Triángulo superior, el de las “Virtudes teologales”.

Este “Salto” a un orden superior de realidad implica el abandono de referencias cosmológicas y correspondencias de los festejos litúrgicos, ya que en adelante hay un “desborde” del dominio “terrenal”. Si, como dijo San Pablo a los Gálatas (28), la carne —o la tierra, ese cuadrado estable y “materializado”— “tiene deseos contrarios a los del Espíritu”, no puede servirle como vehículo, ni soporta el Triángulo Superior de la Piedra sino luego de la “crucifixión de los vicios y las ansias”. Ese es el rol de las cuatro virtudes cardinales, de los dos San Juan y de los Arcángeles: “agotar” el cuadrado corporal y anímico. También de esta crucifixión “angular” de la piedra, “obra” en negro que condiciona la necesaria “separación entre lo sutil y lo denso” y prepara la realización del “Templo del Espíritu Santo”.

Sin pretender ir más lejos en este terreno de la alquimia espiritual, señalaremos que el estudio del cuaternario demuestra que la riqueza simbólica encubre la liturgia, santificando y acotando la condición temporal propia del estado humano.

Cada porción del año podría así ser objeto de una investigación exhaustiva, el descubrimiento de “sentidos” o de “signos”, acompañando de alguna manera la meditación de los misterios cristianos, el conocimiento cosmológico unido a la contemplación divina, ordenado por la Fe, que trasciende todas las cosas (29).

En los dos ángulos de la base del Triángulo superior, encontramos las virtudes teologales de la Fe y la Esperanza.

Por sorprendente que pueda parecer, ellas remiten de nuevo a los Arcángeles Gabriel y Miguel. Es porque ellos también ocupan una posición intermedia.

Por su faz vuelta hacia el Occidente del Edén, hacia el Cosmos sacralizado o hacia las columnas de la Logia, presiden la Fuerza y la Justicia.

Pero por su faz vuelta hacia el Oriente y hacia el Altísimo, gobiernan las dos virtudes teologales.

No es acaso la “Esperanza” la que otorga la “Fuerza” en este mundo? Y no es en nombre de la “Fe” y de sus consecuencias que se ejerce la “Justicia” del Juicio?

El Nombre Gabriel significa, ya lo hemos visto, “Fuerza de Dios”. Por lo tanto, el Arcángel ejerce una función pacificadora en relación con la “Tierra”: “Paz sobre la Tierra”, cantan los coros angélicos, mientras se cumple la “Buena Nueva”. Pero, dónde encontrar energía para nuestra “Fuerza” sino en el hecho de que “en el Eterno está toda nuestra Esperanza”?, para emplear la misma frase de los antiguos rituales.

El Nombre Miguel, “que es como Dios”, abre el interrogante mismo de la Fe, condiciona la sumisión del hombre y condena el espíritu demoníaco. Y si no tuviéramos Fe, podríamos creer en la Justicia?

Hemos arribado al vértice del Triángulo. Vienen entonces a la mente las palabras de San Pablo: “La Fe, la Esperanza y la Caridad, las tres existen, pero la más grande de ellas es la Caridad... la Caridad no pasará jamás” (30). De hecho, las demás virtudes no existen sino en relación con el hombre y en razón del vínculo “Dios-Hombre”. Pero el Amor existe solo. Es la “circulación esencial” de la Trinidad. Su “desborde”, efusión de la gracia, lo sitúa en verdad al comienzo de la obra de la creación y de la redención, y por ello, en la cúspide de la “Piedra Cúbica en Punta, Principio y Fin de la misma, “Lugar del Cráneo” donde el don supremo del “Pelicano” nos promete la exaltación definitiva. El Amor es Dios mismo. “Deus Caritas est” (31), exclama el Evangelista.

La virtud teologal suprema es confiada a un Arcángel: Rafael, “Medicina de Dios”; Rafael, que se definía a sí mismo como “el que lleva las súplicas ante el Señor” (32).

Rafael, el “noble extranjero”, manifestará la caridad divina guiando con frecuencia al joven Tobías para la curación de su Padre, devolviéndole “la luz a sus ojos” (33), expresión bíblica que para un Masón suena familiar...

Es el Arcángel cuyo nombre se “oculta” en el ritual inglés de los Rosa-Cruz detrás de las iniciales tres veces santas: I.N.R.I.

En efecto, aquel que desciende de Judá recorrió el camino de Jerusalén a Nazaret bajo la guía de Rafael, el enviado divino. Pues a quienes buscan con “voluntad firme y corazón recto” el Eterno les concede un guía. Es así como el amor mismo conduce al Amor Infinito, motor inmóvil por el cual “todo se mueve”.

NOTAS

(1)GUENON, René, “La Gran Tríada”

(2)Id., “El esoterismo de Dante”

(3)DANTE, De Monarchia. Notemos que la regla de San Benito habla efectivamente de “instrumentos” propios del “Ars Spiritualis” cuya ejercitación se hace en el Monasterio, “Taller” de las Buenas Obras. Remarquemos que si la Orden de San Benito –de la que provienen, por San Bernardo, Cistercienses y Templarios- tiene como función esencial el “Opus Dei”, la liturgia, el Patriarca de Nursia, fundador de la Orden, ha sido proclamado por la Iglesia “Patrono de los albañiles y Constructores”.

(4)La “Santificación del Nombre” es una obra de amor que exigía, a veces, en el Judaísmo tradicional, el martirio del profeta.

- La “Venida del Reino” se relaciona con la Esperanza

- La “realización de la voluntad” concierne a la Fe

La expresión “así en la Tierra como en el Cielo” une el ternario antes citado con el cuaternario de las demandas siguientes:

-El “Pan de cada día”, alimento de la Fuerza

- El “perdón recíproco de las ofensas”, principio de la Justicia

- La “exención de las Tentaciones”, medida de la Prudencia

- La “liberación del mal”, objeto de la Templanza

(5) René Guénon ha hecho notar que el eje de los Solsticios es relativamente vertical respecto del de los Equinoccios. Observemos al respecto que si los solsticios juegan un rol esencial en la Masonería, los equinoccios, por el contrario, tienen un particular significado en el Judaísmo, y el equinoccio de primavera era el momento importante del año para las “operaciones” de los Elegidos Cohen.

En el Cristianismo los dos ejes se conjugan con el solsticio de invierno para Navidad y con el equinoccio de primavera para Pascua (ver “Mitos y Misterios cristianos” de Hugo RAHNER S.J.) y forman así el “signo de la cruz”.

(6) Es evidente que estos estudios pueden ser el fruto de meditaciones colectivas y no expresan una obra individual; citaremos al respecto el eminente aporte de nuestro amigo Denis Roman.

(7) LUCAS, I, 16 y MATEO, III, 5

(8) LUCAS, III, 4-5 e ISAIAS, XL, 3 a 5

(9) JUAN, XIX, 27. Notemos que la virgen era la viuda de José el “Carpintero”; el Evangelista devino “Hijo de la Virgen” y en un sentido “Hijo de la Viuda”.

(10) El tercer nacimiento espiritual sigue normalmente a la “segunda muerte”, así como el segundo nacimiento sigue a la muerte al pecado cumplida en el bautismo. El Apocalipsis hace una alusión explícita a la “segunda muerte”:

APOCALIPSIS, XX, 5-6: “felices y santos quienes participen de la primera resurrección! La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, porque son sacerdotes de Dios y de Cristo, con quienes reinarán mil años”.

(11) JUAN, XXI, 22. “Si me complace conservarlo conmigo hasta mi retorno, qué te importa? Tú, sígueme”.

La misión particular y el excepcional destino del Evangelista son resaltados en las visiones de Ana Catalina Emmerich.

(12) Verticalidad y horizontalidad relacionadas con el Evangelista y con el Bautista, rodeando y revelando a Cristo –o al “Reino”- hacen pensar en el sol detenido en Gabaon y la luna detenida en el valle de Ayalón (JOS. X, 12) por orden de Josué, cuyo nombre y “función” prefiguran las de Cristo.

(13) MATEO, VII, 6

(14) JUAN, XVII 6 y el conjunto de “Oración Sacerdotal”. LUCAS, VIII, 9; MARCOS, 10 a 13; MATEO, XIII, 10 a 16

(15) “Él vino como testigo, a dar testimonio ante la Luz”, JUAN, I, 7 (ref. al Bautista). “Es el mismo discípulo que da testimonio y sabemos que su testimonio es verdadero”, JUAN XXI, 24 (ref. al Evangelista). A título de curiosidad señalemos que el “Solve et Coagula” relacionado con el “Poder de las llaves” corresponde a las borlas y nudos de los Cuadros de Logia.

(16) LUCAS, I, 76: “Y tú, pequeño, serás llamado Profeta del Altísimo”.

(17) LUCAS, I, 41: “El Niño se estremeció de gozo en su seno, e Isabel fue colmada por el Espíritu Santo”.

(18) MATEO, XI, 12: “La ley y los Profetas profetizan hasta Juan”.

(19) “J” y “B” son también las iniciales de Jerusalén y Belén, las dos ciudades que circunscriben la manifestación histórica de la vida de Jesús, desde su nacimiento hasta su muerte.

(20) La escalera es un símbolo axial. Está asociada con la Luz y con las estaciones del “Vía Crucis”. Es el símbolo de José de Arimatea, cuyo rol pontifical conocemos por la leyenda de Merlín. Los símbolos que la Edad Media apreciaba y hacía aparecer alrededor de la Cruz son

también símbolos masónicos: el malleto, los tres clavos, el Gallo y la Escalera, y aún la corona de espinas que, se dice, fue hecha de madera de acacia.

(21) El Edén circular tiene su sustituto en el Arca de la Alianza, el Tabernáculo, los Templos de Israel, el seno inmaculado de María, la Gruta de Navidad y el “cuadrado largo” de la Logia Real. Señalemos que Catalina Emmerich utiliza la designación de “cuadrilongo” para evocar la gruta de Belén o el cenáculo.

En el fin de los Tiempos, todas esas figuras del “Paraíso” se reencuentran en la Jerusalén celeste cuadrada, que las “reintegra” a todas y que puede ser considerada como una manifestación escatológica de la Virgen: “Jardín cerrado”, “Magnífica Morada”, “Torre de David”, “Torre de marfil”, “Arca de la Alianza” y “Rosa Mística”.

“Rosa inmarcesible que crece en los montes de Judea y reanima la tierra por virtud de su perfume” (San JUAN DAMASCENO-Sermón 4 de Nativ.B.Mariae).

(22) Se podría encontrar, en esta oposición, correspondiente a las dos caras de “Jano Bifronte”, el principio que general el desarrollo del Tiempo, y darle un “sentido” a la historia: el de la caída, hasta el arribo del reino de la “Bestia”.

Es, en efecto, “la oposición” que genera “la evolución”, pero en una dirección netamente siniestra, la única que puede proporcionar el adversario: Satán. Llegamos, de ese modo, al fondo satánico de la inteligencia dialéctica, que se propone, a través de la búsqueda de las oposiciones, dirigir los destinos del mundo. Suscitando contradicciones, la historia se precipita y pasa a depender del dominio, necesaria y felizmente muy efímero, del “Príncipe de ese mundo, Padre del Engaño.

(23) El desdoblamiento de las columnas, entendidas como “par de Gemelos”, en hebreo “Thoumins”, de donde proviene el nombre Tomás, Dídimo, “Gemelo”.

El oráculo de Israel, entre “el Ourim y el Thoumin” evoca el centro de la Logia, entre el sol y la luna (el plural de “luminarias” es justamente “Ourim”), las dos columnas y también el centro del Cuadro de Logia. Se podría considerar el centro de este cuadro como un lugar geométrico de “influencia espiritual” en la Masonería. Imagen que se aproxima a la verdad, pues la presencia espiritual en “el Nombre” con la que se ejerce un trabajo colectivo de orden invocatorio, se manifiesta en la intersección de todas las líneas de fuerza, como lo ha señalado René Guénon. Así, en los “Pirké Aboth” de la tradición judía está escrito: “Cuando dos o tres estén reunidos alrededor de la Torah, la Shekinah está en medio de ellos”. Y Cristo advierte, respecto de su Presencia hasta el fin de los tiempos, “Cuando dos o tres se reúnan en mi Nombre, Yo estaré entre ellos”.

A propósito de esto, señalemos que en las antiguas representaciones de la Crucifixión, el “medio” estaba ocupado por el corazón perforado de Cristo, la parte alta de los cuadros estaba consagrada a las dos luminarias y la parte baja a los personajes de la Virgen y San Juan.

(24) ISAIAS, IX, 5.

(25) DANIEL, X, 3; XI, 21.

(26) JUAN, Epístola V, 8: “Hay tres que dan testimonio, el Espíritu, el Agua y la Sangre”. Ahora bien, la sangre es el vehículo ígneo (GUENON, René, “El hombre y su devenir según el Vedanta”)

(27) GENESIS, III, 24

(28) GALATAS, V, 17 y 24

(29) No es notorio que el período descendente del año, conocido desde la antigüedad con el nombre de “Días Caniculares”, del 22 de julio al 21 de agosto, se ubica bajo el signo de Leo, con su doble simbolismo: León de Judá y “Leo quaerens quem devoret”, domicilio del Sol con aspecto también doble: Fuente de Vida, por un lado, destructor por el otro, como las flechas de Apolo que provocaban la peste al comienzo de la Ilíada? El comienzo de esta época está marcado por las notables fiestas litúrgicas: Santiago Hijo del Trueno, hermano del Evangelista; los Siete Durmientes; Marta, que doma la “Tarasca”; Ignacio, el Fuego (“Id y abrazad el mundo”); Domingo, “el perro llevando una antorcha encendida”. Finalmente, San Pedro encadenado, que evoca la doble cautividad del Príncipe de los Apóstoles, una de la cual fue liberado, otra de la que no se puede escapar. Este doble cautiverio nos hace pensar en lo que René Guénon decía de esa “Fuerza única en su esencia y doble en sus manifestaciones”. Las cadenas de Pedro recuerdan, pues, el poder de atar y desatar. Es notable que el Evangelio de esta festividad relate el episodio de los campos de Césarea: “Todo aquello que tú ataras... y todo lo que desataras...” y que inmediatamente después hace alusión a las puertas del Infierno. Ahora bien, el “perro”, del cual toman su nombre los días caniculares, también tiene un doble simbolismo: en un sentido benéfico es el fiel guardián, el perro de custodia; en un sentido maléfico, es Cerbero, el portero del Infierno.

(30) CORINTIOS, XIII, 8 y 13

(31) JUAN, IV, 16. “Dios es amor. Quien mora en el Amor mora en Dios y Dios mora en él”. Es curioso constatar la reiteración del verbo “morar” (permanecer, residir), que se hace eco de las palabras de Jesús: “Si quiero que permanezca...” y “permaneced en vuestro amor”, que recuerda por otro lado la “morada” de la Virgen en la casa de Juan, y evoca, por su carácter de “actualidad”, al Eterno Presente.

(32) TOBIAS, XII, 15

(33) Id., XI, 14

SEGUNDA PARTE

LOS DOS SAN JUAN

CAPITULO I

JUAN BAUTISTA Y LA FIESTA DEL SOLSTICIO DE VERANO

Se acostumbra, en Masonería, hacer el elogio de San Juan Bautista en la “Fiesta Solsticial” del 24 de junio. Un texto masónico nos viene a la mente, a propósito del Bautista:

“Es de Ti que celebramos la memoria, Hijo de Zacarías, Tú que fuiste enviado al cielo para dar testimonio de la Verdadera Luz, Tú estás colmado del Espíritu y de la Virtud de Elías, Tú eres la voz que clama en el desierto, Tú eres el Profeta del Altísimo y más que un profeta. Aquel ante quien tú das testimonio, te ha dado Él mismo testimonio en estos términos: “entre los nacidos de mujer no hay nadie más grande”.

Después de tal juicio, fruto de la Verdad misma, todo ha sido dicho. Pero, qué mejor uso puede hacer un hombre del pensamiento y de la palabra que tratar de comprender e interpretar las Verdades eternas, que se le manifiestan por las Tres Grandes Luces otorgadas por el Creador: el Libro del Mundo, que es la Escuadra; la Luz Interior, que es el Compás, y por último el Libro de la Ley Sagrada?

Es con esta finalidad que queremos abordar el rol de San Juan Bautista. Ante todo, es necesario insistir sobre la complejidad de su simbolismo, indisolublemente ligado al de San Juan Evangelista. Esto se aplica también a los dos solsticios, las dos columnas, las dos luminarias, al nacimiento y la muerte, al pasado y el porvenir. Los dos San Juan son dos puntos límite. El Bautista cierra la Antigua Ley y anuncia la Revelación Cristiana. El Evangelista cierra el Libro del Mundo con el Apocalipsis y anuncia la segunda llegada. Uno y otro abren lo que nadie puede cerrar. Uno y otro cierran lo que nadie puede abrir. Parece que su función no es ajena al misterioso “poder de las llaves” ligado a la iniciación, a los pequeños misterios por la llave de plata, y a los grandes misterios por la llave de oro.

Uno está en el comienzo, el otro en el final. Es con razón que Cristo dice del Bautista: “Los Profetas y la Ley han profetizado hasta Juan”, y del Evangelista: “Si quiero conservarlo hasta que yo regrese...”. Son, entonces, dos testigos que afirman la presencia y la permanencia de las realidades espirituales, de los lapsos entre un tiempo y otro, entre una y otra época. Ellos retomaron en el Cristianismo el lugar que ocupaba, en la distribución de las fiestas de la Roma imperial, el dios Jano, con un rostro vuelto hacia el pasado y el otro hacia el porvenir, mientras que la faz invisible contemplaba el “eterno presente”.

La ubicación en el santoral de los dos San Juan, en las mismas fechas que los solsticios, les confiere un doble rol, a la vez espiritual y cosmológico. Situados así en las puertas solsticiales, son como los pilares del pórtico, ni en el mundo ni fuera de él, ni en la Logia ni fuera de la Logia. Del mismo modo que el nacimiento y la muerte no pertenecen, de hecho, al ciclo humano, sino que son intermediarios, así también los dos San Juan tienen una faz divina y otra humana. Enmarcan el Sol de Justicia como los solsticios enmarcan la manifestación solar. Son las tangentes que bordean el Sol. En los puntos de contacto se confunden con él. Señalemos al respecto que la vida del Bautista fue como un reflejo de la de Cristo. Nacido seis meses antes que Él, fue condenado a muerte por orden del Tetrarca Herodes un poco antes de la Crucifixión, es decir, probablemente a la edad de treinta y tres años. En cuanto al Evangelista, aparece verdaderamente como un sustituto del Maestro, designado por Dante en estos términos: “Aquel que reposa en el pecho de nuestro Pelicano, y que desde lo alto de la Cruz fue “convocado” para la “Gran Tarea”.

Tanto uno como otro están en estrecha relación con el comienzo de la iniciación y con su término, con el segundo nacimiento en el agua bautismal y con el tercero en el fuego. Ambos se integran de alguna manera en la Vía, se asemejan entre ellos y se parecen al Maestro por Excelencia. De allí el simbolismo de las paralelas tangentes al Círculo que figuran en los Cuadros de Logia del Rito de York. Hay allí como una aplicación del conocido teorema: “Dos rectas paralelas a una tercera, son paralelas entre sí”. Las rectas son aquí la Vía, aquella en que se plantea la cuestión del antiguo y del Nuevo Testamento, la Vía recta que abandona Dante en la mitad de su vida, cuando se halla en la oscura selva y se apresta a descender a los Infiernos. Observamos aún otro paralelismo, hecho de cambios recíprocos entre los dos San Juan.

El Bautista se relaciona con la línea horizontal, es decir con el nivel. En efecto, es así como Isaías profetiza la misión del Bautista: “Allanad sus senderos, toda colina, toda montaña serán abatidas”. Y aún el agua bautismal se refiere al plano horizontal; aspecto nivelado, que corresponde al pasivo, al pasado, a la luna, a la conservación de todo. Y si bien el pasado está muerto, en compensación, la luna preside los nacimientos.

De manera inversa, el Evangelista se vincula con la verticalidad y con la plomada. Él se eleva sobre el Monte de la Transfiguración, sobre el Monte de los Olivos y sobre el Monte Calvario, y nunca recorre las planicies desiertas de Judea. Apóstol de la Luz y del Fuego, está simbolizado por el Águila. Estas características de verticalidad y de luz le dan un aspecto solar, y Apolo, Dios del Sol y de los Oráculos, presidía la vida futura, el porvenir. Pero, en compensación, el único porvenir cierto es la muerte...

En el solsticio de verano comienza el período descendente de la luz, y el de invierno marca el inicio del período ascendente.

Esta complementariedad de ambos ciclos merece otra observación. El nombre Juan tiene, en hebreo, el doble significado de la Alabanza o “gracia” que se eleva, y de la misericordia que desciende. Descubrimos entonces indicios de una correspondencia armoniosa entre los períodos solsticiales, el ritmo respiratorio del hombre formado por inhalación y exhalación, y la pulsación espiritual incesante de alabanza y misericordia de los dos Juan, suerte de encantamiento o de modulación gregoriana que manifiesta la gloria de Dios y colma el Universo.

Nos faltaría ubicar con precisión los dos San Juan en su relación recíproca, para develar con más certeza los rasgos del Bautista. Qué decir de este hombre feroz, salvaje, ayunando y predicando el arrepentimiento? Es preciso interrogarlo a él mismo, como lo hicieron los Enviados de los Príncipes de los Sacerdotes: “Qué dices tú de ti mismo”? – “Yo soy la voz que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor”. Es debido a esta respuesta que el simbolismo masónico le atribuye al Bautista el emblema del Gallo, mientras que el Pelicano corresponde a Cristo y el Águila al Evangelista? Sin duda, pues el Gallo canta al alba, en el desierto de la noche, para anunciar la llegada de la Luz, tal como el Bautista vocifera en los llanos desiertos, para proclamar la llegada de la Verdadera Luz. En las instrucciones masónicas se dice que la Logia es un “lugar sagrado y misterioso donde jamás se escuchan el ladrido de perros ni el canto de los gallos. Esto puede sorprender. Es preciso ver allí la vigencia de una interdicción y de una obligación fraternal, con exclusión de la “negación al alba”, antes de que el gallo haya cantado “tres veces”.

Tengamos en cuenta que el Gallo es el pájaro de Mercurio, es decir de Hermes, patrono del Gran Arte Hermético. En algunos ritos el Gallo ocupa un lugar de honor en la “cámara de reflexión”, bajo la forma heráldica de “Gallo cantando”. Recordemos que la cámara de reflexión se asimila al interior de la tierra, por lo se la vincula con la idea de descenso a los infiernos, de “la obra en negro”, mortificación o comienzo de la Gran Obra hermética. Esto es importante, no solamente en razón del aspecto penitencial de la predicación del Bautista, sino también por otros motivos concernientes a la función de Juan en el proceso espiritual, tema sobre el que volveremos en seguida.

El Gallo simboliza, pues, el fin de la obra, la “Obra en Rojo”, y juega, en cuanto a su aspecto terminal, un importante rol en el último grado del Rito de York de la Masonería Americana. Como Juan, se halla al comienzo y al final, en los límites extremos del Arte. Situado en el punto más bajo, que es la cámara de reflexión de la Masonería, o la tierra nutricia, culmina

en el último grado de la Vía y sobre el campanario de la Iglesia. Su posición, así definida, ilustra un pasaje de las Instrucciones: “Dónde se reúne la Masonería?... En la más alta de las montañas y en el más profundo de los Valles, que es el Valle de Josafat”. Vemos aquí una relación con el Eje del Mundo.

En las Eddas escandinavas hay un texto curioso en el que aparecen tres gallos: uno en el cielo, otro sobre el fresno Yggdrasil y un tercero, “de un negro herrumbroso, que cantaba en el fondo de la tierra, en el Palacio de la muerte”. El negro conduce a repensar en la mortificación o arrepentimiento, propios del Bautista. En cuanto al aspecto herrumbroso, alude al necesario despojamiento de los metales, simbolizado por la misma indumentaria del Bautista, “vestido con pieles de camello, con una tira de cuero rodeando su cintura”.

El Gallo es también el pájaro de la Victoria. Plinio le asigna un rol importante en la fundación del Imperio; presagia el triunfo al término de las pruebas. Si bien canta a la hora de la negación de Pedro, también canta al momento de la Resurrección. En la liturgia, en el oficio de Laudes, se retoma, además del cántico de Zacarías, padre de Juan, el himno de San Ambrosio, que Racine traduce así:

“El pájaro vigila nuestro despertar
“y sus gritos redoblados parecen atravesar la noche”

Si estos comentarios, sin duda insuficientes, nos llevan a tomar consciencia de la misión del Bautista, veremos que su posición en el solsticio de verano está en perfecta consonancia con su rol, y que tanto en la persona del Bautista como en la del Evangelista, el ciclo santoral une las perspectivas espirituales con los datos de la Cosmología Sagrada.

En efecto, en el Solsticio de Verano el Sol entra en el signo de Cáncer, domicilio de la Luna, luminaria de la columna Boaz. En la antigua Cosmología tradicional, la luna, como ya hemos dicho, simbolizaba la memoria de las cosas pasadas o perdidas, y se decía que lo perdido en la tierra se encontraba en la luna. Es así que en el “Orlando Furioso”, el poeta Ariosto relata la historia de un caballero que va a buscar en la luna la cordura de Rolando, enloquecido por amor. Este nexo entre la memoria lunar, por una parte, y el Bautista y la fiesta de los Masones por otra, merecen nuestra atención. No se trata acaso de la búsqueda de la Palabra perdida en Masonería? No es la imposición del nombre de “Juan” al Bautista lo que permite a su padre, Zacarías, recuperar el uso de la palabra?

Remarquemos que Cáncer simboliza el “fondo de las aguas”, extraña región que Pablo conoció al emprender el viaje que lo llevaría a Roma.

El fondo de las aguas está representado en una carta de tarot, en la que se ve un cangrejo en el fondo de un río, un perro negro y otro ladrando a la luna, de la que cae una lluvia de semillas. A veces se relaciona la lluvia de lágrimas del cuadro de la Cámara de reflexión con la lluvia de simientes hermética, que adopta idéntica forma. Pero si las lágrimas expresan exteriormente el dolor, las semillas tienen un efecto interior benéfico, que San Pablo expresa así: “Sembrado en la corrupción, Él resucitará en la gloria”.

El Solsticio de Verano es, en fin, la puerta Zodiacal de los Infiernos: “Janua Inferni”, mientras que el Solsticio de Invierno, que abre el signo de Capricornio, es la puerta de los Cielos: “Janua Coeli”. Citaremos a Porfirio en la gruta de las Ninfas: “Cáncer es favorable al descenso y Capricornio al ascenso”. Esta sentencia del filósofo neoplatónico se hace eco de las palabras de Juan Bautista cuando dijo de Jesús: “Es preciso que Él crezca y que yo decrezca”.

El pasaje por la puerta de los Infiernos no debe interpretarse en un sentido desfavorable, dado que se trata de la vía iniciática seguida normal y regularmente, sino al contrario. Es necesario mencionar el recuerdo de los dos descensos a los Infiernos más conocidos de la tradición masónico-cristiana?

Ante todo, el de Cristo. Notemos, en el plano documental, que se trata de un evento muy misterioso, por el número de artículos de fe contenidos en el símbolo de los Apóstoles, la más antigua confesión del Cristianismo y la única reconocida unánimemente por las Iglesias Cristianas.

Recordaremos ahora el descenso a los Infiernos de Dante. En la Divina Comedia este descenso tiene lugar al comienzo del extraño viaje que llevará luego al poeta hasta el monte de las Expiaciones (Purgatorio), después al Paraíso Terrestre y finalmente al Paraíso Celeste. Estaría fuera de cuestión mencionar los numerosos incidentes que demoraron al Peregrino de los tres mundos, desde el momento en que, siguiendo los pasos del Cisne de Mantua, se interna en el camino profundo y salvaje, pero debemos mencionar, sin embargo, los eventos relatados en los cantos IX, X y XI del Infierno.

Dante no escapa a los tres peligros temibles del descenso –la caída en la ciénaga, la mirada hacia atrás y la petrificación– sino gracias a la intervención de un “Missus” jamás nombrado, si no es con las expresiones “El otro” o “Tal”. Si bien los comentaristas han visto en este personaje tanto a Cristo como al troyano Eneas o al emperador Enrique VII de Luxemburgo, tenemos buenas razones para creer que este “Missus” que abre a Dante la Puerta de la Ciudad Infernal es muy probablemente el Santo que preside la Puerta Solsticial del Descenso. En cuanto al Descenso de Cristo a los Infiernos, obra en negro, es importante señalar que precede a la Resurrección en el Jardín, obra en blanco, y a la Ascensión, obra en rojo.

Por otra parte, en la Biblia hay otros sucesos que prefiguran este acto inicial, previo a toda “Realización”, y al respecto citaremos la persecución de los judíos en Egipto, seguida por el Éxodo y el paso del Mar Rojo.

Podría decirse que todos los viajes mencionados en la Biblia comienzan con un evento que corresponde al descenso a los Infiernos. Si este es denominado en los textos herméticos “Eclipse”, “Negro más negro que el negro”, “Negro como el cuervo”, “mortificación” o “desnudez”, término que evoca la figura de Juan Bautista y también la del postulante Masón, recordemos que también la iniciación es siempre descripta como un viaje. La analogía nos lleva naturalmente a pensar que un viaje tal implica un rito preliminar de descenso a los Infiernos. Y de hecho es así. Hemos aludido a esto al comienzo de este estudio. (1)

En los ritos de iniciación al grado de Aprendiz, este descenso está representado por la primera parte de la recepción, la que transcurre fuera de la Logia, en un lugar asimilado a menudo a una caverna subterránea, llamada, según los Ritos, Cámara de Preparación o Cámara de Reflexión.

Estos dos nombres merecen ser cuidadosamente analizados, como todos los términos masónicos. Señalemos tan sólo, al pasar, que la preparación comprende la desnudez del recipiendario, a quien se le vendan los ojos, sumergiéndolo así en el “Negro más negro que el Negro”, La preparación en sí misma evoca la expresión del Bautista: “Preparad los caminos del Señor”, mientras que el aislamiento es como una representación del desierto. Finalmente, la palabra “reflexión” es una alusión a la luz reflejada de la meditación y a la luz reflejada por la luna.

Vemos ahora hasta qué punto de riqueza puede llegar el simbolismo joánico y solsticial. Y qué claridad aporta el Testigo calificado como “Luz ardiente y brillante”, guía inspirado por Elías que resucita el Hijo de la viuda, Precursor de la “Luz Intelectual Plena de Amor” de la que habla Dante.

NOTAS

(1) Recordemos que en los “Ejercicios espirituales” de San Ignacio, la primera parte está consagrada al “descenso”, al conocimiento del pecado. Es la “purificación”, y se recomienda en este lapso tener la habitación cerrada, en penumbras o en sombras para meditar. Señalemos aún que este estudio es el fruto de un intercambio de ideas con Denis Roman, ese “alter ego”, a quien nos une la identidad de pensamiento y la inalterable amistad fraterna.

CAPITULO II

JUAN EVANGELISTA

EL AGUILA DE DIOS

El Águila majestuosa simboliza en la iconografía cristiana, como sabemos, a Juan el Evangelista.

La fiesta del Apóstol coincide con el solsticio de invierno, cuando el sol está “a nivel” del horizonte, mientras el Águila “planea” en el zenit, en los cielos. En la fiesta de Juan Bautista en el solsticio de verano, el sol alcanza en cambio el cielo en la misma dirección de la “plomada”, pero el gallo, símbolo del Bautista, se levanta al “nivel” del suelo. La complementariedad de los dos pájaros joánicos se vuelve a encontrar en la disposición de nuestras iglesias, y allí es el Gallo quien domina en el campanario, mientras que en el coro el Águila corona el atril fijado al piso.

Como hemos tratado extensamente el simbolismo del Gallo a propósito de la fiesta de San Juan de verano, debemos estudiar a fondo el simbolismo del Águila en relación con la fiesta de San Juan de invierno, fiesta seguida en unos pocos días por la de la Natividad del Señor.

La misma importancia del Evangelista en la revelación cristiana, hace pensar que esta referencia al aspecto singular del bestiario tradicional es particularmente significativa. De hecho, apenas es necesario recordar que el vuelo en las alturas del pájaro real se asimila a las alturas celestes de la doctrina que San Juan nos entrega, sellada o no, en el Nuevo Testamento.

Si bien en la mayoría de las Logias francesas del Rito Escocés antiguo y Aceptado y del Rito Escocés Rectificado, la Biblia está abierta en el prólogo del cuarto Evangelio durante los trabajos en Logia, no hay que olvidar que en la Iglesia latina, luego del fin de la misa, el sacerdote lee generalmente ese mismo prólogo del Evangelio de Juan. Así, su testimonio “deviene” invariable, escapando del desarrollo cíclico de la liturgia, como un polo fijo.

Es bueno señalar que el Águila es también uno de los símbolos más utilizados en los “Altos Grados” de la Masonería escocesa, gobernada por los “Supremos Consejos” o más exactamente por los “Supremos Consejos del Sacro Imperio”.

Citaremos, en base al “Tuileur de Vuillaume”(1):

- En el grado 18° (2): la joya suspendida del cordón, formada por un compás colocado sobre un cuarto de círculo, teniendo entre sus dos brazos, de un lado el Pelicano, del otro el Águila. Entre estos dos emblemas se elevan la Cruz y la Rosa.
- En el grado 30° (3): el Águila doble coronada, con sus alas desplegadas por encima del trono, al oriente del “4° sector”, y el Águila bicéfala con la Cruz teutónica roja reproducida en uno de los estandartes de ese grado.
- En el grado 32° (4): el Águila bicéfala con una cruz teutónica roja en su centro.
- Por último, en el grado 33° (5): la joya en forma de Gran Águila bicéfala coronada, con las alas extendidas y la espada entre sus garras. No está de más señalar que una de las “palabras” de pase de este grado es el nombre del último Gran Maestro de la Orden del Temple

Esta enumeración muestra que si San Juan está representado por su Evangelio en las “Logias azules”, su emblema, el águila, protege los grados más elevados del escocismo, grados cristianos y templarios. Es también el símbolo de los “Supremos Consejos” escoceses, y como tal porta la corona imperial y la cruz, y sostiene entre sus garras la espada flamígera, dirigida hacia su derecha. Este último detalle no debe ser descuidado, pues la dirección de la hoja evoca el relámpago partiendo de Oriente hacia Occidente, según la imagen angélica del Retorno glorioso (7).

Se puede objetar que los grados caballerescos del Rito Rectificado dieron más cabida al simbolismo del Fénix que al del Águila. Pero, además de que el fénix está generalmente representado con ciertos rasgos corporales del águila, tiene la propiedad de regenerarse y de

simbolizar la eterna juventud. Por otra parte en heráldica se designa como “Inmortalidad” a la hoguera en la que se consume y renace el fénix. Es esta particularidad la que permite descubrir un lazo esencial entre ambos pájaros divinos. En efecto, el arte religioso auténtico –el calificativo no está de más en la época de lo que podríamos llamar la “caricatura” religiosa– ha dado siempre a San Juan una apariencia de juventud, y las palabras de Cristo a Pedro, que recordaremos una vez más: “Si quiero que se quede hasta que yo venga, qué te importa?” (8), acentúan la posibilidad de una suerte de permanente juventud brindada al discípulo bien amado, permitiéndole escapar a la fatal declinación del envejecimiento y la muerte cósmica, al menos hasta el último testimonio apocalíptico (9).

Es interesante señalar que en la tradición grecolatina, que es una de las fuentes de la Masonería, Ganímedes fue raptado por Júpiter (10), aparecido con aspecto de águila. El príncipe troyano “amado por Júpiter”, tal como lo narra la leyenda (11), devino “escanciador” de los dioses y fue el encargado de servir el néctar, bebida de la inmortalidad. En esa función reemplazó a la diosa de la juventud, Hebe, que había “caído” (13).

Vimos ya que detrás de los símbolos del Águila y del Fénix, como detrás de las personas de los dos testigos, el Evangelista y el Bautista, se devela el rostro del Maestro de Vida, Cristo resucitado, “cuyas palabras no pasarán” (14). Comprendemos entonces que desde el comienzo de la era cristiana, el fénix fue considerado emblema de la resurrección.

Sin embargo, el parentesco establecido entre el Águila, los grados templarios y el nombre mismo del “Supremo Consejo del Sacro Imperio”, no sugiere también otra alegoría, la del Imperio?

En el arte heráldico, precisamente, el Águila aparece en forma “oficial” como emblema soberano a comienzos del siglo XV y se convierte en símbolo mismo del Imperio, junto a los ornamentos de la tumba de Carlomagno. Será retomado por la Rusia imperial de Pedro el Grande en 1721, y servirá como soporte en el escudo del Imperio Austríaco.

Señalemos, de paso que la doble cabeza del águila bicéfala puede aludir al misterio de la dualidad del Imperio, que rastreamos desde el origen mismo de Roma, por el matrimonio de Romanos y Sabinas que concretó la fusión de dos pueblos, dualidad que también encontramos nuevamente al término del Sacro Imperio “visible”, dado que el Imperio Austro-Húngaro, destruido en 1918, adoptaba en los actos oficiales la denominación de “Doble Monarquía”.

Si consultamos ahora a Dante, advertiremos que la polivalencia simbólica del Águila aparece con plenitud en la “Divina Comedia”.

Ya Luigi Valli había detectado, en sus estudios sobre Dante (15), treinta y dos simetrías entre la Cruz y el Águila. Pero observemos que en la Divina Comedia el Águila es concebida, tanto por quienes cantan alabanzas divinas, cuando se exclama curiosamente: “Aquel que girando el compás traza los límites del mundo, donde Él ha colocado tantas cosas, ocultas y visibles” (16), como por los Santos mismos. Así, en el Canto 18 del “Paraíso” las almas de los guerreros, entre ellos Josué, Carlomagno, Godofredo de Bouillon, etc., unen sus luces para formar estas palabras del Rey Salomón: “Diligite Justitia qui judicatis terram” (“Amad la Justicia, vosotros que juzgáis en la tierra”, y sus llamas dibujan la cabeza y el cuello de un águila heráldica. El Florentino agrega: “Quien trace este signo no necesita maestro, Él es su propio maestro y de Él proviene esta virtud, que da forma a todos los nidos de pájaros”.

Es curioso ver al “Doctor Poético” unir, a partir de la cabeza del Águila, al Rey Salomón, príncipe de toda realeza, a Carlomagno, príncipe del Sacro Imperio, y a Godofredo de Bouillon, fundador de la Orden del Temple de Jerusalén. No es menos curioso constatar, respecto de esto, la referencia al “Consejo del Gran Rey”, sobre todo si se “Justicia y Juicio” eran las calificaciones funcionales del Imperio y de la Realeza, y la divisa actual de los “Supremos Consejos” inscripta bajo las garras del Águila, es aún “Deus meumque Jus”. Tendremos oportunidad de volver sobre este aspecto.

En el Canto 20 del Paraíso, la pupila del Águila está formada por David, y la ceja por Trajano, Ezequías, Constantino, Guillermo II rey de Sicilia y Rifeo el troyano, mencionado por Virgilio en la “Eneida”,

Finalmente, en el Canto 26, el Águila designa esta vez a Juan Evangelista, llamado “el Águila de Cristo”.

La alusión a un principio espiritual electivo es, además, claramente puesta en evidencia en el libro del “Purgatorio”, y en circunstancias que es preciso relatar.

En el Canto 9 de este libro “intermedio”, el Águila, en efecto, parece encarnar a la que preside el Gran Viaje celeste.

El poeta queda dormido antes de franquear cierta puerta, que solamente se abre con las llaves de oro y plata, y sube tres peldaños de color blanco, verde y rojo (17), antes de recibir del guardián, que porta la espada flamígera desnuda, la séptuple marca en la frente hecha con su punta, que indica su estado de pecador destinado a la absolución.

Para poder pasar, recibe el aval de un personaje celestial, Lucía, “que responde por él” en estos términos: “dejadme llevar al que duerme y yo lo ayudaré en su camino”. La introducción del poeta recuerda extrañamente el desarrollo del ritual Rectificado, no sólo por la ayuda de un guía sino por el diálogo entre Dante y el guardián:

- “Qué queréis? Dónde está vuestro guía? Cuidado, podéis arrepentiros de haber venido!”
- “Una dama del Cielo, instruida en estas cosas”, le respondió: “Mi Maestro nos dijo hace poco: Id, la puerta está abierta”
- “Que ella os asegure, venid y subid los escalones”...En los tres peldaños mi guía me animó diciéndome: “Pedid humildemente que la cerradura se abra”...
- “Entrad, pero os prevengo que aquel que mire hacia atrás quedará afuera”.

Ahora bien, antes de emprender esta travesía Dante ve en sueños a un águila con plumas de oro planeando en el Cielo, pronta a descender, y le dice: “Yo creís estar en el sitio en que Ganímedes abandona a los suyos, al ser arrebatado hacia el Supremo Consejo... descendió terrible como el rayo y me elevó en las alturas hasta la región del fuego.”

Cómo no verse impactado en este Canto por el paralelismo entre el Águila protectora tutelar, el rayo, el “Supremo Consejo”, la luz celeste personificada por Lucía, y finalmente el desarrollo del ritual de admisión?

Y ahora, como símbolo del Imperio, el Águila aparece en el Canto 6 del Paraíso, mientras Dante resume la historia del Imperio al mismo tiempo que “cualifica” el sentido de la trayectoria del pájaro real.

En efecto, Constantino lleva el Águila de Occidente a Oriente, de Roma a Bizancio, mientras que en el origen del Imperio el emblema había seguido a Eneas desde Troya hasta Italia, es decir, de Oriente a Occidente. Volverá entonces de Oriente a Occidente “como el rayo sobre Juba”, mientras el Imperio, renaciendo de las cenizas romanas prestará ayuda al Papado: “cuando el diente lombardo mordió a la Santa Iglesia, Carlomagno la socorrió triunfando bajo sus alas.”

Notemos de inmediato que desde que se plantea la cuestión de César, a través del Águila, Dante hace hincapié en las delicadas relaciones entre la “Autoridad Espiritual” y el “Poder Temporal”.

Vayamos al Canto 32 del Purgatorio, donde el Águila golpea el Arca Sagrada: se trata de las persecuciones del Imperio contra la Iglesia, de la dominación celosa, si no exclusiva, del “Águila rapaz”. O bien, al contrario, vemos que el Águila deja caer sus plumas en la carroza y se escucha gemir a una voz celestial: “Oh, mi Barca, qué recargada estás...”. Es entonces el poder temporal abandonado por el Imperio a la Iglesia y originando riqueza y corrupción.

Sin que nos sea posible extendernos sobre este aspecto de la función imperial, rescatemos sin embargo que el Florentino, si bien restituye “al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (18), y establece formalmente la distinción entre las dos autoridades (19), por otro lado, en el “Convivio” (20) precisa que el origen inmediatamente divino de la autoridad del Monarca “no debe entenderse en un sentido riguroso tal que el Príncipe romano no esté sometido por completo al Pontífice romano; pues la felicidad temporal está alineada de alguna manera con la felicidad inmortal” (21). En la conclusión de “De Monarchia” Dante subraya

que: “César debe tener a Pedro el mismo respeto que un hijo mayor tiene a su padre; iluminado por la luz de la gracia paterna, él alumbra la faz del mundo, mundo cuyo gobierno ha recibido de Aquel que rige todas las cosas espirituales y temporales”.

Si Dante insiste sobre el significado del Águila encarnado en el Imperio, está claro que este último debe cumplir una obra particular, a llevarse a cabo en la historia del Cristianismo y con respecto al Papado.

Acaso las misteriosas palabras de San Pablo a propósito del Anticristo: “Vosotros sabéis qué es lo que ahora le retiene” (22), no fueron entendidas a menudo por los Padres como referidas al Imperio, sostén de la Iglesia? Esta opinión fue también la de la Edad Media. En esta concepción eminentemente tradicional, las dos cabezas de la Autoridad son el Papa, garante de la Fe, y el Emperador, defensor de la Fe. Tan pronto como una de ellas desaparece, el cuerpo entero se precipita a la disolución, en una anarquía celular canceriforme, en total confusión de roles y órganos.

También “el Orden surgido del Caos” (23) exige por un lado la soberanía de cada poder, y por otro una jerarquía cualitativa entre ellos.

Imperio y Cristianismo son pues complementarios. El Águila permanece cerca de la Cruz y también planea, guardiana y protectora, por encima de los fieles. Es, en el orden temporal, un reflejo de la justicia divina. Dante se verá finalmente impulsado a afirmar, en el capítulo XI de “De Monarchia” (libro I): “La plena justicia sólo existe bajo la Monarquía, pues para un excelente ordenamiento del mundo se requiere la Monarquía o el Imperio” (24).

Esta tesis será desarrollada por Jordan d’Ornabrück (25) y por Engelbert, Abad de Ardmont (26). Quinientos años más tarde será la de un célebre Masón, “Gran Orador de la Logia de los Tres Morteros” al Oriente de Chambéry, miembro de la Logia escocesa reformada “La sinceridad”, “Gran Profeso”, “Caballero Masón de la Orden Benefactora de Ciudad Santa” (27).

A falta de la unidad de la multiplicidad mediante un principio trascendente y sacralizado, poseedor de una influencia espiritual, dotado de un marco ritual y depositario de una doctrina conforme a la Orden divina, y respetando por lo tanto el orden natural dispuesto por el Creador, no encontramos más que monstruosidad carente de sentido, infra y anti-humano, anunciando el tiempo nietzscheano “del gran derrumbe interior y de la desintegración” (28).

Estas extensas consideraciones pueden resultar fatigosas. No creemos, sin embargo, que escapen a la órbita del tema, pues nos permiten percibir una nueva “tipología” del águila: la que fluye de la misión profética del Evangelista y concierne más específicamente a la escatología cristiana.

Esta es la razón por la que atribuimos cierta importancia a los elementos que, bajo el signo de los “Supremos Consejos”, se refieren a las nociones de “Justicia y Juicio”. Hay indicios de virtualidades que, con ayuda de la gracia, podrían muy bien datarse en la época del Arca, si al menos, entre quienes velan a la sombra del Águila, fuera para recordar el significado providencial del Sacro Imperio...

El rol del Águila, en esos tiempos en que los “elegidos” corrieron el riesgo de ser confundidos, “si ello fuera posible” (29), es tan misterioso que no se puede presentir?

Uniéndolo como el relámpago Oriente y Occidente, ante quienes miran sus dos cabezas, el Águila bicéfala lleva a cabo la unión de los complementarios, la Unidad en su Centro (30). Ese centro que en la mitología griega fue determinado justamente por el encuentro de dos águilas, enviadas por Júpiter, de los extremos occidental y oriental de la tierra al sitio preciso de Delfos, donde fue elevado un trípode en forma de “Y”, síntesis del águila de dos cabezas (31).

Delfos evoca la tradición “hiperbórea” y “polar”; la referencia polar está representada en la Masonería por la plomada que une los dos lugares en que se encuentra la Logia: el más alto de los montes y el más bajo de los valles, que es el de Josafat” o “valle del juicio luego del retorno de Cristo”.

Podría sorprender que ese retorno sea anunciado en el Nuevo Testamento con expresiones que retoman las imágenes del rayo y del águila: “Como el relámpago parte de

Oriente y brilla hasta en Occidente, así será el advenimiento del Hijo del Hombre” y “Allá donde se halle el cuerpo, ahí se reunirán las águilas” (32).

Que ese juicio y ese final sean profetizados justamente por el Águila de Patmos “Hijo del Trueno” (33) que permanece hasta ese último día, es algo digno de atención. Las correspondencias nunca son fortuitas, con toda razón, pues proceden de las Sagradas Escrituras.

“La Escritura está por encima de los hombres, y es formal” (34).

Está vedado acaso imaginar que el segundo advenimiento sobrevendrá en una época en que el caos intelectual y mental será tal que los hombres en su mayoría serán llevados a ver a Cristo “dondequiera que no esté”? (35) Y quién sabe si en esas condiciones, y como pura hipótesis, la “marca” de la presencia divina no podría ser sugerida por una suerte de homenaje “real” del reino animal, no sujeto a espejismos, no seducido por los “milagros” de los falsos profetas ni por sortilegios del poder de la tecnología? Homenaje inverso, de alguna manera, a aquel rendido por los hombres a la “Bestia”? (36)

Podemos encontrar en esto una complementariedad entre el primero y segundo advenimiento. En Navidad los animales del establo son testigos que rodean al niño pobre, desnudo, “dulce y humilde de corazón”, la dulzura y la humildad mismas. Y acaso la venida gloriosa no se acompaña por una presencia animal “majestuosa”, el Águila junto al “león de Judea”? Pues el Salvador no es solamente Rey de la humanidad sino del Cosmos entero. Ningún pájaro es olvidado ante Dios, nos enseña la Escritura, y es la creación entera la que “gime en esta espera de los “Nuevos Cielos y la Nueva Tierra” (37).

Dado que hemos hecho alusión al “Polo” a propósito de Delfos y del Águila, observemos que el extravío mental puede ser comparado con el enloquecimiento de la brújula cuando pierde su polo, y que la conmoción final corresponde a la “inversión de los polos”, el final de todo y el futuro restablecimiento, destacando precisamente esos “misterios del Polo que están bien custodiados”, según la expresión de René Guénon (38).

Es evidente que solamente Dios es el Maestro depositario de esos misterios. Cuando la liturgia Católica nos dice en la fiesta del Evangelista: “Este es Juan, que en la Cena reposa su cabeza sobre el pecho del Señor, apóstol Bienaventurado a quien le fueron revelados los secretos celestes” (39), no hará implícitamente alusión a un conocimiento muy misterioso, “sin palabras” (40), revelado al Águila de Cristo, a propósito del fin de los tiempos?

Escribía Orígenes acerca del Evangelio de Juan: “Nadie sabría comprender el sentido, si no ha reposado sobre el pecho de Jesús ni ha recibido a María como Madre” (41).

El vínculo entre María y el discípulo Bienamado, señalado por Dante en estos “extraños versos”: “Aquel que reposa en el seno de nuestro Pelicano y que en lo alto de la Cruz fue elegido para el Gran Cargo” (42), nos es recordado también por Orígenes cuando se trata de la comprensión de los textos joánicos. Pero ese vínculo, no es también sugerido en el Apocalipsis, a propósito del Águila, y bajo una forma más enigmática, pues se trata de “la mujer vestida de sol, con la luna a sus pies y una corona de estrellas sobre su cabeza? En efecto, el Libro inspirado, luego de haber narrado el nacimiento del niño que debe gobernar todas las naciones con un cetro de hierro y que es alzado hasta Dios, después de haber relatado la derrota del dragón en el combate con San Miguel, despliega el gran “gesto” divino: “Cuando el dragón se vio precipitado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz a un niño, y las dos alas de la gran Águila le fueron dadas a la mujer para que echara a volar al desierto, donde ella fue alimentada un Tiempo de Tiempos y la mitad de un Tiempo, lejos de la presencia de la serpiente (43).

En fin, como no se hubiera podido dar al Simbolismo del Águila más alto significado que la alegoría del Verbo divino, es necesario, al término de este estudio, recordar que reducida a los trazos esenciales, el Águila bicéfala adopta la forma de la Cruz de seis brazos del Crisma de Constantino, cuyo centro “septenario” es a la vez principio y fin.

También Clemente de Alejandría nos dice que de Dios, “Corazón del Universo”, parten las extensiones indefinidas que se dirigen, una hacia lo alto, otra hacia abajo, una hacia delante, otra hacia atrás; al dirigir la mirada a estas seis extensiones como hacia un número

siempre igual, se consuma el mundo, es el comienzo y el fin; allí culminan las seis fases del tiempo y de él reciben su extensión indefinida; ese es el secreto del número siete (44).

NOTAS

- (1) “Manual Masónico o Tuileur de todos los ritos de Masonerías practicados en Francia”, París, 1820.
- (2) Soberano Capítulo de Rosa-Cruz o Cap. de San Andrés de Escocia del Pelicano o del Águila Negra.
- (3) Caballero Kadosh o Caballero del Águila Blanca y Negra
- (4) Sublime Príncipe del Secreto Real. Es en este grado que figura la divisa “Ad Majorem Dei Gloriam”, que es la misma que tiene la Compañía de Jesús. Señalemos de paso, que la decoración de la Logia en el grado 28º, llamado “Caballero del Sol”, comprende un sol inscripto en un triángulo divino. En cada ángulo del mismo se leen las letras “S.S.S.”, que pueden ser una deformación de la Iod hebrea, pero que generalmente se interpretan como iniciales de “Science, Sagesse, Santité” (N. de la T.: ciencia, sabiduría, santidad), antigua fórmula de saludo masónica. Estas tres palabras eran también empleadas antiguamente en los saludos entre discípulos de la Compañía de Jesús.
- (5) Soberano Gran Inspector General.
- (6) Notemos que el final de la Orden del Temple coincide con la concepción y redacción de la “Divina Comedia”, y que existen treinta y tres grados en la Orden Escocesa, como hay treinta y tres cantos en el “Purgatorio” y el “Paraíso”. La cifra treinta y tres –que es el número de las letanías del Sagrado Corazón- corresponde a los años de la vida de Cristo. Este número es también el múltiplo de la cifra de “Templario”, once, por tres, calificando las virtudes teologales con referencia “sacerdotal”. La cifra “Templario” multiplicada por cuatro, califica las virtudes cardinales con referencia “imperial” y da cuarenta y cuatro, número de la sangre y del color rojo en hebreo (Dam); se dice que César murió en el año 44 a.C. El total de años que separan la muerte de César de la de Jesús es de setenta y siete, producto de la cifra templaria por siete, calificando las virtudes teologales y cardinales. Este número, setenta y siete, es el de la “fuerza” en hebreo, “Oz”, y se aplica a la idea de “Justicia”, del “rendimiento de cuentas”, de allí la noción de “venganza sagrada” en la Biblia y también, quizás, en ciertos altos grados Templarios del Escocismo. En este último caso, la “venganza Templaria” parece ejercerse sobre las “traiciones” espirituales de los dos poderes. Parece ocioso precisar que se ha retenido más el significado inverso: el del choque entre “el Rey y el Papa”, representados por la Corona y la Tiara.
- (7) “Pues como el relámpago sale de Oriente y brilla hasta en Occidente, así será el advenimiento del Hijo del Hombre” (MATEO, XXIV, 27)
- (8) JUAN, XXI, 22
- (9) SALMO 103 (102): “Y la juventud se renueva, tal como en el Águila.” Es curioso que jamás se hayan descubierto las reliquias de Juan Evangelista y que se haya podido creer, en la Edad Media, en una “Asunción de Juan”. Catalina Emmerich relata como sigue la muerte del discípulo: “Él era entrado en años pero su rostro se mantenía siempre bello, dulce, joven... al momento en que Juan se abate para dar el último suspiro, yo percibí en medio del halo que lo rodeaba una forma luminosa por entero semejante a él... Vi otra vez que el cuerpo de Juan ya no estaba en la tierra. Vi entre Oriente y Occidente un Lugar resplandeciente recibiendo de las

Alturas todo lo que a él le transmitiéramos. Ese lugar, aunque me pareciera muy elevado y por cierto inaccesible, formaba parte sin embargo de la Tierra...
(Visiones de Ana Catalina EMMERICH, libro 3, Ed. Tequi)

(10) Dante llama a Dios el “Supremo Júpiter” (I, 32) y a Cristo, “Júpiter crucificado por nosotros” (II, 6)

(11) Esta expresión recuerda la de “discípulo bienamado”

(12) Notemos que en el grado de “Rosa-Cruz” el “Muy Sabio” presidente del capítulo es llamado “Athirsatha”, que en hebreo designa el cargo de servidor real del vino, dignidad conferida al profeta Nehemías por Artajerjes (2 ESDRAS; I y II)

(13) Habría toda una interpretación simbólica en este pasaje de la mitología. Precisemos que al utilizar plenamente la tradición grecorromana, no nos proponemos en absoluto defender un “sincretismo” que repudiamos. Pero, fieles al pensamiento medieval y al método empleado por Dante, nos esforzamos en descubrir, en esa lengua universal que es el simbolismo, todo lo que tienda a manifestar la Gloria de Dios y que pueda ayudar en la comprensión de las Escrituras.

(14) MATEO, XXIV, 35 y XXVIII, 20: “Y yo estaré con ustedes para siempre, hasta el fin del mundo”.

También APOCALIPSIS XXI: “El Mundo antiguo ha muerto... Yo vengo a crear el Universo nuevo” y XXII: “He aquí que mi vuelta está cercana y que llevo conmigo el salario que voy a pagar a cada uno en proporción a su trabajo. Soy el Alfa y el Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Final.

(15) “El lenguaje secreto de Dante”.

(16) III, Canto 19.

(17) Estos tres colores, que corresponden en Dante a los personajes que encarnan las tres virtudes teologales, son los colores de la Masonería escocesa (René GUENON, “El esoterismo de Dante”). La Fe, la Esperanza y la Caridad están en relación con la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza. A la Sabiduría corresponde también el Número, a la Fuerza el Peso y a la Belleza la Medida o Armonía, y Dios ha dispuesto todas las cosas según “Número, Peso y Medida”.

Esas virtudes se vuelven a ver en términos de cualidades del Cristo Niño: “Él crecía en Salud, Talla (= Fuerza) y Gracia (= Belleza). Las vemos también citadas en la Búsqueda del Santo Grial, a propósito de las aventuras de Lancelot “es por una mujer que fue engañado nuestro primer padre, y Salomón, el más *sabio* de los hombres, y Sansón, el más *fuerte*, y Absalón, hijo de David, el más *bello* de la tierra...”

(18) MATEO, XXII, 21.

(19) Esta distinción entre los Poderes, como también la Unidad de su Fuente, está bien mostrada en el mosaico del “Triclinium” de San Juan de Letrán. De un lado, Cristo devuelve las llaves a San Pedro y el estandarte coronado por la Cruz a Constantino. Del otro lado, Pedro, sentado y del mismo tamaño que Cristo, entrega el Palio a León III, su sucesor, y la bandera a Carlomagno.

El Papado ha definido netamente, por otra parte, la separación de las autoridades. Así, LEON XII en la encíclica “Inmortale Dei” dice: “Dios ha repartido entre el poder eclesiástico y el poder civil el deber de procurar el bien del género humano. Él ha encargado al primero de las

cosas divinas y al segundo las cosas humanas. Cada uno de ellos en su orden es soberano. Cada uno de ellos está circundado por límites perfectamente determinados y trazados en total conformidad con su naturaleza y su principio, cada uno circunscripto en una esfera donde puede actuar y moverse en virtud de las leyes que le son conferidas.” Y LEON XII precisa entonces “la Autoridad de quienes gobiernan, al ser una derivación del poder de Dios mismo, adquiere una dignidad más que humana.”

(20) CONVIVIO, XVI.

(21) A la distinción de los Poderes conviene añadir otro principio, el de la preeminencia de la Autoridad Espiritual, pues según Santo TOMAS (Summa, I, 2-21 a 4) “el Hombre no pertenece por entero al estado en su relación con él”. Para emplear el mismo lenguaje que el Papado, “la Iglesia no trata de juzgar un feudo temporal que no le pertenece, pero sí se pronuncia sobre el pecado que viola la ley espiritual”. También “es por un llamado que la majestad del derecho positivo humano se conforma –o no se opone- al orden absoluto establecido con el Creador y puesto a la luz por la revelación del Evangelio” (PIO XII, “Mensaje de Navidad” de 1944). Roma aparece pues como “Centro, Ciudadela y Señora del Cristianismo, ciudad eterna en el tiempo, más por Cristo que por los Césares (PIO XII, “Mensaje de Navidad” de 1941), y la autoridad espiritual cara a cara con el poder del César “lo podrá completar felizmente, como la gracia perfecciona la naturaleza” (PIO XII, “Urbi Arcano Dei”). No hay entonces actividad humana que la Iglesia no deba conocer, puesto que está implicada la espiritualidad.

(22) II TESALONICENSES, II, 6.

(23) Este lema es también uno de los de la Masonería Escocesa.

(24) René GUENON, en “Autoridad Espiritual y Poder Temporal”: “La dependencia del poder temporal respecto de la Autoridad espiritual tiene su signo visible en la coronación de los reyes... esta influencia espiritual... estaba en efecto directamente ligada a la coronación, no era transmitida al rey por su predecesor, sino que la recibía tan sólo por el acto de ser coronado... delegación en la cual... consiste propiamente el derecho divino (Cap. V, “Dependencia de la Realeza respecto del Sacerdocio”). Observemos, a propósito del Sacro Imperio, que la noción misma de “Sacro Imperio Romano de la nación germana” constituía, por lo menos, una muy grave alteración de “Sacro Imperio romano”, y que después de Carlos V, el emperador no volvió a ser coronado por el Papa.

(25) Crónica 1280.

(26) “De Artu et fine romani impérii”, 1310.

(27) de MAISTRE, Joseph, “Del Papa”, Cap. IV “Institución de la Monarquía europea”: “... la Unión, en distintos grados y bajo distintas formas, del imperio y del sacerdocio, fue siempre demasiado general en el mundo para no ser divina. Hay entre ambos una afinidad natural. Es preciso que se unan o que se sostengan. Si una u otra sufre...”

(28) F. NIETZSCHE, “La voluntad de poder”.

(29) MATEO, XXIV, 24.

(30) es digno de señalar que “justo medio” en ruso se dice “Medio de oro”.

(31) Delfos, como sabemos, era famosa por su templo de Apolo y sus profetisas o “pitias”. Apolo era representado en Delfos por la figura de un Delfín. Dios solitario, Apolo era considerado partiendo del equinoccio de otoño entre los hiperbóreos, en el extremo norte, donde se conservaba la tradición “polar”, y volviendo en el equinoccio de primavera. Pero el centro es, para el Cristianismo, la Masonería y el Judaísmo, la ciudad de Jerusalén, y existe un misterioso vínculo entre Jerusalén y Roma, como también entre el orden espiritual y el orden temporal.

Jerusalén es la ciudad de Ciudades, Santa entre las Santas, Reina de los pueblos, Princesa... Está situada en el Centro del mundo, en el medio de la tierra, a fin de que todos los hombres puedan llegar a Ella: patrimonio de los patriarcas, nodriza de los apóstoles, cuna de nuestra salvación, ornato del Señor, madre de nuestra fe, como Roma es la madre de los fieles; está santificada por Dios, que posa sus pies sobre ella, honrada por los ángeles...etc.” (J. de VITRY, Obispo de Ptolemaida, XIII).

(32) MATEO, XXIV, 28 y LUCAS, XVII, 37: “illic congregabuntur et Aquillae” (Allí se congregarán las águilas).

(Se trata de Águilas y no de “Buitres”, como dice la exégesis de los modernistas, que confunden el “Cuerpo” de Dios vivo con los despojos del “cadáver”)

(33) MARCOS, III, 17.

(34) “Paraíso”, XIX. Este término de Dante es para tener en cuenta. Tanto porque la Escritura parece incomprendible, como porque es “Santa”, no puede ser “bajada” a la altura de una comprensión vulgar y “banal”. Requiere que se haga un esfuerzo de inteligencia espiritual para elevarse hasta Ella. El aspecto “formal” de la Escritura nos lleva a precisar igualmente que conviene investigar, como la patrística nos lo enseña, el sentido más espiritual y simbólico de los libros de la Biblia; no sería cuestión de rechazar la interpretación del Magisterio, por un lado, ni tampoco el sentido primero, inmediato, histórico y “carnal” de la Escritura, por el otro. Para nosotros, no se trata de “mitos” sino de “misterios”. La realidad debe tomarse como es, “carne y Espíritu”, y al respecto nos remitimos a la Encíclica “Humani Generis”.

(35) MATEO, XXIV, 5 a 23.

(36) APOCALIPSIS, XII, 4 a 18.

(37) II PEDRO, III, 13; APOCALIPSIS, XXI, e ISAIAS, LXV, 17.

Los “nuevos cielos y la nueva tierra” hacen pensar en la concepción hermética de la “liberación” del reino animal, como también en la transmutación de los metales viles en oro. Las nociones de “transmutación” y “transformación” no se excluyen sino que se complementan; la segunda representa la “realización espiritual” última del orden corporal y psíquico. A la “transmutación” podría corresponder la “coagulación” en forma “sutil” de los elementos puros e inmortales, y consecuentemente, su “absolución”. La “transformación” de los elegidos parece residir en la integración en el Cuerpo Místico de Cristo, y ello sin “confusión”, sino por el contrario y por necesidad metafísica, en un extremo “personalismo”. Esta transformación se manifiesta visiblemente en la “Transfiguración” de Cristo y es un atributo del “Cuerpo Glorioso”. No sólo el Cuerpo de Cristo, sino también sus vestiduras, participan de ella. Así, la “resurrección de la carne” del dogma cristiano debe ser entendida como una realización y no como una fórmula vaga, pues se podría imaginar un cristianismo “desencarnado” y “etéreo” que se condena a permanecer en el estrecho marco de las simples proyecciones mentales, y que muestra una extraña incomprensión respecto de las misteriosas y magníficas promesas de Encarnación y Resurrección.

(38) No podemos abordar este tema sin rendir un particular homenaje a René Guénon, el primero en llamar la atención sobre los “misterios del polo” y sobre su significado, a la vez espiritual y cosmológico.

(39) Antífona, “Memoria de San Juan Evangelista”.

(40) SALMO XVIII o XIX: “Y la noche a la noche transmite la noticia”

(41) “In Jo.”, 1-6.

(42) “Paraíso”, Canto 30. La elección espiritual por “lo alto” está indicada en numerosos pasajes de la Divina Comedia. Así, en el Canto 24: “Oh, compañía escogida para la Gran Cena del Cordero”. El término “elegido” vuelve a hallarse curiosamente en numerosos grados de la Masonería.

(43) APOCALIPSIS, XII, 1-15. Sabemos que la exégesis medieval ha visto en esta Gran Águila, la Sagrada Escritura, y en las dos alas desplegadas, los dos Testamentos.

(44) Ver al respecto René GUENON, “El Simbolismo de la Cruz”, Cap. IV-“Las Direcciones del Espacio”. Es digno de señalar que las seis direcciones del Espacio pueden ser esquematizadas en una estrella de seis puntas o sello de Salomón, es decir, una flor de lis vista de plano. Apenas es necesario recordar que la flor de lis, vista de perfil, es a la vez una representación de la Trinidad, de los tres ángulos o vértices del triángulo equilátero y de la Monarquía francesa. Este símbolo es por otro lado aún más extraordinario, ya que remite a la Institución sagrada que gobernó la Nación Francesa, “hija mayor de la Iglesia”.

CAPITULO III

HIJO DEL TRUENO

Parece que la Masonería se refiere principalmente a veintiún Nombres divinos hebreos (1) y que, si alguno de sus ritos se hace bajo la invocación de “Hoschae” o “Emanuel”, la mayor parte de ellos mencionan, claramente o en forma de alusión, el Nombre de Dios todopoderoso “El Shaddai” o “Shaddai”, de valor numérico 3-4-5 o 3-1-4.

Sabemos también qué interesante aporte ha hecho René Guénon al tema del secreto “operativo” del triángulo rectángulo de lados 3-4-5, tanto respecto de los misterios de la escuadra del “Venerable Maestro” y de la “Palabra Perdida” en Masonería, como a propósito de la doctrina pitagórica del equilibrio entre Voluntad y Providencia por un lado, y Destino por el otro(2).

Consideramos necesario volver sobre una cita de ese Nombre, particularmente sugestiva, que se refiere a las visiones –o “audiciones”- del profeta Ezequiel: “Había un viento huracanado... una gran nube rodeada de fulgor, un fuego del que brotaban los relámpagos(3)... en medio de los animales había como brasas ardientes... y del fuego surgían los relámpagos (4)... escuché el ruido de grandes alas, como el estruendo de mucha agua, como la voz de Shaddai... un sonido atronador (5)... el Espíritu me arrebató y escuché a mis espaldas el sonido de un gran tumulto, y : “Bendita sea la gloria de Jehová en medio de su morada”. Era el ruido que producían las alas de los animales (6)... la gloria de Jehová se alzó por sobre el Querubín, hacia el umbral del Templo, y el Templo fue colmado por el brillo de la gloria de Jehová. Y el ruido de las alas se oía hasta en el atrio exterior, como el estruendo de El Shaddai cuando habla...” (7).

Señalemos que este pasaje del Antiguo Testamento asocia de modo contundente la “Voz de El Shaddai” con los símbolos bien conocidos de la “Gloria del Eterno”, del “Sonido”, del “Relámpago” y del “Aliento”, como también con el “ruido de las aguas”, pero sería fácil trazar el paralelismo con ciertos textos del Nuevo Testamento donde se mencionan símbolos análogos.

Así, antes de que aparezca el Gran Signo esperado al fin de los tiempos, “una mujer vestida de Sol, con la Luna a sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza” (8), ya se descubre, en el cielo, el Arca de la Alianza del Templo y hubo, nos dice el Apocalipsis, “relámpagos, voces y truenos...” (9).

También la vuelta de Cristo es anunciada con la “aparición de nubes con gran poder y gloria” (10), y Jesús hace esta advertencia: “Como el relámpago brilla de Oriente a Occidente, así será el advenimiento del Hijo del Hombre” (11). Si el estruendo del trueno y el fuego del relámpago pueden ser considerados una compañía de la manifestación de “Dios Todopoderoso”, cabría preguntarse si no existe un lazo misterioso entre la “razón principal” de ese Nombre –su “esencia”, su ritmo y su resonancia cósmica- y el conjunto de eventos que acabamos de referir?

No es acaso “ante esos truenos, ese resplandor, ese sonido de trompas y la montaña humeante” que Moisés recibe del Eterno los Diez Mandamientos? (12). Y el profeta Elías triunfará sobre los sacerdotes de Baal mientras cae el fuego de Jehová (13).

En todo caso, es lícito creer, luego de todos estos ejemplos, que la “Omnipotencia” es el aspecto divino que preside esta “estrecha conexión que existe, desde el punto de vista cosmogónico, entre el sonido y la luz” (14). Es evidente que es en su función creadora de Arquitecto divino y Ordenador del Universo que Dios dice: “que se haga la Luz” (15). El mismo arquetipo divino se aplica a Cristo-Verbo, pues, según el prólogo del Evangelio de Juan “En el comienzo era el Verbo... Él era la vida, y la Vida era la luz de los hombres, la Luz iluminó las tinieblas y las tinieblas no lo entendieron... el Verbo era la verdadera Luz... y el Verbo se hizo Carne...” (16).

La Iluminación del Caos (17), es decir, el Orden o el rito, en el sentido original del término, exigía que todo fuera dispuesto por la geometría del “Altísimo” en “número, peso y medida”, y se relacionara con esta Palabra que está “en el comienzo” o, mejor dicho, ya que se

trata de algo esencialmente atemporal, “al principio de toda manifestación” (18). Es Ella que surge de la eterna y silenciosa sabiduría divina, y dispara la vibración sonora y la onda luminosa generadoras de los mundos; es Ella que ilumina a todos los seres y se manifiesta ante quienes saben recibirla con humildad y amor como a la gracia suprema; es Ella, en fin, prenda escogida, que debe guardarse en el corazón porque allí germina, crece y madura en frutos de vida eterna.

Acaso puede sorprender que uno de los aspectos de esta Palabra haya podido identificarse, en el seno de las tradiciones de constructores provenientes de los Templos de Israel, con el Nombre de El Shaddai? (19). Ciertamente no, y no sólo en razón de todo lo expuesto, sino porque ese Nombre, “Cuerpo del Tetragrama”, contiene la idea de “medida” y porque corresponde a los lados “unidos” de la escuadra del Venerable Maestro o a los lados del triángulo del Maestro Pasado (20).

Por lo demás, los símbolos del trueno y del rayo han sido en todo tiempo y lugar concebidos como atributos de la Divinidad. En la cumbre del panteón germánico encontramos, en efecto, a Wotan-Odin, que en su unión con Ertha, a la vez su madre, su mujer y su hija, engendra a Donar o Doner o Thor, dueño del rayo, portador del mazo sagrado, análogo al mallete del Venerable en Logia (21).

De modo similar, en la mitología escandinava Thor, hijo de Odin y de Jord (22), es el dios del trueno y de los relámpagos. Él vierte las lluvias de la tempestad que purifica el aire y transmite a la tierra elemental los principios nutricios. Él persigue y fulmina a los gigantes y a los gnomos, y dispone de tres cosas preciosas: el mazo “Mjoelne”, equivalente simbólico del martillo o del mallete; el tahalí del valor y los guantes de hierro. La pérdida de “Mjoelne”, su búsqueda y su descubrimiento conforman el más bello canto de la antigua Edda, y esta leyenda no deja de ofrecer una semejanza con la “pérdida de la Palabra” y su restitución.

En la tradición eslava encontramos a “Perun”, dios del trueno (23), y entre los galos a “Taranis” o “Taran”, que ejerce el supremo oficio de maestro del rayo.

En la mitología griega, finalmente, el trueno no es acaso el atributo de Zeus-Júpiter, siendo el “águila de Júpiter” calificada como “portadora de truenos”?

Fue precisamente el águila de Júpiter quien llevó a Ganímedes a los cielos, y permitió así al pastor elegido alimentarse con “néctar y ambrosía” y ostentar el privilegio de la eterna juventud. He aquí que el traslado celeste de Ganímedes nos dará la ocasión de reencontrar el doble objeto de nuestro estudio, es decir, la Masonería y el Cristianismo.

En efecto, si bien la Masonería se encuentra bajo la advocación del Verbo-Arquitecto, fulgurante y estruendoso con su nombre de El Shaddai, conviene recordar que Juan Evangelista es, junto con Juan Bautista, el patrono de los Masones “hijos de la Luz” (24), y que se encuentre en la escena del rapto de Ganímedes fue generalmente interpretado en la Edad Media como significando la “asunción de San Juan” (25).

Si el Masón recibe la “Luz” al son del trueno, si al mallete del Venerable se lo considera capaz de conferir la luz que ilumina el caos, si la espada flamígera simboliza ella misma el fulgor del rayo, no es acaso San Juan llamado por Cristo “Hijo del Trueno”? De hecho, el Evangelista detenta doblemente esta cualidad, de orden eminente, atribuida a los hijos de Zebedeo.

Es ante todo el “cambio de nombres” de los dos hermanos, uno de los cuales se convertirá en “Patrono de los Masones” y el otro en “Patrono del Compagnonnage” (26), a quienes Cristo “da el nombre de Boanergés, es decir, hijos del Trueno” (27). Este pasaje merece especial atención, porque por un lado el término “Boanergés” significa “Acción del Sonido, de la Tormenta, del fragor, del canto de los pájaros”, e inmediatamente hace pensar en la voz de trueno de El Shaddai y aún en la invocación rítmica, porque, por otro lado, la expresión “Hijo del Trueno” es la designación del iniciado.

Luego, el poder adjudicado a la calidad de “Hijo del Trueno” se pone en evidencia en un curioso episodio de la predicación de Cristo. Queremos mencionar el ruego de los “Hijos del trueno” a Cristo: “Señor, quieres que ordenemos que baje el fuego del cielo...” (28), demanda a la que Cristo responde con una reprimenda (29).

Hay pues en todo esto relaciones significativas que podrían dar lugar a interesantes estudios, lo que deseamos vivamente. Quien indague en este sentido no debe olvidar, sin embargo, que el “Hijo del Trueno” no es un fin en sí mismo, y que es una realización efectiva a cumplir, realización integral del ser total, no sólo en su plano mental, realización que encuentra su confirmación electiva en la “filiación virginal”, como lo indican las palabras de Jesús crucificado: “Mujer, he aquí a tu hijo; Juan, he aquí a tu Madre” (30).

No sabríamos terminar mejor que con una cita del himno de San Sofronio:

“Proclamaré pues como a un Dios
A este bienaventurado Hijo del Trueno
Puesto que ha devenido
El Hijo de la Madre de Dios” (31)

NOTAS

- (1) “Tuileur” de VILLAUME. Precisemos, para no tener que reiterarlo, que los Nombres divinos utilizados en nuestras citas de las Sagradas Escrituras, provienen de la Biblia de Jerusalén. No obstante, queremos aclarar que nos hemos servido tanto de la Biblia de Crampon como de la de Jerusalén, según el pasaje, y también de la biblia hebrea, para el antiguo Testamento.
- (2) “La Gran Tríada”, Cap. XV y XXI.
- (3) EZEQUIEL, I, 4.
- (4) Id., I, 13.
- (5) Id., I, 24.
- (6) Id. III, 12-13.
- (7) Id., X, 4-6
- (8) APOCALIPSIS, XII, 1
- (9) Id., XI, 19. Notemos que la predicación apostólica y doctrinaria fue considerada a veces como el “caballo blanco del Apocalipsis” (APINGIUS) o como el “Trueno de Dios” (SAN GREGORIO).
- (10) MARCOS, XII, 26.
- (11) MATEO, XXIV, 27.
- (12) EXODO, XX, 18.
- (13) “Ellos invocaban el nombre de Baal de la mañana a la noche... al mediodía Elías se burló de ellos y dijo: “gritad más fuerte pues es un dios; tiene sus asuntos, le habrá ocurrido algo, estará en camino, tal vez está dormido? Se despertará... después de haber puesto doce piedras de acuerdo con el número de las tribus de los hijos de Jacob...”. Elías invocó una sola vez al Eterno en estos términos: “Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel... y el fuego de Jehová cayó” (I REYES, XVIII, 38).
- (14) “Apreciaciones sobre la Iniciación”, Cap. XLVII (“Verbum, Lux et Vita”).

(15) GENESIS, I, 3.

(16) Prólogo del Evangelio de JUAN. También “Apreciaciones sobre la Iniciación”, Cap. XLVII (“Verbum, Lux et Vita”) .

(17) Recordemos la divisa escocesa ”Ordo ab Chaos” y lo escrito por René Guénon al respecto en “Apreciaciones sobre la Iniciación”, Cap. XLVI.

(18) “Apreciaciones sobre la Iniciación”, Cap. XLVII.

(19) Señalemos al respecto que el poder o la fuerza es “doble” por naturaleza: debe ser referida a Dios –“Él”- para “agotarse”. También las raíces de “Shaddai” son dobles, abarca tanto la fecundidad como la destrucción. La referencia al plano cosmológico implica asimismo una dualidad: una faz luminosa, la del Arquitecto divino, y una sombría, la del demiurgo. El mismo simbolismo cosmológico es a la vez un “trampolín” cuando permite acceder a Dios, y una “pantalla” cuando seduce por su riqueza y de “diviniza”; llega entonces a la forma más sutil de idolatría, que pone en juego el orgullo luciferiano. Al seducir al alma, que aprisiona por su ignorancia, deviene entonces “la red del cazador de pájaros”, de la que no se libera sino quien “se cobija bajo la éjida del Altísimo y a la sombra del Todopoderoso” (SALMO 91).

No debemos olvidar que el paredro de la Shekinah tiene por nombre “Metatron”, equivalente numérico de “Shaddai” , y que si “Metatron”, “el ángel del Rostro”, tiene como reflejo a “Mikael”, tiene también una faz sombría, “Samael”, el “Príncipe de este mundo” del que habla el Evangelio. Ver al respecto “El Rey del Mundo”, Cap. III.

También el nombre de Emanuel o del Señor Jesucristo es “superior” al de Shaddai en el orden espiritual, tanto como el de Josué (que es el nombre de Jesús) es superior al de Moisés (cuyo nombre es el de el Shaddai) en el orden de la “realización de la promesa”, dado que Josué, sucesor de Moisés, penetra solo en Tierra Santa, a la cabeza de la columna de las tribus y recupera la tierra original. Habría que emprender un estudio sobre la relación entre la misión de Josué, el significado de la circuncisión espiritual y el carácter de la “Buena Nueva” aportada por Cristo.

Concluamos, para finalizar este extenso análisis, diciendo que es solamente en el “Infierno” que Dante nombra a Cristo con el calificativo de “Poderoso”: “Un Poderoso coronado con la señal de la Victoria” (“Infierno, Canto IV, 53-54).

(20) La reconstrucción de la Palabra Viva, o mejor aún, “Vivificante”, tiene eco en los ritos del antiguo Egipto: “Y Horus le dijo a Osiris: he venido para volverte a la vida, para reunir tus huesos, para juntar tus miembros”.

(21) “La Gran Tríada”, Cap. VI “Solve et Coagula”.

(22) Jord, Ertha, Erda, designan la “Sustancia Primordial”, la “Materia Prima”, como “Aretz” en hebreo.

(23) Es curioso que luego de la penetración del Cristianismo en el mundo eslavo, se hacía prestar juramento a los cristianos “en nombre de Dios Todopoderoso” a fin de adaptar los juramentos de fidelidad a la fe de la minoría convertida; este aspecto divino permitía una conciliación sin renegar de los respectivos fundamentos religiosos.

(24) Este doble patrocinio, coincidente con las fiestas solsticiales, pone bien en evidencia el carácter de “cosmología sagrada” propio de la Masonería azul y la forma “solar” de esta tradición. Señalemos que en el Antiguo Egipto, “Ra”, dios solar, tenía en sus manos los cetros de Oriente y Occidente. Esta representación es análoga a la de las dos tangentes del círculo en la

Masonería inglesa, y a la de “Janus” en la tradición latina. Hace pensar además en los dos San Juan rodeando a Cristo, “Sol de Justicia”.

(25) S.E. Mons. VILLEPELET, Obispo de Nantes, “Los más bellos textos sobre San Juan Evangelista”, Ed. La Colombe, París.

(26) Habría mucho que decir, para aclarar la naturaleza del Cristianismo, sobre la relación de los dos “Hijos del Trueno” con Cristo y con San Pedro, y es asimismo interesante señalar la disposición geométrica de sus lugares de sepulcro o de peregrinaje.

(27) MARCOS, III, 17.

Hay que señalar que el Arca de la Alianza ha sido, en ocasiones, relacionada con Dios concebido como “Dueño del Trueno”. Así, la exquisita capilla carolingia de Germigny-des-Prés, entre Chateaufort-sur-Loire y Saint-Benoist-sur-Loire, posee como adorno del ábside un mosaico intacto en todo su esplendor, que representa el Arca de la Alianza. Sabemos que Teodulfo, Abad de Saint-Benoist, amigo de Carlomagno y apodado “Gloria de la Galia”, hizo edificar Germigny-des-Prés con ayuda de Odón le Messin, arquitecto de Aix y probablemente ayudado por un arquitecto armenio. Teodulfo ha dejado esta inscripción en el mosaico, relativa al Arca, realizada por los célebres artesanos de Ravena:

“Observa el Santo Oráculo y los Querubines,

“Contempla el esplendor del Arca Divina,

“Y ante esta vista, sueña alcanzar con tus plegarias al *Dueño del Trueno*,

“Y no olvides, te lo ruego, el nombre de Teodulfo en tus votos”.

(28) LUCAS, IX, 54.

(29) Hay una correspondencia entre esta reprimenda y el rechazo de Cristo a la demanda de la mujer de Zebedeo (MATEO, XX, 20-24). Pensamos que se trata de episodios “clave” que dan acceso a la comprensión “desde el interior” de los caracteres particulares, y a ciertos aspectos esenciales de la “Buena Nueva”.

(30) JUAN, XIX, 26-27

(31) “Anacreónica” nº 11 – Migne, P.G. t. LXXXVII, Col. 3783-90. Citemos también las palabras de Mons. GAY en sus “Conferencias para las madres cristianas”: “La Iglesia fue la diócesis de Pedro, María fue la diócesis de Juan”.

ORIGENES retoma la expresión “Niños del Trueno” en “Contra Celsum”, 1, VI, c. 77, a propósito de la Palabra de Dios: “... ojalá que tengamos un nuevo nacimiento por medio de la Palabra, que tengamos una senda plena de virtudes, y que estemos a la altura de los que merecen el nombre de niños del Trueno”.

CAPITULO IV

LA GENERACION ESPIRITUAL

Y EL “HIJO DE LA VIUDA”

San Juan, en sus dos aspectos de Bautista y Evangelista, invita al “buscador de Dios” (1) a contemplar el misterio del “segundo nacimiento”, ligado a la purificación del agua bautismal, y el del tercer nacimiento, posibilitado por el “Fuego purificador” del Espíritu.

Pero esos nacimientos, que son en el fondo etapas naturales del “co-nacimiento” (nacimiento) en Dios, ponen evidentemente el acento sobre el simbolismo del Amor; tanto es así que el Amor contiene la doctrina del conocimiento en la fusión de “dos en uno” (2).

Ahora bien, entre las posibilidades que, podríamos decir, “resplandecen” en torno al Amor, ya sea que precedan a las bodas espirituales y el noviazgo místico, o que procedan del acto nupcial, como la maternidad divina y la filiación, y por consecuencia la fraternidad, hay un significado secreto que no deja de intrigar, y pensamos en la virginidad, y más especialmente, en el estado de “Viudez”.

Por cierto, como lo vemos en una simple lectura de la Escritura, la “Viuda” juega un rol particular en los eventos espirituales de extrema importancia, ya que se trata en cada circunstancia de una “resurrección”, prefiguración o símbolo de la Vida Eterna.

Así sucede con la resurrección del Hijo de la viuda de Sarefta, mientras el profeta Elías, luego de haber estado con el “hijo de la Viuda muerto”, le devuelve la vida invocando por tres veces el nombre del altísimo, I.H.W.H. (3). Va entonces a Naim, mientras Cristo resucita al “Hijo de la Viuda”, dando oportunidad al pueblo judío de que Lo reconocieran, pues allí mismo estaba la “Vida” (4).

San Pablo, fiel a la tradición de Israel, atento al cuidado y respeto debidos a la “Viuda y al huérfano”, no olvida especificar bien, antes de expresar que “aquel que no se ocupa de su familia y ante quienes viven en su casa reniega de su fe y es peor que un ateo”, que conviene tener consideraciones especiales con las viudas, al menos con las que merecen ese apelativo (5), y esto hace referencia a la relación entre el carácter de viudez y el de virginidad.

Dado que al Masón se le llama “Hermano de San Juan” e “Hijo de la Viuda”, qué pueden significar estas expresiones? Veremos que la respuesta a esta pregunta nos permitirá exponer varias consideraciones sin alejarnos de nuestro tema, y aportar claridad a ciertos aspectos poco conocidos del simbolismo.

Digamos de paso que si los discípulos de San Juan se benefician, luego de ser sepultados, con una resurrección en el cuerpo del “Maestro Hiram”, los ritos que rigen la “maestría” recuerdan el episodio de Sarefta y hacen del compañero tendido otro “Hijo de la Viuda” (6).

Sabemos también cuánta influencia han tenido en el Cristianismo occidental ciertas viudas célebres, Santa Mónica por ejemplo, que no solamente fue la madre biológica de San Agustín sino su madre espiritual, dándolo a luz al Cristianismo “entre lágrimas y plegarias” (7). Lo mismo Santa Brígida, viuda y madre de ocho niños, de familia real y fundadora de la “Orden de San Salvador”. Pertenecía a la nobleza y fue terciaria de San Francisco, como el caballero Ulf Gudmarsson, su esposo. Tantos detalles llamativos nos llevan a establecer relaciones curiosas entre ideas aparentemente tan distintas unas de otras como la viudez, la caballería, la integración en un orden y la generación espiritual.

Comprobamos asimismo que en el arte de la heráldica, que es como el tesoro simbólico de la caballería, la viuda rodea sus armas con un cordón con “lazos de amor” (8), lo que recuerda evidentemente la cuerda con nudos de los cuadros de Logia. La viuda no es la única en usar esta marca distintiva, que como insignia de la dignidad eclesiástica figura en los escudos del Papa, de los prelados y abates (9).

Si bien el cordón de las armas eclesiásticas presenta dos lazos de amor, y un número de borlas de acuerdo con la dignidad correspondiente, la cadena de unión, en Masonería, tiene una variación inversa: dos borlas y un número de “lazos de amor” de tres, seis, nueve o doce, según los grados y los ritos (10). Destaquemos por ahora que ese símbolo se encuentra consecuentemente en todas las órdenes eclesiásticas (11), caballerescas –en las armas de las Viudas y en el cordón de la Orden de la Anunciada- y masónicas, órdenes todas ellas relacionadas con el “nacimiento espiritual”. Es un símbolo no exclusivamente occidental, ya que las borlas son también un atributo importante de los sacerdotes en los monasterios budistas.

Señalemos aún que el uso del cordel en los escudos de las viudas, se atribuye a veces a Ana de Bretaña, quien luego de la muerte de Carlos VIII rodeó sus armas con el cordón de San Francisco, que ella usaba como terciaria franciscana. Lo más curioso es que ella acompañaba esta innovación, se dice, con un juego de palabras: “Tengo el cuerpo suelto”, expresión atribuida, por otro lado, a Luisa de la Tour d’Aubergne en su viudez.

Sería interesante conocer el rol que ha podido tener la Orden de los Hermanos Menores en el pasaje del cordón de la Orden Terciaria al arte de la heráldica, sobre todo cuando sabemos que el uso de la cuerda con tres nudos es la marca distintiva de los hijos de San Francisco (12), pero ese estudio nos llevaría muy lejos. Es bueno también recordar que los Franciscanos son llamados “Cordeliers” y que esta denominación remitiría precisamente a otro juego de palabras, “inverso” al que mencionábamos antes. La leyenda cuenta que, en efecto, durante la Cruzada de 1250, estos religiosos dedicados a la persecución de los sarracenos, fueron designados por San Luis como “atados con cuerdas”.

La inversión en estos “juegos de palabras” tiene un sentido pleno, pues alude al “Solve et Coagula” del hermetismo cristiano, en el cual el “Solve” está representado por las borlas y el “Coagula” por los lazos de amor o nudos del cordón franciscano (13). Vemos de inmediato que si el cordón de las armas eclesiásticas pone el acento en el “Solve” por la importancia que se le da a las borlas (14), la cuerda a nudos de la Masonería insiste en cambio en el “Coagula” en razón del predominio de los lazos de amor (15).

Llegamos así al núcleo de nuestro estudio: manifiestamente, el nacimiento es la “disolución” de un estado precedente y al mismo tiempo la “coagulación” propia del nuevo estado. En el orden “carnal”, la continuación de la serie adámica de nacimientos está visiblemente marcada por el cordón umbilical, que vincula a cada ser con la pareja original y es cortado al momento de la venida al mundo (16). El nacimiento, correspondiente a la conjugación o coagulación de un conjunto de elementos espirituales, anímicos y corporales, y de un préstamo del medio ambiente, es el “lazo del nudo”, el lugar donde la cuerda se singulariza por el entrelazado y forma un elemento distinto. El ser caracterizado por el “Nombre y la forma”, es el encuentro único, en un lugar “geométrico”, del espacio y del tiempo, de la “cuerda” hereditaria de las transmisiones carnales y mentales de un principio espiritual inmortal, que actualiza la voluntad divina. Podemos decir que el ser es ese lugar geométrico (17). Por su parte, el “nacimiento espiritual” es también una muerte a la vida profana, y desde el punto de vista teológico, una muerte al pecado, una “coagulación” en el “Reino”, al mismo tiempo que una “disolución” en “este mundo”.

También la Iglesia, que tiene las “promesas de la vida eterna”, recibe en el seno del colegio apostólico el poder de “atar y desatar” (18).

Creemos importante hacer una acotación. El “lazo de amor” de los cordones heráldicos o de la cadena masónica tiene una forma particular, cuya característica salta a simple vista: su evidente facilidad para ser desatado. Ese carácter lo distingue esencialmente de otros nudos, por ejemplo el “nudo gordiano”, célebre en la historia de Alejandro por ser representativo del acceso al Imperio de Asia, la mitad del Imperio Universal (19), nudo que sólo pudo ser partido por la espada de Alejandro.

La forma del “lazo de amor” evoca también un símbolo islámico llamado “Nudo de Salomón”, que en el Islam tiene el mismo significado que el sello de Salomón, del que hablaremos más adelante.

La misma denominación, “lazo de amor”, sugiere una función de generación. Puesto que se trata de generación espiritual, se alude a la “paternidad” y “maternidad” divinas. Asimismo, la adjudicación de un cordón a las viudas podría hacer pensar en una suerte de generación “parteniana” en referencia al orden espiritual (20).

Observemos, por otro lado, que en la Iglesia los “lazos de amor” se reservan a los dignatarios de la “Iglesia de magisterio”, los únicos que detentan, por pleno derecho, la palabra creadora, y –dato a tener en cuenta- los únicos en poder conferir, total o parcialmente, esa forma de “generación espiritual” que son las órdenes sagradas.

Hay más aún. Hemos notado al pasar el uso de este símbolo también en la Orden de la Anunciada. Ahora bien, entre las insignias de esta Orden figura igualmente una placa que representa una escena de la anunciación. Es necesario recordar que en el Cristianismo, la Anunciación o fiesta de la Encarnación es el sublime límite de la generación espiritual, debido a que preside el nacimiento del Verbo?

Para no abandonar este terreno, señalemos que el “Sello de Salomón”, al cual se puede asimilar el “lazo de amor” en razón del entrelazado de lo alto y lo bajo, es el símbolo mismo de esta generación espiritual, fruto de la unión del cielo y la tierra, y prototipo de todo nacimiento “en las Alturas”, pues el Espíritu está “antes que nada” (21).

En el Cristianismo tenemos tres grandes ejemplos de esta generación:

- La Encarnación, cuando la virtud del Altísimo cubre a la Virgen con su sombra
- La Redención, cuando Cristo engendra a la Iglesia mientras María “da a luz a Juan entre dolores” (22)
- La “Restauración de todas las cosas”, coincidiendo con el descenso de la Jerusalén celeste sobre el Monte Sacro (23)

Detengámonos un instante en la representación de la crucifixión, que tradicionalmente marca el nacimiento de la Iglesia, surgida, como la Sangre y el Agua, del Corazón de Cristo.

Esta representación evidencia la relación entre el nacimiento del Espíritu y el simbolismo del Sello de Salomón.

El “triángulo superior” tiene en cada uno de sus ángulos a Cristo, María y Juan Evangelista.

El “triángulo inferior” tiene el sol, la luna y a María Magdalena, abajo, al pie de la Cruz (24).

Si los roles de la Virgen y Juan en el sendero espiritual son bien conocidos, no sucede lo mismo con María Magdalena. Veremos que a pesar de ello este tema concierne a nuestro estudio.

La fiesta de María Magdalena es el 22 de julio, es decir, al comienzo de los días caniculares, cuando el Sol deja Cáncer, domicilio de la Luna, para entrar en Leo, su propio domicilio. María Magdalena está, pues, bajo la influencia “conjugada” de ambas luminarias, y podríamos, en cierto sentido, aplicarle las palabras de la “Tabla de Esmeralda”: “El sol es su padre, la luna su madre, el viento la lleva en su seno, la tierra es su nodriza”. María Magdalena forma, con María Jacobé y María Salomé, el conjunto de las tres portadoras de mirra, célebres en Oriente, que jugaron en torno a Cristo, luego de su muerte –es decir, luego de su tercer nacimiento- el mismo rol que los magos en el nacimiento del Niño Jesús (25). Y si Juan Evangelista es el patrono de los Masones, María Magdalena es la “Madre del Compagnonnage”, bajo la protección de Santiago, hermano de Juan e “Hijo del Trueno” como él (26).

Observemos que en Navidad, los pastores llegan primero, antes que los Reyes Magos. En Pascua, aparecen primero las mirróforas, y en seguida, los apóstoles o “pastores”.

Por otra parte, el traslado de las reliquias de los Magos y de María Magdalena tiene relación con una geografía sagrada importante para la Masonería.

En efecto, las reliquias de los Magos fueron llevadas de Milán a Colonia. La de María Magdalena, de Provenza a Vézelay (27).

Los puntos de llegada de ambas rutas son de real importancia en la historia de la Masonería, porque Colonia es el lugar de origen de una carta importante en la “prehistoria” de la Masonería, y es en la Iglesia de la Magdalena, en Vézelay, que San Bernardo, que debía organizar la Orden del Temple, predicó la segunda Cruzada, el 31 de marzo de 1146 (28).

Para llegar al Sello de Salomón, representado por el “lazo de amor”, recordemos que René Guénon ha señalado múltiples variantes de este símbolo, entre ellas las siglas A.V.M... Se trata aquí de la abreviatura del saludo angélico que en la Anunciación va a presidir la generación temporal del Verbo. Es, entonces, un testimonio de “generación espiritual”. Precisemos que este saludo angélico es un elemento constitutivo del “Rosario” (29), cuyo nombre evoca a la rosa, flor de Venus y diosa de la generación. También conviene señalar que la rosa es el emblema del silencio, y que la palabra “verbo” es la “manifestación generativa” del silencio (30).

La eclosión de la rosa, o de la flor de loto, simboliza generalmente la “realización de un estado del ser” que no es otra cosa que un nacimiento, y el “rosario” mismo, al pasar sus cuentas, aparece así visto como el encadenamiento causal del mundo, forma “cósmica” de la generación del Espíritu.

Hemos visto que uno de los aspectos de la “generación espiritual” corresponde al final de los tiempos, al descenso de la “Jerusalén celeste”, mientras “nacen los nuevos cielos y la nueva tierra” (31).

Pero hallamos en esta figura profética la imagen de la maternidad divina y virginal. Esta Jerusalén Celeste es la “Mujer libre” de la que habla San Pablo. “La Jerusalén de lo Alto es libre y es nuestra madre... echa a la esclava y a su hijo, pues el hijo de la esclava no sabría vivir con el hijo de la mujer libre...” (32).

Este pasaje es fundamental, porque quien emprende el gran viaje es considerado “hombre libre”. Es natural que este hombre reciba una maternidad, no carnal sino espiritual, de la “Mujer libre”, desligada de sus ataduras, de “cuerpo suelto”.

No es sorprendente que la patrística medieval haya asimilado a la Virgen la figura de la Jerusalén Celeste. Sólo la “mujer libre” es capaz de una concepción inmaculada. Y sólo hay “dei-formité” (formación de Dios) en el seno virginal que concibe el Verbo. El mismo “molde”, para emplear los términos de San Agustín, que forma la cabeza, o el jefe, forma el cuerpo, ese templo hecho con piedras vivientes y reunidas en torno a la piedra cimera.

Vemos entonces que la “Mujer libre” da a luz, “la luz”, al hombre “nacido libre”. Esta maternidad espiritual, verdadero pasaje más allá de las columnas simbólicas del Cosmos, es la liberación de quien, al unir cielo y tierra, se mantiene entre la Jerusalén Celeste y el Monte Sacro.

Tal es el “conocimiento” (N.de la T.: en francés, *connaître* = co-nacimiento) del Cristo percibido por Juan en el Calvario, ante el Maestro crucificado, en el “lugar del cráneo” o Gólgota.

Conocimiento que exige la maternidad de la Virgen: “Mujer, he ahí a tu Hijo”.

Conocimiento o fraternidad de San Juan, ligado por una “Palabra que no pasará”, a la Viuda de San José.

Andar espiritual cuyo éxito es tributario de la más alta gracia que pueda otorgar al peregrino la mediación de María (33).

NOTAS

- (1) Esta indagación o “búsqueda divina” hace pensar en el estado de “buscador”, definido en el Rito Escocés Rectificado como el de quien entra en la Vía. Señalemos que un pasaje del Talmud, leído al final del oficio matutino, “Amar Rabbi Eleazar”, dice a propósito de los “niños que estudian la ciencia divina” : “No hay que llamar a tus niños-Banaïkh- sino a tus constructores –Bonaïkh-“
- (2) EFESIOS, V, 31-32: “He aquí que el hombre dejará padre y madre para seguir a su mujer, y que los dos serán una sola carne. Es un gran misterio; os diré que se aplica a Cristo y a la

Iglesia”. En hebreo, el verbo “conocer” designa a la vez el conocimiento intelectual y el acto carnal... símbolo de la “Yih’oud”, Unión con Dios. También, en la generación de Cristo, este conocimiento está reservado al Altísimo, al Espíritu que lo engendra, tal como se dice de José: “Y no la conocía...” (MATEO, I, 25).

- (3) I REYES, 17-18. Hiram, el Maestro constructor y Maestro Orfebre, era también “Hijo de una Viuda de la tribu de Neftalí” (I REYES, VII, 14)
- (4) LUCAS, VII, 11-16: “Todos estaban trastornados y glorificaban a Dios”
- (5) I TIMOTEO V, 5 y 8. Recordemos la predilección de Cristo por las Viudas: el óbolo de la Viuda, el juez inicuo y la viuda, etc.
- (6) La expresión “Hijo de la Viuda” figura en el signo de socorro del tercer grado (Tuileur de VILLAUME). En un grabado de Durero sobre la crucifixión, la Virgen dolorosa, cerca de la cruz, ejecuta ese “signo de desamparo”.
- (7) La expresión es retomada en la “colecta” de la fiesta litúrgica de Santa Mónica. El Evangelio de esta festividad relata precisamente el episodio de Naim concerniente a la resurrección del “Hijo de la viuda”. El nacimiento espiritual “entre dolores” es anunciado por Cristo: “La mujer a punto de parir se aflige porque ha llegado su hora, pero cuando ha dado a luz olvida sus dolores por la alegría ante la llegada de un hombre al mundo” (JUAN, XVI, 21). Habría que señalar la relación entre esta alegría consecutiva al dolor y la “batería de alegría” que compensa a la “batería de duelo”, y también el “estado de perseverante” y de “sufriente” del rito Escocés Rectificado que precede a la “recepción de la Luz”.
- (8) Cuando comenzaron a usarse los escudos aparte del armamento, las mujeres llevaban en ellos las armas paternas. La esposa podía, pues, conservar sus armas o elegir las de su marido. A menudo juntaban los escudos o unían los blasones en un escudo compuesto, partido o cuartelado, con las armas del marido en el lugar de honor, a la derecha en el primer caso, en el 1º y 3º cuarto en el segundo. (“El blasón”, Genevieve d’HARCOURT y G. DURIVault, Prensa Universitaria)
- (9) En el sombrero de Cardenal, “gules” (rojo), los cordones entrelazados tienen cinco hileras de borlas de cada lado, de 1, 2, 3, 4, 5 en número triangular (con disposición análoga a la de los puntos de la tetraktys); el del Arzobispo, el “sinople” (verde) tiene cuatro hileras de borlas, mientras que el sinople del Obispo tiene tres. Los cordones del Obispo y del Arzobispo presentan cuatro “lazos de amor”, como el del Abad, que tiene cuatro hileras de borlas. El del Cardenal, en cambio, tiene dos “lazos”. El del Protonotario tiene también dos lazos y tres hileras de borlas.
- (10) En el Rito Escocés antiguo y Aceptado, el cuadro de Logia está rodeado por siete lazos de amor en el grado de aprendiz, y nueve en el grado de compañero. El cuadro de Logia del “Capítulo” del Soberano Príncipe Rosa-Cruz está rodeado por siete lazos de amor (Tuileur de VILLAUME)
- (11) Las “flabelas”, grandes abanicos que se usan a derecha e izquierda de la “Sedia Gestatoria” o silla de brazos del Papa, recuerdan a las borlas, esta vez dirigidas hacia arriba y no hacia abajo, como en la heráldica. Este cambio puede relacionarse con el significado de la triple corona pontificia.
- (12) Algunos autores han creído poder relacionar a Dante con la Orden Terciaria de San Francisco, en razón de un pasaje del Canto XVI del “Infierno”: “Yo estaba ceñido con una

cuerda, con la que había pensado apresar la pantera de piel manchada. Luego de haberme quitado la cuerda, como me lo ordenó mi guía, la extendí doblada y enrollada.”

- (13) La Orden Franciscana ha dejado a la Iglesia un buen número de elementos devocionales populares y sólidos: el uso del pesebre en Navidad, el “Camino de la Cruz” e incluso el “Ángelus”, que recibió las indulgencias de Juan XXII. Habría dejado un legado a la caballería? La pertenencia de viudas nobles a la Orden Terciaria, quienes rodeaban sus armas con un cordón, autorizaría a afirmarlo. Es cierto que esta Orden –la menos misteriosa de todas, la más “abierta”- recibió un privilegio de carácter “caballeresco”, la “Custodia de la Tierra Santa”. Pío VI dio en 1561 al guardián de las reliquias de San Francisco en Tierra Santa o “Padre Guardián de la Tierra Santa” el derecho de ordenar caballeros del Santo Sepulcro. Sabemos también que Dante, en el Canto XI del “Paraíso”, definió así el origen de la corriente franciscana: “En el sitio en que aquella pendiente suaviza su curso, vino al mundo un sol, resplandeciente como el que asoma en las márgenes del Ganges. Quien hable de ese lugar, que no lo llame Asís, sino Oriente”.
- (14) La Iglesia, al dirigirse a la generalidad del pueblo cristiano, pone énfasis en la purificación, que compete al “Solve”, por ejemplo el cántico “Ave María Stella”: “Disolvamos las ataduras del pecado” (Solva vincla...). Por otro lado, la promesa de Cristo es “meta-cósmica”, “sacerdotal”. No concierne ni al “mundo”, ni al “tiempo”, ni a las “instituciones”... “Vosotros no sois de este mundo”, “Yo no rezo por este mundo”, “Este mundo está condenado”. La “disolución” del cosmos, o más bien la superación del plano cósmico, entraña con relación al mundo un predominio del aspecto “Solve”, que vuelve al Cristianismo esencialmente indemne a la degeneración de los siglos. El oscurecimiento no afecta, en todo caso, más que a las “formas”, las “mentalidades”, las “ciencias” y la “comprensión”, pero no altera la gracia divina. La independencia del Cristianismo en el orden cósmico, no significa sin embargo que el “Liber Mundi” carezca de valor, o que no pueda contener un aspecto real de la verdad, por medio de sus doctrinas, sus instituciones, su conformidad con el orden natural dispuesto por dios. También posee, como lo ha comprendido bien la Edad Media, una facultad de sacralización que es de hecho un soporte espiritual, una fuente de justicia, una “mitad de Dios” respetuosa de la autoridad Espiritual y bendecida por ella. Tal es, con sus misterios, sus ciencias y sus ritos, el significado “institucional” del “Arte Real”, que abre las puertas del conocimiento espiritual por medio del simbolismo tradicional.
- (15) El lazo está representado también en la Masonería de oficio, por los “juramentos” de los distintos grados. Pero observemos que en ciertos grados caballerescos, originados prácticamente, pero no obligatoriamente, en la Masonería de oficio, como es el caso de la Orden de los “Caballeros Benefactores de Ciudad Santa”, último grado actual del Rito Escocés Rectificado, concedido en Francia por el “Gran Priorato de las Galias”, el caballero es “desligado” de sus juramentos anteriores. El nexa con la tradición es puesto en evidencia también por la cuerda puesta alrededor del cuello del candidato, en la recepción al grado de Aprendiz en el Rito “Emulación” y por el “Cable-tow” de la Masonería anglosajona (René GUENON, “La Gran Tríada”). Quedaría por establecer una relación entre los términos “desligar” (absolver, liberar, separar), “desanudar” (soltar, romper, poner fin) y “desamparo” (Signo de Desamparo).
- (16) La estrecha conexión entre el estado nupcial y la cuerda anudada ya se representaba en la Roma antigua, por el “nudo de Hércules”, que enlazaba la cintura de los novios y que solo el esposo podía desatar. En el mismo sentido, la viudez implica la disolución de los “lazos del matrimonio”.
- (17) El “nudo vital”, en particular, es definido como el centro que gobierna todos los movimientos respiratorios y cuya simple división los aniquila a todos. La muerte psíquica,

por otra parte, es llamada “desenlace”. La correspondencia entre Muerte y Nacimiento aparece en el Cristianismo a través de la coincidencia que establece la liturgia, entre la muerte física de los Santos y su “Nacimiento en el Cielo”, y toma esta única fecha para la celebración litúrgica.

- (18) “Tú eres Pedro... Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Aquello que unas en la tierra será unido en los cielos” (MATEO, XVI, 18-19)
- (19) El Imperio está representado tradicionalmente por el Águila Bicéfala, símbolo del Sacro Imperio Romano Germánico, y del “Supremo Consejo del Sacro Imperio” de la Masonería escocesa. René Guénon ha señalado que la espada del masón juega el mismo rol que la de Alejandro, porque abre las puertas de Oriente. La complementariedad del nudo y la espada se relaciona con los términos herméticos de “Coagula” y “Solve”. También la encontramos en el collarín y la espada, el escudo y la lanza, el corazón y la lanza, además de que estos símbolos tengan otros significados.
- (20) En la mitología griega, Hera, Reina del Olimpo, hija de Cronos y de Rea, esposa de Zeus y “Madre divina”, dominaba la naturaleza entera; era apodada en Stymphale, Arcadia, la “Viuda”, Hera Khera.
- (21) Joseph de MAISTRE ha observado con precisión que no podía haber “causas naturales”.
- (22) Jesús dijo a su Madre: “Mujer, he aquí a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “He aquí a tu madre”. A partir de ese momento, “el discípulo la llevó consigo (o “sobre todos sus bienes”)” (JUAN, XIX, 26-27). De allí en más la figura del Evangelista es inseparable de la de María. La doble expresión de Cristo establece un lazo de consanguinidad espiritual.
- (23) “Él me transportó en espíritu sobre una montaña grande y alta, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía de los cielos” (APOCALIPSIS, XXI, 10).
- (24) Algunos piadosos autores de la Edad Media: Beda el Venerable, Honorius d’Autun, Vincent de Beauvais, no dudaron en identificar los dos novios de Canáa con Juan y María Magdalena... y tampoco dudaron en agregar que el Señor le habría dicho a Juan, luego de la Cena: “Deja a tu esposa y sígueme”. De allí el despecho de María Magdalena y probablemente la causa de sus trastornos ulteriores... San Juan está siempre cerca de la cabeza de Jesús, y María Magdalena a sus pies” (“Los más bellos textos sobre San Juan Evangelista”, Mons. VILLEPELET, La Colombe)
- (25) MARCOS, XVI, 1
- (26) En el Canto IX del “Purgatorio”, Dante no puede franquear la puerta situada arriba de tres peldaños de distinto color, que sólo se abre con la llave de oro y la llave de plata, sino después de haber recibido sobre su frente siete veces la punta de la espada grabándole la letra “P”. Esta séptuple marca, que recuerda los siete pecados capitales, es borrada paulatinamente, y su desaparición completa le permite escalar la montaña y descubrir a Beatriz. Esto recuerda los siete demonios ahuyentados de María Magdalena. “Jesús se apareció primero a María de Magdala, de la que Él había expulsado siete demonios” (LUCAS, XVI, 9). María Magdalena, llamada en la Edad Media “Amica Christi” y “Apostola Apostolorum”, era considerada patrona de los peregrinajes al Santo Sepulcro, el primero de los cuales era conducido por ella. A causa de esto y en razón del “Quod vidisti in via” se la denominaba Viatrix, origen del nombre “Beatriz”. El privilegio de ser “guía de los peregrinos” explica su rol en el *compagnonnage*. Es curioso que en el mismo tiempo litúrgico, del 22 al 29 de julio, se festeje a María Magdalena (el 22), a Santiago (el 25), a

Beatriz (el 29) y a Víctor (el 28); observemos la semejanza entre los nombres de Viator, Viatrix y Víctor, y recordemos que entre los peregrinos estaban los cruzados, soldados ordenados bajo el “signo” de la victoria, si no “material”, al menos “espiritual”.

- (27) En el siglo XII, por un Monje llamado Badilon.
- (28) Los primeros franciscanos que llegaron a Francia se establecieron en Vézelay, en la capilla de la Santa Cruz, levantada en el mismo lugar donde San Bernardo predicó la segunda cruzada. De allí partió la tercera cruzada. Ese lugar, donde descansan los restos de María Magdalena, está pues en relación con los “camino al Santo Sepulcro” y con la Orden del Temple, originada en las cruzadas y patrocinada por San Bernardo. Las dos últimas cruzadas se embarcaron en Aguas Muertas, cerca de las Santas Marías del Mar, donde son honradas las otras dos portadoras de mirra.
- (29) El “cambio” del ser, operado por mediación mariana, está simbolizado por el cambio de nombre de “Eva” en “Ave” en el motete citado “Ave María Stella”. La Virgen es llamada “Rosa Mística” en las letanías, y Dante emplea una expresión análoga para designar a María: “La Rosa en quien el Verbo se hizo carne” (“Paraíso”, Canto XXIII, 73-74) y “el Nombre de esa bella flor que yo invocaba mañana y noche” (“Paraíso”, Canto XXIII, 88; ver también nota 33).
- (30) Adagio de los Rosa-Cruz: “In cruce sub rosae venit sapientia vera”.
- (31) En el Apocalipsis, la Jerusalén Celeste es descrita como una novia engalanada para su esposo, lo que demuestra el carácter nupcial de este simbolismo. Pero mientras el cielo es por lo común considerado como elemento masculino y la tierra femenina, la Jerusalén Celeste es femenina, y la tierra, por la figura de la gran montaña, adopta un carácter masculino. Puede tratarse de un cambio hierogámico de los símbolos. Sin embargo, a fin de que la “restitución” se realice al final de los tiempos, es lícito pensar en una expresión, en términos cristianos, de lo que René Guénon llamó “inversión de los polos”.
- (32) GALATAS, IV, 22-31. Se trata, dice San Pablo, de las dos alianzas: la concertada con Agar, que “engendra para la esclavitud” y la realizada con Sara, la “mujer libre” que da a luz al heredero de las “promesas hechas” a la descendencia de Abraham”. Esta exégesis del Apóstol hace eco precisamente en el “Magnificat” de María, en la Visitación: “Como había anunciado a nuestros padres, a favor de Abraham y de su linaje por siempre” (LUCAS, I, 54-55).
- (33) El rol de dadora de la gracia divina devuelto a la madre de Cristo ha sido destacado por Dante (“Paraíso”, Canto XXXIII, 13-10), que hace decir a San Bernardo a propósito de María: “Quien quiere la gracia y no se dirige a ti, ve que su deseo vuela sin alas”. Es esta gracia la que permite a Dante llegar sin caer, y con la ayuda de sucesivos guías, al término del peligroso viaje. La relación que establecimos entre Virgen y Viuda, y más específicamente entre “la Virgen” y “la Viuda de San José” se encuentra en hebreo en los términos para designar a la “Virgen” o “Almah” (ISAÍAS, VII, 14-15, donde se trata de la Virgen, madre de Emanuel) y la “Viuda” o “Almanah”. Ambos nombres provienen de la raíz “Alam” (Aleph, Lamed, Mem) y se aplican a las ideas de Incognoscible, Cierre, Sello, Mutismo, Silencio. Sabemos también que San Bernardo designó a la Virgen con el calificativo de Rosa Mística, Rosa a la que le asigna los colores blanco y rojo (el verde era el color de la Madera de la Cruz). “Eva fue una espina, y María una Rosa. Eva, una espina que dio a todos la muerte, María una Rosa que dio a todos la Salvación... una Rosa blanca por el amor a Dios, roja por la compasión hacia el prójimo” (“De María; sermo Ave María”).

TERCERA PARTE

ARTE REAL

Y

ARTE ESPIRITUAL

CAPITULO I

MASONERIA NOAQUITA

Y ARCA DE CRISTO

Si bien ya hemos abordado la rica conjunción del simbolismo masónico y la liturgia cristiana, nos parece útil subrayar ahora la función de ambas perspectivas, masónica y cristiana, a propósito del Arca de la Alianza.

Sin duda, la Iglesia se considera con justicia la depositaria del Arca, o el Arca misma. Pero en realidad no existe ningún conflicto de atribuciones al respecto. Más bien hay, en cada organización tradicional, un “sentido del Arca”, tanto más vivo a medida que se aproxima el fin de los tiempos, y por ello se define con mayor nitidez la función suprema del Arca: Recibir – Conservar y Proteger – Transmitir y Restituir.

Cabe pensar entonces que la Iglesia debe asumir naturalmente su rol de Arca divina, en tanto “Ecclesia Mater” –la Madre es siempre un Arca- y salvaguarda de la doctrina del Cuerpo y de la Vida de Cristo. Pero también hay que considerar que otras perspectivas tradicionales, como las que corresponden al Conocimiento de la Cosmología Sagrada, confiadas a organizaciones particulares, “confirman” igualmente esta vocación “noaquita” de la Iglesia.

De este modo, la conjunción de las dos Tradiciones, bien diferentes sin embargo, se llevó a cabo en la historia sagrada precisamente cuando hubo que edificar el Templo de Salomón destinado a albergar el Arca Santa de David. Para esta obra “noaquita”, el Sacerdocio de Israel, viviendo en las “carpas de Sem”, se unió al Arte Real de Tiro en las Logias del Rey Hiram.

En nuestros días, la “tumba de Hiram” conforma siempre una forma específica del Arca, el depósito de los secretos de la maestría. Más aún, en los altos grados o “Side-degrees” de la Masonería moderna, encontramos una indicación de la función “noaquita”: “Royal Ark Mariner” (Marinero del Arca Real) en el Rito de York, “Noaquita o Caballero Prusiano” en el grado 21º de la Masonería Escocesa. En este último grado, recordemos que se alude a los hijos de Sem, y que la joya de orden es una luna de plata.

El aspecto “conservador”, “memorioso” de la luna, aparece entonces en relación con el carácter protector del Arca. Observemos que estas características: protección y conservación, son también propias de la Iglesia, representadas bajo la forma de la barca de Pedro y definidas en la figura de la Virgen. Sabemos que San Bernardo llama a la Iglesia, en algunos de sus sermones, “la Luna”, y que la iconografía cristiana ha representado a menudo a la Virgen con la luna bajo sus pies.

El curioso que en el momento en que los hombres de buena voluntad comenzaban a escuchar el llamado lejano y a la vez próximo del Nauta divino, el Papado de Roma, por su lado, recibía, para guiarla, la barca de Pedro, aquel que Malaquías designaba como “Pastor y Nauta”.

Notemos por ejemplo la elección de un Patriarca Veneciano, que deja claro el vínculo entre el Pastor y el Mar. En la Edad Media, el dux subía a una galera, se dirigía a cierta distancia de la costa y celebraba las “Bodas de Venecia con el mar”, arrojando a las aguas su anillo de oro.

La estrecha relación de Venecia con las Aguas es posiblemente el origen de esa extraña “confusión” masónica, que en los antiguos textos asimilaba los Fenicios a los Venecianos. Ambos eran pueblos navegantes y Venecia era, en cierta medida, como Tiro, la “ciudad asentada en el corazón del mar”. Asimismo, en Venecia se reunían cada siete años los “estados de la filosofía hermética”, y esta ciudad parece haber desempeñado un rol poco claro en el nacimiento de la Masonería especulativa.

He aquí, entonces, que el “Pastor y Nauta” debía elegir el nombre de Juan, que no había sido utilizado por los Papas desde la época de Dante! Podríamos descubrir en la Iglesia algo así como una voluntad de restablecer la época que termina en la Edad Media y abre el abismo de los “tiempos modernos”.

La reunión en el Arca (1) parece estar en la primera voluntad del Papado, pues al día siguiente de su elección Juan XXIII dirigió al mundo un mensaje, del cual citamos el siguiente pasaje: “Tal como a la Iglesia Occidental, nosotros abrazamos con afecto paternal a la Iglesia Oriental, y abrimos nuestro corazón, nuestros brazos, a todos aquellos que están separados de esta sede apostólica, donde Pedro mismo vive en sus sucesores hasta la consumación de los siglos, y obedece el mandamiento de Cristo de unir y desunir todas las cosas en esta tierra, y apacentar el rebaño del Señor. Nosotros deseamos ardientemente su vuelta a la casa del Padre de todos”.

Por otro lado, es preciso decir que si el Arca está destinada a albergar las simientes incorruptibles, y el conocimiento recibido, que deben ser preservados del daño de la gran tempestad, debe ser un lugar “custodiado”, y se comprende que este requisito implique, en el seno del Cristianismo, algo así como una característica “joánica”.

La misma predilección del “Pastor y Nauta” por el nombre de Juan es particularmente significativa. A su llegada a Lourdes para el centenario de las apariciones, el Patriarca de Venecia acentuó, en su discurso, el paralelismo entre los tres santuarios: la “Santa Casa” de Loreto, la casa de Juan en Éfeso y la basílica “Santa María de las Nieves”, fundada por el patricio Juan y su esposa, el más antiguo santuario dedicado a la Virgen. Él se refirió a esos hechos “legendarios” sin ironía alguna, lo cual es poco común en nuestra época, aún en el medio eclesiástico, donde se le cree más a la “ciencia” que a ninguna otra cosa (2). En cuanto a la elección de su nombre, el sucesor del gran Papa Pío XII no dudó en confirmar la importancia de lo que Dante llamó “la Elección del Gran Oficio” del Evangelista, marcando su afecto por los dos San Juan “que rodean a Cristo”.

Cómo no sentir curiosidad por esta aureola pontifical que se inscribe entre los dos guardianes de los solsticios, en una perspectiva cara a las tradiciones de constructores? Hay allí más que meras coincidencias.

Nos parece que esta afirmación pública del carácter de “Arca de la Iglesia”, en la propia persona de quien detenta la más alta Autoridad Espiritual, nos da la oportunidad de aclarar los rasgos “noaquitas” de la Esposa de Cristo.

Ya los Padres han insistido en este simbolismo. “Qué es ese Tabernáculo no hecho por manos de hombre? Moisés ha sido instruido simbólicamente, de antemano, sobre el misterio del Tabernáculo, que contiene el Todo: Cristo”, dice Gregorio de Nisa (3).

Orígenes ve, en Cristo, a “Noé encargado por el Padre de hacer el Arca con maderas escuadradas y darle las medidas plenas de los misterios celestes”. Este autor relaciona el Arca “crística” con la del “corazón”, Arca de Salvación, hecha para escuchar la Palabra de Dios y los mandamientos celestes” (4).

En cuanto a la Patrística latina, antigua y medieval, no abandonará estos temas. Descubriendo en la Iglesia el Símbolo del Tabernáculo o del Arca de la Alianza, con doble o triple casco, con Agustín, Próspero, Pedro Damián, H. de Saint- Víctor, Pedro de Celles, definirá, en el enfoque de Honorius d’Autun, la relación entre la Iglesia terrestre y la Iglesia celeste, y la del Tabernáculo del desierto y el Templo de Salomón (5).

Esta “constante” alegórica, no es acaso la prueba de una indiscutible consciencia “noaquita”? Consciencia justificada, por otro lado. Es que la santidad de los elegidos no es

“madera incorruptible e imputrescible?” Y el largo, igual a seis veces el ancho, no nos recuerda las seis edades del mundo?

Detengámonos un momento en la definición de “Arca del Corazón” dada por Orígenes. San Bernardo retoma la expresión en un documento que debía ser bien conocido por los MASONES herederos del Temple (6). El “Arca Cordis”, situada en el pecho, está considerada por Hildegarde de Blingen como el “cuadrado perfecto”.

En el hombre individual, microcosmos del Mundo y de la Iglesia, ella es el Arca del Conocimiento divino, único y múltiple, como el “Pan agrupado en la Unidad”. También al Corazón de Cristo se lo llama, en las letanías, “Centro de todos los Corazones”. El costado de Cristo, herido por la lanza, es la puerta de acceso al Arca de la Inmortalidad.

Sería bueno poder detenerse en ese navío interior, “Reino de Dios en Vosotros”, lugar de exultación, de ebriedad espiritual, de “Regocijo”, “hoguera” que imita la “hoguera de Amor ardiente”. “Nuestro corazón no se abrasaba dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?” (7), decían los peregrinos de Emaús luego de haberlo reconocido en la “partición del Pan”.

Fracción del Pan viviente, apertura del corazón de Cristo, apertura del Verbo de la Escritura que devela la Verdad Espiritual, Despertar del Corazón y apertura del Arca Sellada. Expresiones todas que se encadenan y que lamentablemente debemos dejar de lado por el momento.

Retengamos, en todo caso, que esta representación del Arca designó tanto a Cristo, como al “Cuerpo Místico”, a la Iglesia encabezada por Cristo, a Noé celestial atado a la Cruz, igual que Ulises al mástil del barco que lo llevó a la Patria, y aún al “Reino Interior”.

En esta última acepción encontramos la definición Eckhardtiana de la “Vernünftigkeit”, acto de “déi-formite” (deformidad) del Intelecto, no mental sino de pura intuición divina; acto propio, según Eckhardt, del “Arca Espiritual”.

Por otro lado, tal como la Esposa del “Cantar de los Cantares” o alma del Cuerpo Místico, se asimila a la Virgen, “déi-formante” o “molde de Dios”, para emplear la expresión de San Agustín, el Arca de la alianza alude también a María. Ella será evocada con ese nombre en las letanías, y Santa Brígida y H. de Saint-Víctor la llaman “Ciudad de Dios” y “Templo de Salomón”.

Parecería que el Arca constituye una supervivencia paradisíaca en ese mundo, y que se la recupera en la Ciudad Santa final, análoga a la del Paraíso Terrenal.

Es siempre la misma figura paradisíaca que va del Edén circular a la Jerusalén celeste cuadrada: Alto retiro protegido por preciosas murallas, jardín cerrado, fuente sellada. Todas estas imágenes corresponden también a María. Sellada, Cerrada, Pura, Inviolada, la “Almah” anunciada por Isaías y madre de Emanuel (8). La que tiene las llaves de la bodega y que logra, antes de que llegue la hora, que el Agua se transforme en Vino, mientras las seis urnas de los Tiempos están aún vacías.

Símbolo de clausura, pero también de Unidad. El Arca contiene las especies unidas, no opuestas, pues no abandonan su ser en la “circunferencia”. En el Edén los animales vivían en paz, en armonía. En el Paraíso futuro anunciado por Isaías (9) encontramos la misma descripción: la fraternidad entre las especies, o lo que René Guénon denomina la “resolución de las oposiciones”. En el Arca que atraviesa la tempestad, vemos ese contacto pacífico de todas las especies salvadas.

Ahora bien: esta Arca misteriosa que navega sin ruido, a menudo abandonada por los “destinados”, ignorada por la mayoría, debe manifestarse abiertamente antes de que la gran sombra del Príncipe Tenebroso cubra la tierra y mientras la opacidad comienza a espesarse.

Se comprenden ahora las razones profundas de ese conjunto de evidencias: Idea del Arca para algunos; apertura de la inteligencia simbólica para otros; llegada de un “Nauta” al trono de Pedro; oscurecimiento del mundo; referencia del sucesor de Pedro a los dos San Juan, testigos y custodios de los “Secretos Celestes”; inversión demoníaca de la inteligencia humana aplicada a realizar, de la tierra a la luna, al sol y a las estrellas, el viaje de los “antiguos misterios”, pero por mediación de la mecánica, a la inversa del peregrinaje simbólico y espiritual; extensión de la

devoción mariana, compensando providencialmente los fallos de la percepción espiritual; manifestaciones de la Virgen, signos precursores de la aparición del Arca de la Alianza (10).

Habría que relacionar todos los elementos característicos de la época mencionados en los capítulos XI y XII del Apocalipsis:

“Entonces se abrió el Templo de Dios en el Cielo y su Arca de la Alianza apareció en el Templo, luego hubo relámpagos, voces y truenos, con temblores de tierra y fuerte granizo...”

“Una señal grandiosa apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, con la luna a sus pies y la cabeza coronada de estrellas, está encinta y grita con los dolores de parto...” (11)

Desde luego, no llegamos aún a eso, si bien como dijo Cristo: “Nadie sabe el día ni la hora”. Pero debemos estar atentos a los signos, al anuncio de los tiempos. “Y como sucede con todos los asuntos, hay quien los prepara, quien se decide a emprenderlos y quien los lleva a término; la verdadera ciencia de la historia consiste en percibir en cada momento esas secretas disposiciones que preparan los grandes cambios y las coyunturas que los hacen llegar.”

Esta observación de Bossuet es válida para nuestro propósito (12).

Para finalizar este estudio, nos parece de utilidad citar algunos pasajes de las visiones de Catalina Emmerich, cuyas descripciones han llamado la atención de René Guénon: Esto es lo que la estigmatizada refiere a propósito de la “transmisión del Arca”:

“He visto...Archos... entrar a la gruta de Elías... esta gruta encerraba un objeto singularmente misterioso que había pertenecido a los más grandes misterios del Arca de la alianza. Los esenios la habían obtenido cuando el Arca cayó en manos de los enemigos de Israel... Ese objeto misterioso transmitido con una especie de terror santo y escondido en el Arca, sólo era conocido por ciertos profetas y por los más santos entre los grandes sacerdotes... Me parece que los antiguos Judíos han hablado de esto en libros secretos poco conocidos... Era un instrumento santo y secreto de la bendición cuyo fruto debía ser la Virgen plena de gracia, en la que el Verbo se hizo carne por el Espíritu Santo... lo que hallaron los esenios era un cáliz pardo que brillaba con el resplandor de una piedra preciosa. Ellos lo usaban para profetizar... Él elevó los ojos hacia la abertura de la cúpula. Le parecía ver como se elevaba... un rosal de tres ramas... la rosa de la segunda rama estaba marcada con una letra que parecía una “M”... He visto a menudo el Arca de la Alianza... ella encerraba no solamente las Tablas de la Ley... sino también una presencia sacramental de Dios Vivo... como la raíz del Vino y del Trigo fuente de la Carne y la Sangre de la Gran Víctima de la Redención... en el pecho de María apareció una aureola, con un vaso de luz... contenido en el Arca de Noé. Pero la virgen dominaba todo y resplandecía sobre todo. Esta Arca devino en seguida el Arca de la Alianza con el Templo alrededor... y el Cáliz de la Santa Cena surgiendo de la aureola se perfiló poco a poco en el seno de la Virgen... Escuché a Jesús explicar cómo el objeto sagrado estaba contenido en el Arca al momento del diluvio y cómo fue transmitido de generación en generación. Jesús dijo que María al nacer era ella misma el Arca de la alianza... El cáliz ya estaba en la casa de Abraham: Melquisedec lo lleva a la Tierra de Semíramis... y lo deja en legado a Abraham... Ese año (el años de la pasión) Heli había elogiado (alquilado) el cenáculo que pertenecía a Nicodemo y a José de Arimatea... antes de la fundación del Templo, el Arca de la Alianza había sido llevada allí por algún tiempo; quedan todavía los rastros de su estadía bajo tierra.. el cenáculo propiamente dicho se encuentra en el medio del patio: es un cuadrado largo... La división del cenáculo en tres partes le da un parecido asombroso con el Templo: se ven el atrio, el santuario y el sanctasantórum...” (13).

Pensamos que estas líneas han dejado suficientemente claro el sentido místico del Arca en el seno del Cristianismo, y que han definido la función a la vez cósmica y divina del vehículo de las cosas santas.

En consecuencia, se debe recordar que no hay “pasaje” espiritual, en el tiempo, que pueda ignorar el rol providencial de esa cuna flotante, como la de Moisés, sobre las aguas. De ese navío que contiene inalterado el gran Misterio de Dios.

En los albores del Cristianismo, mientras la Roma Imperial cedía lugar a la Roma Pontificia y cristiana, un arca se deslizaba sobre las aguas, de Oriente a Occidente rememorando el viaje de

Eneas. Llevaba en su seno el anuncio de la “Buena Nueva” a los Gentiles y los fundamentos de la Iglesia.

“Al cabo de tres meses nos hicimos a la mar en un navío que había invernado en la isla; era un barco alejandrino con la insignia de los Dioscuros” (14).

Dioscuros doblemente hemisféricos, como el arco iris recubriendo el Arca de Noé, Dioscuros mirando hacia uno y otro solsticio, Dioscuros evocando una vez más a los dos San Juan, testigos del comienzo y del final.

NOTAS

(1) El lema de los Maestros, “Reunir lo disperso”, es el mismo de la Iglesia jerárquica y corresponde a la advertencia del Señor: “Quien no reúna conmigo, dispersa”.

(2) Citaremos también las palabras pronunciadas por S.S. Juan XXIII en la ceremonia de su coronación, y que resuenan extrañamente en los oídos de quienes son considerados burlescamente como “tradicionalistas”: “Esperamos de un Pontífice que sea hombre de estado, diplomático, hombre de ciencia, organizador de la convivencia, y aún hombre abierto a todas las formas de progreso de la vida moderna, sin ninguna excepción. Ahora bien, Venerables Hermanos, todos los que piensan de este modo están apartados del buen camino... lo que nos toca el corazón más que todo es la responsabilidad de pastor de todo el rebaño. Todas las otras cualidades humanas – la ciencia, la habilidad, el tacto diplomático, la capacidad de organización- pueden servir para adornar y completar el gobierno de un Pontífice, pero no pueden de ninguna manera reemplazarlo... Y el punto central es el celo del Buen Pastor...El Buen Pastor da su vida por sus ovejas...” Además el horizonte se extiende: “Yo tengo otras ovejas que no son de esta manada...”

(3) Gregorio de NISA, “Vida de Moisés”.

(4) ORIGENES, “Homilía sobre el Génesis”.

(5) Honorius d’AUTUN, “De Offendiculo”.

(6) “De Laude Novae Militae”.

(7) MARCOS, XXIV, 32.

(8) ISAIAS, VII, 14

(9) Id. XI

(10) San Grignon de Montfort, ese apóstol de los últimos tiempos, dice: “la salvación del mundo comenzó por María, es por Ella que debe ser consumada. Ella será la Vía por la cual Él vendrá la segunda vez, pero no de la misma manera”. (“Tratado de la Verdadera Devoción”).

(11) A propósito del Arca de la Alianza, en el Cap. XI del Apocalipsis, conviene recordar la explicación dada por Guillaume de Saint Théry acerca del “Signo Celeste”. Dirigiéndose a Cristo, exclama: “en el fin de los siglos, el cielo de vuestro secreto será develado, en ese momento una puerta se abrirá en el cielo. Ábrenos, Señor, la puerta del Arca de vuestro costado, a fin de que aquellos que deban ser salvados de la violencia del diluvio que inunda la tierra, puedan entrar (“Ensayo sobre el Simbolismo Romano”, DAVY – PLON).

(12) Discurso sobre la Historia Universal.

(13) “Visiones de Ana Catalina Emmerich”, Ed. Tequi.

(14) HECHOS, XXVIII, 11.

CAPITULO II

DE LA MASONERIA AL CRISTIANISMO

“Si el Eterno no construye la casa,
en vano trabajan los constructores”.

(SALMOS 126-127, 1)

I. LOS TEMPLOS, JALONES DE LA MASONERIA

Un estudio de las estructuras de la Masonería especulativa, en cualquier régimen (Rito) que practique, pone en evidencia dos hechos aparentemente contradictorios.

Ante todo, la existencia de una jerarquía de grados muy diferentes de un régimen (Rito) a otro.

Se trata del Rito Escocés Antiguo y Aceptado? Encontramos los treinta y tres grados bien conocidos de las enciclopedias y “Tuileurs”, y de las obras críticas.

Se trata del sistema (Rito) de York? Están los grados laterales, los tipos de Masonería también jerarquizados y que se escalonan desde el grado de Aprendiz hasta los de Caballeros de Malta, Caballeros del Temple, pasando por las Logias de la “Masonería de la Marca” de origen operativo, por los Capítulos del “Santo y Real Arco de Jerusalén”, en otro tiempo reservados sólo a los “Maestros Pasados” o antiguos Venerables, dotados de los secretos de los “Maestros Pasados”, y por los Capítulos de los Rosa-Cruz.

En la Masonería Escocesa Rectificada, la de Jean- Baptiste Willermoz y del Convento de Wilhemsbad, la Masonería más centralizada y templaria, cristiana, la escala jerárquica incluye, desde la desaparición “visible” del grado de “Gran Profeso”, seis grados y termina en el grado de “Caballero Benefactor de Ciudad Santa”.

Esta diversidad presenta, es cierto, un primer carácter de unidad orgánica, que es la identidad de la “Masonería azul”. Hay en efecto un elemento común a todos los regímenes (Ritos): la base. Esta está conformada por los grados de Aprendiz, compañero y Maestro Masón, gobernados por una “Gran Logia”, esto aún si la administración de las Logias azules, reunida en provincias o distritos de las “Grandes Logias”, ofrece por su lado variantes sensibles en cuanto al modo de designación de los Venerables. En realidad, por otra parte, es sobre todo el régimen (Rito) Escocés Rectificado, fuertemente inclinado al centralismo, como hemos dicho, y heredero de la “Estricta Observancia Templaria”, el que se distingue de los otros en este terreno (1).

Para volver a nuestro propósito, es finalmente la equivalencia de los tres grados azules, así como su carácter específico de “oficio”, lo que permite pensar a muchos historiadores de la Orden que la Masonería llega hasta allí, y que el resto es “Vanidad de Vanidades”.

Esto equivale a sacar conclusiones algo apresuradas. El oficio en sí mismo no comprende ya dos partes técnicas superpuestas, la de la Escuadra y la del Arco? También el grado actual del “Santo y Real Arco de Jerusalén” está considerado, no como un “Alto Grado”, aunque provenga de la “Masonería Roja” y sólo pueda ser conferido a los Maestros Masones, sino como “complemento y culminación de la maestría”. Lo mismo se aplica en Rito Escocés Rectificado a la primera parte del grado de “Maestro Escocés de San Andrés”.

Nada prueba, por otro lado, que los elementos auténticos del oficio no hayan sido incorporados, en el curso de los siglos, a los altos Grados practicados actualmente. Más aún, esos altos Grados, si bien abarcan elementos extraños a la construcción propiamente dicha, competen, como toda la Masonería, al “Arte Real” y consecuentemente bien han podido recibir la herencia de ciertos aspectos de la Caballería o servirles de refugio.

Así llegamos al segundo punto que anunciamos al comienzo de este estudio, que parece invalidar la heterogeneidad de los grupos masónicos. Todos los sistemas masónicos implican idénticos “Puntos centrales”, definidos por referencia a un Templo o a un Personaje Central, Rector o “regente” de una serie de grados. Así, podemos distinguir:

- El primer Templo y el Rey Salomón, rigiendo los tres grados azules y cierto número de altos Grados o grados laterales.
- El segundo Templo y el Rey Zorobabel, que corresponden al 16° escocés llamado “Príncipe de Jerusalén”, marcos rituales (con Josué Gran Sacerdote y Ageo el Profeta) de los capítulos del “Santo y Real Arco de Jerusalén”.
- El Templo no construido por manos humanas, Cristo, descubierto en el 18° escocés Rosa-Cruz, develado en la segunda parte del grado “Maestro Escocés de San Andrés”, ya anunciado a propósito de la “Piedra rechazada por los constructores” y de la “Clave de Bóveda” en la Masonería de la Marca y en la del “Real Arco de Jerusalén”.
- Finalmente, el Templo de los Caballeros Cristianos formados en Tierra Santa, o bien el Templo de la Jerusalén Celeste (2).

Por cierto, hay matices entre un sistema y otro. Por un lado, el Arca de Noé será objeto de Logias especiales. Por el otro, el Cristianismo desembocará casi de inmediato en la Ciudad Santa apocalíptica, con sus doce aberturas y el Cordero reposando sobre el Libro de los siete sellos, o la Santa Sion. Pero en el fondo la progresión histórica es la misma y las etapas análogas. Convengamos en que el tema merece reflexión.

La ascensión se ordena según un mismo hecho espiritual: El Templo, el Nombre divino o la Palabra Divina. Ella signa los niveles de la Sagrada Escritura. Termina en el Cristianismo y la Caballería Templaria (3). Todo esto entraña necesariamente un sentido (4).

Si este es el resultado, por qué razón la Masonería se dedica a “revivir” en sus ritos y estructuras el pasado bíblico? Podía ser que su función de “Arca” le otorgue la facultad de conservar lo “Antiguo”, o por lo menos aquello que no podría ser contenido en un “Odre Nuevo”? Al existir en el seno mismo de la comunidad cristiana, la Masonería es un reservorio, sin duda muy extraño, de ninguna manera “superior” al Cristianismo, pues desde Canáa y mediante un milagro que confunde a los más sabios, el Maestro ha colmado de agua las seis vasijas vacías, transformó el agua en vino y reservó este último -el mejor- para el final. Dijimos “de ninguna manera superior” al Cristianismo, pero sí una parte integrante de la Cristiandad.

La Masonería no oculta, acaso, en sus elementos simbólicos, riquezas insospechadas? En tal caso, sería ese “banco” en el que es posible hacer fructificar los “bienes” evangélicos? (5).

Si esto es así, si existe una armonía entre el Cristianismo y la Masonería y hay un rol particular devuelto a la Masonería por la Iglesia, esta puede completar el edificio cristiano de una manera que trataremos de definir.

No es posible continuar con estas reflexiones sin interrogarnos acerca de la naturaleza del lazo que une precisamente el tema de la vocación cristiana de la Masonería, los santos Patronos de la Orden y el significado de su elección. Sólo ellos, por otra parte, pueden garantizar o confirmar el significado cristiano de esta supervivencia en Occidente.

II. LOS SANTOS PROTECTORES DE LA MASONERIA

Tres grandes figuras presiden los destinos cristianos de la Orden: los dos San Juan y San Andrés. San Pablo, es cierto, aparece en ciertos aspectos templarios de la Masonería anglosajona, pero los “festejos solsticiales” se refieren universalmente a los dos San Juan, y numerosos “juramentos” se realizan sobre el Evangelio de San Juan; la Masonería Azul, al menos en el Escocismo Antiguo o Rectificado, es denominada por lo general “Joánica”.

En efecto, es bien conocido ese pasaje del “retejado” escocés:

- De dónde venís, mi hermano?
- De la Logia de San Juan

En cuanto a San Andrés, su nombre aparece a menudo en distintos grados y abre literalmente la vía al Cristianismo en el rito Rectificado (6).

El patrocinio de los dos San Juan se explica, tanto en razón de la función particular del Evangelista en el Cristianismo, de la cual hablaremos en seguida, y del predominio “intelectual” del Prólogo a su Evangelio, como de la correspondencia solsticial de los festejos de los dos San

Juan, en relación directa con el aspecto de “cosmología sagrada” inherente a la Masonería (7). Cuál puede ser la relación de San Andrés con la Orden, o más exactamente, qué hay en común con los dos San Juan que pueda justificar el patrocinio masónico?

Debemos ver en este ternario de santos una alusión al simbolismo geométrico, uniendo la “X” de San Andrés a las paralelas tangentes del círculo que representan al Bautista y al Evangelista? (8). Creemos más bien que la verdadera razón se encuentra en el análisis de los elementos rituales del grado de Maestro Escocés de San Andrés.

En efecto, la segunda parte de ese grado está presidida por la representación del Cordero en el centro de la ciudad Santa apocalíptica, y es así como el ritual afirma el carácter puramente cristiano de la Orden.

Es justamente esta designación de Cristo bajo la figura simbólica del Cordero la que nos hace entrever la explicación buscada.

Ya hemos señalado que si los tímpanos romanos de las Catedrales –en Autun, por ejemplo, en Chartres y en Amiens- muestran como “intercesores” en el Juicio Final, a la Virgen y al Evangelista, algunas veces este último es reemplazado por el Bautista. En el arte bizantino, la “Déisis” otorga al Precursor la función de interceder, si bien es cierto que la sustitución de un San Juan por otro en dicha función parece coincidir con la introducción de la “Déisis” en el Arte Occidental. Es seguro que el intercambio de los dos primos homónimos se puede explicar en Masonería precisamente en razón de su “paralelismo”, dado que ambos son, como ya lo mencionamos, “tangenciales” a Cristo, “Sol de Justicia” y porque ambos tienen una misión histórica análoga de “apertura” y “cierre” de particular resonancia masónica.

A esto queríamos llegar, a la “identificación” más secreta en relación a un mismo símbolo, el del Cordero.

El Precursor designa por primera vez a Cristo en estos términos: “He aquí al Cordero de Dios” (9) y el Evangelista proclama en el Apocalipsis: “Entonces vi de pie en medio del trono de los cuatro vivientes y de los ancianos, un Cordero degollado, con siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados en misión por toda la tierra” (10).

Los dos San Juan rodean, entonces, al Cordero y lo designan como tal. Lo rodean en su manifestación y en su triunfo, tal como en el retablo del Cordero místico de los hermanos Van Eyck, y también asisten a su inmolación, como en la crucifixión de Grünewald en Colmar (11).

El apóstol San Andrés no es ajeno a esta “señal” que constituye en encuentro con el Cordero. La tradición refiere, en efecto, que Andrés, el primero en ser llamado por el Señor, hermano de Pedro, es el mismo a quien Juan Bautista le muestra el Cordero a orillas del Jordán en los términos que conocemos, y que son retomados antes de la comunión, en el sacrificio de la misa en la liturgia católica (12).

Tal parece ser el misterioso lazo existente entre los tres patronos de la Masonería cristiana.

Pero surge de inmediato un nuevo problema.

Dado el carácter predominantemente simbólico de todos los elementos de la Masonería, esa representación del Cordero y ese “lazo” entre los protectores de la Orden, no se aplicarían a un conocimiento especial, relacionado a la vez con la Masonería y con el Cristianismo? Podrían sugerir un hecho importante, esencial, referido al sentido mismo del devenir masónico?

Nos esforzaremos para responder a estas cuestiones, sin por eso pretender agotar el tema ni aportar esclarecimientos definitivos.

La referencia al Cordero remite a una de esas ciencias tradicionales medievales, surgidas del hermetismo cristiano, ciencia común a ciertas corrientes cristianas y masónicas. El símbolo podría pues acentuar la adecuación de la Masonería a la conservación de esta ciencia, la “alquimia espiritual”, surgida directamente de las tradiciones integradas al Cristianismo medieval (13).

Sabemos en efecto que la “Gran Obra” del hermetismo implicaba la realización del “Solve et Coagula”, en relación ella misma con el “poder de las llaves” de “atar y desatar” (14). Esta operación debía tener, como consecuencia, la “cristalización de la sal” (15) y, más allá, la constitución de la “Piedra Cúbica en Punta”, representación esencial en los cuadros masónicos, que simboliza la “Piedra filosofal”, también representada por el septenario “tres y cuatro” y por

los lados desiguales de la escuadra del Venerable en la Masonería Escocesa. No es posible evocar la naturaleza de la Alquimia sin citar los siguientes pasajes de “El Hombre y su Devenir según el Vedanta”, de René Guénon:

“El estado sutil se relaciona con el estado corporal de dos maneras diferentes y complementarias: por la sangre en su cualidad calórica, y por el sistema nervioso en su cualidad luminosa (16). Ya hemos indicado, a propósito de la constitución del “Annamaya-Kosha”, el organismo corporal, que los componentes del sistema nervioso provienen de la asimilación de sustancias ígneas. En cuanto a la sangre, está formada por sustancias acuosas, pero es necesario que estas hayan sufrido una elaboración debido a la acción del calor vital que es la manifestación de “Agni Vaîshwânara”, y ellas juegan tan sólo el rol de un soporte plástico que sirve a la fijación del elemento de naturaleza ígnea. El fuego y el agua son, entonces, uno en relación a la otra, “esencia y sustancia” en un sentido relativo. El mismo podría vincularse con ciertas teorías alquímicas, como aquellas en que interviene la consideración de los principios llamados “azufre” y “mercurio”, uno activo y el otro pasivo, respectivamente análogos, en el orden de los “mixtos”, al fuego y al agua en el orden de los elementos (17), para no hablar de las designaciones múltiples que se les dan en el lenguaje hermético a los términos correlativos de semejante dualidad...” (18).

“...El ser que ha cumplido el “dêva-yana” y ha dejado la tierra (“Bhû: el Mundo corporal o el dominio de la manifestación burda) es ante todo conducido hacia la luz (archis) por la cual es menester entender el Reino del fuego (têjas) cuyo regente es “Agni”, también llamado Vaîshwânara, con un particular significado de ese nombre...” (19).

En otro capítulo de la misma obra, señalando la similitud entre la descripción de la Jerusalén Celeste en el Apocalipsis (20) -“esa ciudad no necesita ser iluminada por el sol o por la luna, porque la ilumina la Gloria de Dios y el Cordero es su lámpara”- y la definición de la “Ciudad de Brahma”, que ni la luna ni el fuego alumbran, pero que brilla con el esplendor de “Purusha”, René Guénon precisa:

“Para aquellos que conocen la relación que une al Cordero del simbolismo cristiano con el Agni védico, el vínculo es aún más significativo. No podemos profundizar este último punto, pero diremos, para evitar toda falsa interpretación, que no pretendemos establecer de ningún modo una relación etimológica entre Agnus e Ignis, equivalente latino de Agni, pero el paralelo que existe entre ambos términos juega a menudo un rol importante en el simbolismo, y por otro lado, no hay para nosotros nada fortuito, todo tiene una razón de ser, incluso las formas del lenguaje. Conviene entonces recordar que el vehículo de Agni es un carnero” (21).

Por nuestro lado, observamos que en la numismática (22) y a veces en la heráldica, como también en el arte escultórico romano, el Cordero está representado con la cabeza vuelta hacia atrás, como si estuviera encabezando un rebaño (23). Podemos ver allí un indicio relativo, en un sentido, a San Andrés, el primero de los apóstoles en “descubrir” el Cordero, y cronológicamente, el primero de los Doce en ser convocado (24).

Para volver a la Alquimia, extrañamente puesta en evidencia a propósito del simbolismo del Cordero, y del rol del Agni védico, citaremos un texto que no nos aparta de nuestro tema, ya que se trata de la Alquimia y de Juan Evangelista, patrono de la Orden de los Constructores:

“Aún en Bourges, en Chartres, en la Saint-Chapelle y en Tours –en las altas ventanas del coro de las catedrales- se representa la conversión de los discípulos del filósofo pagano Cratón, para los cuales San Juan había transformado las maderas y guijarros en oro y piedras preciosas. En recuerdo de la milagrosa alquimia, la Edad Media pretendía que San Juan habría poseído el secreto de la Piedra Filosofal” (25).

Sin embargo, así como la alquimia espiritual no es sino la aplicación “técnica” de una doctrina, el hermetismo, limitado en sí mismo al conocimiento cosmológico, entendiendo este término en

su doble acepción macro-cósmica y micro-cósmica (26), y concerniente a la “transmutación espiritual”, mientras que el objetivo final es la “Transformación” (27), creemos que esta indicación sugerida por la presencia del Cordero en la perspectiva cristiana de la Masonería no es sino una “derivada”, y que su “Primitiva” –si nos atrevemos a usar un lenguaje matemático en esta circunstancia- es el Cordero mismo.

Nos parece que el pasaje de los Templos de Piedra inertes al Cordero Viviente es el signo de un brusco cambio en el desarrollo de la Orden, un cambio de reinado, una promoción espiritual. La Piedra se convierte en Pan, el Hombre-Dios, es decir, Jesucristo. Es el pasaje de la antigua Ley a la Nueva. De allí en más todos los elementos de la Orden serán iluminados por el Cordero, “Lámpara del Todopoderoso”.

El Templo reintegra el Principio, del cual no es sino el símbolo. La “Palabra” intelectual se hace carne, Persona viva. Y todo el Universo, creado por esta Palabra, se encuentra “contenido” (28), esencial y eminentemente, en un ser humano “central”, dotado de un nombre y de una familia temporal. El Cosmos entero descubre por ello una finalidad sublime y gloriosa en la Persona Central del ser humano deificado, Jesucristo, Alpha y Omega (29). Es la “exaltación de toda criatura en Dios”, de la que habla Santo Tomás. No se trata de una divinización del mundo fenoménico en expansión sustancial, que no sería más que un panteísmo apenas encubierto. Tal “divinización” idolátrica conduciría al aprisionamiento del hombre en el seno de lo creado, y no al retorno de la obra del Verbo en su Persona.

Ese retorno es, por el contrario, condicionado por una crucifixión del mundo y por el fin de “ese mundo”. “No ruego por el mundo” (30) y “El príncipe de ese mundo está condenado” (31).

El primer Adán contemplaba, en la caída, todas las cosas en sí. Era quien “apregonaba” al mundo, según la expresión de los Padres (32). El segundo Adán es “más que el Templo”, integrado en él, que era la morada cósmica de su divinidad. Es entonces necesario que por esta gracia, que abraza todo lo creado, el mundo se “agote” para no ser más “ese mundo”, y pueda retornar al principio sagrado de la arquitectura cósmica original. Y en ese Templo final del Verbo, Antropocósmico, en Cristo, culmina todo a la vez: el final de los tiempos, la transformación y la consumación de lo creado. “El cielo y la Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (33).

Podemos imaginar ese abrazo final del fuego del Espíritu Santo surgiendo con el Relámpago del segundo advenimiento, de Oriente a Occidente (34) y generando los “Nuevos Cielos y la Nueva Tierra”, inversión o “conversión” del Universo.

Al excusarnos por esta extensa digresión, no del todo inútil en esta época de confusión en el pensamiento, nos resta decir que dado que remarcamos el rol del Cordero referido a San Andrés, introductor cercano al Maestro (35), no podríamos silenciar este extracto del antiguo catecismo del grado de “Maestro Escocés de San Andrés”, que apuntala sugestivamente nuestra tesis (36).

“El cuadro del grado representa la muralla de la Nueva Jerusalén descrita por San Juan Evangelista, segundo Patrono de la Orden de los Masones, y el Cordero inmolado y triunfante, enarbolando el estandarte de su victoria en la cumbre de la Nueva Sion... el objetivo del cuadro es demostrar a los Masones de ese grado la relación que hay entre la Antigua Ley, representada por el Templo de Salomón, y la Nueva Ley del Cristianismo, bajo la cual vivimos, y también el pasaje de una a otra.

“San Andrés figura en el cuadro como discípulo de San Juan Bautista, profeta de la Antigua Ley que anuncia la Nueva, que deja a su primer Maestro para seguir a Jesucristo, y por lo tanto representa el pasaje de la Antigua Ley a la Nueva. Es por esto que los Maestros Escoceses lo han adoptado como su patrono particular.

“La Cruz de San Andrés representa asimismo el pasaje masónico entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, confirmado por el apóstol San Andrés, al comienzo discípulo de San Juan Bautista, nacido predicando según la antigua Ley para preparar los corazones para la Nueva, que abandona a su primer Maestro para seguir sin reparos a Jesucristo, y que con su sangre sella su amor y su fe por su Verdadero Maestro”.

Sin duda, se trata de un grado perteneciente a un rito específicamente cristiano. Tiene la notoria ventaja de exponer con nitidez y claridad el rol de San Andrés en el seno del “peregrinaje” o de la “vía” masónica (37).

Por otra parte, en otros ritos encontramos también, o un santo con vocación apostólica, o un emblema extraído del bestiario de Cristo. El tránsito es siempre el mismo; va de los Templos de Israel a la Caballería Templaria Cristiana; de Salomón a Aquel “que es más que Salomón” (38); del Templo a Aquel “que es más que el Templo”; de la Palabra perdida a la “Palabra hecha carne”.

Qué significa entonces esta finalidad cristiana de la Orden, y cuál es el lugar de la Orden en la Economía del Cristianismo?

No sería la Masonería el último vehículo occidental de la transmisión del conocimiento simbólico, destinado a abrir la inteligencia a la comprensión de los “misterios”? Lo que no significaría que ella bastara para abrir la inteligencia del corazón a la comprensión “interior” y esencial del Cristianismo de lo que la Encarnación de la Palabra divina implica definitivamente en todos los planos: ritos, modos de realización espiritual, rol de la historia y del elemento humano, corporal, santificado, rol de la carne y fenómeno Cristo-céntrico de “personalización” el “Liber Mundi” reducido a sus elementos esenciales transfigurados.

Pero, no tendría una importancia excepcional, en la medida de su aporte al Cristianismo, como la ofrenda de los reyes Magos, el tesoro de los elementos tradicionales dignos de ser salvados en el divino Árbol de Noé, y dignos de ser puestos a su supremo servicio?

Podríamos ver en este legado, esta “revitalización de lo antiguo” propia de la Masonería, antes señalada, algo así como la conservación de un conocimiento aplicado a la Cosmología Sagrada y a sus lazos con la inteligencia espiritual, lo que explicaría el rol de los dos San Juan en las puertas solsticiales del ciclo anual y en los “Límites” temporales de ambos Testamentos.

Habría que vincular con estas ideas, aún más especialmente, el carácter misterioso del Discípulo Bienamado, que en el seno del Colegio Apostólico se mantuvo al margen de las controversias entre Pedro y Pablo, tuvo conocimiento de los “secretos celestes (39) y marchó solo huyendo del martirio (40).

Si bien este es el papel de una Masonería no desviada, si ella conduce a Cristo, es entonces posible hallar en el Cristianismo, hoy, una posibilidad de armonía, un paralelismo con el proceso espiritual de la Masonería?

Si es así, se impone una conclusión. Ambos caminos, a despecho de las incomprensiones, luchas, ámbitos competitivos (el del sacerdocio y el del imperio, cuyas confusiones y oposiciones han marcado toda la historia, ya sea que se trate de la querrela “exterior” entre el Papa y el Emperador, de la lucha entre güelfos y gibelinos), podrían llegar a una confluencia final (41), una “complementariedad” en el manantial inconmensurablemente elevado de toda perspectiva espiritual: el Verbo, la Luz, la Vida.

III. LA IGLESIA Y LOS TEMPLOS DE ISRAEL

De hecho, toda la economía del antiguo Testamento gira alrededor del Templo, o de su representación adaptada al nomadismo de Israel, el Arca.

Encontramos esta representación en el diluvio con el Arca de Noé, que asegura la descendencia de los elegidos; luego con el Arca Mosaica, centro espiritual de las doce tribus errantes, y finalmente con el Templo, Corazón de las Tribus de allí en más asentadas en el sedentarismo del Reino.

Aún más significativa nos parece la síntesis de la Historia Sagrada hecha por San Mateo a propósito de la genealogía de Cristo (42).

El Apóstol distingue tres períodos de catorce generaciones cada uno, que separan a Abraham de Cristo. En el punto de unión entre los períodos, encontramos precisamente un Templo:

- Entre David y Salomón: el primer Templo, el de Salomón.
- A la salida del cautiverio en Babilonia: el segundo Templo, hecho por Zorobabel

- Al final del tercer período: el Templo “no levantado por manos humanas”: Jesucristo.

Esta división es sintomática. Corresponde exactamente a los hitos que hemos mencionado con referencia a las estructuras jerárquicas de la Masonería.

A cada Templo corresponde una “apertura” mayor en la religión judía, como veremos más adelante, hasta la eclosión provocada por el advenimiento de Cristo. Al mismo tiempo y en sentido inverso, el ámbito de la “elección” se acota: de las doce tribus, a la de Judá; de esta tribu, a una familia de la tribu real; de esa familia, al fruto final, que no es de “linaje humano”.

Se trata entonces de una “progresión”, cada vez más aguda, hasta la carne del hombre; en tiempo y espacio, surge por generación divina, conjugando en sí misma la eternidad y el tiempo, la condición divina y la humana, ofrecida a todos, en la apertura del Corazón de Cristo por la irrupción de la Gracia Redentora.

El Templo de Salomón estaba reservado tan sólo a los israelitas de la raza de Abraham, se limitaba a la raza elegida.

En el segundo Templo, aún obra exclusiva de los israelitas, ya tienen cabida los profetas mesiánicos:

“La Casa de Dios se abrirá a todos” (43). Es aquí donde Cristo predica a los doctores, tal como está escrito:

“Grande será la gloria de esta casa, la última mayor que la primera, y a este lugar lo colmaré de paz” (44).

Se anuncia ya la llegada de Cristo, “Piedra Angular”, con estas palabras del profeta: “Y Él alzaré la Piedra de la Cima en medio de aclamaciones: Gloria, Gloria a Ella” (45)

Podemos seguir en esta ascensión espiritual con la luz del corazón. Desde la perspectiva masónica, el primer Templo garantiza la base cuadrangular del edificio Santo mediante la “prueba de la escuadra”, y el segundo Templo se eleva hasta la curvatura de las bóvedas que cubren el edificio, por la “prueba del compás”. Vemos así una progresión hacia una mayor perfección, tanto desde el punto de vista geométrico, como artístico y arquitectónico; la progresión misma desde la tierra hasta el cielo, de la “Square Masonry” a la “Arch Masonry”.

Todavía le falta al conjunto el Punto único, sin igual, que une lo divino con el Cosmos, culminación de toda la Construcción Sagrada: la Piedra Cimera. Esta “Piedra Angular”, de singular proporción, se ubica en el lugar en el cual, en la arquitectura original, desciende en línea vertical el rayo de sol, cayendo sobre el altar de los sacrificios, sobre el centro.

Cristo se aplica a Sí mismo la profecía: “La Piedra rechazada por los constructores se ha convertido en la principal del ángulo” (46), palabras que volvemos a encontrar precisamente en la “Masonería de la Marca” antes del “reconocimiento” de la piedra cimera que permite el pasaje simbólico de la Masonería de la Escuadra a la del Compás.

Cristo viene a coronar y acabar la historia de los Templos, y exclama ante el asombro de quienes lo escuchan: “Destruid el Templo y yo lo reconstruiré en tres días”. Lo Vivo sustituye a lo inerte, el Principio al símbolo que lo representaba.

De allí en más, es el Arquitecto divino hecho carne que llega al estado humano para traer, con la Redención, el plano de la Ciudad Santa. San Pablo dice de Abraham que “esperaba la Ciudad cuyo Constructor es Dios” (47).

Desde esta misma perspectiva cristiana basada en el estudio del Templo, cómo no dejarse impactar por el hecho de que Jesús se compare a menudo con el Templo, con la Piedra Angular y con el Pan de Vida? No hay acaso entre estos símbolos un lazo eucarístico? Ciertamente, en la medida en que en el antiguo Testamento se asocia la idea de ágape sagrado con la de “Templo” (48) y este lazo está ratificado en el Libro de los Proverbios (49) en términos bien netos:

“La Sabiduría ha edificado su Casa

Ha tallado sus siete columnas

Ha inmolado sus víctimas, mezclado su vino, vestido su mesa”

La Sabiduría constructiva invita a la comida eucarística:

“Venid y comed de mi pan, bebed el vino que he preparado”

Existe efectivamente un vínculo entre la “Piedra” apreciada por los constructores y el “Pan de Vida”, una coincidencia cuya raíz está en Cristo. Descubrimos el rastro de esta equivalencia mística en la geografía sagrada: la tradición sitúa a Belén, casa del pan, en el lugar de Betel, puerta del Cielo o del Luz, la semilla o germen, es decir, el sitio donde Jacob vio en sueños la Escala Angélica y donde “erigió una piedra” (50). Es con razón que el Tentador exclamó: “Si eres el Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan” (51).

Cómo asombrarse, entonces, de que las “piedras vivas” esparcidas se integren en el Cuerpo Místico de Cristo, Templo Espiritual, fundidas pero no confundidas, como los granos de trigo transformados en la Unidad del Pan Vivo? (52). Cómo no relacionar, al respecto, el lema de los Maestros Masones: “Reunir lo disperso”, y la advertencia de Cristo: “el que no recoge conmigo, desparrama”? (53).

Existe, pues, un criterio de la Escritura que concibe en la “Contemplación de los Templos de Israel” a Jesucristo, “Jefe de Obra” y a la vez “Palabra Clave”. Y si no queda en ese Templo “piedra sobre piedra que no sea derribada” (54), sucede lo contrario con Aquel de quien eran el Símbolo, cuya proximidad perdura eternamente viva, su presencia garantizada entre los hombres hasta la consumación de los tiempos.

Acaso toda la arquitectura espiritual del Cristianismo no está, por su lado, anunciada por el Apóstol en términos de “Masonería”? “Estáis edificados sobre los cimientos de los Apóstoles y los Profetas; el mismo Jesucristo es la Piedra Angular. Sobre Él descansa todo el edificio, bien equilibrado, para ser un Templo Santo en el Señor. En Él sois edificados para ser la morada del Espíritu Santo” (55).

Para proseguir con la vida terrestre de Cristo, la Iglesia contiene a los discípulos del Cordero como a piedras del santuario. San Hilario, comentando a San Pablo, definirá a la Iglesia de este modo:

“Sus cimientos deben asentarse sobre los profetas y los apóstoles,
“Sus muros deben levantarse con piedras vivas,
“La Piedra angular debe proporcionarle equilibrio,
“Ella debe alzarse, por la progresión de sus materiales, hasta la altura del “Hombre Perfecto,
“Hasta la medida del cuerpo de Cristo” (56).

La medida que da el Conocimiento del Amor en Jesús es infinita. Es “el largo, el ancho y la profundidad del Amor de Cristo” (57). Ninguna “suma” humana, de amor o de ciencia, podría alcanzarla, porque ella es co-esencial a Dios, es decir, verdaderamente “incomensurable”, si no es por Dios y en Dios.

Toda la tradición cristiana reside allí, para corroborar esa visión del Templo Cristo-céntrico. San Ambrosio expresa así su anhelo:

“Que vengan los Ángeles celestes, talladores de piedras,
“Que saquen todo lo que sobra en las piedras que somos,
“Que quiten de nosotros toda aspereza” (58).

Y San Bernardo, en ocasión de la fiesta de dedicación de las Iglesias, dirige a los “Monjes blancos” –hermanos de los Templarios- estas palabras evocadoras, que no pasan inadvertidas en el ámbito masónico:

“Las piedras están vivas y dotadas de inteligencia; forman parte de los Consejos divinos y conocen la “Misteriosa Trinidad”, comprenden las palabras inefables... las piedras se adhieren unas a otras gracias a una doble argamasa: el conocimiento completo y el amor perfecto. Se juntan mejor unas con otras por ese amor mutuo, que las acerca más a Dios, la caridad misma... Y, qué Templo levantar? Ansiedad invencible de nuestro espíritu, si yo no lo hubiera escuchado a Él decir: “Sí, mi Padre y yo vendremos a Él y en Él edificaremos nuestra morada... Si esta casa

es santa, lo es a causa de vuestros cuerpos, éstos por vuestras almas, éstas por el espíritu que las habita...” (59).

De este modo, al participar en la naturaleza divina, el hombre resulta ser un microcosmos del Templo. Un enfoque exhaustivo nos llevaría, por otra parte, a ver en la Iglesia tanto un arquetipo del Cosmos entero purificado, un receptáculo del Espíritu Santo, la figura de la virgen inmaculada, “Sede de Sabiduría” y “Espejo de Justicia”.

Desde luego, nuestra concepción se limita a menudo a los planos social y humano de la comunidad cristiana, pero como recordaba la Encíclica “Mystici Corporis Christi”: la estructura social de la comunidad cristiana, que proclama por lo demás la sabiduría de su divino Arquitecto, es, sin embargo, de un orden por entero inferior si la comparamos con los dones espirituales con los que se adorna y de los que vive”.

Subrayemos que la misma terminología arquitectónica y enteramente “Masónica” justifica el artículo de fe del Credo. Porque es manifiesto que el Templo de Dios se extiende desde la “Piedra de la cúpula” hasta la “Piedra de los cimientos”, según las palabras eternas: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las fuerzas del infierno no prevalecerán sobre Ella” (60). La roca en el centro del grupo de los doce, en medio de todas las piedras, como base del edificio, es pues una proyección, sustituta de la “Piedra del Vértice”.

Entre ambas piedras, todo el Templo se alza en la rectitud de la plomada, de la perpendicular, según el eje polar donde Jesús fue crucificado “Cabeza arriba” y Pedro “Cabeza abajo”, eje que pasa por el centro de la Cruz de San Andrés y forma con ella la representación del “Crisma de Constantino”.

De este modo, la Nave, al unir en su principio esos símbolos que van del Arca de Noé a los Templos de Israel, conduce a la Especie Santa, la Elegida, preservándola de las tumultuosas mareas del mundo, hasta la Ciudad de Jerusalén Celeste.

Cuando culminan los ciclos temporales, cuando la muralla circular del jardín paradisiaco se confunde con el trazado cuadrangular de la Jerusalén Celeste, San Juan describe los esplendores del Templo final y transmite la maravillosa promesa del Cordero:

“Al vencedor le daré maná escondido y le daré una piedrecita blanca; y grabado en ella, un Nombre Nuevo que nadie conoce, sólo el que lo recibe...(61) Al vencedor lo pondré como columna en el Templo de mi Dios, y no saldrá ya de allí; escribiré sobre él el Nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén que baja del cielo con mi Dios y mi Nombre Nuevo” (62).

Hace falta precisar que los mismos pasajes escriturarios son citados en algunos altos Grados o grados laterales de la Masonería?

No obstante, esas promesas se aplican a aquellos que saben escuchar y retener la exhortación de Pedro:

“Acercaos a Él, Piedra viva, desechada por los hombres pero elegida por Dios y preciosa a sus ojos, y también vosotros, como piedras vivas, edificad para formar un edificio espiritual, un Santo Sacerdocio... Está dicho: Coloco en Sion una piedra angular elegida, preciosa. El que crea en Ella no será confundido” (63). Sus promesas se dirigen a quienes han tomado consciencia de que son “una raza elegida, un sacerdocio real, una Nación Santa, pueblo devoto” (64).

...0...

Las citas anteriores prueban en todo caso que el Cristianismo dispone de una terminología religiosa de similar simbolismo al de la Masonería creyente, porque es el auténtico depositario de la Fuente Escrituraria de la que abreva precisamente la Masonería.

Nos vemos llevados a pensar, naturalmente, que el Cristianismo y la Masonería más cercana a sus orígenes operativos, no sólo no se excluyen, sino que, por el contrario, tienen una razón

principal para “coincidir”, dado que ambos tienden a un mismo fin: el destino divino del hombre en Cristo.

Desde otro punto de vista y para “quien comprende bien el Arte”, esta razón domina también en la instauración de un orden tradicional verdadero. Por intermedio del simbolismo y de los ritos, regularmente adquiridos y transmitidos, la alianza de la autoridad Espiritual y sus estructuras propias, con el “Arte Real” ha otorgado a la Edad Media –por añadidura- su esplendor, su homogeneidad de pensamiento y sus cimientos sagrados. Esta alianza, respetuosa de las jerarquías innatas, es siempre prenda de bendición, fuerza y Paz.

Es cierto, el Sacerdocio y la Ciudad Imperial no se “recobran” más. Hay sin duda una separación necesaria, trágica, sin embargo, ya que se aísla la Autoridad Espiritual del mundo “activo”, cuando Cristo es Uno. No parece que la época medieval haya conocido cisma semejante. Las tres virtudes teologales o sacerdotales reposaban entonces firmemente sobre las cuatro cardinales. La cristiandad constituía un todo, espiritual y temporal. No sería que el Arte Real, por su doble carácter religioso y caballeresco, tenía su centro en el punto de tangencia entre la autoridad Espiritual y el Poder Temporal? En el “punto geométrico” donde tiene lugar el cambio de equilibrio entre el Influjo Espiritual y la Animación Temporal?

Por cierto, un Orden de esa índole no podría pretender la instauración de un “Paraíso en la tierra”, ya que también el triunfo de la Cruz es siempre un fracaso, una derrota del reino temporal. El Cristianismo es esencialmente meta-cósmico, es un escollo. “Mi fuerza está en la debilidad”, le dice Cristo a San Pablo. Habrá siempre una inadecuación de las estructuras temporales a la cuestión cristiana. “Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”. Sin embargo, esta civilización tradicional no es una traición al Cristianismo, dado que se considera una “tensión” hacia la Ciudad Celeste y un reflejo de orden metafísico y teológico. Ofrece, entonces, las mejores condiciones de realización espiritual: Preservación de los ritos, Encarnación de lo Sagrado, Transmisión de la comprensión simbólica, Jerarquía en el orden y los valores, en la libertad de expansión de la Palabra divina y en la práctica de la verdadera caridad de Cristo (65).

Una cosa es conocer la imposibilidad del término inmediato y temporal de la Ciudad divina, y otra es acomodarse en la indiferencia. Acaso el servicio de la Verdad no exige no acomodarse jamás en el Error?

La historia prueba que ese orden tradicional no es ilusorio. Ya el encuentro y la confluencia en un mismo oficio divino de Salomón, como Sacerdote Real; de Hiram, rey de Tiro, cabeza de la Realeza, y de Hiram Abbi como Maestro Artesano, le ha valido al pueblo de Israel su gloria y su símbolo espiritual: el Templo.

Más cercana en el tiempo a nosotros, perdura como un Signo, un “Deber” y un testimonio imperecedero de la Gran Obra Medieval, realizada con el concurso del sacerdocio y del Arte Real: la Catedral.

NOTAS

(1) Se puede lamentar aún que la uniformidad no se confunda nunca con la unidad, pero es un hecho. Y no hay absolutamente nada que cambiar en lo que fue establecido en el origen; esa es al menos la exigencia de una disciplina tradicional. También podemos lamentar la “falta de universalidad” de los tres grados básicos “rectificados”, reservados a los postulantes de confesión cristiana. Pero en eso reside una característica esencial de ese Rito, y la peor traición a su espíritu, a su naturaleza profunda sería pretender corregir, según la reflexión humana, las frases o elementos rituales para acomodarlos al “diapasón” de los otros Ritos masónicos. Sería por demás curioso comparar al respecto los rituales del convento de Wilhemsbad con los practicados en nuestros días... Nadie está obligado a seguir un rito particular en Masonería y no depende de ninguna individualidad innovar en materia de rituales o de “obligaciones”. Sólo se puede considerar, con la mayor prudencia, un retorno a las fuentes en tanto existan de manera irrefutable, quedando bien entendido, por otro lado, que la primera de las fuentes, la principal, reside en la Masonería operativa medieval.

(2) Conviene precisar que el término “Caballero”, en lenguaje masónico, no corresponde a una distinción nobiliaria sino que se relaciona con algo de orden “principal” y “electivo”, que por otra parte son fundamentos de la “nobleza”. Lo mismo vale para el término “Príncipe”. De hecho, existe por una parte una “caballería nobiliaria”, y por otra, las Órdenes auténticas de Caballería, de pura inspiración cristiana y que no tienen nada que ver con la Masonería. También están las “Caballerías” de raíces masónicas. En ocasiones, el límite entre estos dos últimos tipos de caballería se ha desdibujado en el curso del tiempo y como consecuencia de intercambios recíprocos. Es así como la “Orden Real de Escocia” comprende dos grados, respectivamente denominados “H.R.D.M.” (Heredom) y “R.S.Y.C.S.” (Rosy-Cross). Según Mackey, “el primero puede ser brevemente descripto como una forma cristiana del tercer grado, despojado de los residuos del paganismo y del judaísmo por los Culdeos, que introdujeron el Cristianismo en Escocia en los primeros siglos de la Iglesia. Uno de sus protectores habría sido Alejandro III de Escocia o su hijo David I, bajo cuyo reinado habría sido edificada en 1140 la Abadía de Kilwinning por Hughes Norville, impulsado por una compañía de monjes de la “Orden Tiria” provenientes de Kelso. El segundo grado es una Orden de Caballería civil, supuestamente fundada por Robert Bruce luego de la batalla de Bannockburn, que en su origen comprendía sesenta y tres caballeros y ahora cuenta con “Masones distinguidos en muchos países”.

Observemos que el Ritual Rosa-Cruz de Kilwinning, practicado en una lengua arcaica, es sin duda muy antiguo, y que las viejas Logias de “Kilwinning” y de “Mary’s Chapel” subsisten en Edimburgo. Constituyen el origen de las primeras Logias de la Gran Logia de Escocia.

A propósito del número 63, puede ser de interés recordar que Robert Bruce recibió a los Templarios refugiados, mantuvo fieles relaciones con la Orden de San Benito y con la Orden de Císter. Ahora bien, San Bernardo vivió 63 años, como la Virgen María. En el catolicismo hay rosarios de 63 cuentas, en honor a la edad de la Virgen, y en las “ermitas benedictinas”, camaldulenses, se usan rosarios de 33 cuentas en honor a los años terrestres de la vida de Cristo.

(3) Hay un grado de “Caballero de la Marca Cristiana”, llamado también “Guardia del Cónclave” y antiguamente conferido en los Estados Unidos a los “Caballeros del Temple” (Knight Templar), en un cuerpo denominado “Consejo de la Trinidad”. Según la leyenda, ese grado habría sido organizado por el Papa Alejandro III para su custodia personal, y sus miembros habrían sido elegidos entre los Caballeros de Jerusalén. El ritual del grado está centrado en la marca “Tau” en la frente, llamada Marca del profeta Ezequiel. El lema latino de esta Orden de Marca Cristiana es “Christus regnat, vincit, triumphat; Rex regnantum, Dominus Dominantium” (Cristo reina, conquista y triunfa; Rey de Reyes, Señor de Señores).

Queda claro que dejamos la responsabilidad de estas precisiones a la “Enciclopedia de la Masonería y de las Ciencias Afines”, de Albert GALLATIN MACKEY, 33°, revisada y ampliada por Robert INGHAM CLEGG, 33°, publicado por la compañía de la Historia Masónica de Chicago, Toronto, Nueva York y Londres, editada en 1929.

Señalamos que este lema está inscripto, nada menos, en el frontispicio del Palazzo Vecchio, en el corazón de Florencia, la ciudad de Dante.

(4) Es por demás evidente que si la Masonería no hubiera desempeñado una función espiritual, lo cual demuestra que no es un simple agrupamiento creado por convenciones arbitrarias humanas, no tendría ningún sentido... en el mejor de los casos! Simple agrupación en el orden del pensamiento, su simbolismo y sus ritos estarían entre los artificios y accesorios teatrales. Y aún en su “aparición”, su transmisión y su carácter cerrado, aparecería como una caricatura de organización tradicional. Falta agregar, firme y claramente, que en la medida en que sus objetivos apunten a otra cosa que a la sacralización del oficio, y le sirvan de soporte, y por ello sirvan a la realización espiritual y divina de sus miembros, en el orden del amor fraternal, la Masonería podría ser un peligroso instrumento de subversión. Esta es, por cierto, la peor de las hipótesis.

(5)MATEO, XXV, 14-30; LUCAS, XIX, 12-27

Por otra parte, si en la Masonería hay frecuentes referencias al “secreto” y al “silencio”, en el Nuevo Testamento se alude a los “Misterios”, que no agotan la ciencia de los exégetas, y de los que sólo Cristo da cuenta debido a su omnisciencia... No puede haber contradicción entre el hecho de que la Masonería, poseedora de un arte simbólico, proporciona la “llave” para la comprensión de los misterios, y el hecho de que la Iglesia perdure sin embargo como Una y única.

(6)San Andrés, patrono de Borgoña, es también el patrono de ciertas Órdenes de Caballería, como la fundada por Jacobo V, Rey de Escocia, en 1534, “Orden del Cardo y de la Ruda”, y la Orden de Caballería instituida en 1698 por el zar Pedro I de Rusia. “Cardo” es también el nombre de una Orden militar constituida en 1363 por Luis II de Francia, el “Buen Duque de Bourbon”.

A propósito del simbolismo del “Cardo” y de la “Ruda” (planta de la familia de las rutáceas, cuyo nombre deriva del latín “ruta” y del griego “ruté”, término del Peloponeso referido a “red”), diremos que la conjunción de ambas plantas representa la complementariedad de la “pica” o “punta” con el ciclo (N.de la T.: ciclo proviene del griego “kýklos = rueda) o “escudo”), en relación directa con las operaciones alquímicas “solve et coagula”. Por otra parte, ambas plantas tienen una cierta correspondencia con los colores verde y rojo, que son los del Escocismo Antiguo y Aceptado o Rectificado.

Asimismo, es interesante recordar que la “Orden del Vellochino de Oro”, instituida en Brujas en 1429 por Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fue encomendada a la protección de San Andrés. La Orden compuesta por 24, luego 31 y finalmente 51 Caballeros, portaba como insignia un collar de oro con eslabones en forma de “B”, del cual pendía uná un Carnero de Oro. Una de las divisas de la Orden, “Él golpea antes de que brille la luz”, reviste una importancia particular desde el punto de vista tradicional.

(7)Los dos San Juan solsticiales personalizan las dos virtudes cardinales de templanza (Juan Bautista) y prudencia (Juan Evangelista). Es notable que el patrocinio de la Caballería sea atribuido a menudo a San Miguel, que domina el equinoccio de Otoño y la virtud cardinal de la justicia.

(8)Las dos paralelas tangentes, correspondientes a “Juan Bautista” y a “Juan Hijo del Trueno” representan en un sentido las iniciales “J” y “B”, que son las de las columnas del Templo de Salomón (Jakim y Boaz), las de las tribus reunidas en Tierra Santa luego de la salida de Babilonia (Judá y Benjamín) y las de las ciudades que “enmarcan” la vida terrestre de Cristo como hitos espaciales del comienzo y del final (Belén y Jerusalén). Ambas letras tienen en hebreo un valor numérico de doce.

El círculo del que las paralelas son tangentes tiene, por su lado, un valor tradicional: diez, que en números romanos es la “X” de la Cruz de San Andrés, y el valor del “Tod” hebreo que figura en el centro del triángulo divino, donde marca la “herida del corazón sangrante”. Este número es el de las “tribus perdidas”.

La figura total podría corresponder, en un sentido, a la suma de ambos números, doce y diez, y llegar así a la cantidad completa de “veintidós” letras del “alfabeto creador”.

Notemos aún que la “X” fue en los primeros tiempos del Cristianismo, el signo de “Tau” o marca en la frente de los cristianos (“Teología del Judeo-Cristianismo”, del R.P. DANIELLOU).

(9)JUAN, I, 29.

(10)APOCALIPSIS, V, 6-7.

El último pasaje recuerda curiosamente a los siete “nobles viajeros” que concibieron, de generación en generación, el legendario Templo de los Rosa-Cruz.

(11) Recordemos que la más ilustre de las Catedrales, San Juan de Letrán, “Madre y Señora de las Iglesias del Mundo”, sumaba el patrocinio de los dos San Juan.

(12) El “Agnus Dei” fue establecido en la liturgia de la misa, entre el Pater y la Comunión, por el Papa Sergio I en 688. La tercera invocación al Cordero se relaciona con el Don de la Paz, y señalamos de nuevo al respecto, que el Templo de los Rosa-Cruz es el de la “Pax Profunda”.

(13) El Cristianismo medieval ha abarcado, efectivamente, aspectos que pueden sorprender al hombre del siglo XX, que los juzga desde su exterior.

Jean REYOR escribe (“L. Charbonnay-Lasay y el esoterismo Católico”, en “El Simbolismo”, enero-marzo 1951): “... Hay entonces una Cábala cristiana con vida autónoma y perspectivas propias, que no es sólo un instrumento apologético, si bien algunas de sus exteriorizaciones hayan tenido lugar entre los siglos XV y XVII, sino un auténtico esoterismo cristiano. El error de los cristianos sería “judaizar”, pretendiendo “hebraizar” y “cabalizar”.

Compartimos plenamente este punto de vista.

(14) Recordamos que el “poder de las llaves” fue relacionado por René Guénon con el doble poder del “Vajra”, en correspondencia, por sus dos extremos, con los dos polos y los dos solsticios. “Ese símbolo del Vajra, dice René Guénon, es, como sabemos, el del rayo; por otra parte, en las tradiciones escandinavas el rayo era representado por el martillo de Thor, al cual se puede asimilar el malleto del Maestro en el simbolismo masónico; este es entonces un equivalente del Vajra, y como él, tiene el doble poder de dar la vida y la muerte, como lo muestra el rol que tiene en la consagración iniciática, por un lado, y en la leyenda de Hiram, por otro... Concluiremos diciendo que el poder del Vajra o “poder de las llaves”, que es idéntico, implica el manejo y la puesta en acción de las fuerzas cósmicas en su doble aspecto de Yin y Yang, y no es en definitiva sino el poder de conducir a la vida o a la muerte... en antiguos manuscritos de la Masonería operativa se trata... de una cierta “faculty of abrac”; este término enigmático, abrac, que ha dado lugar a diversas interpretaciones más o menos fantasiosas, y que en todo caso es una palabra manifiestamente deformada, parece denominar en realidad al rayo o relámpago (en hebreo hâ Baracq, en árabe El-Barq) de suerte que se trata propiamente del poder del Vajra. Por todo esto se comprende fácilmente en virtud de qué simbolismo el poder de provocar las tormentas ha sido siempre considerado, en los pueblos más diversos, como una especie de consecuencia de la iniciación “ (“La Gran Tríada”, Cap. “Solve et Coagula”).

Agregaremos que, en las fiestas litúrgicas, la muerte “temporal” de un santo corresponde a su “nacimiento” celestial. Pero el “poder de la llave de oro” en el ámbito sacerdotal se aplica a un hecho espiritual, porque su misma esencia es extra-cósmica, podemos decir, y consecuentemente “por fuera” y “por encima” del manejo de las fuerzas cósmicas.

(15) “La Gran Tríada”, Cap. XII “El Azufre, el Mercurio y la Sal”.

(16) “El hombre y su devenir según el Vedanta”, Cap. XIV “El estado de sueño profundo o la condición de Tajasa” (1925).

(17) Sabemos que el ternario de la alquimia espiritual comprende el “Azufre espiritual”, el “Mercurio anímico” (el agua encendida por influencia del Azufre) y la Sal, resultado de la acción de ambos elementos. Ese ternario hace pensar, curiosamente, en el Espíritu, el Agua y la Sangre, tema del triple testimonio de JUAN en su I Epístola, 7-8.

(18) “El hombre y su devenir según el Vedanta”, Cap. XIV, nota 1.

(19) Id., Cap. XXII, “El viaje divino del ser en la vía de la liberación”.

(20) APOCALIPSIS, XXI, 23.

(21) “El hombre y su devenir según el Vedanta”, Cap. III “El centro vital del ser humano, morada de Brahma”.

(22) Por ejemplo, el Cordero Pascual o carnero de oro, figuraban en el “Aignel”, moneda de oro creada por San Luis y acuñada bajo el reinado de Carlos VII.

(23) “A veces el Cordero, de pie, sostiene con una de sus patas una cruz que puede estar adornada con una oriflama (N.de la T.: estandarte de la abadía de San Dionisio que, como pendón guerrero, portaban los antiguos reyes de Francia) y mira hacia atrás. En el Arte Romano esta imagen es frecuente, sobre todo en el tímpano de los pórticos y sobre los capiteles, y más tarde en la piedra cimera” (Enciclopedia “Catolicismo de ayer y de hoy”, LETOUZEY y ANÉ.

(24) JUAN, I, 25-41.

(25) Mons. VILLEPELET, Obispo de Nantes, “Los más bellos textos sobre San Juan Evangelista”, Ed. La Colombe.

(26) “Apreciaciones sobre la iniciación”, Cap. XLI, “Algunas consideraciones sobre el hermetismo”.

(27) Recordemos al respecto que, a reserva de una conexión con un principio superior de orden sacerdotal, y mediante una transposición decorosa, tal simbolismo tradicional “puede servir de vehículo a verdades de un orden más elevado”.

Recordemos esta precisión de René Guénon, en el sentido de que “la alquimia es efectivamente un arte real” y que una de sus “metas, implicada en la culminación de la gran obra, es considerada como una de las características de los Rosa-Cruz”. (“Apreciaciones sobre la iniciación”, Cap. XLII “Transmutación y transformación”).

(28) En un sentido similar, observemos que el Agni del Vedanta, calificado como “Vaîshwânara”, que se relaciona con la especie humana en la extensión integral de posibilidades de su naturaleza adámica, entendidas a partir de la modalidad corporal común a todos los hombres, es también germen espiritual. Leemos: “Ten en cuenta que este Agni, que es el “fundamento del mundo eterno (principal) y por el cual el mismo puede ser alcanzado, se esconde en la gruta del corazón” (Katha Upanishad. 10 Valli – shruti 14- citado por René GUENON en “Apreciaciones sobre la iniciación”, Cap. XLVIII “El nacimiento del Avatâra”.

Se asimila también, simbólicamente, al sol, por su posición central de “huevo del mundo”? “Vaîshwânara”, “El Hombre Universal” es concebido como dotado de siete miembros como el Agni, del cual es a veces el nombre; es de orden solar o central. Podemos relacionar con estas ideas el hecho de que San Buenaventura, el Doctor Seráfico, en su “Hexamerón” relaciona con Cristo el “Centro Septiforme” así definido:

Centro de la Esencia, en la eterna generación:

- de la Naturaleza, en la Encarnación;
- de la Amplitud, en la Pasión;
- de la Doctrina, en la Resurrección;
- del Magisterio, en la Ascensión;
- de la Justicia, en el Juicio Final;
- de la Concordia, en la Beatitud Infinita.

(29) Las ideas relativas al fenómeno último de “hominización” del Universo transfigurado en Cristo, sería comparable con las enseñanzas de otras tradiciones, particularmente aquellas surgidas de la Cábala.

Es así como Leo SCHAYA, en su notable libro sobre el esoterismo judío (“El hombre y el Absoluto según la Cábala”, “La barca del sol”, colección dirigida por Davy, ed. Correa, Buchet, Chastel) nos dice:

“... por su absorción en Dios, el hombre actualiza la liberación universal en sí mismo, y “apresura” por ello la Redención cósmica. Esta tiene lugar cuando la totalidad de manifestaciones sutiles y corporales se han agotado en el seno de los dos mundos creados. Es entonces que se produce el “Gran Jubileo”, la liberación total y final; es el lugar último del “Tsimtsum”, “la inversión de las inversiones”, que no sólo es la “contracción” del universo corporal sino de toda la amplitud cósmica: la “suspensión de la creación entera en su Centro y Principio increado”.

Notemos que estas perspectivas no son extrañas a ciertos temas contemplativos del Occidente Cristiano. En los “Ejercicios Espirituales” de SAN IGNACIO, la “Contemplación Ad Amorem” podría servir de base a esos desarrollos, en particular en lo que respecta a los puntos siguientes:

“235 – El Segundo Punto: Considerar cómo Dios habita en sus criaturas, en los elementos, donando un ser a las plantas, dándoles vida; en los animales, otorgándoles un sentir; en los hombres, dándoles la comprensión. Así, en mí mismo, dándome el ser, la vida, el sentimiento y haciéndome comprender, y al hacerlo hace de mí su Templo, pues yo he sido creado a su semejanza y según imagen de su Divina Majestad...”

“236 – El Tercero: Considerar cómo Dios actúa y trabaja para mí en todas las cosas creadas sobre la superficie de la tierra; quiero decir, que se comporta a la manera de un hombre que trabaja en los cielos, los elementos, las plantas, las frutas, los rebaños, etc., a quienes ha dado y conserva el ser, la vida, la sensación etc.” (Traducción del P. Doncoeur S.J., de la edición anual del P. Codina).

(30) JUAN, XVII, 9 y 14: “Yo no soy de este mundo”.

(31) JUAN, XVI, 11.

(32) Para terminar con un tema que demandaría análisis más amplios, y abundantes referencias patristicas, señalemos que esos dones escatológicos no permiten confundir el “Reino de Dios” con la expansión cósmica de la sustancia y la proliferación cuantitativa. Por el contrario, el “Reino” es por definición simbólica y evangélica, “interior” y “puntiforme” (como el grano de mostaza).

La excrecencia indefinida de lo creado no sabría de ninguna manera, por sí misma, librarse de los límites evolutivos inherentes a su naturaleza y salir de la progresión serial del “continuo”.

Los sucesos que evocamos son, al contrario, referidos al polo cuantitativo y esencial del Universo, del Verbo de Dios, y las modalidades o estados que se derivan son necesariamente condicionados por una “ruptura del continuo”, por una salida fuera de la espiral evolutiva, o si se quiere, por la discontinuidad de un pasaje al límite, coincidiendo con el “retorno” o “conversión” del mundo y con la “consumación” de su aspecto sustancial de pecador.

Por otro lado, es probable que el evolucionismo, tal como se lo concibe habitualmente, traicione, al monopolizar y reducir a sus estrechos criterios de apreciación, cierto pensamiento religioso aplicado a su vez a descubrir la finalidad biológica de las especies, y a relacionar el desenlace espiritual del Universo con la medida del Hombre Integral en Cristo.

La Transfiguración final de lo creado ha sido relevada y estudiada en una curiosa obra poco conocida. Queremos hablar de “La Evolución Regresiva” (de Georges SALET y Louis LAFONT, Ed. Franciscanos, 9, Rue Marie-Rose, Paris, 14º) de la que extraemos el siguiente pasaje:

“Por analogía con los designios de Dios acerca del Hombre, nada impide pensar que los “Nuevos Cielos y la Nueva Tierra” serán algo más que el Universo en su estado primitivo perfecto, y que Cristo resplandecerá en todas las criaturas. La creación brillará entonces con un destello sobrenatural que dejará atrás su esplendor primitivo, tal como el brillo sobrenatural de los elegidos superara al del inocente Adán. Entonces Cristo habrá acabado su obra creadora y

redentora. “Él entregará el Reino a Dios Padre” (I CORINTIOS, XV, 24). “Dios será todo en todos” (I CORINTIOS, XV, 28), “y su Reino no tendrá fin”.

(33) LUCAS, XXI, 33.

(34) MATEO, XXIV, 27.

(35) Este rol de introductor cercano al Maestro, también lo ejerce San Andrés el día de la multiplicación de los panes –JUAN, VI, 8-9 – y cuando los griegos piden ver a Jesús –XII, 20-22- “... es solamente en el cuarto Evangelio que se adivina su carácter” (Enciclopedia “Catolicismo de Ayer y de Hoy”, LETOUZEY y ANÉ). Notemos que desde el punto de vista litúrgico, San Andrés posee un oficio propio completo y que una de las “Contemplaciones” de la segunda semana de los “Ejercicios Espirituales” estudia “Cómo San Andrés y los otros discípulos siguieron a Cristo Nuestro Señor”.

(36) Manuscrito conservado con el N° 5922 en los Archivos de la Biblioteca de la ciudad de Lyon, que incluye el texto del Ritual General del grado Escocés de San Andrés del Rito Rectificado, “ establecido en el Congreso de Wilhemsbad, año 5782”.

(37) No hace falta señalar, a propósito de San Andrés, que evangelizó a la Escitia europea (Crimea), luego a Grecia, fue muerto en Patras y su patrocinio se extiende a Grecia y Escocia (antigua Caledonia), lo que permite pensar que existe un lazo entre ambos países, entre Escocia y el Peloponeso. Aún una observación superficial deja ver algunos rasgos comunes. Así, Edimburgo es apodada “la Atenas del Norte”, y ambos pueblos usan su vestimenta tradicional. Pero, no habría entre estos dos archipiélagos de Europa otros aspectos velados que autorizarían a considerarlos, al menos en ciertos aspectos, a uno como “inversión” del otro, como sucede con el “quersoneso cimbriaco” o Dinamarca, y el “quersoneso táurico” o Crimea? Recordemos que en la historia no se repiten hechos idénticos, pero sí hay sucesiones, según ciertos ritmos, de hechos de una misma clase. En materia de “Geografía Sagrada” hay también tipos de configuraciones terrestres que no son idénticos, pero contienen significados semejantes.

(38) LUCAS, XI, 31; MATEO, XII, 42.

(39) Antífona de la Memoria de San Juan (Liturgia latina).

(40) Citemos al respecto el himno litúrgico de San AMBROSIO:

“Ilustre por el amor que le tiene Cristo, *Juan, el Hijo del Trueno, revela por su boca sagrada los secretos de Dios.* Un día, navegando en aguas agitadas, le llegó la fe para darle *inmutabilidad.*

Él lanzó su línea en las profundidades y recogió el Verbo mismo de Dios. Arrojó sus redes en las olas eternas y recogió a Aquel que es la Vida de todos.

El martirio ha sido compartido por gran cantidad de fieles; este derramamiento de sangre lava el pecado, pero hay algo *por encima de la muerte de los mártires: es haber revelado lo que hace al márti”r.*

(El subrayado pertenece al autor).

(41) Citaremos este sugestivo pasaje del libro de Alec MELLOR “Nuestros Hermanos Separados los Francmasones” (París, Mame, 1961, pág. 309):

“...Las leyes de la historia son inexorables. Nos enseñan que una institución se debilita y decae cuando perdura en las formas, mientras los adeptos han perdido el sentido profundo, y que atrae indefectiblemente la persecución cuando persigue la lucha política. También entendemos que en

el seno de la Francmasonería se libera hoy una elite, formada por pensadores y simbolistas deseosos de desintoxicación política y renovación espiritual. Parte de la Masonería francesa está a la cabeza de este movimiento”.

Esta es la precisa verdad, y nos congratulamos ante este análisis lúcido, perfectamente acorde con nuestro pensamiento.

(42) MATEO, I, 1-18.

(43) ISAIAS, LVI, 1-8.

(44) AGEO, II, 19.

(45) ZACARIAS, IV, 7-8.

(46) MATEO, XXI, 42; MARCOS, XII, 10; LUCAS, XX, 17; I PEDRO, 6-9.

La progresión de los Templos no es una idea ajena a la Masonería. En los Rituales del “Santo y Real Arco de Jerusalén” se alude a la sucesión histórica de las tres Logias.

“La Logia Santa, fundada en el momento de la revelación del Sinaí, sobre el monte Horeb.

“La Logia Sagrada, fundada por el Rey Salomón sobre la montaña sagrada de Moriah.

“La Gran Logia Real fundada por Zorobabel en Jerusalén”.

Encontramos, por el contrario, una sucesión regresiva en la historia de las Mesas de la Búsqueda del Santo Grial: la primera Mesa instituida por Cristo; la segunda Mesa del Santo Grial, con el Asiento Temido reservado a José de Arimatea; finalmente, la tercera Mesa o Tabla Redonda, establecida por Merlín, con su Asiento Peligroso. Esta última Mesa tiene un significado cósmico y está abierta a la caballería cristiana o pagana (*Las aventuras de Parsifal*).

(47) HEBREOS, XI, 20.

(48) “El signo del Temple” y “El misterio de la Historia”, del R.P. DANIELOU.

(49) PROVERBIOS, IX.

(50) GENESIS, XXVIII, 18.

(51) MATEO, IV, 3. La respuesta de Cristo pone el acento en esta asimilación del “Pan celeste” a la “Palabra surgida de la boca de Dios” (relacionada con el pasaje de JUAN, VI, 51: “Yo soy el Pan de vida bajado del Cielo”).

(52) Textos de liturgias primitivas y de Acción de Gracias de la “Didakhé”- “Como el Pan que había sido despedazado y diseminado en las montañas, fue juntado para hacer un todo, así tu Iglesia pueda agruparse desde los extremos de la tierra en tu Reino”.

(53) LUCAS, XI, 23.

(54) MARCOS, XIII, 2; MATEO, XIV, 1-3; LUCAS, XXI, 5-7.

(55) EFESIOS, II, 20-22.

(56) San HILARIO, “Tratado sobre el Salmo 126”.

(57) EFESIOS, III, 18.

(58) “Exposición sobre el Evangelio de Lucas”.

(59) “Sermón sobre la dedicación de las iglesias”. San BERNARDO insiste sobre el simbolismo del Templo de Salomón en la Regla: “De laude novae militae ad militis Templi” en estos términos: “Ellos habitan también verdaderamente el Templo de Jerusalén, y si bien no es el mismo, en cuanto a la construcción, que el Templo antiguo venerado por Salomón, no es inferior a él desde el punto de vista de la gloria... la belleza del primero residía en elementos perecederos, la belleza del segundo es la de la gracia, del culto piadoso de quienes lo habitan y de la más regular de las moradas...”

Pierre Ponsoye relaciona la expresión “la más regular de las moradas” con la definición de la Logia masónica: un lugar muy iluminado y muy regular (“El Islam y el Grial”, P. PONSOYE, Ed. Denoël).

Habría que poner en paralelo ciertas expresiones del oficio con los términos empleados por San BENITO en su Regla. En sus comentarios sobre ella, Dom A. SAVATON (Abad de Saint-Paul-de-Wisques) señala que el Patriarca llama al Monje “el obrero de Dios”, y al monasterio, “taller de buenas obras”, donde el obrero de Dios emplea todos los útiles o instrumentos del “Arte espiritual”.

(60) MATEO, XLV, 18.

(61) APOCALIPSIS, II, 17

(62) Id., III, 12.

(63) I PEDRO, II, 4-7.

(64) Id., id., 9.

(65) El Orden de nuevo subyacente a la Autoridad Espiritual de las Organizaciones Tradicionales, dotadas de una función exterior radial y mediatriz en el dominio temporal, corresponde en un sentido a la “iluminación de las tinieblas”, a la introducción de la medida que ordena el caos, al reconocimiento y adopción del ritmo o módulo divino que otorga armonía a toda forma de acción, y remite a Dios todas las actividades humanas.

Recordaremos al respecto el veredicto de JUAN XXIII sobre nuestro mundo occidental en su encíclica “Mater et Magistra”:

“El aspecto más siniestramente típico de la época moderna reside en la tentativa absurda de pretender edificar un orden temporal sólido y fecundo fuera de Dios, único fundamento sobre el cual puede subsistir, y en querer proclamar la grandeza del hombre separándolo de la fuente de la que brota y en la que se alimenta, reprimiendo, y si es posible, apagando, sus aspiraciones hacia Dios”.

Es bien cierto que “el llamado del Rey Temporal ayuda a contemplar la Vida del Rey Eterno”.

CAPITULO III

CRISTIANO Y MASON ?

El versículo del salmista, que destacamos en el capítulo precedente (1) podría servir como tema central de este análisis. Sin embargo, insistiendo siempre en la necesidad de la práctica religiosa entre los “constructores”, nos proponemos ante todo hacer comprender cómo pueden conciliarse, según nuestro criterio, Religión y Masonería (2).

Precisemos en seguida que entendemos por “práctica religiosa”, no algo superficial, sino el fruto de una fe profunda y enraizada. Se trata de una verdadera “inversión” del ser, que constituye el sentido original de “conversión”.

Dicho esto, que definición daremos de la Masonería?

Por delicado que sea el tema, no podríamos eludir la respuesta. Admitamos entonces la afirmación, generalmente aceptada por todo espíritu tradicional, de que se trata de una organización iniciática que dispone de símbolos surgidos del arte de los pueblos sedentarios (3).

La verdad nos obliga a decir que tal organización no exime a sus miembros de la práctica religiosa. No los invita tampoco a abandonar o negar los dogmas. El hecho de que la Masonería sea independiente, en su funcionamiento, de las autoridades religiosas, no invalida las expresiones precedentes.

Vayamos más lejos: la historia y las “Constituciones” masónicas nos enseñan que los masones de antaño, los “operativos” (4) practicaban la religión de su país. La Vocación masónica tenía esta exigencia porque el Arte sagrado erige en primer lugar los Templos o edificios religiosos. Si el fruto más noble de la construcción es el Templo, la más alta actividad humana es la oración, en la elevación de la cima del alma hasta su Principio (6).

La religión apela al arte, tanto en los talleres como en la elección de alegorías sagradas. Por su lado, la Masonería ha tomado de las Sagradas Escrituras los temas de sus “leyendas” y numerosos elementos de sus rituales (7). Debido a este intercambio y mutuo enriquecimiento, el arte se ha integrado a la economía del sistema religioso en cuestión.

Cómo fue posible esta simbiosis? No habrá respondido a alguna utilidad? Y lo que es más, no era testimonio de una meta perteneciente a la misma ruta? De hecho, el final sublime propuesto a los destinos humanos está en función de su origen, es la “consumación” en la unidad divina (8). La realización del plan del Gran Arquitecto es también expresión de la Voluntad Celeste que rige todo acto religioso. Entonces, por qué se rechazaría un enriquecimiento cuando redundaba en la gloria de Dios? Por qué se rehusaría una ayuda cuando la subida es escarpada y el camino estrecho? (9). Esta es la utilidad de la que hablábamos (10).

Se puede objetar que la Masonería, debido a su muy lejano origen tradicional (11) y a sus particularidades intrínsecas, no podría afiliarse a un grupo religioso determinado. Está la Iglesia, pero también la Mezquita, la Pagoda y otras... La observación es exacta. Por lo tanto, es bueno señalar que el “Oficio” se incorporó, sin perder su carácter, a la religión por la cual servía a la Verdad, y esto en razón de circunstancias providenciales de tiempo y espacio. A su vez, recibió de la religión sus reglas especiales (12).

No podría ser de otro modo. El primero de los “Landmarks”, “Creencia en el G.A.D.U., en su Ley revelada y en la inmortalidad del alma”, se expresa siempre a favor del concepto religioso. Y este es un “mojón” que no se podría desplazar, tal como aconsejan los proverbios salomónicos (13). Situado en el centro del edificio, en el recorrido de la plomada, este hito es rigurosamente esencial y su olvido entraña desviaciones, hace ladear las torres e inclinar los ejes (14).

En lo que a nosotros concierne, es necesario señalar que la Masonería conocida y transmitida por los operativos, se aplicaba al Cristianismo (15). Es un elemento de la ciencia que no hay que olvidar, dado que forma parte de los “cimientos” indispensables a toda construcción sólida.

Por cierto, no se trata de cuestionar los aportes judíos y grecolatinos a la Masonería, a los que se puede agregar, en una investigación exhaustiva, vestigios de otras tradiciones. Es muy evidente que el esqueleto de la Orden es principalmente “salomónico” (16). La tradición de los constructores lleva también la marca de una realización que podemos situar históricamente durante el asentamiento de las tribus judías en Tierra Santa, o más exactamente, en la edificación del Templo de Jerusalén, correlativa a la sedentarización de Israel (17). Este hecho es en extremo importante, en razón de los “indicios” que implica en otro plano, por la huella dejada en las formas, testigo de la manifestación de una “influencia espiritual” en una época que podemos considerar relativamente “original”.

Sin embargo, la conmocionante aparición del cristianismo debió tener, sin duda, una repercusión profunda en el seno de las agrupaciones de constructores, y las penetró. Como ya hemos señalado, Cristo ha hecho suya la palabra de los salmos: “La piedra que rechazaron los constructores se convirtió en cabeza principal del ángulo” (18).

En estas circunstancias, la utilización de términos propiamente masónicos es sumamente significativa. Si consideramos el papel que juega la cabeza del ángulo, o clave de bóveda, su situación particular y “única” en el edificio, el secreto de su tallado, que implica la técnica del compás y no de la escuadra, estaremos de acuerdo en que la frase del Señor está pletórica de sentido... Desde ahora, el esfuerzo de la “realización” masónica no podrá acompañarse de una voluntaria “ignorancia” del Cristianismo, pues “quienquiera que caiga sobre esta piedra se quebrará, y aquel sobre el que ella caiga, será aplastado” (19).

El Cristianismo suele definirse como “escollo” y “piedra del escándalo” (20).

Observemos, por otra parte, que el aspecto formal, el “esquema”, corresponde al Templo exterior, prefiguración del Templo interior (21), que “Es más que Salomón” (22).

El legado de los constructores occidentales ha fructificado en tierra cristiana. Queda una prueba grandiosa: la catedral. Cómo olvidar el texto de las plegarias insertadas en los “Old Charges” (23) y otros manuscritos, el Evangelio de San Juan, La Logia de San Juan, las fiestas de los dos San Juan (24) y las frases de los rituales, extraídas de los Evangelios?

Tratemos de considerar ahora cómo el Cristianismo puede incluir a la Masonería en su perspectiva.

Ante todo, es innegable que Cristo, en tanto “Verbo”, es el “Lugar de lo posible”. Abarca en Sí toda posibilidad, así fuera evocada al instante, y la demostración metafísica podría bastarse a sí misma.

Seremos siempre responsables de subestimar las demás consideraciones brindadas por el Cristianismo.

Así, Cristo, eterno sacerdote de acuerdo con la orden de Melquisedec, retiene la función sacerdotal, pero procede de la tribu de Judá y no de la Levi. Es, como lo requiere su investidura de “Cristo Rey” o “Rey del Cielo y de la Tierra”, el Maestro por excelencia de la “Vía Real”, y es a esta clase de vía que pertenece la Masonería. Las ofrendas de los tres Reyes Magos manifiestan además, externamente, la entrega de los poderes profético, sacerdotal y real a Cristo.

Por otro lado, el Niño Dios nace en una familia de artesanos. Lo que sabemos de los primeros treinta años de la vida de Jesús nos muestra que era carpintero (25). Qué título de nobleza más honorífico se podría hallar para el “oficio”? Todo lo concerniente a los hechos de la vida de Cristo merece ser meditado, y acaso el azar –que no es más que la ignorancia de las causas profundas- puede intervenir cuando el Autor de toda Providencia entra en escena?

Es con razón que los Evangelios, los Hechos, las Epístolas y el Apocalipsis (27) se sirven del simbolismo de la construcción para expresar verdades divinas. Se encontrarían más ejemplos aún en el estudio de las vidas de los Santos (28).

Se evidencia allí con claridad que el “Arte” de los masones no es extraño a la tradición cristiana.

Por otro lado, las promesas que encierra el Cristianismo en su “principio” y en su “integridad” están entre las más ricas que se pueda imaginar, pues atribuyen a los “elegidos” el lugar que les reserva Cristo (29) en “Él”. En consecuencia, el más alto objetivo espiritual de la Masonería se encontrará siempre “eminente” incluido en la vía de Cristo. No anticipamos

nada que no sea confirmado por un texto oficial; tan cierto es, que la gracia acordada a la “Esposa Mística” de Cristo recibe un comentario autorizado en la liturgia católica de la Ascensión (30).

En síntesis, si el presente análisis ha puesto de manifiesto la compatibilidad de principios entre la vida cristiana y la pertenencia masónica, habrá logrado su fin. En la práctica, se deben tener eventualmente en cuenta las restricciones originadas en la jerarquía sacerdotal y el derecho canónico.

De todas maneras, la trascendencia de la Palabra divina hecha carne, siempre universalmente presente en Cristo vivo, y las particularidades de la religión cristiana, casi no permiten la reducción del cristianismo a las normas de un sistema teórico exclusivo.

En cuanto a la Masonería, importa ante todo consultarla para saber qué pretende ser. Sería preciso también pertenecer a ella para conocer lo que puede dar... Las propuestas temerarias y las conclusiones prematuras no pueden ser aceptadas sin reservas. Podemos comparar la Masonería con un Arca (31) destinada a acoger la esencia de las tradiciones pasadas y a conservarla hasta el “retorno a la unidad” (32). Podemos asimismo confirmar que dispone de un simbolismo, de una transmisión espiritual asegurada por los ritos, y de un “método de trabajo” particular. Es justo atribuirle también la virtud de una apertura espiritual en aquellos a quienes se asimile, y el poder conducirlos, “si ellos comprenden bien el Arte”, a vivir intensamente su fe, hasta que certeza y fe sean una misma cosa que ilumine la visión de sus corazones (Este es el sentido de la Gnosis en Clemente de Alejandría). La restitución de su carácter original, a través del trabajo “operativo”, puede reintegrarla en su verdadero rol tradicional y asegurarle una finalidad más allá de toda expresión, ya que habrán sido traspuestos los límites de toda “experiencia” y de toda dualidad entre sujeto y objeto. Su secreto, formulado en los Landmarks, si bien en ocasiones es una medida de prudencia (que se recuerde un período reciente de la historia), es ante todo una disciplina que ofrece beneficios. Más aún, y sobre todo, es el símbolo de la realización interior, propiamente incomunicable e inexpressable.

También es razonable considerar la Masonería, en su forma obediencial menos imperfecta y más conservadora, como una sociedad venerable de acceso reservado.

De una manera general, es necesario decir que, al estar formada por hombres, no podría escapar de sus individualidades, imperfecciones y desviaciones? Las degeneraciones de la especie no son jamás fenómenos únicos en el tiempo y en el espacio, y no menoscaban en nada el fondo inmutable, inviolable y “sellado” de la Tradición.

Según Villaume, la Masonería “hoy desdibujada, es aún una gran institución cuya historia despierta curiosidad y a la cual no se sabe cómo juzgar. Los autores no masones se han expresado con no poco desprecio y casi siempre con ignorancia del tema. Los autores Masones, los oradores de Logia, han hablado con entusiasmo y a menudo con prevención, lo que los ha alejado de su objetivo”.

Es evidente que si abandonamos la esfera serena de los principios y pasamos a observar los grupos que los encarnan, percibimos bien pronto la vanidad de las definiciones demasiado rígidas. Es entonces aventurado asignar a las relaciones recíprocas entre esos grupos un molde que responde a distintas necesidades del pensamiento.

No se trata de discutir las grandes verdades: sedimento divino del Cristianismo, iniciación artesanal y caballeresca de la Masonería. Pero la sensatez nos hace abstenernos de profetas fortuitos cuando hablamos de instituciones ricas en su antiguo pasado, compuestas a menudo por individuos a menudo diferentes unos de otros, e involucrados en los eventos temporales por una multitud de enmarañadas vicisitudes.

Todo cuanto se mueve en nuestro mundo es producto de detalles y matices.

Nada es simple, salvo para los espíritus simplistas. Nada pertenece por entero a un sistema, salvo para los espíritus sistemáticos. La facilidad, en este terreno como en tantos otros, es una fuente de errores.

Sin duda no nos está prohibido reflexionar y exponer nuestros pensamientos, pero con humildad e invocando la ayuda de la Sabiduría, pues según el Gran Rey, “ella es la que inicia en la ciencia del Eterno” (33).

NOTAS

(1)SALMO 127 (126 Vulg.).

(2)Se entiende que avizoramos sólo el aspecto tradicional de la Masonería, y no sus deformaciones obedienciales.

(3)La agricultura, la construcción y aún la navegación son propias de los pueblos sedentarios. Encontramos en los tres grados “azules”, en los complementos de la maestría y en ciertos altos grados y ”side degrees”, símbolos vinculados con esas actividades y con el ejercicio de la “caballería”.

(4)La operatividad no se limita al trabajo manual. Conformar una transformación del individuo y se ubica mucho más allá de la “especulación”, que no es más que un conocimiento parcial, un reflejo (speculum = espejo)limitado al plano mental.

(5)Recordemos la máxima “Ora et labora”.

(6) Empleamos aquí una expresión del Maestro Eckhardt.

(7) Podríamos adelantar que ciertos grados son episodios bíblicos, “puestos en práctica”, actualizados en el marco de los rituales masónicos. Por “episodios bíblicos” entendemos tanto los pertenecientes al pasado como los que pertenecen al porvenir, ya que el simbolismo apocalíptico no es ajeno a la Masonería.

(8)JUAN, XIV, 20 y XVII, 21.

(9)La confesión más recelosa podría considerar a la Masonería como un banquero depositario de la palabra evangélica, capaz, según algunos pensadores, de hacer fructificar el “talento” (MATEO, XXV, 14-30). (N. de la T.: talento era antiguamente una moneda, de allí la metáfora del banquero; lo que la Masonería haría fructificar son los bienes no materiales, el “talento” personal).

(10)Si nos atenemos tan sólo al punto de vista escatológico, señalemos que si el Apocalipsis sitúa al final de los tiempos el descenso de la Jerusalén Celeste, cubo perfecto con tres aberturas en cada lado, San Juan nos refiere por otro lado las palabras del Espíritu: “Al vencedor, Yo lo convertiré en una columna del Templo de mi Dios”. Esto podría llevarnos a pensar que la construcción tiene un rol asignado en la última obra.

(11)La universalidad de la Masonería, abierta en principio a todas las religiones, tiene su justificación en el hecho de que el arte de construir es común a casi todas las tradiciones. Se remonta al primer santuario erigido por el hombre y procede, en su “inspiración”, del gesto ejecutado por el “Gran Arquitecto del Universo”. Al extraer de la materia virgen la obra sagrada, el arquitecto primordial fijaba en los ritos la memoria de la obra divina, según una revelación evidentemente “no humana”.

(12)San BUENAVENTURA: “Ars sine scientia nihil”. El doctor seráfico entendía por “ciencia” a las reglas fijadas por la Iglesia.

(13) PROVERBIOS, XXII, 28.

(14)Curiosamente, la inclinación del eje terrestre permite la sucesión de las estaciones, que alejan perpetuamente a la humanidad de la eterna primavera paradisíaca “sin lluvia”, en la que no necesitaba cubrirse.

(15)Al respecto, hemos leído hace algunos años, debido a la pluma de un Compagnon, que los maestros del Compagnonnage tenían antiguamente el privilegio de poder estar “cubiertos” en las iglesias. No sabemos si esta afirmación es exacta.

(16)Entendemos por “esqueleto salomónico” al aporte del Antiguo Testamento centrado en el personaje de Salomón, pero no limitado a él, ya que otras figuras bíblicas también tienen su rol en la Masonería, principalmente Zorobabel.

(17)El desplazamiento de las tribus judías en el desierto se hacía repartiéndolas sobre los costados de un cuadrado, quedando tres tribus en cada lado, y en el centro la de Levi (NUMEROS, XI, 1, 34). Habría mucho que decir respecto de la distribución geométrica de los descendientes de Jacob, tanto desde el punto de vista de las “razones profundas”, según la expresión de Virgilio, como desde el enfoque de las correspondencias astrológicas con los signos zodiacales y con la profecía de Jacob moribundo.

(18)MATEO, XXI, 42-43; MARCOS, XII, 10; LUCAS, XX, 17.

(19)I PEDRO II, 8. Ver CORINTIOS, III, 10-15: “Coloqué un cimiento como un sabio arquitecto y otra construcción encima... nadie puede tener otro cimiento que el que está puesto, a saber Jesucristo”.

(20)MATEO, XXI, 44; LUCAS, XX, 17.

(21)El reino “exterior”, “poderoso” de Salomón, está generalmente considerado como un símbolo del reino invisible, divino y “puro” de Cristo. Salomón es como una prefiguración de Cristo y de su gloriosa manifestación en el segundo advenimiento.

(22)MATEO, XXVI, 61; MARCOS, XIII, 1-2 y XIV, 58.

(23)”Reglamento de la guilda (N.de la T.; asociación de comerciantes, nativos o no, en la Edad Media) de los carpinteros de Norwich”: “Regius MS”, 5º parte “Ars Quator Coronatorum”, y 8º parte “Instrucciones religiosas”.

“Manuscrito Cooke” – 1º Consejo – “Constitución de 1722 – Londres” . Invocación, 1º deber y fórmula de compromiso.

“Manuscrito Watson” – Ejercicio y 1º deber general – “Constitución de 1723 – Dublin”. Plegaria al final de los deberes.

(24)Las fiestas de San Juan, correspondientes a los solsticios, han tomado el lugar de los festejos de Jano, que en la antigua Roma era, a la vez, el Dios de los misterios y el patrono de los “Collegia Fabrorum”. La Transmisión se realizó sin duda luego de la mutación de la Roma Imperial en Capital del Imperio Cristiano (notemos que el Sacro Imperio, sucesor del Imperio Cristiano, era, o es, según la tradición cristiana, el obstáculo anunciado por San Pablo a la venida del “pecador”). Ese pasaje fue anunciado por un signo: las ramas de la higuera Ruminal, que según se cree habría cobijado en la infancia a Rómulo y Remo, se secaron a la llegada de San Pedro encadenado, y de las ramas muertas brotaron hojas nuevas (TACITO, “Anales”, XIII, 58).

(25)MARCOS, VI, 3: “No es el carpintero?”.

(26)MATEO, IV, 3; VIII, 24-28; XXI, 42-44; XXIV, 1-2; XXVI, 61.

MARCOS, XII, 10-11; XII, 1-2; XIV, 58.

LUCAS, VI, 48-49; VII, 12 y 14; XV, 28-30; XX, 17-18; XXI, 17-18; XXI, 5-6; XI, 9.

JUAN, II, 19.

(27)HECHOS, IV, 11; VII, 47-51.

ROMANOS, IX, 33; I CORINTIOS III, 10-18; EFESIOS,II, 20-22; HEBREOS, III, 2-6.

I PEDRO II, 7-8.

APOCALIPSIS, II, 17; IV, 12; XI, 1-2; XII, 19; XXI, 10-24.

(28)En la historia de Armenia, por ejemplo, se ve que San Gregorio el Iluminador, bajo tortura, dio esta respuesta: “Me fue dada la fuerza, pues yo he rogado al creador del Universo, Arquitecto Constructor de los mundos visible e invisible” (“Reino de Trdat” – Agathanga - texto griego, 5, L.47). Según la tradición armenia referida por Agathanga y Moisés de Khorèn, San Gregorio, que se paseaba con el nivel de masón en su mano, presidió el desarrollo de la arquitectura religiosa en la Gran Armenia.

(29)JUAN, XIV, 2-3: “Voy a preparar un lugar”. “Volveré y os llevaré conmigo, para que donde esté yo, estéis también vosotros”.

(30)Lección de la 2º Nocturna, sermón de San León el Grande, Papa: “... Pues no hemos sido sólo afirmados hoy como poseedores del paraíso, sino que en la persona de Cristo, hemos alcanzado al más alto de los Cielos... El hijo de Dios los incorporó y los ubicó a la derecha del Padre”. Continuación del sermón el sábado en Octava: “... Cuando sea elevado hacia mi Padre, es entonces que tú me tocarás de una manera más perfecta y verdadera (Comentarios sobre “Noli me tângere” –bálsamo-). Comparar con el viaje dantesco que sólo se detiene ante el “paraíso celeste”, más allá del “paraíso terrestre”.

(31)Es extraño. Los operativos identificaban, parece ser, el término Arca con la palabra griega “Arkhé” (principio). Si bien la asociación sólo es fonética, debido a la diferencia en las raíces, está plenamente justificada desde el punto de vista simbólico.

(32)En numerosos pasajes de la Escritura, Cristo es llamado “germen”: SALMOS 132 o 131, Vulg. 17); JEREMIAS, XXIII, 5 y XXXIII, 15; ZACARIAS, VIII, 8. Se lo llama también “Pater futuri saeculi”.

El retorno a la unidad o “pasaje de las aguas” necesita la “existencia del Arca”, correspondiente a uno de los sentidos del lema de los Maestros: “Reunir lo disperso”. Pero este axioma no debe hacer olvidar la palabra del verbo Eterno: “Aquel que no junte conmigo, dispersa” (MATEO, XII, 30).

(33)SABIDURIA, VIII, 4.

CAPITULO IV

LA PALABRA HECHA CARNE

La patrística medieval ha puesto en evidencia, como sabemos, las relaciones simbólicas que unen el “Libro” con el “Universo”. En efecto, le muestra claramente al contemplativo que el Verbo que “está en el origen” manifiesta el Pensamiento eterno de Dios en el acto de creación del Universo, al mismo tiempo que exterioriza el Intelecto divino por el lenguaje, y los signos del lenguaje propios de la Sagrada Escritura.

Hay, entonces, un Libro del Universo y un Libro de la Ley Sagrada o, si se quiere, una manifestación cósmica y una Revelación, brotada de la boca de los profetas y luego consignada y contenida en la Sagrada Escritura. También, de un “orden al otro, todas las cosas se encadenan y se corresponden para participar en la armonía universal y total que es como un reflejo de la unidad divina ella misma. Esta correspondencia es el verdadero fundamento del simbolismo, y es por esto que las leyes de un plano inferior siempre pueden tomarse para simbolizar las realidades de un orden superior, donde ellas tienen su razón profunda, que es a la vez su principio y fin” (1).

A decir verdad, para nosotros, los cristianos, esta Revelación de la Palabra es triple. Cósmica en el Universo, escrita en el antiguo Testamento, carnal y humana en Jesucristo. Tres expresiones del Principio divino que abren las vías de conocimiento y de realización, no del mismo “nivel”, si se nos permite decirlo, pero que necesariamente confluyen en la unidad de la Palabra primordial y creadora.

En el primer caso, la sacralización de los ritos cósmicos da acceso al conocimiento de orden arquitectónico, cíclico y constitutivo de la manifestación, y también, en ciertas condiciones operativas (2), permite alcanzar ese Centro Rector invariable donde se ejerce la Omnipotencia del Nombre divino. Ese es un modo de realización de tipo real o imperial. El soporte simbólico y ritual no tiene como fin explicar las leyes naturales a la manera de las ciencias modernas. No es de ninguna manera una deducción extraída de la observación física del mundo como la conciben los modernos. Por el contrario, el sostén simbólico-ritual es previo a la existencia de los hechos. Se lo podría definir como la red interior que enlaza el orden cósmico al “Plan del Gran Arquitecto”.

Esta vía, que debería conducir a una reabsorción del Maestro Artesano en el modelo divino del Arquitecto, exige la puesta en marcha de ritos con predominio cosmológico, y la comprensión doctrinal de los símbolos que la acompañan. Allí, como en otros casos, la acción ritual consiste en la transmisión y ejecución de los “gestos”, obedeciendo a ritmos y trazos geométricos precisos; toda forma y todo movimiento tienen su origen en un número o una figura, consecuentemente, en un ritmo.

Así es como se presenta en Occidente la Masonería de los tres primeros grados. Pero el Universo es el mismo para todos. No debe sorprendernos entonces encontrar métodos análogos o próximos en la mayoría de las tradiciones artesanales, ni que además la “Construcción Sagrada” pueda perdurar en tanto arte ritual, relativamente independiente del contexto religioso de los pueblos, al menos en lo que se refiere a la edificación espiritual.

Observemos, asimismo, que el Arte conservado en las Organizaciones que conceden este tipo de iniciación, se remite a Dios en su función de Arquitecto Todopoderoso, y no en su “cualidad” de Santo o de Redentor. Aún cuando la vía artesanal conduce a los grados más elevados del Arte Real, cuando el Arca se engalana de santidad y aparecen la Cruz y la Espada, y el predominio sigue siendo “imperial”, la Justicia y la Fuerza brillan con un nuevo resplandor en la Luz de las Virtudes Teologales, al servicio del Maestro de la Paz (3).

Si pasamos ahora del Libro del Universo a la última Revelación hecha al mundo mediante la Palabra hecha Carne, encontramos un rito central en relación directa con la Encarnación del Verbo. La “Memoria Ritual” de Dios no se despliega ya en el trayecto de un Universo simbólico y en la integración de los ritmos creadores. Es esencial y sustancialmente el alimento de sangre y carne. “Haced esto a mi memoria”. Hay ante todo en el origen una

transformación de la Palabra en carne y sangre humana; luego, por el poder institucional divino, una transformación de la carne y la sangre en Pan y vino consagrados, y finalmente, una asimilación de la Palabra, bajo determinada forma, por la comunión de los fieles.

La Resurrección de Cristo y su retorno al Padre son la prueba de que el discípulo alimentado con la Palabra e incorporado de regreso a la Unidad de ese Pan celeste, se siente llamado a la “deificación” en el Cuerpo de Cristo.

Acabamos de esbozar un esquema somero de la economía del Cristianismo, pero pensamos que es necesario devolver de vez en cuando el “corpus doctrinal” a su proposición central: Dios se hizo hombre para que el hombre se vuelva Dios en Cristo, “coparticipando de la naturaleza divina”.

Señalemos en seguida que si la “Memoria” del Verbo bajo las Especies Eucarísticas se refiere al efecto nutricional, tan poco racional como posible, tiene como fuente el aspecto divino más elevado, ya que Cristo es “Hijo del Altísimo” y preside el sacerdocio, según la orden de Melquisedec.

Al limitar este estudio tan sólo a las cuestiones rituales, observamos que la Encarnación de la Palabra entraña importantes consecuencias, entre las cuales mencionaremos:

En primer lugar, el “material de la obra” no reside en la lengua de un texto, o en un proceso cosmológico sagrado, sino en los alimentos: Pan y Vino, Carne y Sangre de Cristo, Letra y Espíritu de la Escritura, Exterior e Interior de la “Buena Nueva” (4) anunciada a todos, de tal forma que “los paralíticos caminen, los sordos oigan y los ciegos vean” (5).

Entonces, la Revelación Cristiana podrá ser eximida de poseer una lengua sagrada, que no es el caso del Judaísmo o del Islam. Desde luego, será necesario prever un marco para el conjunto de sacramentos y para la oración oficial: ese será el rol de la liturgia. Asimismo, será indispensable contar con un soporte de referencia estable y “puro” para los textos básicos de ambos Testamentos. Se trate de la participación santificante en los misterios de la liturgia o de conservar inalterado el depósito escriturario, será preciso apelar, para el texto de base, a una lengua fija, sin evolución, que posea una calificación tradicional antigua. El rol de la lengua sólo consiste en formar el cuerpo ritual del Verbo, pero sobre todo en asegurar una custodia. La lengua litúrgica reviste un carácter propedéutico, al separar lo vulgar de lo sagrado –separación que es uno de los sentidos del término “Santo”- y preparar a los fieles para participar en la ascesis de los misterios. A esta vocación purificatoria se agrega una misión conservadora. Se percibe fácilmente que el recurso único y generalizado de la lengua corriente, “informada” por la mentalidad del siglo, llegaría a una desviación del sentido de las palabras y expresiones, hasta traicionar el significado del mensaje. La incompreensión espiritual y la oclusión a lo sagrado, que constituyen la marca del pensamiento contemporáneo, mecanizado y embrutecido –mientras se considera abierto, realista y “concreto”- no fallarían en conducir a la destrucción de todo vigor espiritual.

En consecuencia, la Escritura, la Liturgia y la Oración demandan un marco protector (6), aún si las necesidades pastorales del Testimonio “Aquí y ahora” imponen el empleo parcial de la lengua corriente.

En segundo lugar, el cristianismo es “meta-cósmico”. Esto surge con claridad en numerosas advertencias de Cristo: “Quien no aborreció a su Padre y a su Madre...dejad que los muertos entierren a sus muertos... Mi Reino no es de este mundo... El Cielo y la Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán...”, etc. Cristo manifestará siempre cierta indiferencia respecto del desarrollo cíclico y temporal, del que es intrínseca y eminentemente independiente (7). La vía ofrecida por Él sale del mundo sin haber transitado las etapas del conocimiento sagrado de la cosmología, como podía suceder en las iniciaciones de la antigüedad grecolatina. Todo está definitivamente condensado en Cristo, y las tres dimensiones del Universo sensorial y simbólico, cuyo centro es el hombre, son reabsorbidas, fundidas y transmutadas en el amor de Cristo, que “supera todo conocimiento” (8).

Es por esto que los primeros cristianos creían en la inminencia del fin del mundo y conservaban una total libertad respecto de las estructuras temporales de la época, que ellos

respetaban sin pretender “bautizarlas” por la fuerza -como si se pudiera, por otra parte, bautizar algo que no sea un hombre!-.

Esta actitud, es cierto, le ha valido al Cristianismo su reputación de “escandaloso” entre creyentes de otras tradiciones abundantes en recursos sagrados, para los cuales una distinción absoluta entre los dominios rituales de “Dios” y del “César” era impensable.

Con ese punto de partida, hay quien ha podido descubrir en el Cristianismo un fermento “acelerador” de la historia, que precipitó la desintegración de tradiciones de tipo cosmológico, y disgregó mortalmente la economía ritual de las civilizaciones en las que penetró.

En realidad, por la comunión en la carne y la sangre de Cristo, “presente hasta el fin de los tiempos”, el Cristianismo no se ha sentido nunca interiormente alcanzado (9) por los grandes vaivenes que golpean de formas más intelectivas y estáticas; precisamente por eso, la esperanza cristiana se orienta hacia el fin de este mundo y no a la constitución de un orden invariable en la tierra.

Por otro lado, la ausencia de una lengua sagrada “oficial”, que abre las puertas al conocimiento simbólico, la sustitución de la comida –rito de carácter unificador, caritativo y “social”- por otros ritos no “fragmentados” y más personales, no son ajenos a ese recelo que el Cristianismo conservará, a lo largo de todo su desarrollo eclesial e histórico, hacia el esoterismo y hacia todo aquello que haga depender la elección espiritual de una gnosis o de ritos reservados sólo a algunos (10). Es preciso ver en esa desconfianza el temor de un desconocimiento de la naturaleza profunda de la “Buena Nueva” aportada por la Encarnación de Cristo, y de un regreso a “viejos odres”, incapaces de contener el vino nuevo de la Revelación.

Si quisiéramos llevar aún más lejos este análisis, hallaríamos sin duda un lazo misterioso entre las ideas ya expresadas y otras particularmente rituales, que diferencian formalmente al Cristianismo del Judaísmo y del Islam: la ausencia de circuncisión y la plegaria a cabeza descubierta para los varones cristianos. No nos extenderemos sobre este tema, que ofrece el riesgo de ser mal comprendido y mal interpretado. Nos limitaremos a llamar la atención sobre el hecho de que el “Conocimiento” reviste en el antiguo testamento un doble significado, espiritual y carnal, y que el apóstol de los gentiles también ha hablado sobre el misterio de “dos en una sola carne”, revelando la transposición espiritual. Misterio de Unión, de la Unidad perdida y de la Tierra original, misterio de la felicidad paradisíaca cuyo ser caído, consciente de allí en más de las incesantes polaridades físicas, lleva la marca y el recuerdo hasta en el acto generador de la vida carnal, heredado de la primera pareja. Ahora bien, hay una razón tradicional importante para que la entrada en la Alianza, y en consecuencia, la elección de la cima espiritual, dependan de la circuncisión en el Judaísmo y en el Islam, mientras que ese rito no es en absoluto una exigencia en el Cristianismo. En el mismo sentido, el hombre cristiano invoca a Dios con su cabeza descubierta, contrariamente a las prescripciones judías y musulmanas.

El descubrimiento de la “Cabeza del Ángulo”, y su ubicación mediatrix en el vértice del edificio eclesial y cósmico tienen valor para cada fiel. La incorporación en el “cuerpo místico” de Cristo y la gracia que puede derivar de ella, bastan a la promesa de elección, pues Él es Él, la Cabeza misma, la cobertura capital del discípulo como Él, lo que cumple espiritualmente con la circuncisión (11).

En las líneas precedentes hemos descripto los aspectos más relevantes de la economía ritual que aporta la Encarnación de la Palabra. Una conclusión demasiado “escolar” sería arriesgada, sin embargo, porque sus particularidades, por esenciales que sean, no dan cuenta de “todo” el Cristianismo. Habría que incorporar importantes matices a esta visión esquemática, pues hay aspectos del Cristianismo que no son abordados por los tratados de historiadores. Es conveniente evitar respuesta y soluciones fáciles, y ser prudentes ante las “definiciones”...

No olvidemos, en efecto, que si bien el Cristianismo tiene una vocación “meta-cósmica”, se extiende en una sociedad compuesta por hombres, que subsiste...La acción disolvente respecto de las formas existentes que algunos le han reprochado, es efectivamente anti-tradicional? No debemos perder de vista el estado de caída, de desviación o degeneración, en ocasiones, al nivel más bajo del psiquismo y de la hechicería, que caracteriza o caracterizaba esas formas, ni los trasposos que la capacidad de asimilación del Cristianismo ha sabido realizar

a favor de elementos rituales o simbólicos anteriores a Cristo, provenientes, por ejemplo, del Judaísmo, de las tradiciones de la Roma Imperial o de los Celtas (12).

Esa capacidad de asimilación, a la que es posible que debamos, por un lado, la gloriosa civilización medieval, es fruto justamente de la ausencia de un cuadro ritual cosmológico propio del Cristianismo, y por ello, el traspaso, hecho con el debido discernimiento espiritual, se revela como fuente de riqueza y fructificación (13). Esto prueba, por otro lado, que el Cristianismo no se priva, a cierto nivel, de un conocimiento doctrinal seguro y de una apertura contemplativa e intelectual que garantiza la autenticidad tradicional del juicio (14).

Conviene señalar ahora que, desde sus comienzos, el Cristianismo se da a sí mismo, deliberadamente, una apariencia no tradicional, pero es tan sólo una apariencia, como para perder lo que debe ser perdido. Así, los sabios, los calificados, los elegidos, evitan la invitación a las bodas (15), y, a la inversa, aquellos que no están ataviados con ropas nupciales son expulsados a las tinieblas exteriores, allí donde hay “llanto y crujir de dientes!”.

Cristo es rechazado por quienes “escudriñan la tradición” a causa de su origen nazareno, contrario a la profecía...sin embargo, Él nació en una familia de la pequeña burguesía de Judea, anunciada en la Escritura. Su crucifixión adquiere a los ojos de los doctos un carácter humano e infamante... cuando en realidad es el cumplimiento mismo de la Escritura. No hay herramienta capaz de “empujar el agua...” pero Él es precisamente la fuente de Agua Viva. Él no habla en secreto... pero revela sus secretos celestes al que ama y que reposa sobre su corazón. Él rechaza toda jerarquía preestablecida en función de la elección espiritual del Reino... pero adjudica distintas funciones a sus Apóstoles, a quienes significativamente Él les cambia el nombre.

Vemos, entonces, que subsisten cosas desconocidas en la inmensidad de la Revelación otorgada a Cristo, y que una apreciación limitada y trunca tropieza con contradicciones. Esto no significa en absoluto que Cristo sea un “signo de contradicción” y un “escollo”.

Desde este enfoque notemos, para terminar, que si el rito central de Cristianismo reside en la participación del alimento divino, es desde luego consagrado por las “palabras” institucionales, ya que Cristo mismo no deja de poner en evidencia el rol de sus palabras y del “Nombre” divino: “en mi Nombre”. “He glorificado tu Nombre”, “bautizadlos en Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, de tal modo que el signo de Reconocimiento de los Cristianos es alusivo al Nombre de la Trinidad.

Toda la liturgia tendrá, también, un desarrollo ritual referido al Nombre divino, basado sobre los textos de la Escritura, ordenado de acuerdo a un ciclo, y no desprovisto de carácter cosmológico. Es decir, en fin, que la tradición cristiana, resplandeciendo alrededor del polo eucarístico, contiene modalidades de interiorización y de profundización que impiden las conclusiones prematuras (16).

Para concluir, si hemos trazado a grandes rasgos las diferencias rituales en cuanto al tipo de incorporación del Logos, libro del Mundo, Escritura y Palabra hecha carne, diremos que no habría oposición entre las Teofanías de la Palabra, en su principio, pues la Palabra es Una, y no podría ser “escindida” de Ella misma”.

NOTAS

(1)René GUENON, “Símbolos fundamentales de las Ciencias sagradas”, Cap. “El Verbo y el Simbolo”, Ed. Gallimard, Col. Tradición. Recopilación de artículos de René Guénon publicada por M.Valsan.

(2)Por condiciones operativas entendemos aquellas relativas a la Doctrina y al método. La Técnica de realización supone, por otro lado, una práctica religiosa efectiva, como sucedía en la Edad Media. Esta tesis, alumbrada por Jean Reyor en algunos de sus artículos de “Estudios Tradicionales” –muy especialmente en el artículo de abril-mayo de 1955 “Para una Masonería tradicional”, con su complemento de julio-agosto del mismo año- y de “Simbolismo”, cuenta con nuestra plena adhesión.

Observemos que la prosecución de ambas vías, masónica y religiosa, en la medida en que aquella sea operativa según el plan del Arte Real, implica, por reacción, una profundización y una “iluminación” de la vida religiosa.

(3)Es preciso poner aparte ciertas corrientes que han hallado refugio en las organizaciones artesanales, y que se refieren a una fuente crística.

(4)En el Cristianismo, la Revelación se identifica con Cristo y la Eucaristía es Cristo pleno. Comprende, pues, todos los modos espirituales o grados de unión que Cristo contiene en su divinidad.

(5)Profecía de JEREMIAS, XXXI, 8; Mateo, XVIII, 1-10.

Para una comprensión real del Cristianismo, es necesario tener en cuenta la insistencia del Nuevo Testamento en cuanto a la apertura del Reino a quienes presentan imperfecciones físicas: paralíticos, sordos, ciegos, lisiados, cojos, etc.

(6)Similar observación podemos hacer sobre la “clausura”, que no es un elemento ritual constitutivo del Cristianismo, sino que forma parte de los rituales masónicos, cuya validez condiciona. Por cierto, la contemplación debe ocupar el primer lugar, y presupone la “clausura”. Pero aquí su rol se limita a la “custodia”. No olvidemos que en las liturgias orientales, entre ellas la de San Juan Crisóstomo, el oficio eucarístico comprende sucesivos cierres: las “puertas” y el velo del Iconostasio.

(7)Es en este aspecto que el clericalismo puede desfigurar al Cristianismo. Pero hay que decir que un cierto “activismo” social o progresista, que se cree opuesto al clericalismo, no es más que un clericalismo que se desconoce a sí mismo, desprovisto además de toda justificación, debido a su pobreza o debilidad doctrinal.

(8)EFESIOS, III, 13-21.

(9)Interiormente tan sólo, pues el “contexto tradicional” no es desdeñable, y los embates exteriores modifican las mentalidades hasta hacerlas impermeables a toda perspectiva espiritual. La “forma” puede volver irreconocible al contenido, y se trata de un riesgo “exterior” que sería muy imprudente subestimar.

(10)La interioridad del Cristianismo aparece más como una cuestión de grado que de principio, y esto en razón de la “puesta al desnudo” de lo que “la doctrina de Moisés ha velado”. También, en la contemplación de Jesús crucificado, algunos no vieron más que el martirio y el sufrimiento, y otros penetraron más allá, hasta el Arca de la Alianza abierta en su flanco derecho. Algunos llegaron hasta el Sanctasantórum del Corazón Sangrante, donde se abre la Rosa de Sangre de la Compasión, del Amor y del Conocimiento divino. Todos los ritos y bendiciones de las diferentes órdenes del Cristianismo tendrán entonces como objetivo actualizar las gracias contenidas en el bautismo.

(11)Es entonces el corazón, órgano corporal del conocimiento supremo, el que queda por circuncidar en cada cristiano (JEREMIAS, IV, 4).

(12) A propósito de elementos sacerdotales anteriores al Cristianismo, ver los detalles que brinda “Los etruscos”, de Sibylle von CLES-REDEN (Arthaud), sobre la religión etrusca.

(13) Observemos que si el Tabernáculo, el Arca de la Alianza y las vestiduras del Gran Sacerdote descriptos en Éxodo y Levítico fueron “objeto entre los judíos de una interpretación de tipo cósmica...”, “en la Edad Media se los deja deslizar prudentemente del plano sacerdotal al

plano temporal del imperio: a imitación del Gran Sacerdote Judío, no es el soberano pontífice sino el Emperador quien llevará el manto adornado con los signos del zodíaco, representando la bóveda celeste”.

(“Exégesis medieval, Los cuatro sentidos de la Escritura”, R.P. de LUBAC, Aubier).

Parece asimismo que buena parte de esas transferencias ocurrieron durante la época pre-carolingia y carolingia, quizás en razón de las estrechas relaciones, en el plano espiritual, entre judíos y cristianos. El Emperador Carolingio favoreció, en efecto, a los judíos. “El reinado de Luis el Piadoso, influenciado por su esposa Judith, marca al apogeo de ese favor...En Lyon, si debemos creer una crítica acerba pero verosímil de Florus, el Obispo Amalaire, imbuído del espíritu de la corte, se rodeó de judíos, aún durante las ceremonias litúrgicas” (“ibid”).

En esta misma época se define la gran división entre Autoridad Espiritual y Poder Temporal, entre Sacerdocio e Imperio, entre Arte espiritual y Arte Real, dando a éste los cimientos sagrados que lo ligan a la Fuente suprema de toda Espiritualidad.

Cuando en el siglo IX Alcuino quiera exaltar el poder y el carácter no solamente sagrado, sino también cristiano del Imperio renovado, mostrará a Carlomagno portando dos espadas: la de afuera y la de adentro: la segunda era la de la “predicación”. En el Concilio de Francfort, Alcuino declaró a Carlos “Rey y Sacerdote” con una expresión tomada del título de los Emperadores de Bizancio, pero precisando que su sacerdocio consistía en el “ministerio de la Enseñanza”, o bien, uniendo la imagen bíblica de la trompeta a la de la espada, escribía a su Maestro trazando la imagen ideal del Emperador: “et gladius triumphalis potentiae vibrat in dextra, et catholicae praedicationis tuba resonat in lingua” (“ibid”).

(14) A pesar del carácter central de la Eucaristía, hay toda una tradición necesaria a la espiritualidad del Cristianismo, por ende a su “realización”: la riqueza litúrgica, la hermenéutica judía y grecolatina, la obra de los Padres.

Podemos agregar que sólo el recurso a la Patrística y a la Exégesis de la Escritura –de la que Orígenes ha formulado los principios, y que los Padres, hasta San Bernardo, han desarrollado– permite escapar a las desviaciones modernas: concepciones individualistas y sentimentales, deformaciones lógicas y voluntaristas, ciencia religiosa basada en la erudición y el escepticismo religioso.

A este panorama de deformidades debemos agregar el activismo dispersante y disolvente, confundido con la caridad, y que en nombre de un Cristianismo que se dice “depurado” y “desembarazado de su lastre burgués”, lleva a preocuparse solamente de las condiciones materiales de la vida, contrariamente a los preceptos de Cristo (MATEO, VI, 24-33).

(15) LUCAS, XIV, 16-24.

(16) En lo que concierne al empleo y el significado de las lenguas litúrgicas y sagradas en el Cristianismo, sugerimos consultar el libro ya citado de P. de LUBAC “Exégesis medieval-Los cuatro sentidos de la Escritura”, del que extraemos los siguientes pasajes relativos al pensamiento medieval:

“Rupert, abad de Metz, cerca de Colonia... se eleva en el umbral del siglo XII como un gigante... ante los textos que preceden a cada estrofa (de las Lamentaciones de Jeremías), él indica que el exégeta se comporta como un niño ante su alfabeto, persuadido, como lo estaba San Jerónimo, de que esos textos contienen una ciencia oculta a los sabios y a los prudentes, tan bien escondida que los primeros elementos se les escapan...” “...cada vez que sea posible, sigamos el ejemplo de Orígenes, de Eusebio de Cesárea y de San Jerónimo, que se instruían junto a sus rabinos. La misma Santa Hildegarda frecuentaba a los sabios judíos, y se cree que fue visitada en Bingen por el célebre Benjamín de Toledo. La mención en hebreo que se consulta a propósito de algún arduo problema de texto o de rito, es para algunos sólo una cuestión literaria, como por ejemplo para Werner de Saint-Blaise. No sucede lo mismo, repetidas veces, con San Jerónimo? Para otros, como Raban Maur, esa mención corresponde a cierta realidad. Hasta el siglo XII los intercambios científicos entre Judíos y Cristianos fueron, para bien de las diferentes regiones,

una práctica habitual, y no era raro que cristianos tomaran lecciones de hebreo con un judío. Es admirable el celo de los Judíos al estudiar los textos, y en primer lugar la lengua de las Escrituras, su inteligencia, y muchos son estimulados por este ejemplo... en la Edad Media todos compartían su admiración por el hebreo; algunos, como Álvarez de Córdoba y Agolardo de Lyon, acusan a la Biblia de despreciar toda elegancia, y otros, por el contrario, ensalzan el esplendor natural de su elocuencia, la profundidad de su capacidad simbólica y la rica estructura de su discurso.

“Celebramos pues la dignidad del hebreo...” El hebreo es la “lengua perfecta” porque es la lengua primitiva, la “Lengua Madre”... Otras dos lenguas, siguiendo una tradición ya registrada por San Hilario, comparten con el hebreo, hasta cierto punto, su carácter universal y sagrado, desde que figuran junto a él en el texto grabado en la Cruz: la griega y la latina; en la consagración de los Papas, el Evangelio es proclamado en esas tres lenguas –que equivalen a “todas las lenguas”-. Pero si el griego es sin duda el más claro de los tres, y si el latín es el más “imperial”, el hebreo, portador de la Ley de Dios, es ciertamente el más noble... Como fue hablado en el Paraíso, será hablado, se cree, en la Jerusalén Celeste... Esas dos palabras de la liturgia: Amén y Aleluya, lo mismo que Hosanna, palabras cargadas de misterio, que los traductores de la Sagrada Escritura, “propter mysterium” o “propter sanctiorem auctoritatem”, no han osado volcar al griego ni al latín, forman parte del canto de los ángeles, y son palabras hebreas. Los mismos ángeles hablan esta lengua más que humana, en la que cada letra, además, encierra misterios que no se hallan en otros alfabetos... San Agustín lo ha explicado largamente: los ángeles hablan hebreo, en tanto Templos de Dios; el aleluya que cantamos ahora “in spe” no es sino el signo sensible y temporario del que cantaremos un día con ellos “in re”.

“El verdadero “Amén”, el verdadero “Aleluya”, no se los puede conocer en sí mismos...”

CAPITULO V

ASPECTOS DEL CRISTIANISMO

Es un hecho que desde sus comienzos, el Cristianismo ha sido objeto de una doble incomprensión: la del “mundo” y la de los “sabios”.

Para el primero, hay un hombre crucificado.

Para los segundos, hay un tema discursivo.

En realidad, en Dios hecho hombre, desnudo, expuesto en el madero del suplicio a todas las miradas y a todas las blasfemias, hay un hecho corporal que nos sumerge en el misterio, en el símbolo de la Cruz; asimismo, como dijera Orígenes: “para revelar bien a Jesús, hubo que revelarlo crucificado”.

A partir de ese acontecimiento, la “interioridad” o la “exterioridad” están condicionadas por la medida personal de transformación en Cristo. Toda la vida religiosa cristiana está ordenada de acuerdo con tal fin, ya se trate de la liturgia y los sacramentos, de la práctica de las virtudes, del desprendimiento individual para la caridad. La ascesis es entonces un conjunto de medios, y reviste el carácter de un martirio no necesariamente sangriento (1).

El velo que cubría el Sanctasantórum se desgarró de arriba abajo cuando muere Cristo, mientras que se hace accesible a los hombres el don del Verbo y la “efusión de los misterios”. Se puede decir que ese descubrimiento constituye, en un sentido, la particularidad trascendente de la “Buena Nueva” anunciada por Cristo. Es verdad que los misterios subsisten, pero a la vista de la gente. Están en las parábolas, los ritos, los hechos de la vida de Cristo.

Jesús, como un sol deslumbrante, cuyo esplendor no puede ensombrecer nube alguna, ciega el entendimiento racional e ilumina el corazón. Él es el “lugar” de cada discípulo, Centro como “lugar” espacial, Descanso como “lugar” de movimiento, Unidad como “lugar” de multiplicidad (2).

El carácter secreto de la Unión en Cristo y de la Ascensión divina está marcado por la contradicción. Ya sea que se quiera reducir al Cristianismo, por “odio al secreto”, a las representaciones más exteriores y a las posibilidades menos elevadas, o que se quiera buscar una explicación ocultista y una falsa gnosis –como ha existido en forma paralela a la Iglesia (3)-, encubriendo en ocasiones la licencia en las costumbres y tendiendo al fracaso espiritual (4). Como contrapartida, no se corre el riesgo, por exceso de prudencia, de vedar toda comprensión espiritual? Como si la condena de la banalidad y del infantilismo ocultista entrañaran la negación simple y pura de la metafísica! Entre ambos extremos, felizmente, hay cabida para una concepción sana y equilibrada. Sabremos distinguir la espiritualidad auténtica del misticismo de mala calidad, la contemplación verdadera de la pasividad, la caridad y el testimonio del activismo religioso, el conocimiento de las Escrituras del libre examen, la Doctrina, en fin, de una dialéctica próxima al racionalismo. Sin confundir Cristianismo con moral, recordemos la regla de discernimiento espiritual que nos diera la “Didakhé” desde los tiempos apostólicos: “Cualquier hombre que hable con ingenio no es un profeta, salvo que adopte el modo de vida del Señor”.

El Bautismo, prodigado sin reserva, conforme a la gracia del Señor (5), es una regeneración del alma y el germen del Verbo. Introduce al ser en el cuerpo de Cristo y abre las vías de la perfección.

La Eucaristía establece luego el nexo vertical con el Esposo de la Iglesia, y el nexo horizontal con todos los cristianos o microcosmos de la Iglesia. La nutrición del alma se realiza entonces de modo crucial, según el signo del Maestro, y la unción espiritual corona esta arquitectura sacramental.

El Amor-Conocimiento que revela el Espíritu Santo no tiene límites y no se puede encerrar en una expresión humana, así tuviera por objeto la más elevada afirmación ontológica. La definición más perfecta es siempre una nada con relación a Dios.

.....0.....

Ninguna etapa de ascensión divina le es desconocida al Cristianismo. Cómo podría, pues, la Iglesia, ignorar el carácter central del estado humano? cuando Ella misma atestigua la Encarnación de Dios en la naturaleza humana?

Leamos a San Gregorio: “El hombre tiene algunas cosas en común con cada criatura... a cada criatura predica el Evangelio, al predicar al hombre, pues él es educado, para él todo ha sido creado en la tierra, y a él, al menos por ciertas semejanzas, nada le es ajeno” (6). Los Padres nos han enseñado que Adán contemplaba al Eterno en el centro de la creación, lo contemplaba “interiormente” de alguna manera. San Gregorio también representa la caída como una “exteriorización”. Señalemos, por otra parte, que en ciertos Santos la culminación mística va acompañada por signos visibles de la “reintegración”: familiaridad con animales salvajes, dominio del lenguaje de especies animales, incorruptibilidad del cuerpo.

Pero entonces, si Adán estaba unido a Dios, qué destino reserva Cristo a sus fieles, por su gloriosa ascensión “más allá de todos los cielos”? (7).

No sabemos que los Padres situaron el Paraíso en la cima de los “Cielos”, a una altura que no pueden alcanzar las aguas del diluvio, por encima de la “zona de fuego” de la que habla Santo Tomás, en un estado espiritual incomparablemente superior al “estado adámico”?

Y qué decir del “Reino”, opuesto a veces al “Paraíso”, considerado sede de la Felicidad absoluta y total?

La ruta del Peregrinaje celeste no toma ningún aspecto exterior del cuerpo místico de Cristo. Es por la entrada al Cuerpo, que virtual pero ciertamente, se cumple la Unión. La integración más o menos perfecta en Cristo es pues la única jerarquía espiritual verdadera. Si no coincide obligatoriamente con la de las funciones, no puede sin embargo establecerse sin respetar todos los grados de la autoridad Espiritual, con humildad y sumisión (8).

La Unión en Cristo no depende de un conocimiento libresco o mental. El conocimiento mental, por útil que sea a su nivel, no podría permitir la expansión del ser, pues conocer algo es conocer nada, y conocer a Dios no es conocer-Lo. El verdadero conocimiento es transformación en el Señor: “No soy yo quien vive, sino Cristo que vive en mí”, dirá San Pablo.

Toda clase de saber, concebido con exclusión de la vida religiosa y santificada, resulta parcial, cerebral y tiende al orgullo, al conocimiento que “infla”. La verdad liberadora está en Cristo, “en quien se ocultan todos los tesoros de la Sabiduría” (9).

Podemos decir que la Unión está al final de un triple camino: ante todo, incorporación del alma a la Iglesia, esposa mística de Cristo; luego, matrimonio de la Esposa y de Cristo en la Unidad del Cuerpo total, y finalmente Bodas espirituales del Señor y del alma, que en el Hijo y por el Espíritu Santo, descubre al Padre. Al final de este peregrinaje aparecen las profundidades insondables de la Divinidad, que los escritos de inspiración agustiniana han llamado “Nesciencia”. El Elegido que reencuentra la Verdad en sus sagradas tinieblas, sólo la alcanza donde comienza el Reino que no es de este mundo, donde se desvanecen todas las concordancias simbólicas que tejen la trama de las realidades cósmicas.

La Realización cristiana aparece desde entonces como una concentración más y más impulsada:

- a la Virgen, por la Iglesia
- a Cristo, por las Especies Sacramentales
- a la Trinidad, por la residencia de Dios en nosotros

Las inferioridades individuales no perjudican de ninguna manera a la Realidad esencial y sobrenatural de la Comunidad Cristiana (10). Debido a una admirable inversión, no es la individualidad la que cuenta, sino el Cuerpo entero, aún cuando esté contenido en cada uno de sus miembros (11). Misterio eucarístico y misterio eclesial, Cristo domina la Iglesia como la cabeza domina el cuerpo, y sin embargo, independientemente de toda multiplicidad –donde no se divisa la Unidad- Él está entero en cada fiel.

La Iglesia es también una forma de ascesis. Enseña la humildad a través del contacto social y despoja al “hombre viejo” por la obediencia. Es caridad. Encontramos aquí el criterio

primordial de la Revelación Cristiana –la Caridad-. Allí donde está Cristo está también el Amor. Surge de las cinco llagas del Maestro Crucificado. Es la Compasión del Verbo hecho carne. La Caridad fue definida por Santo Tomás como una “co-naturalidad de las cosas divinas que nos unen a Dios”. San Pablo establece el fundamento cristocéntrico y eclesiológico en este pasaje de la Epístola a los Efesios (12): “Son miembros de un mismo Cuerpo y participan de la misma promesa de Dios en Jesucristo por el Evangelio”.

La Caridad es el ojo del conocimiento en Cristo (13); ella consagra la superación de la mente; según San Agustín (14), ella es el “único don del Espíritu Santo que distingue a los hijos del Reino de los hijos de la perdición”.

Gran Victoriosa, ella perdura cuando pasan los conocimientos. “Sólo el Amor puede proteger al conocimiento de la gloria vana y de la envidia (15).

Es indisociable de la fe en Cristo. “La fe sin caridad es la fe de los demonios” (16). Es, en fin, la espiritualidad, porque la ironía hiriente o condescendiente del cristiano dirigida a sus hermanos o a fieles de otras religiones, es signo de debilidad espiritual. La defensa de la fe está tanto más asegurada cuando se ejerce por las armas del espíritu y se reviste del “blanco manto” de una afable tolerancia, marcada por la “cruz roja” de la caridad benévola.

La Iglesia transmite la gracia. “Arca de Noé” (17), ella asciende en su plenitud mística los grados de la elección, sin excluir jamás de su Unidad a los más humildes y menos dotados, los débiles y los oprimidos, sin escindir nunca el Espíritu del Cuerpo.

“Nec sancti sine plebe
Nec spiritus sine carne” (18).

De esta manera, para retomar una definición de Máximo el Confesor (19), “se completa el mundo superior, los miembros unidos a la cabeza cada uno según su dignidad, y cada miembro recibe armoniosamente su lugar según la arquitectura del Espíritu, según la medida de su virtud. Es así como cada uno completa todo cumpliendo todo, y es completado por todos”.

.....0.....

Cristo ha anhelado a la Iglesia como Cuerpo y Esposa; por eso es vana toda cuestión relativa a los grados de realización con los que debe contar por necesidad y finalidad espiritual.

En Ella, nuestra ascensión es la de Cristo. Si dudamos, nuestra fe, seguirá siendo fe? Qué probaría nuestra actitud sino nuestra limitación conceptual y nuestra exterioridad efectiva en relación con el Cuerpo místico? Es preciso recordar al respecto el sermón de San León el Grande (20) en la fiesta de la Ascensión: “Por cierto fue causa de gran alegría el hecho de que en presencia de esa multitud santa, una naturaleza humana se elevara por encima de la dignidad de todas las criaturas celestes para superar las categorías angélicas, para elevarse más alto que los arcángeles y no detenerse sino hasta ser recibida en la morada del Padre Eterno, donde sería integrada al trono y a la gloria de Aquel con cuya naturaleza ya estaba unida por su Hijo. Ahora bien, ya que la Ascensión de Cristo es nuestra propia elevación, y que nuestro propio cuerpo alberga la esperanza de llegar un día allí donde lo ha precedido su glorioso Guía, trabajemos entonces con alegría, Hermanos míos bien amados, y regocijémonos en acciones de gracias, pues no estamos afirmados hoy como poseedores del Paraíso sino por la persona de Cristo, hemos penetrado en lo más alto de los cielos y por su gracia inefable hemos obtenido lo que habíamos perdido por la falta de Eva. En efecto, aquellos que la serpiente venenosa había desterrado de la felicidad de la primera morada, el Hijo de Dios los ha incorporado y los ha ubicado a la derecha del Padre...”.

.....0.....

Por todo esto, no hay dos Iglesias, la de Juan y la de Pedro?

La respuesta nos la da Cristo, quien en la noche de la Cena rogaba al Padre en estos términos inolvidables: “Padre Santo, guarda en tu Nombre a aquellos que me diste, a fin de que sean Uno como Nosotros... no es sólo por ellos que te ruego, sino también por quienes creen en mí por su palabra, a fin de que todos sean Uno, como Tú, Padre, eres en mí, y yo soy en Ti, a fin de que ellos sean Uno en nosotros... a fin de que ellos sean uno como Nosotros somos Uno –yo en ellos y Tú en mí– a fin de que ellos sean perfectamente uno... Padre, quiero que donde yo esté, aquellos a quienes Tú me has asignado estén también conmigo...” (21).

Por cierto, no se trata de negar el aspecto más espiritual de los textos joánicos, según el pasaje anterior lo demuestra!

Qué mejores custodios que Juan, Santiago y el Bautista para esas organizaciones caballerescas y de *compagnonnage* cuyo lugar en el Cristianismo es necesario estudiar.

Los dos San Juan rodean a Cristo como testigos y afirman la presencia y la permanencia de las realidades espirituales.

No habría que perder de vista que los dos Hijos del Trueno están asociados a Pedro (22), la roca de la fe sobre la que se edifica la Iglesia. Pedro es la cabeza, el Capitán de la barca de Cristo. Porque representa la totalidad cristiana, debe conocer las debilidades humanas y las fuerzas santas. Porque tiene la misión de “apacentar las ovejas”, une en sí, además del gobierno doctrinal y metódico de la Comunidad, la conducción jurídica y administrativa de la Iglesia.

Juan inspira a quienes buscan el corazón del Señor, el “Centro” y la interioridad, pero digámoslo con convicción, Juan no está más afuera del cuerpo místico de lo que el corazón está afuera del cuerpo. El corazón es un órgano; el cuerpo es, desde el punto de vista analítico, el conjunto de órganos, y desde el punto de vista sintético, la unidad indivisible. No es necesario acudir a clasificaciones en un plano que escapa al sistema, bajo riesgo de llegar a errores muy sutiles. Juan “mora en medio de la Iglesia”.

Si el Árbol es la Iglesia, también es, en tanto ser vegetal, médula y corteza. Sólo una limitación visual nos lleva a entender, bajo la designación de árbol, su forma exterior solamente. Por consiguiente, la oposición entre Juan y Pedro es un absurdo. Reconocer en la Iglesia un aspecto esencial y otro formal es otra cosa, pero aún así faltaría agregar que la Iglesia los contiene a ambos. Está como crucificada entre esas tendencias, en beneficio de su unidad muy real para quien quiera aprehenderla, más allá de las infinitas paradojas de situaciones contingentes.

Quién posee las llaves, la de oro y la de plata, sino Pedro? (23).

Se puede objetar que la época reflejaba un tipo de santidad joánica. En verdad, a cada tiempo corresponde una necesidad eclesial que salve a la vez el espíritu y la forma. La Iglesia deberá siempre dejar atrás a quienes no ven en ella sino al hombre, y acallar a quienes no ven más que al hombre. En su lucha contra la petrificación y la disolución, generará distintos tipos de santos. Con la asistencia del Espíritu y por la presencia de Cristo, la Iglesia deviene Regente de las horas y los ciclos hasta el fin de los tiempos.

Cómo reivindicarían los fieles bajo la protección de Juan un lugar eminente en el Reino? (24). La respuesta del Señor a la madre del “Hijo del Trueno” ensalza la virtud de la humildad, tan plenamente cristiana.

.....0.....

Podemos pensar que las Órdenes de Caballería y del oficio que rinden un homenaje especial a Juan han cumplido una doble función: por una parte, mantener un conjunto sacralizado, a través del simbolismo y los ritos de la actividad humana considerada a efectos de convertirla en un soporte espiritual; por otro, utilizar ciertos conocimientos cosmológicos “reservados” para posibilitar la realización histórica de la Cristiandad.

Estos dos elementos ya justifican la referencia a San Juan.

Sin embargo, es cierto que en su época de gloria, al menos, esas organizaciones no han albergado jamás la idea de situarse fuera o por encima de la Iglesia, o de minimizar los sacramentos, que transmiten la vida misma de Cristo.

Sin duda, esos planteles vivaces tenían derecho a invocar un origen legendario y ritual precristiano. Pero son ramificaciones de la verdadera viña: “Dónde esté el Cuerpo, allí se reúnen las águilas” (26).

Las Vías del Arte Real se honran con el servicio a Cristo y a la Iglesia. Han asumido ese rol de banquero capaz de hacer fructificar los bienes (27).

Asimismo, los Reyes Magos vinieron de Oriente para depositar ante el Niño Dios los atributos simbólicos no solamente de la Realeza, sino del Sacerdocio y de la Profecía. Desde la noche de Belén, la herencia de las ciencias sagradas no ha sido transmitida de ninguna otra manera, y no es por azar que la condena de Cristo haya sido pronunciada por el Gran Sacerdote Caifás, que profetizaba (28), y por Pilatos en representación de la Realeza. Los poderes tradicionales debieron, entonces, pervertirse, para servir al poder de las sombras, cuando al pasar delante del Señor se negaron a reconocerlo como su supremo y único Príncipe.

.....0.....

Nos resta destacar una aplicación concreta de la tesis que acabamos de exponer, y una vez más enfocaremos nuestra atención sobre las organizaciones medievales de constructores.

La Masonería de oficio puede ser considerada con razón un cuerpo técnico, dotado de un “arte místico” formado por ritos y símbolos. Esa tarea metódica sólo pudo haberse realizado respetando su primer deber: alabar a Dios y servirlo rectamente, elevando Templos en su gloria. La Masonería es pues una potencialidad espiritual que sólo puede actualizarse y fructificar en el plano religioso.

Ya hemos visto que su rol “Noaquita” se despliega en un doble nivel:

En el plano material, cobija a la especie humana y contribuye a su conservación.

En el plano espiritual, permite la unión de los fieles en un santuario, encarnando y fijando los elementos y dogmas religiosos, en perfecta concordancia con la enseñanza de la Iglesia y mediante la ayuda de un conocimiento arquitectural y cosmológico.

Cuando el “Arte Real” reniega de ese fundamento y escapa de la inspiración del “Arte Espiritual”, se interna en el camino de las vanidades: racionalización filosófica, especulaciones estériles y riesgosas, indiferencia respecto de la Verdad, confundida con la verdadera y grata tolerancia.

Esos son los frutos del árbol cuyas raíces están cortadas. La hermandad deviene un apego sentimental al “clan”. No trabaja para la elección sino para el orgullo intelectual. Abre las puertas a las desviaciones del Arte por el Arte, forma del individualismo negador (29), o a los falsos espiritualismos. Sus fuerzas vivas están entonces a merced del enemigo, pues cuando un lugar queda libre el adversario lo ocupa.

Queda claro, entonces, que la obra magistral, la Gran Obra, se cumple al servicio del Señor: es el Templo ideal de piedras vivas, escuadradas por la ascesis de la vida piadosa y la práctica de un arte santificado; es el desarrollo final de la “piedra cúbica”, de acuerdo con el método de un verdadero ejercicio espiritual (30).

Es cierto, la arquitectura no es solamente cristiana. Las guildas de la Edad Media son hijas de los Collegia Fabrorum de la antigua Roma y de las corporaciones itinerantes del Medio Oriente (algo de ese nomadismo perdurará entre los compagnons).

El Rey Salomón, Hiram de Tiro, Pitágoras y Numa no son ajenos a esa estructura legendaria y simbólica de las Hermandades de Constructores. Pero estas devienen células de la Iglesia. Pertenecen al Cuerpo de Aquel que ha dicho: “Hay aquí algo más que Salomón” (31) y “Hay aquí algo más que el Templo” (32). El edificio que estas Hermandades se ingenian para construir y ornamentar es un microcosmos de Cristo. Este es el premio de la unión cristiana.

El arte ha sabido reconocer en el Verbo hecho carne y en su Esposa Mística el principio eterno y el destino último de los Templos de Israel. Ha albergado, en la Nave de Pedro, al Arca

de Noé, y en el tabernáculo del altar, al arca de David. Ha visto en la Iglesia la promesa de la Jerusalén futura, donde el Todopoderoso es el Templo, y el Cordero es la Lámpara (33). Ha contemplado en ella a la Virgen, “Rosa Mística”, “Puerta del Cielo” y “Templo de Paráclito” (N.de la T.: Espíritu Santo).

Cómo hubieran podido imaginar esos hombres, tan imbuidos de su oficio, convencidos de la evidencia de que el “Plan del Gran Arquitecto” reside en la plenitud formal del Cuerpo Místico, una Vía opuesta a la Iglesia? Si no podemos darles una demostración dialéctica de la “unidad eclesial”, no podemos negarles que tenían un conocimiento real, como lo atestiguan sus obras.

La enseñanza del Arte, por otra parte, se ha conservado en los monasterios. Las grandes figuras de Arquitectos, constructores de abadías celtas, surgieron en el seno de monasterios benedictinos. La Arquitectura concierne al dominio cósmico, es de “este mundo”. El Sacerdocio, por el contrario, reside en Cristo, su dominio “no es de este mundo”, pero contiene de modo “eminente” y principal al cosmos. Cristo reina. Cristo es el Rey del Cielo y de la Tierra, del Compás y de la Escuadra.

En humilde ofrenda, el Arte Real aporta sus conocimientos sagrados al Arte Espiritual. Recibe a cambio la bendición y el impulso divinos necesarios para la fructificación del Arte (34).

Los constructores legaron su ciencia a la Iglesia: correspondencia entre “Cielo y Tierra”, relaciones simbólicas de los números, orientación ritual, concordancia entre ciertas corrientes sutiles para la distribución de santuarios, valor de los elementos telúricos, de “puntos de referencia” o mojones que possibilitaban al futuro edificio incorporarse en la armonía universal de la creación y cumplir felizmente su misión (25).

La idea arquetípica de edificio es siempre Cristo. Las proporciones dimensionales, los contornos y la estructura tradujeron muy especialmente la intención religiosa contenida en la primera operación ritual atribuida al sacerdocio: la Dedicación.

Construir es una técnica. Construir de acuerdo con el Arte supone la comunicación de una sabiduría particular. Construir para edificar espiritualmente implica la dirección espiritual que inspira al oficio y a sus hermandades.(36).

Si meditamos acerca de las “Biblias de piedra”, veremos qué lugar reservaban nuestros ancestros al Sacerdocio y a la Iglesia. Si esculpieron sobre el tímpano de las catedrales el zodíaco, emblema de conocimientos cosmológicos propios de las “Iniciaciones al oficio” y de las “Iniciaciones caballerescas”, le asignaron un lugar periférico, reservando el centro para Cristo o la Santa Virgen (37). La “gloria” pertenece siempre al Señor, rodeado por los cuatro evangelistas, o a la Madre Celeste.

En el portal Real de Notre-Dame de Chartres, Aristóteles, Cicerón, Euclides, Boecio, Ptolomeo, Donato y Pitágoras son figuras secundarias, mientras que en el Centro resplandece la Virgen, “Vía Real por la cual el Salvador descendió hasta nosotros”, como dice San Bernardo (38). Y en el portal de la Virgen, es por la superlativa virtud de María –cuyo monograma es el sello de Salomón, o la escuadra y el compás entrelazados- que las siete artes liberales simbolizan los conocimientos del mundo, unidos a los dones celestiales en el doble cordón de las bóvedas.

Por la sangre de Jesucristo, el Arte deviene un instrumento de iluminación espiritual.

Toda otra perspectiva es ilusoria. La Masonería dominará la “revivificación” humana; solamente Dios da la vida.

Ya el Génesis nos enseña que los Constructores venidos de Oriente se reunieron y buscaron alcanzar los Cielos en medio de un Zigurat (40), cuyo nombre tenía el doble significado de “Puerta del Cielo y de la Confusión”. Ellos construyeron con ladrillos esa torre de pretenciosas espirales, Babel o Etemenanki (Casa del fundamento del Cielo y de la Tierra). Deseaban, nos dice el texto hebreo, forjarse un “Nombre” para acceder a la Divinidad.

Conocemos la consecuencia de esta iniciativa humana: ruina y dispersión (41). Pero también conocemos los resultados de la Masonería medieval. Es en el seno de la Iglesia donde los constructores han alcanzado esa maestría témporo-espacial presente en todo el imperio cristiano. La armonía de sus santuarios es ante todo la Paz y la Unidad del Cuerpo Místico cuya doctrina es esencial en el Arte medieval. Los acontecimientos de ambos Testamentos, la historia

de la elección, la visión apocalíptica y la representación de los misterios del mundo se polarizan alrededor de un plano tipo: la Cruz (42). Los ciclos temporales se detienen en el reposo espacial de las piedras talladas y decoradas.

El edificio entero desposa al signo de Cristo. De alguna manera, el Tiempo se reabsorbe en el Espacio, y el Espacio a su vez se sume en el Hijo del Hombre. Todo vuelve a la Unidad “hic et nunc”.

El corazón de Jesús otorga a la Iglesia su ritmo inicial y perdurable. Ese ritmo despliega las fases del tiempo litúrgico y santoral, del rosario, de las oraciones y los oficios. Con su latido, impone la modulación del canto gregoriano. Es siempre según este ritmo que se establece la coordinación entre los cuerpos celestes y los cuerpos terrestres, y que la ciudad de los hombres se reintegra en la ciudad de Dios.

El sentido profundo del edificio cristiano está expuesto con claridad en las Epístolas de San Pablo (43). Es un vehículo de fe, un testimonio de la cohesión de los fieles y una “operación espiritual” que no puede, por ninguna causa, ser extra-ecclesial.

Desde esta perspectiva se comprende mejor que las guildas y hermandades hayan podido garantizar una repercusión del Cristianismo aplicado a la actividad humana sacralizada, la del oficio que encuentra la palma del martirio en la sangre de los “Cuatro Coronados”.

Loa Maestros Masones, fieles a su tradición, saben que solamente hay verdadera libertad en la sumisión total a Dios.

Saben que si la geometría “vuelve al alma inteligente y la prepara para conocer la verdad, a descubrir similitudes en las analogías, a buscar semejanzas en las diferencias, a encontrar un largo sin ancho, una superficie sin profundidad, un punto indivisible, en una palabra, a elevarnos desde las cosas sensibles a las realidades inteligibles” (44), no es sino una auxiliar de la contemplación.

Ellos conocen la respuesta a la cuestión del poder real: “¿Qué es la Verdad?” (45).

Y al proferir el Nombre divino del Verbo hecho Carne, culminan la “Gran Obra”.

NOTAS

(1) “Duo sunt martyrii genere, unum mentis, aliud corporis, unum manifestum, aliud occultum. Manifestum est quando, propter Deum corpus occiditur, - occultum est quando pro amore Deo vita reseantur” (J. RUFIN, Salmo 43, P.L. 21.819 A).

También las dos obras de Dom Anselme, Stolz, “Ascesis cristiana y Teología de la Mística”, Ed. Benedictins d’Amay) de las que hemos tomado numerosos datos valiosos.

(2) Nicolás de CUES, Sermón “Dónde está el Recién Nacido” (Epifanía 1456, Obras Escogidas, Aubier).

(3) Gnósticos, Masalios, Cátaros, etc. Leer al respecto la interesante introducción de J.A.BIZET a las Obras Escogidas de RUYSBROCK (Aubier). Citamos: “Las exageraciones místicas que distinguen a todas las sectas de inspiración cántara hallan su revancha en la desvergüenza, en apariencia inocente, de pretenderse “perfectos” e impecables (...) El error inicial de los falsos místicos fue quemar etapas y soñar con la inmersión en lo divino antes del difícil aprendizaje de las más simples virtudes (...) Ellos trataron de librarse de toda obligación social, sobre todo de la necesidad del trabajo, a fin de estar disponibles para explorar la realización efectiva de la libertad (...) Podían creerse impecables y librarse sin escrúpulos ni remordimientos a todos sus instintos”.

(4) F.SCHUON, “Perspectivas espirituales y hechos humanos”, Cap. VI, “Virtudes espirituales”: “...Las virtudes nos introducen en las verdades y las transforman en realidades concretas y vividas (...) Las acciones son no sólo las manifestaciones superficiales del individuo sino también los criterios del corazón, por lo tanto, de su esencia y conocimiento o ignorancia; por lo

tanto, controlar las acciones no sólo es preocuparse por lo individual sino también, según los casos, ocuparse de la pureza del corazón en procura del conocimiento de Dios”.

(5) Juan Bautista, que anuncia la llegada de Cristo y realiza el pasaje de la antigua alianza a la Nueva, recibe por orden angélica el nombre de “Gracia divina” (Johanan) en lugar de “Invocación de Jah-Zacarías”. Ese cambio de nombre, que permite a su padre recuperar la palabra (LUCAS, I, 63-64) parece acentuar el predominio esencial de la Revelación Cristiana.

(6) San GREGORIO, Hom. In Ev., 292, PL. 76 121. 4 B.

(7) Misal romano, Prefacio de la Fiesta de Pentecostés.

(8) Regla de San BENITO: “A ti se dirige en este momento mi palabra, quien quiera que seas, que habiendo renunciado a tu voluntad propia para luchar bajo el Verdadero Rey, el Señor Jesucristo, tomas las potentes y gloriosas armas de la obediencia”.

(9) COLOCENSES, 2, 3; Gregorio de NISA “Contemplación sobre la vida de Moisés” (trad. J.DANIELOU, “Fuentes cristianas”): “...pues en efecto Cristo es llamado “Peñasco” por Pablo, y es en Cristo que están contenidos todos los bienes ansiados, que están ocultos todos los tesoros, quien tenga un bien está forzosamente en Cristo, que contiene todo en Él”.

(10) Encíclica “Mystici Corporis Christi”: “...la estructura social de la comunidad cristiana que proclama, por otra parte, la sabiduría de su divino arquitecto, es sin embargo de un orden claramente inferior si se la compara con los dones espirituales con los que se adorna y de los que vive”.

(11) San PEDRO DAMIAN, “Liber qui dicitur domino vobiscum” (p.L.): “Tal como el hombre es denominado “microcosmos” con un término griego, es decir, pequeño mundo, porque en su esencia material está compuesto por los cuatro elementos del Universo, cada uno de los fieles aparece como una Iglesia reducida, cuando en el misterio de la Unidad velada un hombre recibe todos los sacramentos de la redención humana conferidos por Dios a la Iglesia Universal” (cit. por Dom STOLZ, “Teología de la Mística”).

(12) EFESIOS, III, 6.

(13) I CORINTIOS, VIII, 1-4: “La ciencia infla, pero la caridad edifica. Si alguien cree saber alguna cosa, no conoce como es necesario conocer. Pero si alguien ama a Dios, es conocido por Él”. La cima de la caridad se encuentra en ese espíritu de sabiduría que da, en Cristo, el “Padre Glorioso”, a fin de que “ilumine los ojos del corazón” (EFESIOS, 2-18).

(14) “De Trinitate”, XV, 18.

(15) MAXIMO el CONFESOR, “Centuriae Caritate”, en “Liturgia cósmica”, del R.P. H.V. von BALTHASAR, Aubier.

(16) Ibid, y también Máximo el confesor (“Quaestiones ad Thalassium”): “Quien busca al Señor en la contemplación sin acción no Lo encuentra” (“Liturgia Cósmica”).

(17) Homilía de Orígenes sobre el Génesis (Prefacio del R.P. de LUBAC, “Fuentes cristianas”); también los trabajos de M.J. CHATILLON sobre los Victorinos (“Del Arca de Noé”).

(18) San BERNARDO (Sobre San MATEO, Sermón 3, Fiesta de Todos los Santos).

(19)Máximo el Confesor, “Ambigua” (“Liturgia Cósmica”).

(20)Lección de la 2ª Nocturna, Vigilia de la Ascensión.

(21)JUAN, XVII, “La oración sacerdotal”.

(22)LUCAS, V, 10.

(23)DANTE, “Purgatorio”, Canto IX: “Una era de oro y la otra de plata. Primero con la blanca, luego con la amarilla, él abrió la puerta y me hizo feliz. Cuando falta una de las llaves, no gira bien la cerradura, nos dijo, y la puerta no se abre. La primera es más preciosa, pero la otra requiere más arte e inteligencia, pues es la que mueve el mecanismo”.

“Pedro me las dio y me dijo que mejor me equivocara al abrir la puerta que al cerrarla, con tal de que los hombres se prosternen a mis pies”.

(24)Cristo no distingue: “Atraeré a todos los hombres hacia mí” (JUAN, XII, 32). Pero “hay muchos llamados y pocos elegidos...”.

(25)MATEO, XX, 25-29; MARCOS, X, 42-46 y IX, 33-38; LUCAS, IX, 46-48.

(26)LUCAS, XVII, 37.

(27)MATEO, XXV, 27; LUCAS, XIX,23.

(28)JUAN, XI, 51.

(29)San BUENAVENTURA, “Ars sine scientia nihil”.

(30)F.SCHUON, “Perspectivas espirituales y hechos humanos”, Cap. III “Límites del Espíritu”:
“El Masón coordina las materias dispersas y hace un habitáculo para Dios: del caos indeterminado que era, el alma deviene Templo de la presencia divina, ese templo cuyo modelo es el Universo... hay tantas formas de ascesis interior fundadas en operaciones físicas: la inteligencia contemplativa vuelve eficaces las analogías que están en la naturaleza de las cosas.

“Desde el punto de vista de la religión, la sabiduría artesanal es un hecho que entra en la categoría de la “filosofía” útil al hombre y apropiada para realizar la perfección humana: el carácter secreto de esa sabiduría coincide con el del oficio. Pero la Religión entraría en contradicción con ella misma si admitiera que tal filosofía, que ha perdido sus lazos con el oficio, cumple funciones de “religión” a su vez en los hechos, si no en los principios”.

Señalemos que la contemplación simbólica de cosas espirituales en el plano sensible está extensamente desarrollada en la “Mistagogía” de Máximo el Confesor (H.V. von BALTHASAR, “Liturgia Cósmica”, pág. 216).

(31)MATEO, XII, 42.

(32)Id., XII, 6.

(33)APOCALIPSIS, XXII, 22.

(34)En relación con el pensamiento de los Padres griegos sobre el aporte de las ciencias profanas: “Muchos aportan a la Iglesia de Dios su cultura profana,, como el ilustre Basilio, que luego de haber acumulado en su juventud valiosos tesoros, los consagró a Dios para que sirvieran de ornamento al verdadero tabernáculo, que es la Iglesia” (Gregorio de NISA, “Contemplación sobre la vida de Moisés”, op.cit.).

(35) Los centros religiosos emplean los recursos de la geografía sagrada. También las postas o albergues drúidicos parecen anunciar la llegada de santuarios católicos, Chartres, por ejemplo. Asimismo, la iglesia abacial de Saint-Benoit-sur-Loire, donde reposa el cuerpo del Padre de los Monjes de Occidente, se eleva sobre un centro druida, futuro lugar de propagación cristiana en el período carolingio. Se podría hacer un interesante estudio sobre la distribución de Abadías y Conventos (ver la expresión: “Benedictus montes Bernardus valles amabat”).

(36) J. BERTHELOT, “Los Francmasones ante la Historia” (Ed. Mundo Nuevo, pág. 23 sqq): “De hecho, uno de los rasgos más destacados de su vida corporativa es la iniciación profesional y espiritual, a la que se someten con rigor.

“La iniciación profesional comprende el conocimiento de las fuerzas naturales, sus propiedades y efectos, la ciencia de los números y las medidas, la geometría y la aritmética... La iniciación profesional se completa con una iniciación espiritual, aún religiosa. En la Edad Media la religión impregnaba toda existencia y toda actividad individual... Vivificaba todas las corporaciones de oficio, sobre todo la que se dedicaba al Gran Arte, el Arte Real, el Arte de levantar edificios religiosos”.

(37) J. BERTHELOT, op.cit., pág. 2 (cita de un discurso de Marc Rucart al Gran Oriente de Francia el 1º de marzo de 1913: “El hombre... confió su miseria a quien debía sin duda comprenderla mejor porque era débil y era mujer, y podía hablarle mejor a Quien podía todo, porque ella era la Madre de Dios. Él edificó para el Señor de Señores, edificó para Nuestra señora...”.

(38) San BERNARDO, Sermones.

(39) GENESIS, XI.

(40) El Zigurat representa el monumento, el memorial, la torre. Su raíz semítica ZKR, da Zakar en hebreo y Dzikhr en árabe. Las consonantes ZKR se relacionan con el elemento “masculino”, lo activo, la acción de disparar un tiro o una flecha, como el “jacere” latino (consonantes JCR), de donde proviene el término “jaculatoria”. Las palabras “Zakar” o “Dzikhr” se aplican a la vez a la “memoria”, al “recuerdo” o al encantamiento ritual de un nombre divino en la Cábala y en el Islam. Se puede comparar el “Recuerdo de Jesús” en el Oriente cristiano y en la Iglesia medieval de Occidente. Pero el Nombre del Señor fue dado por el Ángel, no elegido por los hombres.

(41) A la inversa de la promesa eclesial, “Ut Filios Dei qui erant dispersi congregaret in unum”, JUAN, XI, 52.

(42) Consultar el notable librito del R.P. J. FROMENT “Espiritualidad del arte romano” (Abadía de Notre-Dame-des-Dombes), en el cual nos hemos inspirado. Citamos: “En el portal de Moissac, el lugar es moderado. Isaías y San Pedro ocupan sólo los montantes. El largo de sus cuerpos indica su importancia simbólica. Representan no sólo el tiempo precedente y el siguiente a la Encarnación (heri et hodie) sino también el conjunto de elegidos de ambos Testamentos”.

(43) I CORINTIOS, III, 10-16; II CORINTIOS, V, 1-4; EFESIOS, II, 19-22; HEBREOS, III, 3-7 y XI, 10.

(44) CLEMENTE de ALEJANDRÍA, Strom VI.

(45) JUAN, XVIII, 38.

CONCLUSION

“LOS CAMINOS DE LA GRACIA”

NOTAS SOBRE LAS ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Si busca verdaderamente a Dios (1). Esa es la marca del hombre espiritual. “Sígueme...”; en toda forma de espiritualidad la “Vía” es Cristo. En algunas de ellas, es la “Vía estrecha”. La espiritualidad pone de relieve un aspecto del Señor para atraernos a Él. En consecuencia, oponer los tipos de espiritualidad viene a ser como dividir el manto de Cristo. La manera de introducir a Cristo en la propia vida, da forma a la vida espiritual, pero si los modos son diversos, la fuente es Una.

La suma de los aspectos espirituales no podría agotar la realidad ni aprehenderla, ya que esa realidad es una integración en Jesucristo. Y el Verbo hecho carne trasciende todas las perspectivas necesariamente limitadas. “Los zorros tienen madrigueras, los pájaros del cielo tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reposar su cabeza” (2).

Los caminos que llevan al Señor son muchos, y el Salmista cantaba: “Señor, muéstrame tus caminos y enséñame la perfección de tus senderos”. Esto significa que una posibilidad de santidad no podría excluir a las otras, y la Santidad toda está en Jesucristo, el Verbo “Lugar de las posibilidades”. El Evangelio acentúa unas veces la mejor parte, reservada a María, y otras, el amor y la caridad, o mejor aún, la humildad, la predicación apostólica y la ejecución de la voluntad del Padre.

La sabiduría se expresa en esta sentencia de San Ignacio: “Es sumamente peligroso pretender llevar todas las almas a la perfección por el mismo camino. Quien obra de esta manera no comprende cuán variados y múltiples son los dones del Espíritu Santo”. Esta cuestión también inspira al Padre de Caussade un pensamiento que es bueno recordar: “Si lo que Dios eligió para vosotros no os basta, qué otra mano que la suya podría colmar vuestros anhelos?... Lo único que necesita el alma está siempre en el presente, es lo que cada instante ofrece por voluntad de Dios” (3).

Como la verdadera espiritualidad es Unión con Dios, se acompaña por una soledad a la vez interior y exterior para el ermitaño, o solamente interior –pero no menos efectiva- para el cenobita, el hombre piadoso que vive en el mundo. El que ama a Dios es “Monje”, retirado en su relación con el Señor. El estado “monástico” es inseparable de la espiritualidad, como lo expresa esta frase: “Heme aquí, Señor”, y traduce la orientación interior del hombre de oración.

Como el Padre de Foucauld en las alturas de Ahaggar, el ermitaño es “el pájaro solitario sobre los tejados” (4). La apertura del corazón se ajusta a la medida del desierto interior: “Lo voy a llevar al desierto, y allí le hablaré a su corazón” (5):

El eremitismo es la salida del siglo: “disuelve” el mundo y sus ficciones. Es todavía la patria de origen de las líneas religiosas, cualquiera sea la forma de la Tebaida: caverna, celda, espacio cerrado del monasterio, o mundo laico. Esta “singularidad” es una locura para el mundo, pero genera una conversión, una inversión del orden aparente que es desorden. Ver el desierto en el mundo es fijar la mirada sobre la ciudad divina y sobre el reino interior.

El fondo eremita se encuentra en San Benito con el Subiaco, en San Francisco con Alverna y Fonte Colombo, en San Ignacio con Manresa. Por lo tanto, hay una suerte de permanencia, bastante generalizada, del eremitismo. Hay, al comienzo, una morada en lo más profundo de la roca.

Si la cueva de Belén es el lugar del nacimiento de Dios hecho hombre, la caverna del ermitaño es el lugar de nacimiento del hombre vuelto hacia Dios. Matriz santa en la que germina el Espíritu, a imagen de la Virgen, la caverna es la humilde gruta en el seno de la tierra sagrada. El eremitismo jalona la vida de Jesús, paralelamente al aspecto público de su vida. Nacimiento en la gruta, huída a Egipto, trabajo en el taller de Nazaret, retiro al desierto, soledad de los montes donde el Maestro se retira a orar, y finalmente la gran soledad del Calvario, de la Cruz...

El ermitaño habita en la profundidad de la roca, pero su roca es el Señor. Y los “huecos de la piedra donde anida la Paloma” son las cicatrices de la “Piedra Angular” donde anida el alma elegida. “Intra tua vulnera, absconde me”.

Hay un desierto de la audición: el silencio, y uno de la vista: las tinieblas. De allí la correspondencia entre los dos San Juan que “rodean” al Señor: la Voz clama en el desierto, y la Luz brilla en las tinieblas. Silencio y tinieblas designan, en un sentido, la incomprensión y el oscurecimiento del mundo, pero se aplican también a las más elevadas realidades espirituales. Tauler dirá: “Allí reina el profundo silencio, jamás quebrado por ninguna criatura ni por ninguna imagen. El alma no emprende ninguna acción, ningún acto de conocimiento? Ella no sabe nada de ella misma ni de ninguna otra criatura. El alma ejerce todas sus actividades a través de sus facultades: lo que conoce, lo conoce por la inteligencia, cuando piensa en algo lo hace con la memoria, cuando ama lo hace con la voluntad. Cada una de estas actividades está ligada a alguna imagen que sirve de mediadora. Pero en esencia, no hay ninguna clase de actividad” (6).

Lo que importa es el desierto interior, cuya tierra aislada es sólo una expresión física. Sería pues una ilusión querer retirarse voluntariamente del mundo para descubrir una vía de unión con Dios. El discernimiento espiritual puede revelar, en una huída de ese tipo, no la búsqueda de Dios sino la búsqueda de sí mismo. Hace falta esa fuerza de los Padres de los primeros siglos para abordar el desierto, y una partida anticipada conduce a la caída. Por otra parte, donde quiera que estemos, liberarnos del mundo consiste ante todo en liberarnos de nosotros mismos –“Quien crea merecer el nombre de religioso, deberá haberse liberado no sólo del mundo sino de sí mismo”.

Si nos retiramos al desierto para saborear la paz, nos equivocamos sobre la naturaleza de esa paz. La que da el Señor es una “lucha”, una guerra santa. La que vamos a buscar al desierto es la que da el “mundo”.

En los sitios habitados, Satán está presente por doquier, pero está “disuelto” en una multitud de cosas relativamente externas. Si bien la victoria es lenta y penosa, no está por encima de las fuerzas humanas –y por lo demás, no está jamás por encima de las fuerzas que Dios otorga por su Gracia-, pero es progresiva. El Señor ha previsto un sostén apropiado para nuestra debilidad. Nos otorga los ritos, las enseñanzas, la comunidad eclesial, la hermandad, la Orden.

En el desierto geográfico el hombre no está solo con Dios. Está también solo con Satán. El Satán “coagulado” interior. El diablo toma forma en el desierto. Es preciso haberse unido ya a Dios para derribarlo, y es por esto que los Padres insisten en la necesidad de la perfección antes del retiro definitivo.

Parece entonces que si la vida monástica sigue al eremitismo en la historia religiosa, no es que le sea intrínsecamente superior, al contrario. Pero en relación con un debilitamiento de las posibilidades humanas, presenta una garantía de vida santificante. Hay adaptaciones que son también compensaciones providenciales, marcas de la gracia divina. A través de la sucesión cronológica del eremitismo a la vida monástica, y de esta al monacato con reglas rígidas, podemos observar como una insensible degradación de las fuerzas espirituales, pero al mismo tiempo notamos la salvaguarda de lo esencial: la santidad.

Desde cierto punto de vista, el tiempo invierte las condiciones de existencia. Por ejemplo, podemos decir que las actividades del siglo, por su carácter profano y la ausencia del dominio sagrado en las funciones sociales, son un conjunto “desértico”. La situación medieval parece bien distinta. De allí en adelante, el mundo laico, desprovisto de valor sacramental, es poco más que un acaparamiento “vacío”. A decir verdad, el hombre espiritual debe poder encontrar allí su unión con Dios, tan sólida como la que obtendría en un monasterio. Pues nada prueba que el alma que se cree unida al Señor estando al abrigo privilegiado del claustro, podrá mantenerse en ese estado fuera del monasterio, y la precariedad es siempre el signo de una realidad menor. Forzando el razonamiento, podríamos adelantar que los medios ofrecidos al monje son los instrumentos más aptos para mantener al alma en contacto con Dios, y que constituyen también, a veces, un velo sutil entre Dios y el hombre. Así, el apego a la alabanza, o más aún, a cierta forma de alabanza, es una trampa tanto más temible cuanto más elevada su naturaleza. Planteadas estas reservas, diremos que las dificultades y padecimientos del estado monástico

(monotonía, vida en común) mitigan los inconvenientes citados y constituyen los medios de acceso pertinentes.

Por otro lado, es preciso recordar que si la vida fuera del claustro contiene la posibilidad de la unión con Dios sin un “marco” orgánico, a menudo conduce a una suerte de individualidad religiosa de tipo sentimental, que niega los valores sacramentales y se precipita en el error.

Si todo refleja la actividad divina, si Dios es la “realidad de cada instante”, según la aguda fórmula del Padre de Caussade, no es menos cierto que la Iglesia dispone de toda una economía de la gracia –incluida la liturgia– y que providencialmente la adopción de esas vías es necesaria para trepar la montaña. En la relatividad de nuestro estado humano, hay una jerarquía de valores, de apoyos. Descuidarla con el pretexto de que no es un fin en sí misma, y que sólo Dios es lo absoluto, es confinarse a los límites de una concepción mental esterilizante y negarse a transitar los peldaños que llevan de la Tierra al Cielo.

.....O.....

En qué consiste la contemplación? Es sinónimo de vida contemplativa, por referencia al modo de vida monástico? No corresponderá más bien a la definición de “oración del corazón” que da Hésychus de Batos: “la inquebrantable atadura del alma a Dios”? Podemos decir que no consiste en la meditación, aunque esta sea su antesala. En un sentido, es a la meditación lo que el “excessus mentis” es a la mente. La adhesión a Dios de modo de no ser “con Él sino un solo espíritu”.

La contemplación es pues una de las más elevadas formas de la caridad, ya que “Dios es Amor”, y nunca un refinamiento del egoísmo, como quisiera una concepción limitativa.

No consiste en un método para orar, aunque se la ha comparado a veces con la “oración de verdad”, distinta de la “oración discursiva”. En efecto, el estado de oración pura es comparable a la esencia, y la salmodia a la sustancia. Según San Nilo, “la salmodia es la imagen de la sabiduría multiforme, y las oraciones, el prelude del conocimiento simple e inmaterial”. Podríamos captar mejor la naturaleza de la contemplación si seguimos la progresión de la oración dada por San Nilo:

“No basta con desembarazarse de la sensibilidad para rezar de verdad, pues puede haber un apego a nociones abstractas y distracción en sus desarrollos, permaneciendo lejos de Dios. Aún cuando el espíritu no se detenga en las nociones abstractas de las cosas, no alcanza por ello el dominio de la contemplación, pues puede ocuparse de teorías sobre las cosas y de su razón de ser. O bien esos discursos, por el hecho de que son representaciones de las cosas, impresionan al espíritu y lo apartan de Dios.

“Aún si el espíritu superó la teoría de las cosas materiales, no ve todavía el acceso al ámbito de Dios, pues puede permanecer en el conocimiento de los inteligibles y dispersarse”.

Hay entonces, para llegar a la oración de verdad, como para llegar a la contemplación, un “pasaje en última instancia”: una operación que transforma todo el ser, una culminación por gracia divina, un “estado de ser” que es la realización viva de la plegaria enseñada por Jesús a los Apóstoles. De allí la conclusión de San Nilo:

“Si quieres orar, es Dios quien da la oración a quien le reza. Invócalo diciéndole: que vuestro Nombre sea santificado, que llegue vuestro reino, es decir, el Espíritu Santo y vuestro Hijo único. Pues esa es su enseñanza, adorar a Dios Padre, en Espíritu y en Verdad, y los tres son un solo Dios”.

.....O.....

Contemplación y Caridad se penetran mutuamente. Mejor dicho, ambas son una. Ver a Dios es ver todas las cosas en su principio, en su Amor infinito del que todo procede. Así como todas las vías espirituales culminan en Cristo, también tienen su pivote en la caridad.

Los caracteres espirituales pueden engañar. La Caridad no engaña jamás. Ella no define nada, no necesita una definición: Ella es. El amor es el verdadero conocimiento: ni discursivo, ni racional, ni libresco, sino operante. Es una realización. El Amor parte del corazón y no del cerebro. Es Amor en Dios, es decir en Espíritu, más allá del sentimiento o de la especulación.

La Caridad es imperecedera... el conocimiento desaparece. Las especulaciones más elaboradas están limitadas por su misma expresión. El “Amor” es un hecho ilimitado”, “una participación en la naturaleza divina”, la unión de dos cuerpos en uno solo, las bodas místicas...

Es por este amor que “todos reconocerán que vosotros sois mis discípulos”(7). El doble mandato del Señor comienza con el verbo: “Tú amarás”. “Dios no es solamente la luz, la omnisciencia. No es sólo la fuerza, la omnipotencia, el Creador de las cosas visibles e invisibles. No es sólo el principio supremo, infinito, fuente del Ser que ha creado todas las cosas y no ha sido creado. Él es todo eso junto. Es entonces el Amor infinito, pues el Amor es todo eso. Dios en sí es el amor infinito eterno, el amor sin límites, sin manifestación exterior, inmenso, profundo, desmedido. Él envuelve, penetra, colma todas las cosas. Es pues la única fuente de vida y de toda fecundidad. Es el principio eterno de los seres y su eterno fin...*El amor no debe ser para el hombre solamente un sentimiento concebido por su sensibilidad. Debe ser un conocimiento recibido por sus facultades intelectuales... El amor infinito, como un fuego divino, es calor para el corazón humano y luz para su inteligencia*” (8).

En la diversidad de los dones que adornan el cuerpo místico, la caridad está necesariamente presente en todo. Ella asume todo, sostiene todo, fundamenta y coordina todo, resplandece por doquier. Como centro que contiene la multitud de rayos, reabsorbe en ella a todos los dones. Alberga la totalidad de las posibilidades de la gracia. La caridad está aún más allá de esta figura, pues antes de afirmarse como esta forma positiva y central, existe ya por eso, una obra de amor oculta.

Los Padres del desierto no dejaron de señalar este rol único de la caridad, cuyos términos de una precisión casi geométrica podemos percibir:

“Es necesario entonces que el monje dirija sin cesar su atención hacia un único fin, en el que hará converger activamente todos los pensamientos que nacen o se agitan en su espíritu; es el *recuerdo de Dios*. Lo comparo con un hombre que quisiera elevar y cerrar en el aire la cúpula de un ábside. Debe trazar toda su circunferencia respecto del centro, que es un punto en extremo delicado, y calcular, en base a esa norma infalible, la exacta redondez y el trazado de la construcción. Quien quisiera llevar a cabo la obra sin la base probada de ese punto central, aún confiando en su habilidad y su talento, se vería ante la imposibilidad de lograr una forma regular y sin fallas. No podría tampoco percibir, a simple vista, en qué medida su error impidió la belleza deslumbrante de una curvatura perfecta. Pero para lograrlo necesitaría haberse referido constantemente al índice que le hubiera permitido apreciar la exactitud de las medidas, y según la luz que recibiera, determinar con precisión el perímetro interior y exterior de la obra. Un solo punto es el nudo de una construcción tan imponente.

“Lo mismo ocurre con nuestra alma. Si el monje no hace de la caridad el centro inmóvil alrededor del cual sus obras resplandecen, si él no encauza sus pensamientos o no los desecha, guiándose, por así decir, por el compás muy seguro de la caridad, no logrará jamás construir con verdadera destreza el edificio espiritual cuyo Arquitecto, según San Pablo, es Dios (I Corintios, III, 10). No conocerá nunca la belleza de ese templo interior que el bienaventurado David ansiaba presentar a Dios, mientras exclamaba: Señor, yo he amado la belleza de vuestra morada y el sitio donde reside vuestra gloria” (Salmo XXV, 8). En su corazón levantará un templo sin arte, sin belleza, indigno del Espíritu Santo y destinado a hundirse sin demora. Lejos de acceder a la gloria de habitar con el invitado divino, será aplastado miserablemente bajo sus ruinas” (9).

.....0.....

La realización efectiva del amor consiste en la ejecución de la voluntad del Padre, por lo tanto, en el renunciamiento a nuestra propia voluntad. Así es como el accionar humano,

modelado por el de Cristo, reviste un aspecto sacrificial. Se funde con el servicio a Dios, y “el fin de la vida espiritual es ser considerado servidor de Dios”. Con esto se resuelve la aparente oposición entre contemplación y acción.

Para San Bernardo, acción y contemplación son “compañeras” y van juntas. “Marta, en efecto, es la hermana de María. Y aunque el alma se entrega a las luces de la contemplación, no cae en vano en las tinieblas del pecado o en la desidia del ocio, pues se sostiene en la luz de las buenas obras. Y para que sepas que las obras pertenecen a la luz, el Salvador ha dicho: “Que vuestra luz brille ante los hombres” (Mateo, IV, 4,11).

Ahora bien, no es equívoco que esto haya sido dicho de las obras que los hombres muestran” (10).

De nuevo en el tema de Marta y María, Eckhardt enfatiza esta idea: “Aún en medio del estado de acción, no hay en Dios otra cosa que el estado de contemplación”. El solo estado de contemplación apunta a la fecundidad de la acción. En la contemplación no eres útil más que a ti mismo, pero en las buenas obras eres útil a muchos...”. “Vuestra luz debe resplandecer ante los hombres”, dijo Cristo. Por eso Él se torna hacia los que sólo buscan la contemplación y no la acción moral, los que dicen que no tienen necesidad y que están por encima de ésta. Cristo no se dirigía a ellos cuando decía: “la simiente cae en la tierra buena y rinde ciento por una”. Se dirigía a ellos cuando decía: “el árbol que no da frutos debe ser derribado...” (11).

La acción así dirigida a la caridad y al servicio de Dios es una vía de unión, auténticamente cristiana. Su propia virtud aparece resaltada en el Evangelio: “Por esta razón los judíos perseguían a Jesús, porque Él estaba ocupado los días sábados, pero Jesús respondió: “Mi Padre obra aún hoy. Yo también obro...”.

Por lo demás, la Eucaristía es la misma para un contemplativo que para un “hombre de acción”. Y la unión con Dios es a la vez individual y eclesial, por lo tanto, relativamente independiente del tipo espiritual. Esta unión es una gracia del Señor, a la cual no sabríamos asignar límites.

Amar a Dios, estar unidos a Dios, es necesariamente servir de inmediato, sin demora temporal, sin margen espacial. “Lo Único necesario se encuentra siempre en el presente para el alma. No hay más oración o silencio, retiro o conversación, lectura o escritura, reflexión o vacío de pensamiento, huída o búsqueda de los espirituales, abundancia o carencia, decaimiento o salud, vida o muerte, que lo que cada momento ofrezca por voluntad de Dios” (12).

Sin duda la acción en sí misma, intrínsecamente, es tributaria del cambio, y, desprovista de principio, aún dispuesta para la contemplación, permanece en una posición subalterna. Cuando aplicamos este criterio a la óptica tradicional, podemos decir con razón que la contemplación mora en la cúspide de la montaña, mientras la acción se desarrolla en la base. Desde esta perspectiva, la contemplación es “vertical” y la acción “horizontal”, contrariamente a las apariencias, que muestran a la contemplación como “estática” y a la acción como “dinámica”. Aquí también la óptica profana es la inversión de la religiosa, tanto como la sabiduría humana es la antítesis de la divina. En realidad, la contemplación es paz suprema y plenitud esencial de la acción. La contemplación es central; la acción se lleva a cabo en las murallas de la periferia.

La acción “despliega” a la contemplación, la “proyecta”, la “actualiza” en cada punto del tiempo y del espacio.

Es preciso sin embargo desconfiar de una visión previa al análisis fragmentario. Lo que se entiende espiritualmente por “acción” no es la “acción por la acción”, sino el cumplimiento, en nuestro mundo sumido en el cambio, la dualidad y la muerte, de la voluntad divina. Acción y contemplación son, entonces, una sola realidad en el interior de otra realidad infinitamente más grande: el cuerpo místico y eucarístico. La vida misma de ese cuerpo se nutre en la fuente eterna de Dios, y encuentra su correspondencia, su “resonancia” inmediata en todos los planos que integra en su unidad. Así es como la acción humana deviene espiritual. Así es como la historia y el elemento “social” se imbrican en la espiritualidad cristiana. Todo toma su lugar, su lugar santo, en el cuerpo de Cristo. Sólo allí todo se equilibra armoniosamente en la Unidad.

Renunciar a la acción con el pretexto de la espiritualidad, cuando las circunstancias nos llevan a la esfera de la acción, es entregarse a la ilusión de querer elegir lo que no se puede tener

para alcanzar a Dios. Hablamos de esos inestables de los primeros tiempos, que huían de la compañía de los hombres por considerarla perjudicial para la contemplación, y no podían soportar el silencio ilimitado de la soledad. Es oportuno recordar la regla del discernimiento de San Ignacio: “Es la costumbre del enemigo: a los que viven en el desierto les sugiere ponerse en contacto con el prójimo y trabajar para su bien. A los que trabajan para el bien del prójimo, les ofrece la perfección del desierto y de la vida solitaria. De este modo refleja ante nosotros lo que tenemos lejos, para impedirnos realizar lo que tenemos cerca”.

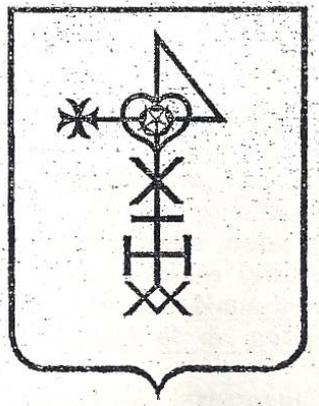
Por consiguiente, antes de meditar sobre las ventajas de la contemplación y los inconvenientes de la acción, antes de buscar una “explicación” de las espiritualidades, hay que recordar la meta, que es Dios.

Es una sutil tentación espiritual la de querer escapar al plan divino. Aunque se invoquen buenas razones, esta tentación es inevitablemente un pecado de orgullo, una necesidad de individualidad, y no una verdadera sed de Dios. Es el “Non serviam” adornado con buenas intenciones.

“¿Dónde estáis, Señor?”
“Venid y ved”

Dos términos del Señor que es preciso traducir como “Aquí y ahora”.

Muchos son los rayos de la rueda. Muchas las circunferencias de la acción. Pero el Centro es Uno. Y a quién le serviría si no hubiera un vacío, en el que reposa el eje invariable e inmóvil.



COMO TESTIMONIO
DE AFECTUOSO RECONOCIMIENTO
A HELENE COUYBES

“Aleluya

.....

El Eterno construye Jerusalén
congrega a los dispersos de Israel
sana a los de corazón partido
y venda sus heridas...”

SALMO 146 (147)

INDICE

Nota preliminar a propósito de la traducción.....	3
Prefacio de Jean Palou.....	4
Introducción.....	5

PRIMERA PARTE

“ALGUNOS SIMBOLOS Y RITOS MASONICOS”

CAPITULOS

I. Presencia y significado del simbolismo vegetal.....	8
II. Ritos y desarrollos masónicos.....	19
1 - Signos y símbolos	
2 - Pasaje al dominio cósmico	
3 - La búsqueda de la Palabra	
III. El simbolismo numeral del septenario.....	28

SEGUNDA PARTE

“LOS DOS SAN JUAN”

CAPITULOS

I. Juan Bautista y la Fiesta del Solsticio de Verano.....	36
II. Juan Evangelista: El Águila de Dios.....	40
III. Hijo del Trueno.....	50
IV. Generación Espiritual y “El Hijo de la Viuda”.....	55

TERCERA PARTE

“ARTE REAL Y ARTE ESPIRITUAL”

CAPITULOS

I. Masonería Noaquita y Arca de Cristo.....	63
II. De la Masonería al Cristianismo.....	69
1 - Los Templos, jalones de la Masonería	
2 - Los Santos Protectores de la Masonería	
3 - La Iglesia y los Templos de Israel	
III. Cristiano y Masón?.....	87
IV. La Palabra hecha Carne.....	93
V. Aspectos del Cristianismo.....	100

CONCLUSION

<i>“LOS CAMINOS DE LA GRACIA”</i>	110
(Notas sobre la Espiritualidad Cristiana)	